

FREUD  
PSICOANALIZADO

Fredo Arias de la Canal

# **FREUD PSICOANALIZADO**

**Fredo Arias de la Canal**

**México, 1978**

1978 Primera edición: 1,000 ejemplares

Derechos reservados conforme a la ley  
© Frente de Afirmación Hispanista, A. C.

IMPRESO EN MEXICO  
PRINTED IN MEXICO

## INDICE

PROLOGO	11
---------	----

### *PARTE I*

SU IMAGEN MATERNA	15
SU ADAPTACION INCONSCIENTE A LA MUERTE POR HAMBRE	33
SU ADAPTACION INCONSCIENTE AL RECHAZO MATERNO	89
SU IMAGEN DE LA MUERTE	157
SU IRONIA, INGENIO, Y HUMOR	199
SUS SUEÑOS	241

### *PARTE II*

SOBRE EL SUPERYO	279
SOBRE EL MASOQUISMO	303
SOBRE EL COMPLEJO DE EDIPO	343
SOBRE LA ZOOFOBIA	373
a) GRADIVA	434
b) EL HOMBRE DE LAS RATAS	439
c) JUANITO	451
d) EL HOMBRE DE LOS LOBOS	461

*PARTE III*

## REVISION DE VARIOS CASOS FREUDIANOS

a) DORA	467
b) LEONARDO	471
c) SCHREBER	480
d) LA VISIONARIA	490
e) EL ENDEMONIADO CRISTOBAL HAITZ- MAN	519
EPILOGO	535
BIBLIOGRAFIA	540
INDICE ONOMASTICO	553

La ciencia no es revelación, y aunque muy lejos ya de sus comienzos, carece todavía de los caracteres de precisión, inmutabilidad e infalibilidad a los que aspira el pensamiento humano. Pero así y todo, es lo único que poseemos. Si a ello añade usted que nuestra disciplina es aún muy joven, habiendo nacido casi con el siglo actual y que se ocupa de una de las materias más arduas que pueden plantearse a la investigación humana, no le será difícil adoptar la actitud justa para oírme.

Segismundo Freud  
**Psicoanálisis y Medicina (1926)**



SEGISMUNDO FREUD (1856-1939)



EDMUNDO BERGLER (1899-1962)

## PROLOGO

Si se reflexiona sobre la extensa bibliografía que sobre Freud existe, surge, de inmediato, la duda de que sea necesario escribir otro libro más sobre el genial psiquiatra vienés.

Al respecto, afirmo que no cabe la menor duda, puesto que al analizar todo lo que se ha escrito, se llega a la conclusión de que, en su mayor parte, ha sido el producto de una fanática admiración o de una hostilidad enfermiza.

Será fácil advertir la causa por la que jamás se ha intentado un psicoanálisis del fundador de esta ciencia, pues solamente una persona que combine un extenso conocimiento del psicoanálisis freudiano y de los descubrimientos geniales de Edmundo Bergler —el más brillante discípulo de Freud— estaría capacitada para hacerlo.

Conociendo los psicoanálisis que sobre Cervantes, Cortés, Sor Juana Inés de la Cruz y otros personajes había efectuado Fredo Arias, y abusando de la gran amistad y admiración que ya ha mucho años le profeso, le sugerí que se avezase al estudio analítico antes dicho: Este monumental libro es el resultado.

En cierta ocasión, Bernard Shaw propuso que, como a nadie le interesaba leer los prefacios, éstos deberían ser estratégicamente colocados al final, razón por la cual expresaré brevemente la impresión que me causó esta lectura: Es una obra maestra, es el producto de una erudición e intui-

ción psicológicas extraordinarias. El lector irá descubriendo progresivamente, a través de los capítulos, al verdadero Freud, hombre torturado por una miriada de conflictos interiores, de complejos, frustraciones, grandeza y debilidades, que han sido estudiados bajo los aspectos clínico, humano y filosófico, induciendo a una mejor comprensión de nuestra psique y a un mayor respeto por el fundador del psicoanálisis.

Freud dijo, en cierta ocasión, que él admiraba mucho más a quien se enfrentaba con sus problemas interiores, que al general más glorioso. Durante el transcurso cultural de la humanidad se han desarrollado vastos campos del saber como el de la astronomía, la geología, la física y las matemáticas; mas tuvo que llegar Freud para enseñar al hombre a defenderse de sus conflictos interiores.

Los estudiosos de los misterios de la mente humana y del psicoanálisis en particular, mucho tendremos que agradecerle a Fredo Arias por esta aportación científica literaria. Solamente a través de la lectura de esta obra comprenderemos más humana y profundamente a Segismundo Freud.

Hugo Rosen, M. D.

Fellow of the American Psychiatric Association. Member of the American College of Psychiatrists. Fellow of the International Social Psychiatric Association. Clinical Associate Professor in Psychiatry of the University of Miami.

# PARTE I

## SU IMAGEN MATERNA

El trato que me dan mi madre y mi hermana, hasta este momento, me inspira un horror indecible: aquí trabaja una perfecta máquina infernal, que conoce con seguridad infalible el instante en que se me puede herir cruentamente —en mis instantes supremos... pues entonces falta toda fuerza para defenderse contra gusanos venenosos...

Nietzsche  
**Ecce Homo**

Cuando el psicoanalista literario habla de la imagen materna, de la **imago matris**, de la madre preedípica o edípica, debe de aceptar que estas denominaciones pueden crear un mal entendimiento de uno de los factores fundamentales del psicoanálisis, puesto que el lector puede, justificadamente, resistirse a creer que necesariamente tuvo que haber otra madre además de la del nacimiento. Por lo tanto, es menester hacer hincapié en que la imagen materna está formada por la circunstancia infantil. El “yo soy yo y mi circunstancia” de Ortega y Gasset, se puede aplicar a esa imagen que tanto influye en el carácter y en la conducta de todo individuo.

En **Sobre psicología de un colegial** (1914) al hacer una alocución ante los miembros del colegio donde había cursado sus estudios secundarios, Freud hizo la declaración que nos da la base para el desarrollo de este capítulo:

En efecto, nos ha enseñado que las actitudes afectivas frente a otras personas, actitudes tan importantes para la conducta ulterior del individuo, quedan establecidas en una época increíblemente temprana. Ya en los primeros seis años de la infancia el pequeño ser humano ha fijado de una vez por todas la forma y el tono afectivo de sus relaciones con los individuos del sexo propio y del opuesto; a partir de ese momento podrá

desarrollarlas y orientarlas en distintos sentidos, pero ya no logrará abandonarlas. Las personas a las cuales se ha fijado de tal manera son sus padres y sus hermanos. Todos los hombres que haya de conocer posteriormente serán, para él, **personajes sustitutivos de estos primeros objetos afectivos (quizá, junto a los padres también, los personajes educadores), y los ordenará en series que partan todas, de las denominadas imágenes del padre, de la madre, de los hermanos, etcétera.** Estas relaciones ulteriores asumen, pues, una especie de herencia afectiva: tropiezan con simpatías y antipatías en cuya producción escasamente han participado; todas las amistades y vinculaciones amorosas ulteriores son seleccionadas sobre la base de las huellas mnemónicas que cada uno de aquellos modelos primitivos haya dejado.

En el caso de Freud, se infiere que su **imago matris** estuvo compuesta principalmente de las siguientes personas: 1.—Amalia Nathanson, su madre. 2.—Jacobó Freud, su padre. 3.—Felipe, segundo hijo del primer matrimonio de Jacobo. 4.—Juan, un año menor que Segismundo, primogénito de Emanuel, quien fue el primer hijo del matrimonio anterior de Jacobo. 5.—Nanny, la niñera de Segismundo. 6.—El médico que visitaba la casa de los Freud en Freiberg.

La madre de Freud, es posible que haya sido obligada a casarse con Jacobo a la usanza hebrea, como lo fue María con José. En ambos casos se verificó el enlace de una joven-cita con un hombre maduro; en nuestro caso con un viudo de 41 años y con dos hijos de 22 y 19 años, el mayor de los cuales tenía a su vez dos niños. Podemos suponer, entonces, que Amalia no se casó por amor sino por el deseo de sublimarse en la maternidad. Se conocen, además, varios indicios de que Amalia estaba afectada de megalomanía, que es una concepción de importancia de sí, falsa y típica de todo neurótico. El nombre que le puso a su hijo: Segismundo, significa "Salvador del mundo", y el deseo de confirmar el destino

grandioso del niño la llevó a consultar con una campesina vidente quien le profetizó que había traído al mundo a un hombre extraordinario; lo que quizás no le pareció nada extraño, puesto que ella, a su vez, descendía del famoso erudito de antaño Nathan Halevy Charnatz de Brody, quien floreció en Polonia en el siglo XVIII, según lo consignan los Bernfeld. Es posible que en el equívoco de dos meses entre el documento de bautismo y la fecha de nacimiento de Segismundo conocida generalmente, haya participado Amalia, debido a alguna razón supersticiosa, como es frecuente en la conducta de los neuróticos de base oral.

En **La interpretación de los sueños** (1900) Freud se pregunta en torno a la profecía de su infancia: “¿Será posible que mi sed de grandeza se haya originado de esta fuente?”

La megalomanía de la madre de Freud se puede comprobar por el fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente, pues Freud repitió en forma activa con algunos de sus hijos lo mismo que aceptó pasivamente de ella. En la misma obra dijo:

Es la mención de mi segundo hijo, a quien le he dado el nombre bautismal de un personaje histórico eminente que me atrajo grandemente durante mi infancia, especialmente durante mi estadía en Inglaterra (. . .) Es fácil comprender cómo el deseo reprimido de grandeza del padre es, en sus pensamientos, transferido a sus hijos.

Oliver fue el nombre que Freud le puso a su segundo hijo varón. En **Freud, maestro y amigo** (1944), Hans Sachs dice que Freud siempre admiró y frecuentemente citaba las palabras de Oliver Cromwell:

Un hombre nunca se encumbra tan alto, como cuando ignora hacia dónde va.

Dice Sachs que, en cierta ocasión, hablando de la popularidad que había adquirido Freud, éste le señaló que cuando a Cromwell le preguntaron: “¿No está usted orgulloso de

que tantos hayan venido a ver al elegido del Señor entrar triunfalmente?”, aquél respondió: “Otros tres tantos hubieran venido a verme subir al cadalso.”

En **Sigmund Freud. Hombre y padre** (1958), Martín Freud explica el porqué de su nombre:

Se conoce lo profundamente que mi padre fue influido durante su estancia en París, por Jean Martin Charcot, y lo poderosamente que la personalidad de este maestro lo cautivó. En cierto sentido, esta influencia todavía persiste. Mi padre admiró a Charcot tanto, que decidió ponerle a su hijo mayor su nombre —Jean Martin—, un nombre poco usual en Austria y que ahora equivocan las autoridades de Inglaterra. Frecuentemente se dirigen a mí como “Querida señora”.

En **Sobre narcisismo** (1914) confirma Freud esta transferencia maternal:

Hasta en las mujeres cuya actitud para con el hombre permanece fría y narcisista, existe una conducción hacia el amor-objeto completo. En el bebé que han dado a luz, una parte de su cuerpo deviene un objeto diferente a ellas, sobre el cual proyectan el amor-objeto de su narcisismo.

Las ilusiones megalómanas que se forjó Freud en su infancia, ayudadas, en primer lugar, por la defensa contra su pasividad erotizada, y en segundo, por la proyección narcisista de su madre, habrían de formarle un **yo-ideal** elevadísimo, al grado de que su meta intelectual fue la de llegar a la estatura de Goethe; genio que en sus sueños se convirtió en un **superyó** que le reprochaba vehementemente. El apego que Freud tuvo por su **imago matris**, transferida a la persona de su madre, fue siempre notable; los domingos se los dedicaba por completo hasta que murió esta mujer, a la edad de 95 años. La reacción de Freud ante esta muerte la comentó en una carta a Ferenczi en 1930:

Ante todo mis gracias más expresivas por las bellas palabras que dedica a la **muerte de mi madre, la cual me ha afectado en una forma peculiar. No siento ni dolor, ni pena**, lo que probablemente puede explicarse por las circunstancias especiales que concurrían en el caso, como, por ejemplo, su avanzada edad, la pena que me inspiraba su postración final y al mismo tiempo un sentimiento de veneración que me parece también comprender. **No me sentía libre para morir mientras ella viviera y ahora sí.** Seguramente los valores que atribuyo en mi interior a la existencia habrán experimentado una transposición considerable en los estratos más profundos.

El padre de Freud, por quien éste sintió desde pequeño una gran admiración, fue también una imagen de gran importancia en su mente. Esto se explica por el hecho de haberse identificado Segismundo en su temprana infancia, femeninamente con su madre por el amor paterno, al igual que se identificó masculinamente con su padre por el amor materno; siendo éstas las dos fases básicas del complejo de Edipo. Es un fenómeno aceptado el hecho de que a medida que se hace más cruel la **imago matris** para el hombre, mayor es la identificación femenina y menor la masculina, por lo que declaró Bergler que el complejo edípico negativo pronunciado es la "última estación de rescate" antes de entrar al plano de la homosexualidad, o sea, al plano de la negación al regreso con la **imagen materna**: el sexo opuesto. El fenómeno edípico negativo en la mujer crea un fenómeno inverso, existiendo una identificación masculina con el padre, o con un sustituto, debido a la crueldad de la madre pre-edípica.

Los preceptos de paciencia y resignación que su padre le inculcó y que habrían de formar parte de su **yo ideal** los consigna Freud en **La interpretación de los sueños** (1900), en donde relata la humillación que le causó un cristiano a su padre en Freiberg, quien le quitó su gorra de piel de la cabeza y la tiró al lodo, al mismo tiempo que lo llenaba de

improperios, y la resignación que tuvo al recogerla pacientemente sin protestar. Comentó Freud:

Eso no me pareció heroico de parte del hombre fuerte que me llevaba de la mano cuando yo era pequeño. Comparé esta situación, que no me agradó, con otra más acorde con mis sentimientos: la escena en la cual el padre de Aníbal, Amílcar Barca, hizo jurar a su hijo, ante el altar familiar, vengarse de los romanos. Desde entonces Aníbal ha tenido su lugar en mis fantasías.

Más tarde soñaría Freud que su padre no era ningún pasivo, sino al contrario, un patriota como Garibaldi o un unificador de los magiares; con lo que proyectaba su propia defensa megalómana de ser el unificador del pueblo judío. Veamos:

Después de su muerte, mi padre ha jugado un papel en la vida política de los magiares, y los ha unificado políticamente (...) recuerdo que en su lecho mortuario se parecía tanto a Garibaldi (unificador de Italia) que estoy contento de que esta promesa se haya hecho realidad.

Fue, pues, Freud, un “Edipo negativo” —como por lo general lo son los grandes genios— quien por su padre tuvo verdadera veneración. Nos relata Freud en **La interpretación de los sueños** (1900):

Debía haber tenido 10 ó 12 años cuando mi padre empezó a llevarme consigo en sus caminatas, y en su conversación a revelarme sus opiniones sobre las cosas del mundo.

En otro párrafo confiesa:

Este libro tiene una significación subjetiva adicional, la que no comprendí sino hasta haberlo comple-

tado. Se me revela como una parte de mi autoanálisis, como una reacción a la muerte de mi padre, esto es al evento más importante, la pérdida más amarga en la vida de un hombre.

En una carta que le escribió a Fliess el 2 de noviembre de 1896, le dijo:

Se me hace tan cuesta arriba, escribir en estos días, que he tardado demasiado en agradecerle las conmovedoras palabras que me dedicas en tu carta. **Por una de esas oscuras sendas que suele ocultar el telón de la conciencia oficial, la muerte del viejo me ha afectado profundamente.** Le tenía en gran estima, le comprendía muy bien y con aquella combinación de profunda sabiduría y optimismo romántico que le era peculiar significó mucho para mí. Su vida había terminado, en realidad, mucho antes que muriera pero su fallecimiento parece haber despertado en mí recuerdos de toda mi vida anterior.

Me siento ahora completamente desarraigado.

También en **La interpretación de los sueños** (1900) Freud comentó:

Puede ser, claro está, la propia psicología del poeta con lo que nos confrontamos en Hamlet; y en un trabajo sobre Shakespeare, por Jorge Brandes (1896), encuentro la declaración de que el drama fue compuesto inmediatamente después de la muerte del padre de Shakespeare (1601), esto es, cuando éste todavía estaba lamentando su pérdida, y durante un resurgimiento—como podríamos asumir en justicia— de sus propios sentimientos infantiles con respecto a su padre.

En **Tótem y tabú** (1912), estudió Freud las relaciones entre el dios y el animal sagrado o tótem destinado al sacrificio, encontrando en la imagen del padre el origen de estos fenómenos:

La reflexión de que, por su parte, es el tótem una sustitución del padre, nos evita toda más amplia discusión. Así, pues, el tótem sería la primera forma de tal sustitución del padre, y el dios, otra posterior y más desarrollada, en la que el padre habría recobrado la figura humana. Esta nueva creación, nacida de la raíz de toda la formación religiosa, o sea de la **añoranza del padre**, hubo llegado a ser posible una vez que con el transcurso del tiempo sobrevinieron modificaciones esenciales en la actitud con respecto al padre y quizá también con respecto al animal.

En **El malestar en la civilización** (1929), hace la siguiente declaración:

La derivación hacia la necesidad de una religión proviene del sentimiento de impotencia del niño, y el deseo que éste evoca por un padre me parece incontrovertible (...) No puedo señalar en la niñez ninguna necesidad tan fuerte como la de la protección del padre.

En **Moisés y la religión monoteísta** (1937), a través de fantasías desiderativas, Freud sigue proyectando, a manera de defensa, la imagen de un padre poderoso que él no tuvo:

**Aceptamos, pues, que el gran hombre influye de doble manera sobre sus semejantes: merced a su personalidad y por medio de la idea que sustenta.** Esta idea bien puede acentuar un antiguo deseo de las masas, o señalarles una nueva orientación de sus deseos, o bien cautivarlas aun en otra forma. A veces —y éste seguramente es el caso más primitivo— actúa sólo la personalidad, y la idea desempeña un papel muy insignificante. En todo caso, la causa de que el gran hombre adquiera, en principio, su importancia, no nos ofrece la menor dificultad, pues sabemos que la inmensa mayoría de los seres necesitan imperiosamente tener una autoridad a la cual puedan admirar, bajo la que puedan

someterse, por la que puedan ser dominados y, eventualmente, aun maltrados. La psicología del individuo nos ha enseñado de dónde procede esta necesidad de las masas. **Se trata de la añoranza del padre**, que cada uno de nosotros alimenta desde su niñez; del anhelo del mismo padre que el héroe de la leyenda se jacta de haber superado. **Y ahora advertiremos quizá que todos los rasgos con que dotamos al gran hombre no son sino rasgos paternos**, que la esencia del gran hombre, infructuosamente buscada por nosotros, reside precisamente en esta similitud. **La decisión de sus ideas, la fuerza de su voluntad, el poderío de sus acciones, forman parte de la imagen del padre**, pero sobre todo le corresponden la autonomía e independencia del gran hombre, su olímpica impavidez, que puede exacerbarse hasta la falta de todo escrúpulo. Se debe admirarlo, se puede confiar en él, pero es imposible dejar de temerlo. Habríamos hecho bien dejándonos llevar por el significado cabal de las palabras, pues ¿quién si no el padre pudo haber sido en la infancia el “hombre grande”!

En una carta que Freud le envió a Wilhelm Fliess el 15 de octubre de 1897, le informó sobre ciertas características y acontecimientos inherentes a su nana y al médico que lo atendió cuando pequeño:

Mi autoanálisis es, en efecto, lo más importante que tengo entre manos, y promete llegar a ser del mayor valor para mí si lo llevo hasta su término final. Cuando se hallaba en pleno curso quedó interrumpido de pronto durante tres días; tuve entonces esa sensación de estar internamente trabado, de la que tanto suelen quejarse los pacientes, y en realidad me sentí desolado . . .

Ominosamente, mi consultorio me deja todavía mucho tiempo libre.

Todo esto es tanto más valioso para mis propósitos cuanto que he podido hallar algunos asideros reales para esa historia. **Le pregunté a mi madre si todavía**

recordaba a mi niñera. “Naturalmente —me dijo—: una mujer de cierta edad, muy astuta por cierto. Solía llevarte a todas las iglesias, y cuando volvías a casa te ponías a predicar y a contarnos cómo maneja sus asuntos el buen Dios. Durante mi puerperio, después de haber nacido Anna (mi hermana, dos años y medio menor que yo), se descubrió que era una ladrona, y entre sus cosas encontramos todas las relucientes monedas y todos los juguetes que te habíamos regalado. Tu propio hermano Felipe fue en busca del policía, y luego la condenaron a diez meses.” ¿Te das cuenta hasta qué punto confirman todo esto las conclusiones de mi interpretación onírica? Pude explicarme fácilmente el único error posible. En efecto, yo te escribí que ella me había inducido a robar monedas para entregárselas; pero en realidad el sueño significa que ella misma había robado, pues la imagen del sueño era, efectivamente, el recuerdo de que yo le saco dinero a la madre de un médico, o sea que lo hago injustamente. La interpretación correcta sería que la vieja me representa a mí, y la madre del médico, a mi madre. Estaba tan lejos de saber que la vieja había sido una ladrona, que mi interpretación fue totalmente errada. **También interrogué a mi madre acerca del médico que habíamos tenido en Freiberg, pues tuve otro sueño lleno de animosidad contra él.** Al analizar el personaje del sueño tras el cual se ocultaba, se me ocurrió también cierto “profesor von K.”, que fue mi profesor de Historia en el liceo y quien no concordaba para nada con el sueño, puesto que yo había mantenido con él una relación indiferente o más bien cordial. Pero ¡ahora me cuenta mi madre que el médico de mi infancia era tuerto, y entre todos mis maestros el único tuerto fue el profesor von K.!

En *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), abundó sobre su autoanálisis, enfocando su atención en el sadismo de su hermanastro Felipe, quien debió representar una imagen poderosa y cruel para el pequeño Segismundo:

Quisiera mostrar ahora con un único ejemplo cómo por medio del procedimiento analítico puede adquirir sentido un recuerdo infantil que anteriormente parecía no poseer ninguno. Cuando, habiendo cumplido ya cuarenta y tres años, comencé a dirigir mi interés hacia los restos de recuerdos de mi infancia que aún conservaba, recordé una escena que desde largo tiempo atrás —yo creía que desde siempre— venía acudiendo a mi conciencia de cuando en cuando, escena que, según fuertes indicios, debía situarse cronológicamente antes de haber cumplido yo los tres años. En mi recuerdo me veía yo, rogando y llorando, ante un cajón cuya tapa mantenía abierta mi hermanastro, que era unos veinte años mayor que yo. Hallándonos así, entraba en el cuarto, aparentemente de regreso de la calle, mi madre, a la que yo hallaba bella y esbelta de un modo extraordinario.

Con estas palabras había yo resumido la escena que tan plásticamente veía en mi recuerdo, pero con la que no me era posible construir nada. Si mi hermanastro quería abrir o cerrar el cajón —en la primera traducción de la imagen era éste un armario— el por qué lloraba yo y qué relación tenía con todo ello la llegada de mi madre, eran cosas que se me presentaban con gran oscuridad. Estuve, pues, tentado de contentarme con la explicación de que sin duda se trataba del recuerdo de una burla de mi hermanastro para hacerme rabiarse, interrumpida por la llegada de mi madre. Esta errónea interpretación de una escena infantil conservada en nuestra memoria, es algo muy frecuente. Se recuerda una situación, pero no se logra centrarla, no se sabe sobre qué elemento de la misma debe colocarse el acento psíquico. Un esfuerzo analítico me condujo a una inesperada solución interpretativa de la imagen evocada. **Yo había notado la ausencia de mi madre** y había entrado en sospecha de que estaba encerrada en aquel cajón o armario. Por lo tanto, exigí a mi hermanastro que lo abriese, y cuando me complació, conven-

ciéndome de que mamá no se hallaba dentro, comencé a gritar y llorar. Este es el instante retenido por el recuerdo, instante al que siguió, calmando mi cuidado o mi ansiedad, la aparición de mi madre. Mas, ¿cómo se le ocurrió al niño la idea de buscar dentro de un cajón a la madre ausente? Varios sueños que tuve por esta época aludían oscuramente a una niñera sobre la cual se conservaban en mí algunas otras reminiscencias, por ejemplo, la de que me obligaba concienzudamente a entregarle las pequeñas monedas que yo recibía como regalo, detalle que también puede aspirar por sí mismo a adquirir el valor de un recuerdo encubridor sustitutivo de algo posterior. Ante esas indicaciones de mis sueños decidí hacerme más sencillo el trabajo interpretativo interrogando a mi ya anciana madre sobre la tal niñera y averigüé, entre otras muchas cosas, que la astuta y poco honrada mujer había cometido, durante el tiempo que mi madre había guardado cama, a raíz de un parto, importantes sustracciones domésticas y había sido después entregada a la justicia por mi hermanastro. Estas noticias me llevaron a la comprensión de la escena infantil, como si de repente se hubiera hecho luz sobre ella. La repentina desaparición de la niñera no me había sido indiferente y había preguntado su paradero precisamente a mi hermanastro, porque según todas las probabilidades me había dado cuenta de que él había desempeñado un papel en tal desaparición. Mi hermanastro, indirectamente, y entre burlas como era su costumbre, me había contestado que la niñera estaba "encajonada". Yo comprendí infantilmente esta respuesta y dejé de preguntar, pues realmente ya no quedaba nada que averiguar. Mas cuando poco tiempo después noté un día la ausencia de mi madre, sospeché que el perverso hermano la había hecho correr igual suerte que a la niñera, y le obligué a abrir el cajón. Ahora comprendo también por qué en la traducción de la visual escena infantil aparece acentuada la esbeltez de mi madre, la cual me debió entonces aparecer

como nueva y restaurada después de un peligro. Yo soy dos años y medio mayor que aquella de mis hermanas que nació por entonces, y al cumplir yo tres años, cesó mi hermanastro de vivir con nosotros.

Estudiemos estos rasgos biográficos que nos regala en la misma obra, al explicar los errores históricos que cometió en **La interpretación de los sueños** (1900):

El error de escribir Asdrúbal en vez de Amílcar, esto es, el nombre del hermano en lugar del nombre del padre, se produjo por una asociación con determinadas fantasías relacionadas con Aníbal, construidas por mi imaginación en mis años de colegial, y con mi disgusto por la conducta de mi padre ante los “enemigos de nuestro pueblo”. Podía haber proseguido y haber contado la transformación acaecida en mis relaciones con mi padre a causa de un viaje que hice a Inglaterra y en el que conocí a mi hermanastro, nacido de un anterior matrimonio de mi padre. Mi hermanastro tenía un hijo de mi misma edad, y mis fantasías imaginativas sobre cuán distinta sería mi situación si en vez de hijo de mi padre lo fuese de mi hermanastro, no encontraron, por lo tanto, obstáculo ninguno referente a la cuestión de la edad. Estas fantasías reprimidas fueron las que falsearon en el lugar en que interrumpí el análisis el texto de mi libro, obligándome a escribir el nombre del hermano en lugar del nombre del padre.

Atribuyo, asimismo, a la influencia de recuerdos referentes a mi hermanastro el haber retrasado en una generación la representación de un mitológico crimen de las deidades griegas. De las advertencias que mi hermanastro me hizo hubo una que retuve durante mucho tiempo en mi memoria. “No olvides —me dijo— para regir tu conducta en la vida, que perteneces, no a la generación siguiente a la de tu padre, sino a la otra inmediata posterior.” Nuestro padre se había vuelto a casar ya en edad avanzada y llevaba, por lo tanto, mu-

chos años a los hijos que tuvo en este segundo matrimonio. El error mencionado fue cometido por mí en un lugar de mi libro en el que hablo precisamente del amor entre padres e hijos.

En una carta que le escribió a su cuñada Minna Bernays en 1891, tiene unas palabras duras para con una sirvienta que cuidaba a su hija mayor; actitud que se antoja una fijación traumática regresiva a sus propias experiencias infantiles con Nany:

Añade a esto los horrendos métodos educativos que sigue la niñera (a la que pronto tendré que jubilar), combinados con **la blandura de nuestra Martha**, que no se atreve a reconvenir a la vieja, aunque ésta se meta en lo que no le importa. Mas creo que la criatura sobrevivirá a esta influencia y que algún día se acostumbrará a comportarse nuevamente como una niña de su edad.

En **La interpretación de los sueños** (1900), prosigue Freud relatando el carácter de dicha mujer:

Ahora, los otros sueños de las series están basados en la memoria de una niñera a la que me encomendaron durante una temporada, desde que yo era niño de pecho hasta los 2½ años, y de la cual una memoria vaga ha permanecido en mi conciencia. De acuerdo a una información que recientemente obtuve de mi madre, aquélla era vieja y fea, pero muy inteligente y cumplida; por lo que estoy justificado al deducir, de mis sueños, que no siempre me trataba bien, pues me hablaba duramente cuando yo demostraba insuficiente comprensión de las necesidades de limpieza. Ya que la criada se esforzaba en continuar mi educación al respecto, se merece ser tratada en mi sueño, como la encarnación de una vieja prehistórica. Se debe asumir, desde luego, que el niño quería a su maestra a pesar de su mal carácter.

Dicen los Bernfeld que Freud extrañó mucho a Nany cuando ésta se marchó de la casa.

En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), Freud nos relata el odio que tuvo hacia otra sirvienta, que parece ser el mismo odio regresivo hacia su nana, observándose en este recuerdo la relación que encuentra entre la criada y la muerte:

Inmediatamente me di cuenta de la **causa de la amnesia sufrida, causa que no era otra sino una antigua criada, de la familia en cuya casa me hallaba en aquel momento.** Esta criada se llamaba **Verónica**, en húngaro **Verona**, y me era extraordinariamente antipática por su repulsiva fisonomía, su **voz ronca y destemplada y la inaguantable familiaridad a la que se creía con derecho por los muchos años que llevaba en la casa.** También me había parecido insoportable la **tiranía** con que trataba a los hijos de sus amos. Descubierta esta causa de mi olvido, hallé en el acto la significación de los pensamientos sustitutivos.

Al nombre **Capua** había asociado en seguida **caput mortuum**, pues con frecuencia **había yo comparado la cabeza de Verónica a una calavera.**

Es evidente que los nietos de su padre, y medio sobrinos suyos que eran algo mayores que él, influyeron decisivamente en la mente de Freud, pues aparentemente tuvo que sufrirlos como si hubieran sido sus hermanos mayores. Interpretemos estas observaciones de Freud en torno a las relaciones infantiles entre hermanos:

El mayor maltrataba al menor, lo calumniaba y le robaba sus juguetes; el menor se consumía con furia impotente contra el mayor, envidiando y temiéndolo; y su impulso libertario más temprano y su primera rebelión contra la injusticia se dirigieron en contra de su opresor.

Al hablarnos de su sobrino Juan, un año mayor que él, nos dice Freud en **La interpretación de los sueños** (1900):

Hasta el final de mi tercer año habíamos sido inseparables, nos habíamos querido y nos habíamos peleado, y como ya lo había aludido (párrafo anterior), esta relación infantil determinó todos mis sentimientos posteriores en mi relación con personas de mi misma edad. Mi sobrino Juan desde entonces ha tenido muchas encarnaciones, las que han revivido uno y otro aspecto de un carácter inmutablemente grabado en mi memoria inconsciente. En ocasiones me debió haber tratado cruelmente, y me debí haber opuesto a mi tirano valientemente, pues años más tarde me recordaban de una breve alocución con la que me defendí cuando mi padre —abuelo de Juan— me llamó a cuentas: “¿Por qué le pegaste a Juan?”, a lo que respondí: “Le pegué porque me pegó.”

En **Introducción general al psicoanálisis** (1915-1917), leemos:

La posición de un niño en relación a hermanos y hermanas es de gran importancia para el curso de su vida posterior, factor que debe ser considerado en toda biografía.

Creo, pues, pertinente establecer a estas personas como las responsables de la configuración de la **imago matris** de Segismundo Freud. En **El porvenir de una ilusión** (1927), confirma el sabio vienés a las dos figuras más importantes de su vida:

La libido sigue los caminos de las necesidades narcisistas y se adhiere a aquellos objetos que aseguran la satisfacción de las mismas. De este modo **la madre, que satisface el hambre, se constituye en el primer objeto amoroso y, desde luego, en la primera protección con-**

**tra los peligros que nos amenazan desde el mundo exterior, en la primera protección contra la angustia, podríamos decir.**

Sin embargo, la madre no tarda en ser sustituida en esta función por el padre, más fuerte, que la conserva ya a través de toda la infancia. Pero la relación del niño con el padre entraña una singular ambivalencia. En la primera fase de las relaciones del niño con la madre, el padre constituía un peligro y, en consecuencia, inspiraba tanto temor como cariño y admiración.

Quizá ahora se pueda hacer más comprensible el sueño que Freud tuvo y que relató a su amigo Wilhelm Fliess en carta fechada el 3 de octubre de 1897, en el cual se representó una **imago matris** que aparentemente se constituye con algún rasgo propio de cada una de las personas que la configuraron, como son la vejez del padre, la fealdad y la dureza de la nana, la proyección narcisista de la madre, la justicia del hermano Felipe, etc.:

Exteriormente visto, muy poco es lo que me ocurre; pero lo íntimo es tanto más interesante. **Mi autoanálisis, que considero imprescindible para aclarar todo este problema, ha continuado en mis sueños durante los cuatro últimos días, suministrándome las conclusiones y las pruebas más valiosas.** En ciertos puntos tengo la impresión de haber tocado a un fin, y hasta ahora siempre supe en qué punto continuarían los sueños de la noche siguiente. Lo que más difícil me resulta es describirlo todo por escrito, y además, la descripción siempre sale demasiado extensa. **Únicamente puedo mencionarte que el viejo no desempeñó un papel activo en mi caso, si bien es cierto que proyecté sobre él una analogía de mí mismo; que mi "autora" (de mi neurosis) fue una mujer vieja y fea, pero sabia, que me contó muchas cosas de Dios y del infierno y me inculcó una alta opinión de mis propias capacidades; que más tarde (entre los dos años y los dos y medio)**

despertóse mi libido hacia **matrem** en ocasión de viajar con ella de Leipzig a Viena, viaje en el cual debemos de haber pasado una noche juntos, teniendo yo la ocasión de verla **nudam**. (En el caso de tu propio hijo, hace tiempo que has sacado las conclusiones al respecto, como un comentario tuyo me lo permite suponer.) Por fin, que recibí con los peores augurios y con reales celos infantiles a mi hermanito (un año menor que yo y muerto a los pocos meses), y que su muerte dejó en mí el germen de la culpabilidad. También conozco desde hace tiempo al cómplice de mis crímenes entre el año y los dos: fue un sobrino mío, un año mayor que yo, que ahora vive en Manchester y que nos visitó en Viena cuando yo tenía catorce. Parece que en ocasiones tratamos atrocemente a mi sobrina, un año menor. Este sobrino y aquel hermano menor determinaron no sólo la faz neurótica de todas mis amistades, sino también su intensidad. En cuanto a mi miedo de viajar, tú mismo has tenido ocasión de observarlo en plena expansión.

# SU ADAPTACION INCONSCIENTE A LA MUERTE POR HAMBRE

Quien ardió en sed  
sabe que el agua tiene  
voz de mujer.

Helcías Martán Góngora

El problema oral de Segismundo Freud, me parece que no ha sido tratado extensamente por nadie; quien pudo haberlo hecho fue Edmundo Bergler, pero sus razones personales tuvo para no adentrarse en el estudio de los conflictos psicopáticos de su maestro y amigo, a pesar de conocer y haber interpretado su obra como ninguno otro de sus discípulos y de haber tenido el privilegio de convivir con él durante sus últimos años en Viena, como asistente de director en la clínica psicoanalítica de Freud. En su trabajo **¿Realmente propugnaba Freud por una política de abstinencia en cuanto a la creatividad artística?** (1949), expresó Bergler:

No creo que un verdadero estudioso de Freud deba o pueda escribir una "explicación" del carácter psicológico de Freud. Sin embargo, lo que sí es permisible, es puntualizar las contradicciones de algunos de los puntos de vista de Freud, sugiriendo que comprenden algunos problemas personales, pero sin tratar de "explicar" a Freud.

Para mejor comprender el carácter de un individuo, es menester estudiar a los miembros más influyentes de su

**imago matris** en relación con la adaptación que tratemos, y como ahora nos concierne su adaptación oral primaria, ¿quién mejor que la madre de Freud para demostrar la transmisión neurótica efectuada por la falta o escasez de leche en la temprana infancia del niño?

En una carta fechada el 18 de septiembre de 1916, que le envió Freud a su recién casada hija y a su yerno, nos da un rasgo psicológico de su madre Amalia; rasgo netamente oral que es una defensa compulsiva contra el reproche de conciencia: "Tú deseas morir de hambre." Tal defensa es: "No, al contrario, ved cómo me preocupo por la alimentación." Veamos:

Muy bien, todo se hará como lo deseáis. Desde luego, me ilusiona enormemente la prometida visita, y por esta razón me abstengo de ejercer cualquier indebida influencia. Quizá mamá se preocupa sin motivo por el problema de la alimentación, y estoy seguro de que todo marchará como una seda.

Otro rasgo oral de la madre de Freud, fue su avaricia, que resulta ser un no dar leche o dinero, fenómeno pseudo-agresivo notado por Bergler, aunque Freud ya lo había observado al estudiar la fase anal. En carta que Freud le escribe a su hermano Alex, en 1918, menciona a Dolfi, hermana de ambos, la que permaneció soltera y vivía con su madre Amalia:

Cierta conversación que sostuve hoy con Dolfi me obliga a hacerte una sugerencia con el objeto de solucionar las dificultades de nuestra madre. Como sabes, es incapaz de acostumbrarse al nuevo valor del dinero. Por otra parte, se niega a dejar la administración financiera a Dolfi y la martiriza de manera indecible cada vez que hay que gastar algo. Y, por si fuera poco, a Dolfi ya no le quedan muchos ánimos.

Martin Freud, en su libro **Sigmund Freud. Hombre y padre** (1958), nos da cuenta de la adaptación inconsciente al

rechazo de su abuela Amalia, quien celebraba las fiestas cristianas y no las judías:

Pero siempre, a medida que iba atardeciendo, todos sentíamos una atmósfera de creciente incomodidad cuando a Amalia se le veía perturbada y ansiosa. Hay gente que cuando se siente nerviosa y alterada, trata de disimular su estado de ánimo con el propósito de no molestar a los demás, pero Amalia no era una de estas personas. Mi padre siempre llegaba a estas reuniones —no sé de ninguna ocasión en que la haya frustrado—, pero su día de trabajo era largo y siempre era el último en llegar. Amalia lo sabía, pero quizá era una situación que jamás pudo aceptar. Al poco rato se la veía correr ansiosamente a la puerta y salir a la entrada para mirar por la escalera. ¿Estará por llegar?, ¿dónde estará?, ¿no se estará haciendo muy tarde? Este entrar y salir podía prolongarse una hora, pero se sabía que cualquier intención de contenerla le producía ira, la que era mejor evitar mediante el disimulo. Y mi padre llegaba siempre casi a la misma hora, pero jamás en el momento en que Amalia lo esperaba en la entrada.

Al estudiar lo concerniente a la neurosis de la madre de Freud y, por ende, a sus defensas conduccionales, podemos inferir la posibilidad de que se trató de una mujer con problemas de frigidez. La mujer frígida se comporta como el hombre impotente al no dar placer sexual, como una venganza hacia su **imago matris**, en este caso su cónyuge, y en ocasiones repite en forma activa —no amamantando o amamantando escasamente a su cría— lo que sufrió en forma pasiva cuando a su vez tuvo problemas de alimentación en su infancia. Esta repetición compulsiva inconsciente es la responsable de la concatenación neurótica de las familias y los pueblos, y el nódulo de esta repetición está en el fenómeno de identificación positiva o negativa que todo neurótico relaciona a sus adaptaciones masoquistas. El fenómeno

repetitivo lo observó Freud en el capítulo VI —**La elaboración onírica**— de **La interpretación de los sueños** (1900), al referirse a la conducta de su nieto de 3 años de edad:

Jugaba ya a estar fuera (a irse) con sus juguetes, juego que se hallaba enlazado con la primera victoria sobre sí mismo, o sea la de dejar que su madre se marchara sin él protestar con una rabieta.

A través de esta observación descubrió Freud que la reproducción activa de un acto sufrido pasivamente podía ser dolorosa, contraviniendo así la teoría del principio erótico; lo que consignó en **Más allá del principio del placer** (1920):

La interpretación del juego quedaba así facilitada. Hallábase el mismo en conexión con la más importante función de cultura del niño, esto es, con la renuncia al instinto (renuncia a la satisfacción del instinto) por él llevada a cabo al permitir sin resistencia alguna la marcha de la madre. **El niño se resarcía en el acto poniendo en escena la misma desaparición y retorno con los objetos que a su alcance encontraba.** Para la valoración afectiva de este juego es indiferente que el niño lo inventara por sí mismo o se lo apropiara a consecuencia de un estímulo exterior. (. . .) **La marcha de la madre no puede ser de ningún modo agradable, ni siquiera indiferente, para el niño. ¿Cómo, pues, está de acuerdo con el principio del placer el hecho de que el niño repita como un juego el suceso penoso para él? (. . .)** Considerándolo imparcialmente, se experimenta la impresión de que ha sido otro el motivo por el cual el niño ha convertido en juego el suceso desagradable. **En éste representaba el niño un papel pasivo, era el objeto del suceso, papel que trueca por el activo repitiendo el suceso, a pesar de ser penoso para él como juego.**

Fue de tal importancia esta observación freudista, que dio paso a toda una serie de aplicaciones al plano psicoana-

lítico, provocando estudios tan sólidos como el de **El complejo del pecho en el varón** (Eidemberg-Bergler, 1929) y el de **Transferencia y amor** (Jekels-Bergler, 1933). Mediante el síntoma repetitivo se indujo el carácter de la adaptación petrificada inconsciente. Refiriéndose a Freud, dice Bergler en **La neurosis básica** (1949):

Al introducir la idea de la “repetición compulsiva inconsciente”, que se efectúa más allá e independientemente del principio del placer, aclaró el porqué la mente neurótica se aferra a la repetición con tal tenacidad. Partiendo de esa concepción se deduce la razón por la cual toma tanto tiempo la discontinuación de reproducciones activas provenientes de experiencias pasivas en la neurosis de transferencia.

Averigüemos ahora otros indicios orales de Freud. En **Recuerdos encubridores** (1899), se nos presenta con un relato autobiográfico, el que disfrazó mediante un diálogo imaginario con uno de sus pacientes. Entre sus recuerdos, que de manera velada podrían encubrir otros más profundos y reprimidos, relató uno en que jugaba con sus medios sobrinos que eran más o menos de su edad, o sea de dos o tres años:

Estamos recogiendo flores amarillas y cada cual sostiene su ramillete. La niña sostiene el mejor, y como si estuviéramos de acuerdo los dos niños nos echamos sobre ella y se lo arrebatamos. Ella corre por el prado llorando, y una campesina le da un pedazote de pan negro, para consolarla. Cuando vemos esto, tiramos las flores y corremos a la casa para que también a nosotros se nos dé pan, el que nos es dado. La campesina cortó el pan con un gran cuchillo. Recuerdo que el pan estaba delicioso. En este momento se corta la escena.

¿Qué misterios encubre este recuerdo alucinante? Desde luego se advierte la conducta sádica con que los dos varones solían tratar a la niña a la que según le decía Freud a Fliess,

“tratamos atrocemente”. En este caso le arrebataron sus flores y la rechazaron, repitiendo activamente lo que pasivamente habían sufrido con anterioridad. En este caso se induce la adaptación reprimida al rechazo oral, de Freud, con la consiguiente defensa: “No deseo ser rechazado el alimento, al contrario, le dan pan a la niña con la que me identifico, además a mí también me dan pan a pesar de mi agresividad al haber arrancado el ramillete de sus manos, pero es un pan que cortan con un cuchillo que me atemoriza.” En esta última fase se observa el temor de castración que se resuelve con el temor de ser devorado por la madre; temor que se convirtió en la adaptación inconsciente masoquista, que a su vez provocó la conducta sádica del arrebatamiento.

En este mismo ensayo declaró que cuando su padre y su hermanastro insinuaron su casamiento con su media sobrina Paulina, se negó, explicando:

Era yo esclavo de mis libros.

¿Habría mejor pan negro que las letras de imprenta?

En carta que le envió a Wilhelm Fliess el 21 de diciembre de 1899, al relatarle un caso neurótico, expresó:

Me ha demostrado en mi propia carne la verdad de mis teorías al ofrecerme como un giro sorprendente (de su análisis. I.) la solución de mi antigua fobia a los ferrocarriles, una solución que se me había sustraído por completo . . . Mi fobia habría sido, pues, una fantasía de pauperización o, mejor, una fobia al hambre, dependiente de mi gula infantil y provocada por la falta de dote de mi mujer (circunstancia de la que me enorgullezco). De todo esto ya oirás más en nuestro próximo congreso.

El hecho de que Freud se defendiera con su “fobia al hambre” y su “gula infantil”, nos revela su adaptación in-

consciente a la idea de morir de hambre, adaptación que también se confirma por la resistencia que siempre hizo a tratar a fondo la etapa oral, lo que provocó que desviara su atención hacia el complejo de Edipo.

Ahora bien, basado en los escasos conocimientos que tenía de sí, se lanzó Freud, cual Quijote, a buscar las aventuras por el antiguo y conocido campo de la psicología. Con una armadura antigua y remendada, y un caballo flaco pero brioso se enfrentó con los muchos gigantes y enemigos que encontró por el camino, pero al caer vencido varias veces por tierra, decidió acometer de nuevo con prudencia y sobre todo describir y pintar hasta los más nimios detalles de los fenómenos que confrontaba a su paso. Las armas edípicas eran armas endebles, mas no contaba con otras al principio. En **Introducción general al psicoanálisis** (1915-1917), Freud profetizó lo siguiente:

Es nuestro derecho, sí, y nuestro deber, insistir en nuestras investigaciones sin importar la ganancia inmediata que se logre. Día vendrá, dónde y cuándo no sabemos, en que todo conocimiento, por pequeño que sea, será convertido en poder y en fuerza terapéutica.

En su forma de pensar, Freud estaba siguiendo a Lessing (1729-1781) quien, en su **Eine Duplik**, dijo:

No es la verdad, cuya posesión ninguna persona tiene o cree tener, sino el esfuerzo honesto para encontrar dicha verdad, lo que constituye la valía del hombre. Pues no es mediante la posesión sino a través de la investigación de la verdad que el poder del hombre se agranda, y en esto sólo consiste su continua perfección. La posesión engendra calma, pereza y orgullo.

Freud intuyó el fenómeno oral en toda su amplitud, mas por razones probablemente inconscientes, siempre atribuyó el núcleo de las neurosis a la fase edípica. A pesar de sufrir la angustia de no tomar a Roma después de haberla venci-

do, como le ocurrió a Aníbal, siempre consignó en sus obras muchos ejemplos clínicos y el fundamento de su teoría de la libido es esencialmente de carácter oral. En **Más allá del principio del placer** (1920), declaró:

El psicoanálisis, que no podía dispensarse sin algún tipo de hipótesis en cuanto a los instintos, se adhirió, para empezar, al dicho popular típicamente representado por la frase **hambre y amor**.

En **El malestar en la civilización** (1929), puntualizó:

Y una teoría sobre los instintos era tan indispensable para el resto, que algo tenía que ser adoptado en su lugar. En mi perplejidad absoluta al principio, tomé como mi punto de partida el aforismo del poeta-filósofo Schiller de que el hambre y el amor hacen girar al mundo. El hambre serviría para representar los instintos de conservación del individuo; el amor buscaría los objetos: su función principal, que favorece la naturaleza, es la preservación de las especies.

Claro está que el último pie del aforismo de Schiller fue tomado del libro VI de **Las Leyes**, de Platón, en donde leemos:

Veo que, respecto a los hombres, todo se reduce a tres clases de apetitos y necesidades; que de su buen uso nace la virtud; y el vicio, del uso contrario. Las dos primeras necesidades, los dos primeros apetitos, son en nosotros los de **comer y beber**; nacen con nosotros y producen en todo animal un cierto deseo natural, lleno de impetuosidad, incapaz de escuchar al que diga que es preciso hacer algo más que satisfacer la inclinación y el deseo que nos arrastra hacia esos objetos y librarse a todo trance del tormento que causan. La tercera y más grande de nuestras necesidades, como igualmente el más vivo de nuestros deseos, es el de **la propagación**

**de nuestra especie;** no se declara sino después de los otros; pero a su aproximación el hombre se ve envuelto en el acceso de una fiebre ardiente, que le saca fuera de sí mismo y le abrasa con una extrema violencia. Tales son las tres enfermedades que arrastran al hombre a lo que se llama placer, y de cuya influencia debemos sacudirnos, para encaminarnos a la virtud, haciendo un esfuerzo para dominarlas, extinguir su ardor y contenerlas en su carrera por medio de los tres remedios más poderosos que hay, que son el temor, la ley y la recta razón, a los que debe unirse el auxilio de las musas y el de los dioses que presiden a los combates.

A su teoría de la libido quiso Freud desde un principio darle una significación netamente oral, como se comprueba por la carta que envió a Jung el 19 de diciembre de 1909, y que tomamos del libro **Cartas Freud-Jung**:

Primero, su dificultad concerniente a “mi libido”. En el primer párrafo de **Teoría de la sexualidad** (1905) hay una definición clara a la que no hay que cambiar nada: Es análoga a la de hambre y para la cual, en el contexto sexual, el idioma alemán no tiene una palabra adecuada, excepto la ambigua **deseo**.

En el párrafo aludido se lee:

Para explicar las necesidades sexuales del hombre y del animal, supone la biología la existencia de un “instinto sexual”, del mismo modo que supone para explicar el hambre un instinto de nutrición. Pero el lenguaje popular carece de un término que corresponda al de “hambre” en lo relativo a lo sexual y la ciencia usa en este sentido la palabra **libido**.

Ya en 1895, en un manuscrito sobre la melancolía que se encontró entre la correspondencia que envió a Fliess, Freud dijo:

La neurosis alimentaria paralela a la melancolía es la anorexia. La tan conocida anorexia nerviosa de las adolescentes me parece representar, tras detenida observación, una melancolía en presencia de una sexualidad rudimentaria. La paciente asevera no haber comido simplemente porque no tenía apetito, y nada más. Pérdida de apetito equivale, en términos sexuales, a pérdida de la libido.

El nexa oral con la libido podemos contemplarlo en esta copla de Manuel Machado (1874-1947):

Estoy enfermo de ti,  
de curar no hay esperanza  
que en la sed de este amor loco  
tú eres mi sed y mi agua.

José Santos Chocano (1875-1934), compuso la letra para un yaraví que intituló **El río, el humo y la mujer**, en donde podremos apreciar el mismo nexa:

El río que huye  
se lleva mi sed:  
me deja en el cántaro un poco de su agua;  
y se echa a correr...

El humo se lleva  
mi hambre, alargándose en una espiral;  
me deja el alegre fogón ya encendido;  
y se echa a volar...

¡Río de mi tierra!...  
¡Humo de mi hogar!...

¡Oh, mujer voluble  
que vienes y vas!

Te llevas tú, en cambio,  
mi última ilusión;  
y, ágil más que el río, leve más que el humo,  
hambre y sed me dejas en el corazón...

Si Freud en un principio observó la relación de la oralidad con la sexualidad, como hemos demostrado, ¿qué lo indujo a basar la teoría psicoanalítica en el complejo de Edipo?

La opinión que me he forjado, mediante el estudio analítico de sus obras, señala claramente la aversión de su medio hacia lo sexual, que en resumidas cuentas no pudo ser reprimido en la conciencia de Freud; pero, sin embargo, su medio logró reprimir en él, en forma sustitutiva, casi todo lo concerniente a la fase oral, con lo que se confirma una vez más la relación de lo oral con lo sexual.

En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), hay tres cartas que nos pueden ilustrar al respecto. Una es la carta de Freud a Abraham, del 11 de octubre de 1908:

El viernes por la tarde vuestro jefe (Eugenio Bleuler) y su esposa fueron mis invitados. Estuvieron muy amables, tanto como el distanciamiento de él y la aceptación de ella lo permitieron. El todavía no había leído **Sueños y mitos**. Ambos trataron de tomarme por asalto y persuadirme de que no hablara de "sexualidad" en el sentido vulgar. Todas las resistencias y malos entendimientos cesarían entonces. Contesté que yo no podía utilizar esos remedios caseros; además, que ni ellos mismos podían sugerir algún otro nombre.

La segunda es carta a Freud, del 7 de abril de 1909, en la que Abraham alude a un trabajo de Jung:

¿Es usted, casualmente, también de la opinión de que el padre es tan predominante? Definitivamente es la madre en algunos de mis análisis; en otros, uno no puede decidir si es el padre o la madre quien juega el papel más importante. Me parece que esto depende mucho de las circunstancias individuales.

La última es carta del 3 de junio de 1912, en la que Freud se resiste a aceptar la teoría de Abraham:

He leído su estudio egipcio con el placer que siempre experimento con su forma de escribir y de pensar, y desearía hacerle solamente dos críticas o sugerencias de cambio. En primer lugar expresa usted el punto de vista de que cuando la madre es particularmente importante, el conflicto con el padre toma formas más leves. No tengo evidencia de esto, y debo asumir que usted ha tenido experiencias particulares al efecto. Como el asunto no me es claro, ¿puedo pedirle que reconsidere ese pasaje?

Uno de los síntomas inequívocos de adaptación inconsciente al gozo con el rechazo oral, es el de la escritura. Edmundo Bergler es el psicoanalista que indujo científicamente la causa del deseo de escribir, versificar, componer música o realizar cualquiera otra actividad estética. Estos fenómenos mentales se desarrollan conscientemente mediante la curiosidad y el exhibicionismo llevados, por lo general, a un extremo de tipo maniático. En **La neurosis básica** (1949), dijo lo siguiente:

El problema básico de los escritores es un conflicto oral-masoquista con una peculiaridad defensiva en su solución original. De acuerdo con mi concepto, el tipo de oralidad neurótica del escritor no es de voracidad o de deseo de obtener repitiendo una situación madre-hijo, sino más bien un rencoroso deseo de independencia oral. Así, el artista se identifica con la madre generosa actuando una defensa pseudoagresiva hacia ella, de esta forma eliminándola. Logra placer oral para sí mediante bellas palabras e ideas, siendo ello en sentido profundo, un deseo de refutar a la cruel madre predípica y las decepciones masoquistas experimentadas a través de ella, estableciendo una autarquía y representando un "gesto mágico". La solución peculiar del escritor (y de todo verdadero artista) la resuelve en el hecho de que él —y nadie más que él—, durante su estado de productividad, representa ambos papeles (madre e hijo) en sí mismo.

Los escritores desarrollan su actividad literaria por una necesidad interior de resolver un conflicto inconsciente a través del medio sublime de la escritura. El "conflicto" es la adaptación inconsciente al deseo de ser muertos de hambre o de sed, y la "necesidad interior" es la defensa contra dicho conflicto, al darse para sí bellas palabras e ideas (leche).

Ahora bien, la necesidad interior de escribir se resuelve actuando de manera activa como reacción a un recuerdo oral inconsciente de pasividad e indefensión, por lo cual surge un "gesto mágico", o sea, una repetición compulsiva que deviene consciente en el momento de escribir. Es evidente que esta defensa se realiza también en toda clase de artistas quienes frecuentemente atribuyen su capacidad estética a un don divino o a una posesión espiritual. Demostremos con algunos ejemplos clásicos la propensión de los escritores a simbolizar el agua (leche) en sus metáforas. En **Filebo** se pregunta Sócrates:

¿No somos los portadores del cáliz? Y aquí hay dos fontanas que están fluyendo a nuestro lado: la del placer, puede parecerse a una fuente de miel; la otra, de sabiduría, es un trago moderado en el que no se mezcla ningún vino, de agua insípida pero saludable; con ambas debemos tratar de hacer la mejor de las combinaciones.

Veamos lo que dijo el mismo filósofo en **Ion**:

Todos los buenos poetas, épicos o líricos, componen sus bellas poesías, no por arte, sino por inspiración y posesión. Y así como alegres coribantes que se alocan cuando bailan, también los poetas líricos no están muy cuerdos cuando componen sus ingeniosos trabajos; pero cuando caen bajo el influjo de la música y el metro se inspiran y poseen, como las bacantes que liban leche y miel de los ríos cuando están bajo la influencia de Dionisio, mas no cuando están en sus sentidos.

En el libro IV de **Las Leyes** dice Platón:

El poeta, de acuerdo con la tradición que ha prevalecido entre nosotros, y es aceptada por todos, no está cuerdo, sino como una fuente permite que fluya lo primero que recibe.

En una de las versiones del **Romance del Conde Claros**, podemos observar cómo el escritor puede también fluir tristezas bellas:

—Si la infanta está preñada  
 caso es que parirá.  
 Vino tiempo y pasó tiempo,  
 que la sacan a quemar,  
 con quince carros de leña  
 y más que van a buscar.  
 —Quién tuviera un criadito,  
 criadito de mi pan,  
 que me llevase una carta  
 a don Carlos de Montealgar.  
 —Escribela, mala hembra,  
 que yo te la iré a llevar.  
 Una la escribió con tinta  
 y otra con sangre leal,  
 y otra la escribió con leche  
 porque viera su pesar.

Consigna Menéndez y Pelayo en el tomo I de su **Historia de las ideas estéticas en España**, un fragmento del texto del privilegio concedido por Juan I de Aragón (1350-1395) a Luis de Aversó y a Jaime March para fundar en Barcelona el Consistorio del Gay Saber:

Conocemos los efectos y la esencia de este saber, que se llama ciencia **gaya** o **gaudiosa**, y también arte de trovar, el cual, resplandeciendo con purísima, honesta y natural facundia, instruye a los rudos, excita a los desidiosos y a los torpes, atrae a los doctos, dilucida lo obscuro, saca a luz lo más oculto, alegra el corazón, aviva la mente, aclara y limpia los sentidos, **nutre a los**

**pequeñuelos y a los jóvenes con su leche y su miel**, y los hace en sus pueriles años anticiparse a la modestia y gravedad de la cana senectud, infundiéndoles con versos numerosos templanza y rectitud de costumbres, aun en el fervor de su juvenil edad, al paso que recrea delectosamente a los viejos con las memorias de su juventud: arte, en suma, que puede llamarse “aula de las costumbres, socia de las virtudes, conservadora de la honestidad, custodia de la justicia, brillante por su utilidad, magnífica por sus operaciones, arte que da frutos de vida, prohíbe lo malo, endereza lo torcido, aparta de lo terreno y persuade lo celestial y divino: arte reformadora, correctora e informadora, que consuela a los desterrados, levanta el ánimo de los afligidos, consuela a los tristes, **y reconoce y nutre como hijos suyos a los que han sido criados a los pechos de la amargura, e imbuyéndolos en el néctar de su fuente suavísima**, los hace, por sus excelentes versos, conocidos y aceptos a los Reyes y a los Prelados.

Recordemos la esencia de que se alimentaba Nicolás Maquiavelo (1469-1527):

Al caer la noche, vuelvo a casa y entro en mi estudio, en cuyo umbral me despojo de aquel traje de la jornada, lleno de lodo y lamparones, para vestirme ropas de corte real y pontificia; y así ataviado honorablemente, entro en las cortes antiguas de los hombres de la Antigüedad. Recibido de ellos amorosamente, **me nutro de aquel alimento que es privativamente mío, y para el cual nací**. En esta compañía, no me avergüenzo de hablar con ellos, interrogándolos sobre los móviles de sus acciones, y ellos, con toda humanidad, me responden. Y por cuatro horas no siento el menor hastío; olvido todos mis cuidados, no temo la pobreza ni me espanta la muerte: a tal punto me siento transportado a ellos todo yo (**tutto mi trasferisco in loro**). Y guiándome por lo que **dice Dante, sobre que no puede haber**

ciencia si no retenemos lo que aprendemos, he puesto por escrito lo que de su conversación he apreciado como lo más esencial, y compuesto un opúsculo **De principatibus**, en el que profundizo hasta donde puedo los problemas de este tema: qué es la soberanía (**principato**), cuántas especies hay, y cómo se adquiere, se conserva y se pierde.

Lope de Vega (1562-1635), en **Fuente Ovejuna**, por boca de Mengo, asocia la ingestión con la compulsión poética:

Pienso yo  
 una cosa de esta secta.  
 ¿No habéis visto un buñolero,  
 en el aceite abrasando  
 pedazos de masa echando  
 hasta llenarse el caldero?  
 ¿Que unos le salen hinchados,  
 otros tuertos y mal hechos,  
 ya zurdos y ya derechos,  
 ya fritos y ya quemados?  
 Pues así imagino yo  
 un poeta componiendo,  
 la materia previniendo,  
 que es quien la masa le dio.  
 Va arrojando verso aprisa  
 al caldero del papel,  
 confiado en que la miel  
 cubrirá la burla y risa.  
 Mas poniéndolo en el pecho,  
 apenas hay quien los tome;  
 tanto que sólo los come  
 el mismo que los ha hecho.

En la obra de Goethe (1749-1832), Fausto le pregunta a Wagner:

¿Crees tú que un árido pergamino es la fuente sagrada que, con sólo beber un trago de ella, apague la sed para siempre?

José de Espronceda (1808-1842), declara en **El diablo mundo** cómo se desarrollaba el fenómeno de su inspiración:

En la mente, lector, se abre un postigo,  
sale una idea y el licor escancia  
que brota el labio y que la pluma vierte,  
y en palabras y frases se convierte.

Salvador Rueda (1857-1933), en **Discurso de Afrodita**, expresó:

Si Venus Afrodita hablase un día,  
dijera así: "Sed, pechos maternos,  
sagrados y serenos manantiales  
de paz, de amor, de leche y de poesía."

Manuel de Góngora, en el poema **Voz y tono**, relaciona claramente la compulsión estética con su recuerdo oral infantil:

Yo quiero, verso mío  
que seas rútilo y claro  
como luna de enero,  
como agua de remanso;  
rico a la vez y sobrio,  
viril y apasionado,  
como una encina, fuerte,  
y libre como un pájaro.  
Yo quiero, verso mío,  
que brotes limpio y casto  
cual del materno pecho  
fluye el licor sagrado.

Pablo Neruda (1904-1973), relacionó las palabras y la leche en su poema **Sabor** (1933):

De conversaciones gastadas como usadas maderas,  
con humildad de sillas, con palabras ocupadas  
en servir como esclavos de voluntad secundaria,  
teniendo esa consistencia de la leche...

Veamos lo que Carlos Edmundo de Ory, intuyó en su poema **Las palabras**:

Palabras que el poeta hurtó del árbol  
 del dulce verbo celestial, divinas.  
 Que el poeta mamó divinas siempre,  
 del silencio purísimo engendradas.

Como hemos podido observar, el fluir de las palabras, el acervo literario o artístico y otras manifestaciones sublimes de la mente humana tienen una relación inconsciente con la memoria del primer acto placentero del ser humano después de nacer, o sea el acto de extraer mediante una succión rítmica, la segregación láctea de las glándulas mamarias de la madre. Esta relación inconsciente fue también advertida por Edmundo Bergler en cientos de casos clínicos en los cuales la propensión a los menesteres artísticos coincidía con otros síntomas sexuales de base oral. Bergler en su ensayo **El psicoanálisis de los escritores y de la productividad literaria** (1947), recopilado en **Selected papers**, consignó las defensas orales del escritor:

Esta identificación de leche y palabras aparenta ser grotesca; pero sin embargo los ejemplos del material clínico sirven de evidencia de que las inhibiciones de trabajo de los escritores pueden ser resueltas, si su odio relacionado con “la negación de las palabras” puede ser cambiado por el de “ofrecimiento de las palabras”. Desde luego esto sería imposible sin una solución analítica de la fijación preedípica hacia la madre.

La negación constante del apego masoquista es la solución específica que el escritor demuestra inconscientemente, siendo un intento de “autocuración”. Esta gente niega interiormente el deseo de ser rechazada, mediante la identificación con la madre “alimentadora”, eliminando al mismo tiempo la idea de la madre, debido a una agresión interior. (...) El razonamiento sería así: “No es verdad que yo desee ser frustrado y rechazado por mi madre; mi madre ni siquiera existe. Yo, autárquicamente, me proveo de todo.” Bellas palabras e ideas que sustituyen a la leche, fluyen de la pluma del escritor. De esta manera el escritor se vuel-

ve el proveedor, actuando el papel de la madre surtidora y a la vez en el del niño receptor. Cuando este mecanismo de negación sirve, el escritor es productivo, pero cuando la negación pseudoagresiva no es lo suficientemente poderosa como para contrariar el apego masoquista que trata de encubrir como un mecanismo de defensa, el escritor es estéril.

En una carta que Freud le envió a Hans Sachs el 11 de julio de 1938 y que el segundo consignó en su libro **Freud, maestro y amigo** (1944), leemos:

Su proyecto para una nueva **imago** en lengua inglesa, en América, no me agradó en principio. La razón fue que habíamos decidido no permitir que la luz se extinguiera completamente en Alemania; con este propósito en mente planeamos llamar en nuestra ayuda a una editorial neutral o inglesa, que publicara un nuevo periódico como heredero de los dos desaparecidos, con ambos nombres en el título. No me pareció práctico crear otra **imago** hermana que cortara el agua o, para expresarlo más apropiadamente, que se bebiera nuestra leche.

Veamos lo que dijo Nietzsche (1844-1900) en **El más feo de los hombres en Así habló Zaratustra**:

Quiero rumiar durante largo tiempo sus palabras, como si fueran buenos granos; ¡mis dientes deberán desmenuzarlas y molerlas hasta que fluyan a mi alma como leche!

Freud, como los poetas, se dejaba arrastrar por su inspiración; mas la suya, la mayoría de las veces, era una inspiración domesticada a obedecer los preceptos y las normas de investigación científicos. Al principio, muchos dolores de cabeza padeció el sabio vienés por no refrenar sus intuiciones geniales, pero incomprensibles para las gentes de su

época. Este hombre fue adquiriendo conocimientos en el campo de la psicología a base de enfrentarse contra fuerzas visibles e invisibles. En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), vemos una carta fechada el 11 de diciembre de 1914, en la que Freud le habla a Karl Abraham de su compulsión literaria:

Después de algunos buenos resultados, mi propio trabajo se ha sumergido en la oscuridad; prosigo porque uno no puede permanecer sin hacer algo (**quehaceres**, como dicen los españoles), pero frecuentemente sin entusiasmo y sólo con una esperanza ligera de resolver los muy difíciles problemas. Mi manera de trabajar solía ser diferente, esperaba a que me llegara una idea. Ahora voy en busca de ella, y no sé si por esto, la encuentro más rápidamente.

Esta misma compulsión la confirma Freud en carta que envió a Lou Andreas-Salomé el 28 de julio de 1929, en la que comenta acerca de su propio libro, **El malestar en la civilización** (1929):

Me parece, sin duda con razón, algo totalmente superfluo, comparado con otras obras anteriores que solían proceder siempre de una perentoria necesidad interior.

Aquí recordamos a Juana Inés de Asbaje (1648-1695), quien dijo en su **Respuesta a Sor Filotea**:

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena (. . .) Desde que me cayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones —que he tenido muchas—, ni propias reflejas —que he hecho no pocas—, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí.

Breuer observó la conducta compulsiva de los histéricos en el capítulo **Ideas inconscientes e ideas inadmisibles a la**

**conciencia. Escisión mental**, de su **Teórica**, en el libro **Estudios sobre la histeria** (1895):

Ciertos grupos de ideas particulares constantemente irrumpen en la mente del paciente, con cierto grado de compulsión, y entonces aquél se ve obligado a pensar en ellas.

En el capítulo **La disposición innata. Desarrollo de la histeria**, de la misma obra, confirmó sus investigaciones:

Los adolescentes que más tarde se vuelven histéricos, son por lo general dinámicos, talentosos y propensos a las actividades intelectuales antes de caer enfermos. Su energía volitiva es extraordinaria. Entre éstos se incluyen muchachas que se levantan secretamente por las noches para proseguir con algún estudio que sus padres les han prohibido por miedo a que se fatiguen.

La poderosa y vehemente inclinación que tenía Segismundo por las letras, la observó también en otros literatos en **La interpretación de los sueños** (1900):

La hazaña literaria, como tal, procede de las mismas fuerzas psíquicas que son responsables de todos esos logros durante el día. Probablemente estamos demasiado inclinados a exagerar el carácter consciente, hasta de la producción intelectual y artística. De los informes de ciertos escritores altamente fecundos como Goethe y Helmholtz, aprendemos que las partes más esenciales y originales de sus creaciones les llegaron en forma de inspiraciones, y que se ofrecieron dichas partes a su conciencia en un estado casi completo.

Freud también hizo referencia a Schiller (1759-1805), poeta que tanto filosofó sobre la creación estética, explicando su actividad como un efecto de la lucha de la conciencia:

Vosotros, valiosos críticos, o como os llaméis, os avergonzáis y teméis a la momentánea o pasajera locura que se encuentra en todos los verdaderos creadores.

En **Historia de las ideas estéticas en España**, Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) consignó el pensamiento de Schelling (1775-1854) al respecto:

El producto del arte depende de la oposición entre la actividad consciente y la actividad **inconscia**, pero con la realización del producto desaparece toda lucha.

Hartman (1842-1906), que al igual que Schelling es mencionado por Freud en su obra onírica, fue otro de los precursores del psicoanálisis. Interpretemos su pensamiento a través de don Marcelino:

Lo bello es creado y sentido por lo inconsciente. Lo inconsciente hace penetrar un rayo de belleza en todo lo que existe; enciende la inspiración genial y, presente en todo, aunque invisible, dirige las resultantes de las fuerzas físicas, a objetos determinados.

En **Más allá de lo bueno y lo malo**, Nietzsche (1844-1900), dijo:

Después de haber contemplado durante largo tiempo entre las líneas y los dedos de los filósofos, me he dicho: Con mucho, la mayor parte del pensamiento consciente debe todavía ser incluido entre las actividades instintivas, y esto también abarca al pensamiento filosófico. Tendremos que aprender de nuevo aquí, cómo hemos tenido que reaprender acerca de la herencia y de lo que es "innato". Como el acto de nacer no merece ninguna consideración en todo el proceso y procedimiento de herencia, de la misma manera "estar consciente" no es, en ningún sentido decisivo, lo opuesto a

lo que es instintivo: La mayor parte del pensamiento consciente del filósofo está secretamente guiado y compelido hacia ciertos canales por sus instintos.

Ya que ni siquiera los filósofos pueden sustraerse del todo a sus actos compulsivos, observemos a los estetas que se dejan arrastrar por sus pasiones. Pablo Picasso demostró este carácter al decirle al fotógrafo Brassai:

Para saber lo que uno quiere dibujar, hay que empezar por dibujarlo. Si resulta hombre, dibujo un hombre; si resulta mujer, dibujo una mujer.

En **Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos** (1964), Pablo Neruda relata cómo escribió su poema **El hondero entusiasta**:

Frente a la ventana había un río y una catarata de estrellas que me parecían moverse. Yo escribí de alguna manera delirante algún poema, llegando, tal vez, como en uno de los pocos momentos de mi vida, a sentirme totalmente poseído por una especie de embriaguez cósmica.

León Felipe en **¡Oh, este viejo y roto violín!**, intituló un poema **No tengo originalidad**. Veamos un fragmento:

No soy el poeta,  
soy un pobre ignorante  
nacido de la tierra  
y que apenas sabe su lección.  
Pero alguien me apunta  
y a veces oigo unas palabras  
que rasgan las sombras  
y me deslumbran

Como respuesta a la pregunta de cómo describiría su tarea de escritor, Félix Martí Ibáñez declaró en su ensayo editorial **Lo que no dije en la "entrevista conmigo mismo"** (**MD en Español**, enero de 1975):

**Como una pasión, una fiebre, un impulso incontenible, una necesidad tan vital como lo es el respirar.** A los cuatro o cinco años de edad ya emborronaba papeles y cuadernos con relatos novelescos, casi siempre de aventuras en el Far West o en el Africa y con héroes que llevaban nombres norteamericanos. Desde entonces mis armarios fueron acumulando manuscritos de cuentos, novelas y artículos, terminados o dejados a la mitad para ceder el paso, como un caballero cortés lo hace con una dama ante una puerta, a la entrada de una idea nueva. Mi emoción fue el ver publicados, cuando aún era niño, en una revista mis primeros cuentos, a los que siguieron después los **miles de artículos que he publicado en España, en esta nación, en Hispanoamérica y Oriente.**

El poeta de la sed, Helcías Martán Góngora, plasmó en su poema **Cuaderno**, de su libro **Música de percusión**, la defensa compulsiva oral:

Al despertar del más largo silencio,  
 releo las palabras escritas en el sueño.  
 ¿Quién guiará mis manos  
 sobre las hojas del cuaderno?  
 La luz y el viento son las claves.  
 Sangre y savia en alterno movimiento.  
 La melodía de los coros oceánicos,  
 yo la bebí en el seno materno,  
 antes de ser para el desvelo  
 y descender con Cristo a los infiernos.  
 La exigua sabiduría que poseo,  
 deriva de la mar en cuyo reino  
 soy el nocturno pregonero.

Gustavo Adolfo Domínguez Bastida (1836-1870), mejor conocido como Bécquer, expresó lo siguiente en la **Segunda carta literaria a una mujer**:

Yo no niego que suceda así. Yo no niego nada; pero, por lo que a mí toca, puedo asegurarte que cuando siento no escribo. Guardo, sí, en mi cerebro escritas,

como en un libro misterioso, las impresiones que han dejado en él su huella al pasar; estas ligeras y ardientes hijas de la sensación duermen allí agrupadas en el fondo de mi memoria hasta el instante en que, puro, tranquilo, sereno y revestido, por decirlo así, de un poder sobrenatural, mi espíritu las evoca y tienden sus alas transparentes, que bullen con un zumbido extraño, y cruzan otra vez a mis ojos como en una visión luminosa y magnífica.

Entonces no siento ya con los nervios que se agitan, con el pecho que se oprime, con la parte orgánica y material que se conmueve al rudo choque de las sensaciones producidas por la pasión y los afectos; siento, sí, pero de una manera que puede llamarse artificial; **escribo como el que copia de una página ya escrita**; dibujo como el pintor que reproduce el paisaje que se dilata ante sus ojos y se pierde entre la bruma de los horizontes.

Todo el mundo siente. Sólo a algunos seres les es dado el guardar como un tesoro la memoria viva de lo que han sentido. Yo creo que estos son los poetas. Es más: creo que únicamente por esto lo son.

En **Autobiografía** (1925), al hablarnos del complejo edípico de Hamlet y de los estudios que Jones y Rank habían hecho sobre la elección de materia de los poetas dramáticos, dijo Freud:

De aquí no había más que un paso hasta el análisis de la creación poética y artística. Se reconoció que el reino de la fantasía era un dispositivo creado en ocasión de la dolorosa transición, desde el principio del placer al de la realidad, para permitir la constitución de un sustituto de la satisfacción instintiva a la cual se había tenido que renunciar en la vida real. El artista se habría refugiado, como el neurótico, en este mundo fantástico, huyendo de la realidad poco satisfactoria; pero, a diferencia del neurótico, sabiendo hallar el

camino del retorno desde dicho mundo de la fantasía hasta la realidad. Sus creaciones, las obras de arte, serían satisfacciones fantásticas de deseos inconscientes.

En **Resumen del psicoanálisis**, obra compuesta en 1923 y publicada cinco años más tarde, Freud se refirió al fenómeno de la creación poética:

Hemos visto que una parte de la actividad mental humana se dirige hacia la obtención del control sobre el mundo externo real. El psicoanálisis nos señala que otra parte particularmente valiosa, la de la dinámica mental creadora, se utiliza para la realización de deseos, o sea para la satisfacción substitutiva de los deseos reprimidos que, desde la primera infancia, persisten insatisfechos en cada uno de nosotros. Entre estas creaciones cuyo nexo con el incomprensible inconsciente siempre se sospechó, están los mitos y los trabajos de literatura y arte fantásticos, por los que las investigaciones del psicoanálisis han iluminado los campos de la mitología, la ciencia de la literatura y la psicología de los artistas. Bastaría mencionar los estudios de Otto Rank al respecto. Hemos demostrado que los mitos y los cuentos de hadas pueden ser interpretados al igual que los sueños, hemos andado por los sinuosos caminos que conducen desde la compulsión del deseo inconsciente hasta su realización como obra de arte, hemos aprendido a entender la impresión emocional que causa la obra de arte sobre el observador, y en el caso del artista, hemos aclarado su identificación con el neurótico, así como su distinción del mismo, y además hemos señalado la relación de su posición innata con sus experiencias fortuitas y sus hazañas. La apreciación estética de los trabajos de arte y la explicación del don artístico no están, en verdad, entre las faenas del psicoanálisis; pero tal parece que esta ciencia está en condiciones de emitir juicios decisivos en todo asunto que concierna a la vida imaginativa del hombre.

Los casi doscientos ensayos y libros, sin contar las cartas que escribió Freud, pueden darnos un testimonio más de su problema oral, además de los miles de volúmenes que leyó durante su vida. Se sabe que durante el día se dedicaba a la consulta clínica y durante varias horas de la noche a leer y a escribir, con lo que resolvía también su adaptación inconsciente a ignorar, pues se defendía queriendo saberlo todo, viéndolo todo. Luego, ante el reproche de su conciencia de que era un curioso que deseaba mirarlo todo, se defendía de nuevo dejándose ver a través de su exhibicionismo literario, como diciendo: "Yo no deseo ver, ¡yo quiero que me vean!"

Examinemos las compulsiones orales de Freud en este párrafo del capítulo V, de **La interpretación de los sueños** (1900):

Mi padre tuvo un día la humorada —apenas justificable desde el punto de vista educativo— de entregarnos a mí y a la mayor de mis hermanas, para que lo estropeáramos y destruyéramos a nuestro antojo, un libro con **láminas a colores**. (Descripción de un viaje por Persia.) Por entonces tenía yo cinco años y mi hermana no llegaba a tres. El cuadro que formábamos mi hermana y yo, destruyendo gozosamente el libro —al que fuimos arrancando las hojas una por una (**como a una alcachofa**)—, es casi el único perteneciente a aquella edad, del que conservo aún un recuerdo plástico. Cuando después comencé mi vida de estudiante, se desarrolló en mí una gran afición a poseer libros (correspondiente a la inclinación a estudiar en monografías; una **afición** como las que aparecen en las ideas del sueño con respecto a los ciclámenes y a las alcachofas). Llegué a ser un **gusano de los libros** (cf. **herbario**). Desde que hube de comenzar a reflexionar sobre mí mismo, he referido siempre esta primera pasión de mi vida a la impresión infantil antes indicada, o, mejor dicho, he reconocido que dicha escena infantil constituye un **recuerdo encubridor** de mi posterior bibliomanía.

Naturalmente, no tardó en mostrármese que las pasiones nos acarrearán con facilidad amargos sinsabores. Teniendo diecisiete años se me acumuló en la librería una elevada cuenta, en ocasión en la que no disponía de medios para saldarla, y apenas me sirvió de excusa para con mi padre el buen motivo de mis gastos.

En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), Freud le da cuenta a Abraham, en carta del 21 de agosto de 1919, de una compulsión que era una reacción contra su adaptación inconsciente a prescindir del pezón alimentador:

Hasta me puedo permitir dejarme llevar por mi pasión de buscar setas en los bosques aledaños.

Comparemos el deseo de Freud con el poema de Delmira Agustini (1887-1914), intitulado **¡Oh, tú!**, de su libro **Los cálices vacíos**:

Eternamente incuba un gran huevo infecundo,  
incrustadas las raras pupilas más allá;  
o caza las arañas del tedio, o traga amargos  
hongos de soledad.

Alfonso Reyes (1889-1959), en **Ifigenia cruel**, puso lo siguiente en palabras del coro:

Respetemos el terror  
de la que se salió de la muerte  
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

Rafael Alberti (n. 1902), en su poema **Espantapájaros** de su libro **Sermones y moradas** (1930):

Se hace imposible el cielo entre tantas tumbas  
anegadas de setas corrompidas.

En la misma obra se encuentra otra carta de 29 de mayo de 1918, en la que Freud manifiesta que se siente sublimado por el hecho de poseer una **imago matris** alimentadora, la que no permitía que pasase hambre:

Una situación muy peculiar en estos tiempos, que todavía no le había mencionado, es la forma en que he sido proveído durante el pasado año por pacientes y seguidores amistosos. Actualmente vivimos de regalos, como la familia de un doctor en otras épocas. Nuestros húngaros, con Ferenczi y Eitington a la cabeza, así como algunas familias de Budapest que creen en el psicoanálisis, nos mantienen abastecidos de puros, harina, sebo, tocino, etc., ya sea gratis o a precios increíblemente bajos, y también he encontrado a otros proveedores parecidos. De esta manera el mundo me demuestra que no he vivido en vano.

Bergler en **Counterfeit sex** (1958), teorizó sobre la extremada importancia que el niño de pecho otorga al hecho de que se le haga esperar el alimento cuando tiene hambre:

El bebé despierta, quiere leche y llora. La madre está en el cuarto contiguo e inmediatamente va a preparar su botella o a darle el pecho. Los pocos minutos que necesita esta preparación, prácticamente no tienen importancia; pero desde el ángulo de la lesión a la fantasía frustrada de la autarquía y magia infantiles, estos minutos pueden ser decisivos para que más tarde la impresión y reacción por esta situación sean crónicamente repetidas y aplicadas a todo tipo de deseos.

Hans Sachs en **Freud, maestro y amigo** (1944), nos da testimonio de la aversión que Freud tenía al hecho de esperar, pues de buen humor se lo dijo en una ocasión:

El gasto más innecesario que conozco es el de todo el carbón que se usa en el infierno. Sería mejor seguir el procedimiento habitual y condenar al pecador a tantos cientos de miles de años de fuego, y entonces conducirlo al cuarto anejo y dejarlo sentado allí. Tener que esperar, pronto se volvería un castigo peor que el de ser realmente quemado.

La misma compulsión que Freud tuvo por la lectura lo indujo al aprendizaje de varias lenguas. En una carta al señor Luis López Ballesteros (1923), quien tradujo las obras de Freud al castellano, le dijo:

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal **Don Quijote** en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora —ya en edad avanzada— comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia hartamente intrincada y a veces oscura.

En otra carta que Freud dirigió a Marta Bernays el 7 de febrero de 1884, probablemente incluida en la colección que Dorotea Burlingham le regaló a Ana Freud, le dice:

**Silberstein** estuvo aquí de nuevo hoy, tan simpático y buena persona como siempre. Nos hicimos amigos en la época en que la amistad no era ni un deporte ni una conveniencia, sino que obedecía más bien a la necesidad de tener a alguien con quien compartir las cosas. Acostumbrábamos estar juntos literalmente todas las horas del día que no pasábamos en el aula. Aprendimos español juntos y poseíamos una mitología que nos era peculiar, así como ciertos nombres secretos que habíamos extraído de los diálogos del gran Cervantes. Cuando estábamos comenzando a estudiar el idioma, encontramos en nuestro libro una conversación humorístico-filosófica entre dos perros que están echados pacíficamente a la puerta de un hospital, y nos adueñamos de sus nombres. Tanto al escribirnos como en la conversación yo lo llamaba **Berganza**, y él a mí, **Cipión**. ¡Cuántas veces he escrito: **Querido "Berganza"**,

y he terminado la carta: **tu fiel “Cipión”, pero en el Hospital de Sevilla.** Juntos fundamos una extraña sociedad escolástica: la Academia Castellana (AC), compilamos una gran masa de obras humorísticas que aún deben de andar por algún rincón entre mis viejos papeles, compartimos nuestros frugales refrigerios y jamás nos aburrimos mutuamente.

El doctor Juan Rof Carvallo, al comentar estos hallazgos, sugirió que entre Cervantes y Freud debía existir un vínculo secreto. Este vínculo no puede ser otro que el oral, pues ambos genios, al igual que todo escritor compulsivo, sufrieron la adaptación inconsciente infantil a ignorar por qué sus madres no les dieron alimento suficiente. Cervantes se defendía de esta adaptación infantil, no perdonando ni los papeles rotos de las calles, y Freud endeudándose en las librerías de Viena.

Poco tiempo después de la muerte de Jacobo, su padre, uno de los síntomas neuróticos que padeció Freud fue el de parálisis de escritura, el cual probablemente le trajo también problemas de impotencia sexual, puesto que ambos son síntomas orales afines. En cartas que envió a Wilhelm Fliess entre junio y agosto de 1897 le dijo:

La verdad es que andamos de la mano en nuestros padecimientos, pero no en nuestras obras. **Nunca imaginé nada semejante a este periodo de parálisis intelectual que estoy pasando. Cada línea que escribo me significa una tortura.** (...)

Todavía no sé qué me ha pasado: algo surgido del más profundo abismo de mi propia neurosis se opone a todo progreso mío en la comprensión de las neurosis, y de alguna manera tú estás envuelto en ello. En efecto, **la inhibición de escribir** me parece destinada a impedir nuestras relaciones. No puedo demostrarlo, pero siento que es así de alguna incierta manera. (...)

Después de haber pasado aquí unos días muy alegres, estoy gozando ahora del peor de los humores. El

principal paciente que me ocupa soy yo mismo. Mi pequeña histeria, que se había intensificado mucho por el trabajo, ha vuelto a ceder un poco más, pero otras cosas todavía se mantienen firmes. De ello depende en primer término mi estado de ánimo. Este análisis es más difícil que ningún otro y es también el que me priva de la energía psíquica necesaria para anotar y comunicar cuanto he aprendido hasta ahora. Sin embargo, creo que debo proseguirlo y que será una etapa inevitable de mi labor.

Al respecto, opinó Bergler en **Mecanismos inconscientes en la parálisis del escritor** (1950), del libro **Selected papers** (1961):

Si la escritura creadora representa un episodio victorioso en la batalla de la conciencia, la parálisis del escritor representa una derrota en esa batalla.

Ahora miremos detenidamente algunas anécdotas de carácter oral que Freud expuso en **La interpretación de los sueños** (1900):

Se me ha dicho que a la edad de dos años todavía mojaba la cama ocasionalmente, y que cuando se me reprochó el hecho, consolé a mi padre, prometiéndole la compra de una preciosa cama nueva de color rojo.

Habría que indagar hasta que edad mojó la cama Freud, para comprobar este hecho como una defensa contra su complejo oral: La defensa es clara: "No es verdad que mi madre no me dé leche, yo me doy mi propio líquido." El mojar la cama inconscientemente y la compulsión de comerse las uñas, son signos orales inequívocos.

Que Freud seguía mojando la cama ocasionalmente se deduce de sus declaraciones indirectas al respecto:

El psicoanálisis de neuróticos nos ha enseñado a reconocer la conexión íntima entre el hecho de mojar

la cama y el rasgo de carácter de **ambición** (...) Entonces, otro incidente doméstico ocurrió cuando tenía 7 u 8 años, el que recuerdo muy bien. Una tarde antes de acostarme, me olvidé de los dictados de la discreción, y satisfice mis necesidades naturales en la recámara de mis padres y en su presencia. Al reñirme por esta delincuencia, mi padre expresó: "Este muchacho nunca servirá para nada." Esto debió haber sido una terrible afrenta a mi **ambición**.

Queda, pues, aclarada la velada revelación de que mojaba la cama Freud hasta la edad de ocho años, pues aun en estado consciente sintió la compulsión autárquica de darse líquido en la recámara de sus padres, como diciéndole a su **imago matris**: "Yo no deseo que me nieguen el líquido, al contrario, yo me doy líquido de mí mismo, orinando enfrente de ustedes." Con esta compulsión provocadora también resolvía su deseo inconsciente de ser rechazado, adaptación masoquista de base oral, y además efectuaba una repetición compulsiva positiva, al darle a su **imago matris** el líquido que ésta le había negado en la infancia. Claro está que los padres del joven Freud quedaron atónitos ante este extravagante exhibicionismo.

La adaptación inconsciente a chupar un pezón maligno, pezón que mata o envenena porque da poca o mala leche, la resolvió Freud fumando hasta treinta tabacos puros diarios durante un periodo largo de su vida; hecho que sin duda ayudó a la formación de su cáncer oral.

Otro de los descubrimientos de Bergler fue el de que las etapas fálica y anal tenían una base oral. En la fase anal existe el deseo inconsciente de ser penetrado por el pezón maligno. En la fase fálica el pene o el clitoris suplantán al pezón o al biberón que se perdió en el destete. Veamos que nos dice en **The superego** (1952):

    Mi reciente libro sobre impotencia, frigidez y homosexualidad (**Neurotic counterfeit sex**, 1951), es la primera monografía analítica que abandona el orden con-

vencional. El libro empieza con casos de regresión oral, prosigue con los pacientes de regresión anal y termina con aquellos de regresión fálica (...) Todo neurótico trata de asirse a niveles más altos de desarrollo (anal y fálico). Estas **estaciones de rescate** son incomprensibles a menos que su prehistoria sea retrotraída hasta la fase oral.

Freud fue intuitivo cuando en sus **Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad** (1905) expresó que la neurosis es una fijación o una regresión a alguna fase de la sexualidad infantil. Bastante hizo con tratar las etapas, fálica y anal, pero por desgracia una gran mayoría de freudistas han decidido congelarse en el conocimiento de estas etapas sin reconocer el elemento básico de la neurosis humana, que es el oral, elemento ampliamente desarrollado por Bergler, quien en su libro **The basic neurosis** (1949), describe 27 entidades clínicas de regresión oral. Allí aclara:

Imaginad por un momento la posibilidad hipotética de que Freud haya descubierto primero los estratos "geológicamente" más profundos e históricamente más antiguos en la vida del individuo: aquellos de regresión oral. El resultado hubiera evitado una fantástica y amorfa confusión masiva. Las capas "geológicas" hubieran sido presentadas en su orden apropiado. Las cosas, desde luego, no ocurrieron de esa manera. El desarrollo verdadero del niño empieza a nivel oral y progresa hacia las fases anal y fálica. Freud descubrió la fase fálica primero, prosiguió después con la anal, y dijo muy poco de la fase oral.

En **El problema económico del masoquismo** (1924), Freud quiso establecer el orden apropiado de los estratos inconscientes del individuo:

El masoquismo primitivo pasa por todas las fases evolutivas de la libido y toma de ellas sus distintos aspectos psíquicos. **El miedo a ser devorado por el animal**

**totémico (el padre) procede de la primitiva organización oral;** el deseo de ser maltratado por el padre, de la fase sádico-anal inmediata; la fase fálica de la organización introduce en el contenido de las fantasías masoquistas la castración; más tarde, excluida de ellas y de la organización genital definitiva, se derivan naturalmente las situaciones femeninas, características de ser sujeto pasivo del coito y parir. También nos explicamos fácilmente el importante papel desempeñado por el masoquismo por una cierta parte del cuerpo humano (las nalgas), pues es la parte del cuerpo erógenamente preferida en la fase sádico-anal, como las mamas en la fase oral y el pene en la fase genital.

Todas las características conduccionales del neurótico anal-sádico-obsesivo, encuentran su razón de ser en la fase oral, estrato donde se forman las adaptaciones masoquistas inconscientes. La obstinación sería defensa contra el deseo inconsciente oral de rechazo; la frugalidad, defensa autárquica de alimentarse con lo indispensable; la meticulosidad, defensa de saber dónde precisamente está el alimento para cuando se lo necesite; la superstición, defensa explicativa contra la terrible experiencia oral; la ambivalencia, lucha interior entre la adaptación oral masoquista y las necesidades reales del **yo-ideal**; el temor a la muerte, defensa contra el gozo interior en la idea de morir de hambre; los pensamientos omnipotentes, para defenderse contra las adaptaciones a la pasividad excesiva sufridas en la fase oral; el estreñimiento y la codicia serían defensas contra el deseo inconsciente de ser drenado, que se forma por el temor de que el pezón no sólo no fluya sino que drene. Todos los rasgos neuróticos, en general, pueden ser enunciados dentro de los siete temores básicos infantiles catalogados por Bergler. En **La interpretación de los sueños** (1900), Freud intuye lo siguiente:

Uno de los pensamientos del sueño ocasionados por la sensación de hambre, realmente significa: No debe-

mos dejar escapar nada, debemos tomar todo lo que se pueda, aunque hagamos un poco de mal; nunca debemos dejar pasar una oportunidad, ya que la vida es tan corta y la muerte, inevitable.

En **El carácter y el erotismo anal** (1908), revela Freud una característica de las personas frugales, tenaces y coléricas, que como hemos visto en ejemplo anterior, tiene sus raíces en la etapa oral:

**Investigando la temprana infancia de estas personas averiguamos fácilmente que necesitaron un plazo relativamente amplio para llegar a dominar la incontinencia alvi infantil, y que todavía en años posteriores de su infancia tuvieron que lamentar algunos fracasos aislados de esta función.** Parecen haber pertenecido a aquellos niños de pecho que se niegan a defecar en el orinal porque el acto de la defecación les produce, accesoriamente, un placer, pues confiesan que en años algo posteriores les gustaba retener la deposición, y recuerdan, aunque refiriéndose por lo general a sus hermanos y no a sí propios, toda clase de manejos indecorosos con el producto de la deposición. De estos signos deducimos una franca acentuación erógena de la zona anal en la constitución sexual congénita de tales personas.

En **El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos** (1895), Breuer y Freud nos regalan con este ejemplo básico de la adaptación oral y su defensa reactiva:

Tomemos un ejemplo cualquiera: si un efecto doloroso se origina durante la alimentación y es reprimido, puede producir náusea y vómito, y entonces continuar durante meses como un síntoma histérico.

En una carta que Freud le escribió a Wilhelm Fliess el 11 de enero de 1897, le informó sobre un caso epiléptico:

Estos ataques comenzaban siempre con diarrea, o bien con catarro nasal y ronquera (¡sistema sexual oral!); es decir, con la reproducción de las propias vivencias pasivas.

En **La interpretación de los sueños** (1900), al hablarnos del aparato psíquico reflexivo nos dice Freud:

El niño hambriento grita y patalea; pero esto no modifica en nada su situación, pues la excitación emanada de la necesidad no corresponde a una energía de efecto momentáneo, sino a una energía de efecto continuado. La situación continuará siendo la misma hasta que por un medio cualquiera —en el caso del niño, por un auxilio ajeno— se llega al conocimiento de la **experiencia de satisfacción**, que suprime la excitación interior. La aparición de cierta percepción (el alimento en este caso), cuya imagen mnémica **queda asociada a partir de este momento con la huella mnémica de la excitación emanada de la necesidad, constituye un componente esencial de esta experiencia**. En cuanto la necesidad resurja, surgirá también, merced a la relación establecida, un impulso psíquico que cargará de nuevo la imagen mnémica de dicha percepción y provocará nuevamente esta última, esto es, que tenderá a reconstituir la situación de la primera satisfacción. Tal impulso es lo que calificamos de deseo. La reaparición de la percepción es la realización del deseo, y la carga psíquica completa de la percepción, por la excitación emanada de la necesidad, es el camino más corto para llegar a dicha realización. Nada hay que nos impida aceptar un estado primitivo del aparato psíquico en el que este camino quede recorrido de tal manera que el deseo termine en una alucinación. Esta primera actividad psíquica tiende, por tanto, a una **identidad de percepción**, o sea a la repetición de aquella percepción que se halla enlazada con la satisfacción de la necesidad.

Con este ejemplo oral vislumbró Freud el fenómeno de la adaptación inconsciente en el aparato psíquico, además de la reacción defensiva y repetitiva en contra de tal adaptación.

El interés que Freud tuvo por el fenómeno de la adaptación, desde el ángulo psicológico, se lo comunicó a Abraham en una carta de 11 de noviembre de 1917, que se encuentra en **Un diálogo psicoanalítico** (1965):

¿Qué de verdad no le he dicho nada sobre la idea de Lamarck? Se suscitó la cosa entre Ferenczi y yo, pero ninguno de los dos tiene el tiempo o el deseo de estudiarla por el momento. La idea estriba en acercarse a Lamarck a nuestro campo y demostrar que la "necesidad" que, de acuerdo con él, crea y transforma los órganos, no es otra cosa que el poder de las ideas inconscientes sobre el propio cuerpo, de lo cual se observan residuos en la histeria: en resumen, la "omnipotencia del pensamiento". Esto proveería, en la actualidad, de una explicación psicoanalítica de la adaptación, colocando la piedra de toque en el psicoanálisis. Existirían dos principios conexos de cambio progresivo: la adaptación del propio cuerpo, y la subsecuente transformación del mundo exterior (autoplaticidad y heteroplaticidad), etc.

La **Teoría de la evolución** de Lamarck (1744-1829), basada en la suposición de que los organismos transmiten a los descendientes los caracteres que se han originado en ellos por las necesidades que les ha creado el medio, es interesante para el psicoanálisis debido a que la mente humana también estaría sujeta a convertir lo extraño en algo propio, lo desagradable en algo agradable, como de hecho lo advirtió Platón (427-347) en el libro VII de **Leyes**:

Aquel que observa la constitución de individuos acostumbrados a comer cualquier tipo de carne, o a tomar cualquier bebida, o a hacer cualquier trabajo que

encuentran, puede darse cuenta de que al principio estuvieron a disgusto, pero que después, con el tiempo, sus cuerpos se fueron adaptando, y aprendieron a conocer y a gustar de la variedad (. . .) Un principio similar podemos imaginárnoslo como adecuado en relación con la mente de los humanos y la naturaleza de sus almas.

Si una vez creada la adaptación psíquica masoquista, se transmitiera genéticamente, como podría ocurrir con los cambios orgánicos, sería objeto de estudios más avanzados. Porque si así fuera, podríamos explicar la conducta patológica de pueblos enteros como el español y el judío, que parecen tener características psicológicas muy acentuadas y de las que, difícilmente se pudiera creer que hayan sido transmitidas exclusivamente por la adaptación oral (falta de leche materna) o por la educación, prescindiéndose del todo del fenómeno hereditario.

Rocker en **El estado nacional y el desarrollo de la ciencia**, de su libro **Nacionalismo y cultura** (1942), reconoce a los griegos la prioridad de las teorías de adaptación:

Entre los filósofos jónicos, y sobre todo en Anaximenes, se halla la idea de una materia primigenia, dotada íntimamente de fuerza generativa y transformadora, que se revelaba en la aparición y mutación, sobre la tierra, de diversos seres vivientes. Según parece, **Empédocles** (495-435) fue el que más hondo penetró en esta idea, pues manifestó la opinión de que los varios seres vivientes debían su existencia a mezclas especiales de esa materia primigenia. **Este atrevido y original pensador explicaba ya la evolución de los seres orgánicos por la adaptación a su ambiente, y era de opinión que sólo las formas convenientemente dotadas podían subsistir, estando las otras condenadas a desaparecer.** También en Heráclito y en los atomistas griegos y hasta entre los epicúreos y otros, se hallan indicaciones de una sucesiva evolución y transformación de todos los fenómenos de la vida, que Lucrecio

incluyó después en su célebre poema didáctico y llegaron de este modo hasta nosotros.

Las teorías de adaptación somática al medio, de Empédocles y Lamarck adquieren momento debido a que Bergler descubrió clínicamente que los temores infantiles se convierten en placeres masoquistas inconscientes, o sea que la mente es capaz de adaptarse tanto a las situaciones adversas como a las placenteras. Este sabio judío-austriaco legó el siguiente axioma a la humanidad:

El único placer que puede uno extraer del desplacer, es el de convertir el desplacer en placer.

Surge a la mente aquel pasaje del **Canto III** de **El diablo mundo** de José de Espronceda (1808-1842), en el cual se observa la adaptación masoquista oral creada por el pezón materno:

¿Quién de nosotros la ilusión primera  
recuerda acaso en su niñez perdida?  
¿Cuál fue el primer dolor, la mano fiera  
que abrió en el alma la primer herida?  
¡Ay! desde entonces sin dejar siquiera  
un solo día, siempre combatida  
el alma de encontrados sentimientos,  
ha llegado a avezarse a sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fue tan agudo,  
que el alma atravesó sin duda alguna:  
fue de todos los golpes el más rudo  
que injusta nos descarga la fortuna:  
cuando inocente el corazón desnudo,  
en el primer columpio de la cuna,  
se abre al amor en su ilusión divina,  
y en él se clava inesperada espina.

Recordemos aquella soleá de Manuel Machado (1874-1947), que dice:

Toito es hasta acostumbrarse.  
Cariño le toma el preso  
a las rejas de la cárcel.

La copla popular que pudo inspirar a Machado, dice:

El pajarito en la jaula  
se divierte en el alambre;  
así me divierto yo  
en las rejas de la cárcel.

Ahora bien, en los casos histéricos orales frecuentemente se observa el fenómeno de la zoofobia, basado por Freud en el temor reprimido de castración. También comprendemos las confirmaciones bergleristas en el sentido de que la etapa oral da paso a las anal y fálica. Esto quiere decir que el sentimiento de hambre en el bebé fácilmente se desarrolla en el deseo de devorar el pezón, lo que mediante el fenómeno de proyección se convierte en terror de ser devorado el pezón por la **imago matris**. El pezón es considerado por el bebé como propio, transfiriendo la idea de su pezón después del destete, y aun antes, a un chupón, a un dedo de la mano o a otro miembro y finalmente a su propio pene: pezón que da líquido; por lo que no es difícil advertir que el terror de que sea devorado el pezón se substituye por el terror de ser castrado, observado por Freud. Tiene, pues, el complejo de castración, una base de origen netamente oral; de manera que la importancia que Freud le dio al temor de castración como denominador común de ciertas neurosis, confirma la esencialidad de las adaptaciones orales. Veamos lo que nos dice en **Inhibiciones, síntomas y ansiedad** (1926):

Sería inútil dedicar nuestra atención a la formación de síntomas en otros desórdenes aparte de las fobias, histerias de conversión y neurosis obsesivas, puesto que muy poco se conoce acerca de ello. Pero al repasar estas tres neurosis juntas, vemos un grave problema cuya consideración no puede ser pospuesta. Las tres tienen como principio la destrucción del complejo de Edipo, y en todas las tres la fuerza motriz de la oposición del **yo** es, creemos, el temor de castración.

En un ensayo denominado **Escisión del yo en el proceso**

**de defensa** (1938) observó Freud la relación existente entre el complejo de castración y la adaptación inconsciente del devoramiento:

Había sido amenazado con ser castrado por su padre, e inmediatamente después, al mismo tiempo que con la creación de su fetiche desarrolló un intenso temor de que su padre lo castigara, el cual requería toda la fuerza de su masculinidad para dominarlo e hipercompensarlo. Este temor a su padre era silente sobre el sujeto de la castración: **ayudándose por la regresión a una fase oral, asumía la forma de un temor a ser comido por su padre.** Al llegar a este punto es imposible olvidar un fragmento primitivo de la mitología griega que dice cómo Cronos, el viejo dios padre, devoró a sus hijos e intentó devorar, como a los demás, a su hijo menor Zeus, y cómo éste fue salvado por la fuerza de su madre y castró después a su padre. Pero, volviendo a nuestro caso, hemos de añadir que el niño produjo además otro síntoma que, aunque era leve, conservó hasta el día. Era **una susceptibilidad ansiosa ante el hecho de que fuera tocado cualquiera de los dedos de sus pies,** como si en todo ese vaivén de negación y aceptación fuera la castración, sin embargo, la que encontrara una más clara expresión . . .

Ahora veamos cómo imagina el poeta Rafael Alberti (nacido en 1902) el pezón devorador, en sus **Nocturnos**:

La otra noche vi...  
¿A quién ví?

A quien me ha mordido,  
a quien me ha comido  
la vida yo vi.

En un charco oscuro,  
allí estaba oscuro,  
mirándome, hinchado,  
pequeño e hinchado.  
Allí.

Pablo Neruda (1904-1973), en su poema **Los peces y el ahogado**, proyectó su defensa contra el deseo inconsciente de ser devorado:

Vio arder las piedras de plata que mordían,  
estandartes de trémulo tesoro,  
y sometió su sangre descendiendo  
a la profundidad devoradora,  
suspendido por bocas que recorren  
su torso con sortijas sanguinarias  
hasta que desgredado y dividido  
como espiga sangrienta, es un escudo  
de la marea, un traje que trituran  
las amatistas, una herencia herida  
bajo el mar, en el árbol numeroso.

Julio Herrera y Reissig (1875-1910), en su poema **Holocausto**, plasmó claramente el nódulo del complejo de castración:

¡Abre pronto mi ventana! ¡Ven, mi Némesis; alegre  
con tus venganzas mis odios, déjame morder tu seno;  
rimen los genios del rayo la infinita estrofa negra  
y retumbe en los espacios el apóstrofe del trueno!

¿Qué síntomas sufre la mujer neurótica derivados del complejo de castración?

Freud se quedó perplejo ante la observación de este complejo en donde, de hecho, “ya había ocurrido una castración”. Mas, el deseo inconsciente de que sea devorado el pezón, como nódulo del complejo de castración, explica este síntoma en la mujer al igual que en el varón. En **Una relación entre un símbolo y un síntoma** (1916), dijo Freud:

En las fantasías y en síntomas muy diversos aparece también la cabeza como símbolo del genital masculino o, si se quiere, como representación del mismo. Algunos analíticos habían observado que la decapitación inspira a sus pacientes aquejados de obsesiones, horror e indignación mucho más intensos que cualesquiera suplicios, y habrán tenido ocasión de explicarles que es

porque consideran a la decapitación como representación de la castración.

En **Catarina de San Juan. Princesa de la India y visionaria de Puebla** (1971), relata Francisco de la Maza las alucinaciones que tenía esta mujer, de sus relaciones amorosas con Cristo:

Subieron a un monte y cruzaron un río en el que pululaban cabezas fuera del agua, de ansioso mirar.

En **Estudios sobre la histeria** (1895), al tratar el caso de Emmy de N., consignó Freud:

En la hipnosis añade algunas imágenes terroríficas a las descritas en sesiones anteriores. Así, cuenta que en Abazia veía cabezas sangrientas bailando en las crestas de las olas.

Delmira Agustini (1886-1914), nos revela en su poema **Mis amores** cómo se desarrolla el complejo de castración. Veamos el pezón maligno que provoca la sed devorante:

Hay cabezas doradas al sol, como maduras...  
 Hay cabezas tocadas de sombra y de misterio,  
 cabezas coronadas de una espina invisible,  
 cabezas que sonrosa la rosa del ensueño,  
 cabezas que se doblan a cojines de abismo,  
 cabezas que quisieran descansar en el cielo,  
 algunas que no alcanzan a oler a primavera,  
 y muchas que trascienden a las flores de invierno.

Todas esas cabezas me duelen como llagas...  
 Me duelen como muertos...  
 ¡Ah!... y los ojos...  
 los ojos me duelen más: ¡son dobles!...  
 Indefinidos, verdes, grises, azules, negros,  
 abrazan si fulguran;  
 son caricia, dolor, constelación, infierno.  
 Sobre toda su luz, sobre todas sus llamas,  
 se iluminó mi alma y se templó mi cuerpo.  
 Ellos me dieron sed de todas esas bocas...

De todas esas bocas que florecen mi lecho:  
 vasos rojos o pálidos de miel o de amargura,  
 con lises de armonía o rosas de silencio  
 de todos esos vasos donde bebí la vida,  
 de todos esos vasos donde la muerte bebo...  
 El jardín de sus bocas, venenoso, embriagante,  
 en donde respiran sus almas y sus cuerpos,  
 humedecido en lágrimas  
 ha cercado mi lecho...

Miremos el poema **El fuerte lazo**, de Juana de Ibarbouro (nació en 1895):

Crecí  
 para ti.  
 Tálame. Mi acacia  
 implora a tus manos su golpe de gracia.  
 Florí  
 para ti.  
 Córtame. Mi lirio,  
 al nacer dudaba ser flor o ser cirio.  
 Fluí  
 para ti.  
 Bébeme. El cristal  
 envidia lo claro de mi manantial.  
 Alas di  
 por ti.  
 Cázame. Falena,  
 rodeo tu llama de impaciencia llena.  
 Por ti sufriré.  
 ¡Bendito sea el daño que tu amor me dé!  
 ¡Bendita sea el hacha, bendita la red,  
 y loadas sean tijeras y sed!  
 Sangre del costado  
 manaré, mi amado.  
 ¿Qué broche más bello, qué joya más grata,  
 que por ti una llaga color escarlata?  
 En vez de abalorios para mis cabellos,  
 siete espinas largas hundiré entre ellos.  
 Y en vez de zarcillos pondré en mis orejas,  
 como dos rubíes, dos ascuas bermejas.  
 Me verás reír,  
 viéndome sufrir.  
 Y tú llorarás,  
 y entonces... ¡más mío que nunca serás!

Por los ejemplos anteriores, se hace evidente el deseo inconsciente de castración en la mujer; mas esta castración está relacionada con la imagen del pezón materno que suele simbolizarse en animales, cabezas, objetos puntiagudos, etcétera. Veamos este fragmento de un poema del libro **Diálogo con la soledad** (1975), de la poeta jienense Dolores de la Cámara, en el cual observamos un simbolismo zoofóbico castrante y regresivo a la etapa oral:

Y te volviste lobo  
de ojos vidriosos en las noches verdes  
para despedazar sus millones de pezones,  
manando leche y sangre a raudales  
por calles de hambre  
sin que pudieran saciarse  
tus pequeños hermanos  
por ser leche profanada,  
leche saturada de baba rabiosa.

La mujer neurótica sufre la adaptación inconsciente al deseo de ser devorado el pezón al igual que el varón, pero, a diferencia de éste, no transfiere la idea del pezón a ningún miembro o parte de su propio cuerpo, a no ser el clítoris, sino que en forma pasiva y receptiva lo buscará siempre en el hombre; claro está que durante su pubertad reintegrará la mujer una parte de la idea del pezón a sus propios senos, para desarrollar más tarde una repetición compulsiva con sus hijos. En **La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna** (1908), dijo Freud de las mujeres:

Sólo durante la lactancia pueden constituir los hijos una sustitución suficiente del objeto sexual.

En **El tabú de la virginidad** (1918), Freud comprueba el deseo femenino de encontrar su pezón:

No hace mucho he tenido ocasión de analizar un sueño de una recién casada en el que se transparentaba una reacción a su desfloramiento, delatando el deseo de castrar a su joven marido y conservar ella su pene.

En **Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal** (1916-1917), observó Freud el deseo regresivo que tiene la mujer de mantener la penetración del pezón después de la alimentación oral sexual:

He tenido varias ocasiones de conocer sueños femeninos subsiguientes a un primer contacto sexual. **Estos sueños descubrían siempre el deseo de conservar en el propio cuerpo el miembro masculino.**

En **Compendio del psicoanálisis** (1940), estableció claramente la relación simbólica entre el pecho materno y el pene, al referirse a la mujer:

Su anhelo de poseer un pene, anhelo en realidad inextinguible, puede llegar a satisfacerse si logra completar el amor al órgano convirtiéndolo en amor al portador del mismo, tal como lo hizo antes, al progresar del pecho materno a la persona de la madre.

Veamos este cantar de la colección de Melchor Palau:

De chiquita ya lloraba  
y de grande también lloro:  
cuando chiquita por teta  
y ahora por el bien que adoro.

Esta pérdida del pezón materno, nódulo del complejo de castración, es la responsable de que la gran mayoría de los cleptómanos esté constituida por el sexo femenino, pues están adquiriendo cosas-pezones compulsivamente.

En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), hay una carta de 13 de marzo de 1922, en la que Abraham le comenta a Freud el análisis de dos casos depresivo-maniáticos:

Los casos paralelos a la cleptomanía me interesan mucho, puesto que ésta nos regresa a la fase oral y representa la mordedura del pene o pecho. La regresión

a la melancolía tiene la misma mira, aunque de manera diferente.

Ahora bien, la mujer neurótica suele sentir la compulsión de encontrar el pezón-pene de un hombre cruel, y en casos más graves, la de sufrir de rechazo absoluto hacia el sexo masculino. En **Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad** (1905), Freud sentó las bases de la sexualidad adulta a partir de la etapa oral. Veamos:

El acto de chupar que aparece ya en los niños de pecho y puede ser continuado durante los años de madurez y a veces conservarse a través de toda la vida, consiste en un contacto succionador rítmicamente repetido y verificado con los labios, acto al que falta todo fin de absorción de alimento (...) La succión productora de placer está ligada con un total embargo de la atención y conduce a conciliar el sueño o a una reacción motora de la naturaleza del orgasmo (...) el niño que ejecuta la succión busca por todo su cuerpo y escoge una parte cualquiera de él que después, por la costumbre, será la preferida. Cuando en esta busca tropieza con una de las partes predestinadas (pezón, genitales) conservará ésta siempre tal preferencia (...)

Mientras que por los procesos de la pubertad queda fijada la primacía de las zonas erógenas y la erección del miembro viril indica apremiantemente al sujeto el nuevo fin sexual, esto es, la penetración en una cavidad excitadora de la zona genital, tiene lugar en los dominios psíquicos el hallazgo de objetos, momento que se ha venido preparando desde la más temprana niñez. **Cuando la primitiva satisfacción sexual estaba aún ligada con la absorción de alimentos, el instinto sexual tenía en el pecho materno un objeto sexual exterior al cuerpo del niño.** Este objeto sexual desaparece después y quizá precisamente en la época en que fue posible para el niño construir la representación total de la persona a la cual pertenecía el órgano productor de satis-

facción. El instinto sexual se hace en este momento autoerótico hasta que, terminado el periodo de latencia, vuelve a formarse la relación primitiva. **No sin gran fundamento ha llegado a ser la succión del niño del pecho de la madre, modelo de toda relación erótica.** El hallazgo de objeto es realmente un segundo hallazgo.

Observemos en estos ejemplos de carácter oral-sexual, que tomo del **Diccionario Secreto** de Camilo José Cela, en los que advertiremos la relación de la lactancia infantil con la sexualidad adulta. Veamos en **Oda a Priapo**, de Leandro Fernández de Moratín (1760-1828):

A ti, Priapo, invoco; a ti que infundes  
en los coños, turgente ya el carajo,  
mil torrentes y mil de blanca leche.

y en **Album de Priapo**, del mismo autor:

No busques quien te socorra,  
ni tampoco quien lo impida,  
y en teniéndola metida  
dirás porque te aprovecha,  
que porra que dé más leche  
no la has catado en tu vida.

En **Un soneto al carajo** de José de Espronceda (1808-1842), observaremos, además, una relación oral traumática:

Un carajo impertérrito que al cielo  
su espumante cabeza levantaba,  
y coños y más coños desgarraba,  
de blanca leche encaneciendo el suelo.

El proceso de la repetición compulsiva inconsciente sexual y positiva, lo explica Freud en **Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad** (1905), bajo el subtítulo **Objeto sexual de la época de la lactancia**:

De estas primeras y más importantes relaciones sexuales queda una gran parte, como resto, después de

separada la actividad sexual, de la alimentación. **Este resto prepara la elección de objetos, esto es ayuda a volver a constituir la felicidad perdida.** Durante todo el periodo de lactancia aprende el niño a amar a las personas que satisfacen sus necesidades y lo auxilian en su carencia de **adaptación** a la vida. Y aprende a amarlas conforme al modelo y como una continuación de sus relaciones de lactancia con la madre o la nodriza. **Quizá no se quiera aceptar el hecho de que el tierno sentimiento y la estimación del niño hacia las personas que lo cuidan haya de identificarse con el amor sexual, pero en mi opinión, una investigación psicológica cuidadosa fijará siempre y sin dejar lugar a dudas esta identidad.** La relación del niño con dichas personas es para él una inagotable fuente de excitación sexual y de satisfacción de las zonas erógenas. Sobre todo, **la madre, atiende al niño con sentimientos procedentes de su propia vida sexual y lo acaricia, besa y mece, tomándolo claramente como sustitutivo de un completo estado sexual.**

**La madre se horrorizaría probablemente al conocer esta explicación y ver que con su ternura despierta el instinto sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad.** Considera sus actos como manifestaciones de "puro" amor asexual, dado que evita con todo cuidado excitar los genitales del niño más de lo imprescindiblemente necesario al proceder a la higiene de su cuerpo. Pero el instinto sexual no es tan sólo despertado por excitaciones de la zona genital. **Lo que llamamos ternura exteriorizará notablemente un día el efecto ejercido sobre las zonas erógenas.** Si la madre comprendiera mejor la alta significación del instinto para la total vida psíquica y para todas las funciones éticas y anímicas, no se haría ningún reproche, aun cuando admitiera totalmente nuestra concepción. **Enseñando a amar a su hijo no hace más que cumplir con uno de sus deberes.** El niño tiene que llegar a ser un hombre completo, con necesidades sexuales enérgicas, y llevar a cabo durante

su vida todo aquello a lo que el instinto impulsa al hombre. Un exceso de ternura materna quizá sea perjudicial para el niño por acelerar su madurez sexual, acostumbrarlo mal y hacerlo incapaz, en posteriores épocas de su vida, de renunciar temporalmente al amor o contentarse con una pequeña parte de él. Los niños que demuestran ser insaciables en su demanda de ternura maternal, presentan con ello uno de los más claros síntomas de futura nerviosidad. Por otra parte, los padres neurópatas son, en general, los más inclinados a una ternura sin medida, despertando así en sus hijos, antes que nadie y por sus caricias, la disposición a posteriores enfermedades neuróticas. **Vemos, pues, que los padres neuróticos disponen de un camino distinto de la herencia, para legar a sus hijos su enfermedad.**

La regresión oral durante el acto sexual, tal y como la concibió Freud, se contempla en **La mujer**, canto V, **La mujer pública**, de José de Espronceda, también citado por Cela:

Y desnuda su cuerpo antes del acto,  
y te enseña sus pechos y su nido,  
y de sus manos el suave tacto  
pone tu miembro varonil erguido;  
cumple las condiciones de su pacto  
sacando leche, y cuando te has venido,  
limpia con agua tu emporado pijo  
como una madre limpiaría a su hijo.

En **Sobre la sexualidad femenina** (1931), admitió Freud la importancia de la fase pre-edípica, contraviniendo su propio postulado según el cual el complejo de Edipo era el núcleo de la neurosis. Admitió Freud aquello al observar en algunas de sus pacientes el temor de ser devoradas por sus madres, además del hecho de que uno de sus casos, durante el matrimonio, repetía con el marido su mala relación con la madre, configurándose así un acto claramente regresivo a la etapa oral. Estas reflexiones lo llevaron a la siguiente declaración que marcó una nueva etapa al psicoanálisis:

Los deseos agresivos orales y sádicos se manifiestan en la forma que les fue impuesta por la represión precoz, es decir, en **el temor de ser muerta por la madre**, un temor que, si ingresa en la conciencia, justifica a su vez los propios deseos de muerte contra la madre. Sería imposible establecer con qué frecuencia dicho miedo a la madre se funda en una hostilidad inconsciente de ésta, adivinada por el hijo o la hija. (El miedo de ser **devorado** hasta ahora lo hallé sólo en hombres, es referido al padre; pero probablemente sea el **producto de transformación de la agresión oral dirigida contra la madre**. La persona que el niño quiere devorar es la madre, que lo ha nutrido; en el caso del padre, falta esta motivación obvia de tal deseo.)

Una vez creada la estructura inconsciente oral en relación a la **imago matris**, el individuo repetirá reflexivamente la naturaleza de su adaptación primaria inconsciente, transfiriéndola a la persona a quien haya elegido por objeto. Estas repeticiones compulsivas neuróticas explican la naturaleza sexual aberrante sado-masoquista, de impotencia, frigidez u homosexualidad que desarrollan conduccionalmente algunos infelices sin saber por qué. En la obra antes citada, Freud se explayó sobre el fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente:

En cualquier sector de la experiencia psíquica —no sólo en el de la sexualidad— es dable observar que una impresión pasivamente recibida evoca en los niños la tendencia a una reacción activa. El niño trata de hacer por sí mismo lo que se acaba de hacerle a él o con él. He aquí una parte de la necesidad de dominar el mundo exterior a que se halla sometido y que aun puede llevarlo a esforzarse por **repetir impresiones que, a causa de su contenido desagradable, tendría buenos motivos para evitar**. También el juego del niño se halla al servicio de este propósito de completar una vivencia pasiva mediante una acción activa, anulándola con ello en

cierta manera. Cuando, a pesar de su resistencia, **el médico le abre la boca al niño para examinarle la garganta, éste jugará a su vez, después de su partida, a "ser el doctor"**, y repetirá el mismo violento procedimiento con un hermanito menor, que se hallará tan indefenso frente a él como él lo estuvo en manos del médico. No podemos dejar de reconocer aquí la rebeldía contra la pasividad y la preferencia por el papel activo. No todos los niños consiguen realizar siempre y con la misma energía este viraje de la pasividad a la actividad, que en algunos casos puede faltar por completo. De esta conducta del niño puede deducirse la fuerza relativa de las tendencias masculinas y femeninas que habrán de manifestarse en su vida sexual.

El fenómeno psicológico de la repetición compulsiva inconsciente lo analizó Breuer (1842-1925) en el capítulo **Conversión histérica** de su **Teórica**, en el libro **Estudios sobre la histeria** (1893-1895):

El instinto de venganza, tan poderoso en el ser humano y que más bien es disfrazado que reprimido por la civilización, no es otra cosa que la excitación de un reflejo que no ha sido eliminado. Si al defenderse contra un daño en una pelea, lastima uno al opositor, esto representa el reflejo psíquico adecuado con antelación. Mas si aquello se ha logrado insuficientemente o no se ha dado, continúa liberándose mediante el recuerdo, y el instinto de venganza surge como un **impulso volitivo irracional**, como ocurre con los demás "instintos". La prueba estriba precisamente en la irracionalidad del impulso, en su divorcio de toda utilidad o conveniencia y, en verdad, en su **desatención de todas las consideraciones de la propia seguridad del sujeto**. Tan pronto como el reflejo ha sido eliminado, la naturaleza irracional del impulso surge a la conciencia.

Es menester advertir que el fisiólogo Iván Pavlov (1849-

1936) también observó el fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente a la que denominó reflejo condicionado al consignar sus descubrimientos, hechos con perros, en un capítulo de su obra intitulado **Fases de transición entre el estado de vigilia y el sueño completo del animal (fases hipnóticas)**:

**Nuestra educación, aprendizaje, disciplina y costumbres de toda índole, representan de por sí largas series de reflejos condicionados.** ¿Quién no sabe cómo los vínculos adquiridos, establecidos en determinadas condiciones entre ciertos estímulos y nuestras funciones, se reproducen a menudo a pesar de nuestra intencionada oposición? Esto se refiere tanto al ejercicio de una u otra acción, como a la elaboración de su proceso inhibitorio, es decir, a los reflejos positivos y a los negativos.

Establecida, pues, la adaptación inconsciente masoquista, el neurótico se defenderá contra dicha adaptación repitiendo activamente la naturaleza de su trauma, en forma sádica, aunque sea autoagresiva. Algunos ejemplos literarios nos ilustrarán al respecto:

Shakespeare, en **Macbeth**, plasma los deseos criminales que una mujer neurótica, como Lady Macbeth, siente en ocasiones hacia su cría. Veamos el acto 1º, escena 7ª, de tal obra:

He dado de mamar a un niño, y sé cuán grato es para una madre amar al tierno ser que se alimenta en su seno, y, no obstante, hubiera arrancado mi pecho de entre sus sonrosados labios y le hubiera hecho pedazos el cráneo si yo hubiese jurado tal y como vos habéis jurado.

Y como otro ejemplo de lo que un neurótico piensa de su cruel **imago matris** mostraré este poema intitulado **A una madre**, de Eugenio de Castro (1869-1944):

Madre piadosa, ¿por qué acaricias  
a tu hijo con tanto contento?  
No le beses las tiernas manecitas  
¡antes retuércele el pescuezo!

No le des leche, ¡oh, equivocada!  
ten piedad de su suerte:  
no le des con tu pecho vida,  
la vida es noche, luto y muerte.

¿Acaso no tendrás recelos  
del infortunio que le amenaza?  
No le des leche, córtate los senos,  
¡ciega esas fuentes de desgracia!

Madre de pupilas llorosas,  
no beses tanto sus piecitos:  
¡No habitúes a pisar rosas  
a quien sólo ha de hollar espinos!

No lo cobijes en tu regazo,  
abre del manto los dulces pliegues:  
¡Si lo acostumbras a los brazos,  
extrañará más tarde las serpientes!

A quien en sombras ha de vivir,  
¿para qué estás mostrándole el día?  
¿No tienes miedo de verle sufrir?  
¿Vas a dejarlo desnudo sobre la nieve fría?

¿Sabes tú, madre equivocada,  
cuál será su destino?  
Acaso esgrima fratricida espada,  
quizá sea mártir, poeta o ladrón de caminos...

No lo lances, inerme, a la lucha  
de este mundo bárbaro y triste:  
¡Muerde esos labios con que le besas,  
rasga el vientre en que lo tuviste!

¡No lo tornes cautivo,  
no le prepares crueles dolores!  
Antes debieras enterrarlo vivo...  
¡y de su cuerpo brotarían flores!

## SU ADAPTACION INCONSCIENTE AL RECHAZO MATERNO

Al que ingrato me deja busco amante;  
al que amante me sigue dejo ingrata;  
constante adoro a quien mi amor maltrata;  
maltrato a quien mi amor busca constante.

Juana Inés de Asbaje

El problema oral de Freud le causó, como es natural, el temor de ser rechazado por su **imago matris**, convirtiéndose este temor en un placer inconsciente.

Como la **imagen materna** cruel o ideal se proyecta, durante la vida, en toda suerte de personas, autoridades, sistemas políticos, o bien en el sexo opuesto, se puede observar cómo Freud fue un individuo que provocó el rechazo de su sociedad y de sus contemporáneos a través de una conducta peculiar, sin considerar que sus teorías sexuales y tanáticas eran ya de por sí difíciles de asimilar, puesto que chocaban con la resistencia del aparato inconsciente de la humanidad; aparato inconsciente que no estaba dispuesto a permitir intromisión alguna en sus adaptaciones infantiles. Bergler tuvo la convicción de que las teorías freudistas sobre los mecanismos inconscientes, en un principio, fueron juzgadas de irracionales, por las razones que consigna en **Counterfeit sex** (1958):

Estas objeciones corresponden a necesidades inconscientes reales de parte de inocentes impugnadores, y tienen el propósito de reprimir memorias y culpabilidades de los pasados personales de aquéllos. De esta forma desesperada los críticos le opusieron una barrera racio-

nal a Freud; entre las armas de ellos estaban la lógica y el sentido común, ninguna de ambas aplicable al inconsciente, donde se usan monedas completamente diferentes como son el deseo, la culpabilidad y las defensas.

Es menester enfatizar que aparte de que las teorías de Freud **per se** causaran el rechazo de la humanidad, el propio Freud era una persona que provocaba el rechazo aun de los allegados a él, debido a las defensas emanadas de su adaptación inconsciente oral al rechazo materno. En una carta que le escribe en 1883, a Marta, su novia, confiesa:

No me fue fácil hallar sosiego hoy. En el momento de llegar a casa me dijeron que **mi madre** había estado esperándome dos horas, dejando un pequeño paquete para mí y el recado de que fuera al Prater, pues mi padre se marcha mañana . . . No lo hará hasta por la noche. **No puedo soportar la compañía de nadie durante mucho tiempo, y menos aún de la familia.** En realidad, soy sólo una persona a medias, en el sentido de la vieja fábula platónica, que sin duda conoces, y **en cuanto no despliego una gran actividad, mi herida me duele.** Después de todo, ya nos pertenecemos, **y si nos peleamos —lo cual es también parte del amor—, que sea en la intimidad.**

En **La etiología de la histeria** (1896), expuso Freud:

La explosión de la histeria puede ser atribuida casi siempre a un conflicto psíquico, en el que una representación intolerable provoca la defensa del **yo** e induce a la represión (. . .) Teniendo en cuenta que la tendencia defensiva del **yo** depende del desarrollo moral e intelectual de la persona, comprendemos ya perfectamente que en las clases populares sea la histeria mucho menos frecuente de lo que habría de permitir su etiología

científica (. . .) Para la producción de un síntoma histérico es necesario que exista una tendencia defensiva contra una representación penosa; esta representación ha de hallarse enlazada lógicamente y asociativamente con un recuerdo inconsciente.

En **Sobre psicoterapia** (1904), observó Freud que, en el mecanismo de la neurosis, no solamente la necesidad o la privación sexuales representaban un factor importante:

El otro factor igualmente indispensable, que está uno presuroso de olvidar, es la repugnancia sexual y la inhabilidad de amar de los neuróticos; es a este aspecto psíquico al que he denominado **represión**. La enfermedad neurótica se origina del conflicto de estos dos esfuerzos.

Veamos un ejemplo de frigidez en el **Romance de Fonte-frida** (hacia el siglo xv):

Fonte-frida, Fonte-frida,  
 fonte-frida y con amor,  
 do todas las avecícas  
 van tomar consolación  
 si no es la tortolica,  
 que está viuda y con dolor.  
 Por allí fuera a pasar  
 el traidor del rui señor;  
 las palabras que le dice  
 llenas son de traición:  
 —Si tú quisieses, señora,  
 yo sería tu servidor.  
 —Vete de ahí, enemigo,  
 malo, falso, engañador,  
 que ni poso en ramo verde,  
 ni en prado que tenga flor;  
 que si el agua hallo clara,  
 turbía la bebía yo;  
 que no quiero haber marido,  
 porque hijos no haya, no;  
 no quiero placer con ellos,  
 ni menos consolación.

¡Déjame, triste enemigo,  
 malo, falso, mal traidor,  
 que no quiero ser tu amiga,  
 ni casar contigo, no!

Observemos este otro ejemplo de rechazo sexual o de impotencia en el **Romance de rosa fresca** (hacia el siglo xv):

Rosa fresca, rosa fresca,  
 tan garrida y con amor,  
 cuando vos tuve en mis brazos,  
 no vos supe servir, no;  
 y agora que os serviría,  
 no vos puedo yo haber, no.  
 —Vuestra fue la culpa, amigo;  
 vuestra fue, que mía no;  
 enviásteme una carta  
 con un vuestro servidor,  
 y en lugar de recaudar  
 él dijera otra razón:  
 que érades casado, amigo,  
 allá en tierras de León;  
 que tenéis mujer hermosa  
 y hijos como una flor.  
 —Quien vos lo dijo, señora,  
 no vos dijo verdad, no;  
 que yo nunca entré en Castilla  
 ni allá en tierras de León,  
 sino cuando era pequeño,  
 que no sabía de amor.

En una carta que Freud le envió a Fliess el 15 de octubre de 1897, le dio a conocer los resultados mnémicos de su autoanálisis, que demuestran la adaptación inconsciente al deseo de ser abandonado y la consiguiente defensa dramática de llanto y angustia al suponer que su medio hermano también había hecho desaparecer a su madre:

Podríase objetar que estas coincidencias no son concluyentes, dada la posibilidad de que yo hubiese oído decir alguna vez, en mi posterior infancia, que la niñera había sido una ladrona, olvidándolo aparentemente, hasta que volvió a surgir en el sueño. Yo mismo tam-

bién creo que así debe haber ocurrido. Pero tengo otra prueba absolutamente inobjetable y un tanto divertida. **Si la vieja desapareció tan repentinamente —me dije—, alguna impresión demostrable debe haberme quedado de ese suceso.** ¿Dónde estaría? Entonces se me ocurrió una escena que durante los últimos veintinueve años ha venido retornando de tiempo en tiempo en mi recuerdo consciente, sin que atinara nunca a comprenderla. En ella yo sollozo desesperadamente porque mi madre no se encuentra por ninguna parte. **Mi hermano Felipe (veinte años mayor que yo) me abre un armario (Kasten); pero cuando me convenzo de que mi madre no se encuentra en él me echo a llorar todavía más,** hasta que de pronto ella entra por la puerta, esbelta y hermosa. ¿Qué puede significar eso? ¿Por qué mi hermano me abre ese armario, sabiendo que mi madre no está dentro y que, por tanto, no podrá calmarme así? Ahora lo comprendo todo: yo mismo debo habérselo pedido. **Cuando no pude encontrar a mi madre, temí de pronto que hubiese desaparecido, igual que mi vieja niñera había desaparecido poco antes.** Seguramente había oído decir alguna vez que a la vieja la habían “encerrado”, creyendo entonces que a mi madre le habría ocurrido lo mismo, o, mejor, que la habían “encajonado”, pues mi hermano Felipe, que ahora tiene sesenta y tres años, sigue siendo afecto a esas humorísticas expresiones hasta hoy. El hecho de que apelara a él para encontrar a mi madre demuestra que yo conocía perfectamente su participación en la desaparición de la niñera.

El temor de ser abandonado por su madre, mediante el fenómeno de la adaptación erótica, se convirtió en un placer reprimido, lo que da cuenta del carácter de Freud. En la conferencia que el profesor dictó ante el V Congreso Psicoanalítico Internacional, intitulada **Los caminos de la terapia psicoanalítica** (1919), expresó algo que pudo haber experimentado en carne propia:

Puede ser observado, a propósito, que el matrimonio infeliz y la enfermedad psíquica son las dos cosas que más frecuentemente superan a una neurosis, porque satisfacen, en particular, el sentimiento de culpabilidad (necesidad de castigo) que induce a muchos pacientes a aferrarse a sus neurosis. Mediante una elección conyugal absurda se castigan, o bien, consideran una enfermedad orgánica duradera como una condena del destino, cesando, de allí en adelante, de mantener la neurosis.

Bergler, en el capítulo **Psicoanálisis de escritores y de la creatividad literaria** (1947), de su libro **Selected papers**, explicó el fenómeno de rechazo diciendo:

Los escritores y poetas, consistentemente a través de los siglos han mal interpretado el problema del amor. Siendo incapaces de amar debido a sus neurosis, han creado una imagen exagerada del amor romántico, poniéndolo fuera del alcance de la vida real (. . .) Lo que pueden obtener del amor es el deseo inconsciente de ser masoquísticamente maltratados. Desde luego que no se percatan de esta mecánica. El tipo de amor que se han creado, idealizando sus propias fantasías con la coartada inconsciente —“no es verdad de que sea incapaz de amar, el amor real es insuficiente para mí”—, ha traído consecuencias trágicas, no para los mismos escritores que confunden el sufrimiento masoquista del amor romántico con el amor verdadero, sino para millones de muchachos y muchachas de todas partes que buscan un espejismo comprobado autorizadamente.

En efecto, Freud se enamoró de Martha, quien fue una mujer cruel y rechazante; hecho que se observa en unas cartas que le envió a ella en 1884:

Yo creo de verdad que siempre te he querido más que tú a mí, o, más concretamente: que hasta que nos

separamos no había superado la **primum falsum** de nuestro amor, como lo llamaría un silogista; quiero decir que yo me impuse a ti y que tú me aceptaste sin gran afecto (. . .) Cuando nos conocimos, tenías la personalidad ya plenamente formada, y cada uno de los resquicios de tu mente se encontraba ocupado, y eras tenaz y reservada, y yo no tenía poder sobre ti. Esta resistencia tuya me hacía anhelarte más y más, pero al mismo tiempo exacerbaba mi sufrimiento . . .

En otra carta, fechada el 7 de enero de 1885, le dice:

Hay una cosa en la que no estoy de acuerdo contigo, Martha. Dices que ahora somos muy sensatos y que en el pasado nos tratábamos muy neciamente. Tienes razón al afirmar que hoy en día poseemos la sensatez suficiente para creer en nuestro amor mutuo sin abrigar dudas de ninguna clase. Pero jamás hubiéramos llegado a este punto si no fuera por todo lo que sucedió antes. Fue la misma intensidad de la tristeza originada por las muchas horas de sufrimiento que me hiciste pasar desde hace dos años a esta parte, las que me convencieron de que te quería.

La dureza de Martha se advierte en esta carta de agosto de 1885:

Lo que ha pasado ahora me recuerda los días en que estuve a punto de renunciar a ti en favor de herr Fritz Wahle, tras insistir éste en que tenía derechos anteriores, sin que fueras capaz de esbozar el más leve gesto ni de decir una sola palabra en contra de sus afirmaciones.

Martha Bernays pertenecía a una familia de intelectuales: dos de sus tíos habían sido escritores, y su abuelo fue un rabino principal de Hamburgo a quien llamaban **El sabio**. Estos informes que nos da su hijo Martín Freud en su libro

**Sigmund Freud. Hombre y padre** (1958), encajan con el carácter oral de Martha, carácter muy parecido, si se compara, con el de Amalia, la madre de Freud.

Freud, al encontrar a su pareja, se apegó a una persona más o menos con el mismo grado de adaptación masoquista oral que él tenía, o que le había formado su propia madre. La adaptación inconsciente al rechazo oral le fue transmitida a Martha por su madre, y a ésta por la suya, y así en forma ascendente posiblemente por muchas generaciones. Lo real es que Martha repitió con sus primeros dos hijos, y quizá con los demás también, el rechazo oral que sufrió en forma pasiva, no pudiéndolos amamantar. Veamos lo que Freud les contó a Emelina, su suegra, y a Minna, su cuñada, de su primogénita Matilde, en una carta del 24 de octubre de 1887:

**La historia del ama de cría es la siguiente:** cada vez producía menos leche; al mismo tiempo, devoraba cantidades indignantes de todo lo imaginable; finalmente, se empachó, comenzó a sentirse hecha polvo, y, por si fuera poco, la niña hacía la caquita “verde”. Sólo una tía sin corazón podría quitar importancia a esto. **Mamá [Emelina] sabrá, sin duda, que es un mal síntoma.** Acaba de llegar la segunda ama, de la cual ya está la niña chupa que chupa.

En el libro antes citado, el poeta y escritor Martín Freud, quien fue el segundo vástago, recuerda una anécdota de su infancia a la que la llama “su primera aventura inconsciente”:

Fue necesario que mi madre empleara a una ama de leche. A las amas de cría, en aquellos días, no sólo se las pagaba bien, sino, por buenas razones, se las alimentaba bien; en verdad, a estas amas se les proporcionaba la comida más nutritiva que se podía comprar. La mujer que ocupó mi madre, llevada por la buena paga y la excelente comida, omitió mencionar que no

tenía leche, así que pude haberme muerto de hambre si el engaño no se hubiera descubierto a tiempo. La historia de la mala ama de leche —quien había resultado una ama de cría seca—, se contaba en la familia cuando tenía yo edad de gustar de estas historias. Verdaderamente, jamás me cansé de escuchar cómo expulsaron a esta mujer de nuestro pequeño hogar, en una viva atmósfera de indignación.

Estos ejemplos comprueban la adaptación oral masoquista de Martha y la defensa respectiva, que también trascendía al plano sexual, vía frigidez. En **La rebelión del hombre maduro** (1954), Bergler consignó un hecho que confirma la razón de que Freud se haya casado con Martha:

El masoquismo psíquico, es un problema humano universal, soterrado profundamente en el inconsciente, mas en ciertas épocas la tendencia latente se agudiza. Una de estas épocas es durante la madurez. Existe también otra poderosa razón para explicar el porqué tantas jóvenes atraídas por hombres maduros son masoquistas: **los neuróticos siempre atraen a los neuróticos.**

En **El chiste y su relación con el inconsciente** (1905), al tratar de explicar el significado del caso del paraguas y el taxi, nos da Freud a conocer algo de su vida íntima:

**Se casa uno para asegurarse contra los ataques de la sexualidad y luego resulta que el matrimonio no permite la total satisfacción de la misma**, exactamente como sucede cuando se toma un paraguas para librarse de la lluvia y, sin embargo, se moja uno en cuanto el agua cae con cierta violencia. En ambos casos tiene uno que buscar una más eficaz protección, un coche público o una mujer asequible por dinero. De este modo queda el chiste casi por completo sustituido por un cinismo. Que el matrimonio no es suficiente a satisfacer

la sexualidad del hombre es cosa que no nos atrevemos a declarar abierta y públicamente, a menos que no nos impulse a ello un amor a la verdad y un celo reformador como los de Cristián von Ehrenfels. La fuerza de este chiste consiste en haber expresado tal idea, aunque con toda clase de rodeos.

En **La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna** (1908), confirmó Freud su propio estado de ánimo hacia el matrimonio:

Recordaremos, ante todo, que nuestra moral sexual cultural restringe también el comercio sexual aun dentro del matrimonio mismo, obligando a los cónyuges a satisfacerse con un número por lo general muy limitado de concepciones. Por esta circunstancia **no existe tampoco en el matrimonio un comercio sexual satisfactorio más que durante algunos años, de los cuales habrá que deducir, además, aquellos periodos en los que la mujer debe ser respetada por razones higiénicas.** Al cabo de estos tres, cuatro o cinco años, el matrimonio falla por completo en cuanto ha prometido la satisfacción de las necesidades sexuales, pues todos los medios inventados hasta el día para evitar la concepción disminuyen el placer sexual, repugnan a la sensibilidad de los cónyuges o son directamente perjudiciales para la salud. El temor a las consecuencias del comercio sexual hace desaparecer primero la ternura física de los esposos y más tarde, casi siempre, también la mutua inclinación psíquica destinada a recoger la herencia de la intensa pasión inicial. Bajo la desilusión anímica y la privación corporal, que es así el destino de la mayor parte de los matrimonios, se encuentran de nuevo transferidos los cónyuges al estado anterior a su enlace, pero con una ilusión menos y sujetos de nuevo a la tarea de dominar y desviar su instinto sexual. No hemos de entrar a investigar en qué medida lo logra el hombre llegado a plena madurez; la experiencia nos muestra que

hace uso frecuentemente de la parte de libertad sexual que aun en el más riguroso orden sexual le concede, si bien en secreto y a disgusto. **La “doble” moral sexual existente para el hombre en nuestra sociedad es la mejor confesión de que la sociedad misma que ha promulgado los preceptos restrictivos no cree posible su observancia.**

Hugo Rosen, supo por los Bergler, que el rechazo que Freud sentía por su mujer provocaba que se dijera dentro de su círculo de amistades y familiares: “La pobre señora Freud”, cuando a ella se referían.

En **Análisis fragmentario de una histeria (1899)**, Freud cuenta que Dora, su paciente, lo rechazó después de tres meses de tratamiento, hecho que mucho resintió él al grado de que no publicó este caso sino hasta 1905. Veamos cómo excusa el sabio austriaco su gozo inconsciente en el rechazo:

De este modo, la transferencia me sorprendió desprevénido, y a causa de un “algo” en que yo le recordaba a K., Dora hizo recaer sobre mí la venganza que quería ejercitar contra K., y me abandonó como ella creía haber sido engañada y abandonada por él.

Deleitémonos con este soneto de Lope de Vega (1562-1635):

Juana, mi amor me tiene en tal estado,  
que no os puedo mirar cuando no os veo,  
ni escribo, ni manduco, ni paseo,  
entre tanto que duermo sin cuidado.

Por no tener dineros, no he comprado,  
¡oh, amor cruel!, ni manta ni manteo;  
tan vivo me derrienga mi desec,  
en la concha de Venus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana.  
Todos hurtan: paciencia. Yo os lo ofrezco;  
mas volviendo a mi amor, dulce tirana,

tanto en morir y en esperar merezco,  
que siento más el verme sin sotana  
que cuanto fiero mal por vos padezco.

Freud declaró en **Psicología de grupo y análisis del yo** (1921):

Casi en toda relación emocional íntima entre dos personas, que dura algún tiempo, como el matrimonio, la amistad, las relaciones entre padres e hijos (quizá con la solitaria excepción de la relación de la madre con su hijo que está basada en narcisismo), deja una huella de sentimiento de aversión y hostilidad.

En **El malestar en la civilización** (1929), confirma el médico vienés su rechazo sexual, imaginando para ello una de las mil excusas que suelen dar los escritores y estetas:

Puesto que el hombre no tiene una cantidad ilimitada de energía mental a su disposición, debe cumplir con sus deberes distribuyendo la libido de la manera más ventajosa. Lo que emplea para menesteres culturales lo retira sustancialmente de las mujeres y de su vida sexual (. . .) La vida sexual del hombre civilizado está seriamente inutilizada, y a pesar de lo que digamos, a veces da la impresión de ser una función en proceso de atrofiarse.

De esta guisa se podrán comprender los tortuosos amores de los neuróticos, en donde lo prohibido, cruel, rechazante e imposible, se presenta para darles el placer inconsciente que requiere su masoquismo psíquico. Comprendamos a Cervantes (1547-1616):

O le falta al amor conocimiento  
o le sobra crueldad, o no es mi pena  
igual a la ocasión que me condena  
al género más duro de tormento.

Escuchemos a Lope de Vega (1562-1635):

Sígueme inútil la esperanza vana  
como nave zorrera o mula coja,  
porque no me tratara Barbarroja  
de la manera que me tratas, Juana.

Veamos lo que nos dice Juan Ruiz de Alarcón (1580-1639), en este fragmento de su obra **La prueba de las promesas**, acto I:

Si a tu belleza he sido  
tan tierno enamorado,  
si estimo despreciado  
y quiero aborrecido,  
¿qué ley sufro, o qué fuero,  
que me aborrezcas tú porque te quiero?

El poema **Definición de amor** se le atribuye a Quevedo (1580-1645):

¿Rogarla? ¿Desdeñarme? ¿Amarla? ¿Huirme?  
¿Seguirla? ¿Defenderse? ¿Asirla? ¿Airarse?  
¿Querer y no querer? ¿Dejar tocarse  
y a persuasiones mil mostrarse firme?  
¿Tenerla bien? ¿Probar a desasirse?  
¿Luchar entre sus brazos y enojarse?  
¿Besarla a su pesar y ella agraviarse?  
¿Probar, y no poder, a despedirme?

¿Decirme agravios? ¿Reprenderme el gusto?  
¿Y en fin, a beaterías de mi prisa,  
dejar el ceño? ¿No mostrar disgusto?  
¿Consentir que le aparte la camisa?  
¿Hallarlo limpio y encajarlo justo?  
Esto es amor y lo demás es risa.

Observemos claramente el deseo de rechazo en el poema **A estos peñascos duros**, de Juana Inés de Asbaje (1648-1695):

¡Quién tan dichosa fuera,  
que de un agravio indigno se quejara!  
¡Quién un desdén llorara!  
¡Quién un alto imposible pretendiera!

¡Quién llegara, de ausencia o de mudanza,  
 casi a perder de vista la esperanza!  
 ¡Quién en ajenos brazos  
 viera a su dueño, y con dolor rabioso  
 se arrancara a pedazos  
 del pecho ardiente el corazón celoso!

Recordemos aquel cantar popular recopilado por Melchor Palau:

Si soy fino, tú ingrata;  
 si amante, esquivas;  
 si rendido, soberbia;  
 si humilde, altiva;  
 si fiel, tú falsa;  
 si soy tierno, tú dura;  
 si firme, varia.

Una de las terribles condenas que pagan los enamorados adaptados inconscientemente al rechazo, es la melancolía; estado de ánimo que frecuentemente los arrastra al suicidio. Todo lo relacionado con este fenómeno anímico está magistralmente descrito en **Aflicción y melancolía** (1917). La adaptación inconsciente al deseo de morir de hambre, la incorporó Freud al fenómeno melancólico:

**El cuadro de esta manía de empequeñecimiento se completa con insomnios, inapetencias y un sojuzgamiento, muy singular desde el punto de vista psicológico, del instinto, que fuerza a todo lo animado a mantenerse en vida.**

(...)

**En otro lugar hemos expuesto ya que la identificación es la fase preliminar de la elección de objetos, y la primera forma, ambivalente en su expresión, utilizada por el yo para distinguir un objeto, el que quisiera incorporárselo, y correlativamente a la fase oral o caníbal del desarrollo de la libido, ingiriéndolo, o sea devorándolo. A esta relación refiere acertadamente Abraham la inapetencia que surge en los graves estados de melancolía.**

En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), existe una carta fechada el 31 de marzo de 1915, en la que Abraham le comenta a Freud acerca de su **Bosquejo sobre una teoría de la melancolía**:

El primer argumento que sostendría es el del temor de morir de hambre del melancólico. El alimento ha tomado el lugar del amor. Asumiría que el papel que la zona anal juega en la neurosis obsesiva, se le asigna a la boca en la melancolía. En las depresiones menopáusicas en particular, el temor de morir de hambre juega un papel principal. Otro síntoma importante es el rechazo de alimento. En otros casos menos severos y más crónicos, el alimento, en el sentido positivo, es de una importancia excesiva.

Consecuentemente a la adaptación inconsciente a la muerte por hambre, deviene la de ser abandonado por la **imago matris**, que es, básicamente, el núcleo de este estado de ánimo; por lo tanto, la persona predispuesta provocará el abandono de su objeto amoroso mediante una actitud sádica hacia él mismo; conducta que le permite identificarse masoquistamente con la persona amada. Observemos esta actitud pseudoagresiva en la obra de Freud:

Cuando el amor al objeto, amor que ha de ser conservado, no obstante el abandono del objeto, llega a refugiarse en la identificación narcisista, recae el odio sobre este objeto sustitutivo, calumniándolo, humillándolo, haciéndole sufrir y encontrando en este sufrimiento una satisfacción sádica. El tormento, indudablemente placiente, que el melancólico se inflige a sí mismo significa, análogamente a los fenómenos correlativos de la neurosis obsesiva, la satisfacción de tendencias sádicas y de odio, orientadas hacia un objeto, pero retrotraídas al **yo**.

Mas la conducta sádica hacia el ser amado que esconde los propósitos inconscientes masoquistas de rechazo, logran

eventualmente la repulsión del objeto erótico, quedando el sujeto a merced de los despiadados reproches de su propio **superyó**, entidad inconsciente que lo acusa de gozar en el abandono y la muerte:

La pérdida de objeto erótico constituye una excelente ocasión para hacer surgir la ambivalencia de las relaciones amorosas. **Dada una predisposición a la neurosis obsesiva, la ambivalencia presta a la aflicción una estructura patológica, y la obliga a exteriorizarse en el reproche de haber deseado la pérdida del objeto amado o incluso ser culpable de ella.**

Ante los terribles reproches del **superyó** puede el sujeto defenderse agresivamente, proyectando sus propios defectos y adaptaciones masoquistas inconscientes al objeto amado, con lo cual se sumirá en una depresión aun mayor:

Es ésta la instancia a la que damos corrientemente el nombre de "conciencia moral". **Pertenece, con la censura de la conciencia y el examen de la realidad, a las grandes instituciones del "yo" y puede enfermar por sí sola, como más adelante veremos. En el cuadro de la melancolía resalta el descontento con el propio yo sobre todas las demás críticas posibles. La deformidad, la fealdad, la debilidad y la inferioridad social no son tan frecuentemente objeto de la autovaloración del paciente. Sólo la pobreza o la ruina ocupan, entre las afirmaciones o temores del enfermo, un lugar preferente.**

Una observación nada difícil nos lleva luego al esclarecimiento de la contradicción antes indicada. **Si oímos pacientemente las múltiples acusaciones del melancólico, acabamos por experimentar la impresión de que las más violentas resultan con frecuencia muy poco adecuadas a la personalidad del sujeto y, en cambio, pueden adaptarse, con pequeñas modificaciones, a otra persona, a la que el enfermo ama, ha amado o debía amar. Siempre que investigamos estos casos queda con-**

firmada tal hipótesis, que nos da la **clave** del cuadro patológico, haciéndonos reconocer que **los reproches con los que el enfermo se abruma corresponden en realidad a otra persona**, a un objeto erótico, y han sido vueltos contra el propio yo.

Otra táctica del yo para defenderse del **superyó** es mediante el recurso de la aceptación masoquista, por la cual se admite el deseo inconsciente de ser abandonado y muerto en forma de un castigo real, que puede oscilar entre una depresión leve a una suicida, dependiendo esto del grado de adaptación neurótica inconsciente:

La melancolía se caracteriza psíquicamente por un estado de ánimo profundamente doloroso, una cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones y la disminución del amor propio. Esto último se traduce en reproches y acusaciones de que el paciente se hace objeto a sí mismo, y puede llegar incluso a una delirante espera de castigo.

Prosigamos con la carta de Abraham:

Me pareció ver en mis pacientes como si el melancólico, incapaz de amar en tal condición, vigorosamente tratara de poseer al objeto amoroso. En mi experiencia, de hecho se identifica con su objeto amoroso, no puede tolerar su pérdida y se vuelve hipersensitivo a la más ligera hostilidad. Frecuentemente permite ser atormentado por la persona amada en un autocastigo masoquista. Entonces se reprocha a sí por esto, en lugar de reprochar a la persona amada, porque inconscientemente cree que le ha hecho mayor daño a aquélla a través de la omnipotencia del pensamiento.

Durante los estados depresivos o melancólicos, se verifican los fenómenos inherentes a la tercera etapa de la ora-

lidad, que consisten en la autoagresión y en el lamento. El sujeto goza inconscientemente al sentir lástima de sí, y a la vez se identifica inconscientemente con el sufrimiento que le ha provocado a su objeto erótico, a quien van dirigidos sus lamentos. Veamos la obra de Freud:

En ambas afecciones suele el enfermo conseguir por un camino indirecto **su venganza de los objetos primitivos y atormentar a los que ama, por medio de la enfermedad**, después de haberse refugiado en ésta para no tener que mostrarle directamente su hostilidad. La persona que ha provocado la perturbación sentimental del enfermo, y hacia la cual se halla orientada su enfermedad, suele ser una de las más íntimamente ligadas a ella. De este modo, la carga erótica del melancólico experimenta un doble destino. Una parte de ella retrocede hasta la identificación, y la otra, hasta la fase sádica, bajo el influjo de la ambivalencia.

**Este sadismo nos aclara el enigma de la tendencia al suicidio, que tan interesante y tan peligrosa hace a la melancolía.**

El gozo inconsciente en el lamento, denuncia inmediatamente al neurótico, quien mediante esta conducta sumisa consigue atenuar los reproches de su **superyó**, aceptando los cargos de masoquismo:

**El melancólico muestra, además, otro carácter que no hallamos en la aflicción: una extraordinaria disminución de su amor propio, o sea un considerable empobrecimiento de su "yo".** En la aflicción, el mundo aparece desierto y empobrecido ante los ojos del sujeto. En la melancolía es el **yo** lo que ofrece estos rasgos a la consideración del paciente. **Este nos describe su yo como indigno de toda estimación, incapaz de ningún rendimiento valioso, y moralmente condenable. Se dirige amargos reproches, se insulta y espera la repulsa y el castigo.** Se humilla ante todos los demás y compa-

dece a los suyos por hallarse ligados a una persona tan indigna. No abriga idea ninguna de que haya tenido efecto en él una modificación, sino que extiende su crítica al pasado y afirma no haber sido nunca mejor (. . .)

**En el melancólico observamos el carácter contrario, o sea el deseo de comunicar a todo el mundo sus propios defectos, como si en este rebajamiento hallara una satisfacción.**

Se ha querido atribuir el estado de ánimo melancólico a una situación por la cual el sujeto ha incorporado al objeto erótico como parte suya; parte que al desprenderse provoca el fenómeno aludido. Mas, de acuerdo con la teoría bergle-rista, todo este complejo reside en la erotización del temor infantil de ser abandonado y muerto por la **imago matris**. Freud observó que el problema básicamente residía en el **yo**:

Conforme a la analogía de esta enfermedad con la aflicción, **habríamos de deducir que el paciente ha sufrido la pérdida de un objeto; pero de sus manifestaciones inferimos que la pérdida ha tenido efecto en su propio yo.**

Una de las características peculiares de Freud, consistió en desafiar las normas establecidas por la sociedad de su época. Como ya lo indicamos, fue un verdadero maestro en el arte de hacer enemigos gratuitos. Una de las defensas pseudoagresivas que esgrimía contra su deseo inconsciente de ser rechazado era la de que su habilidad para sostener una posición inaceptable, ante el acoso de terribles críticas, se debía a su ascendencia judía.

La defensa rechazante que Freud esgrimía contra su deseo inconsciente de ser rechazado, lo hizo reflexionar en una carta que dirigió a su novia Martha el 27 de enero de 1886:

**Considero una gran desgracia que la Naturaleza no me haya concedido ese intangible algo que atrae a la gente, y estoy persuadido de que es la ausencia de esta**

**faceta, en mayor grado que la de cualquiera otra, la que me ha privado de una existencia más fácil.** Me ha costado mucho trabajo hacer amigos, he tenido que luchar durante largo tiempo para conseguir a mi preciosa niña, y cada vez que me presentan a alguien me doy cuenta de que existe un impulso que desafía todo análisis y que conduce a dicho alguien a quitarme importancia.

Veamos lo que Freud nos relata en **La interpretación de los sueños** (1900), acerca de sus experiencias de rechazo:

Una vez, en años juveniles, hablé más de lo conveniente y ocasioné un disgusto entre dos personas que me honraban con su amistad, contando a una algo que sobre ella había dicho la otra. Los reproches de que por entonces se me hizo objeto permanecen grabados para siempre en mi memoria. (. . .)

He relatado ya que, tanto mis calurosas amistades como mis enemistades con personas de mi edad, se enlazan a mis relaciones infantiles con mi sobrino Juan, un año mayor que yo. Ya he indicado repetidamente las características de estas relaciones. Como un sobrino me dominaba por su mayor edad, tuve que aprender tempranamente a defenderme, y vivimos así inseparablemente unidos y queriéndonos mucho, pero también peleándonos, pegándonos —y acusándonos—. Todos mis amigos posteriores han constituido y constituyen, en cierto sentido, encarnaciones de esta figura de mi infantil compañero y fantasmales reparaciones de la misma (**revenants**). Mi sobrino mismo retornó a mi casa en mis años de adolescencia, siendo entonces cuando representamos la escena entre César y Bruto. Un íntimo amigo y un odiado enemigo han sido siempre necesidades imprescindibles de mi vida sentimental, y siempre he sabido procurármelos de nuevo. No pocas veces quedó reconstituido tan completamente este ideal infantil, que amigo y enemigo coincidieron en la misma

persona, aunque, naturalmente, no al mismo tiempo ni en periodos alternados, como sucedió en mis primeros años.

Bergler explica esta ambivalencia en **Counterfeit sex** (1958):

Aunque todavía se la percibe como una **gran rechazante** (su papel en la crianza no solamente es el de dar, sino también el de prevenir y prohibir para el bien del niño), el desempeño de generosidad se le reconoce a la madre paulatinamente. Paradójicamente este reconocimiento incrementa, en lugar de disminuir, el conflicto infantil, creando una ambivalencia en la que los sentimientos de amistad y hostilidad hacia la misma persona, a un tiempo, luchan entre sí. Obviamente esta dualidad es extremadamente molesta.

Pocos poetas en el mundo han desarrollado estéticamente el fenómeno de la ambivalencia, como Juana Inés de Asbaje; veamos su poema **Que da medio para amar sin mucha pena**:

Yo no puedo tenerte ni dejarte,  
ni sé por qué, al dejarte o al tenerte,  
se encuentra un no sé qué para quererte  
y muchos sí sé qué para olvidarte.

Pues ni quieres dejarme ni enmendarte,  
yo templaré mi corazón de suerte  
que la mitad se incline a aborrecerte  
aunque la otra mitad se incline a amarte.

Si ello es fuerza querernos, haya modo  
que es morir el estar siempre riñendo:  
no se hable más en celo y en sospecha,

y quien da la mitad, no quiera el todo;  
y cuando me la estás allá haciendo,  
sabe que estoy haciendo la deshecha.

En **Más allá del principio del placer** (1920), al estudiar el fenómeno de la repetición compulsiva, observó Freud ciertos fenómenos que tal parece que le ocurrieron a él:

Entonces conoce uno gente cuyas relaciones humanas siempre terminan de la misma manera: benefactores cuyos protegidos, que a pesar de lo diferentes que hayan podido ser, invariablemente después de cierto tiempo los rechazan de mal talante, así que aparentemente están condenados a drenar las heces de toda la amargura de la ingratitud; hombres cuyas amistades terminan en la traición del amigo, otros que indefinidamente en sus vidas revisten a otra persona con autoridad ya sea ante sus propios ojos o generalmente, y ellos mismos relegan esa autoridad después de un tiempo dado, solamente para reponerla con una nueva.

En una carta que le envió a la señora Lou Andreas-Salomé el 30 de julio de 1915, acusa Freud cierta misantropía:

No puedo ser optimista, mas difiero de los pesimistas en que las cosas malvadas, estúpidas e insensatas no me irritan, porque las he aceptado desde el primer momento como muestras de lo que podemos esperar del mundo.

En otra carta que le envió a esta escritora el 28 de julio de 1929, confirmó Freud su odio por la humanidad:

Lo que dice usted acerca del análisis de mi producción me interesa mucho y me encuentro inerte para juzgarlo. Lo único que sé es que me he esforzado siempre atrozmente y que todo lo demás era consecuencia natural. Sin duda, la cosa habría podido ser mucho mejor. Por mi parte, sólo sentía el objeto, en tanto que del sujeto no notaba nada. **Ciertamente mis peores defectos, entre los cuales figura cierto menosprecio universal, han contribuido al resultado tanto como mis cualidades, por ejemplo, un valor obstinado en defensa de la verdad. Como que en mi interior más profundo estoy convencido de que mis queridos semejantes no son más que mera chusma, con contadas excepciones.**

En **El malestar en la civilización** (1929), Freud confirma su actitud:

La soledad voluntaria, el aislamiento de los demás, es la defensa más pronta en contra de la infelicidad que pueden suscitar las relaciones humanas.

En **Mi relación con Josef Popper-Lynkeus** (1932), se advierte el grado de introversión a que su adaptación al rechazo lo había llevado:

**Una especial simpatía me atraía a él, dado que, evidentemente, también él había sufrido dolorosamente la amargura de la existencia judía y la oquedad de los ideales de la cultura actual.** Sin embargo, nunca llegué a conocerlo personalmente. El sabía de mí a través de relaciones comunes, y en una ocasión tuve que responder a una carta suya en la cual me demandaba cierta información. Pero nunca lo visité. **Mis inovaciones en la psicología me habían alejado de mis contemporáneos, particularmente de los más viejos; demasiado a menudo, cuando me aproximaba a un hombre que había admirado desde lejos, me sentía como repelido por su incomprensión de todo aquello que se había convertido en el contenido mismo de mi existencia.** Después de todo, Josef Popper procedía de la física y había sido amigo de Ernst Mach; yo no quise que se malograra la feliz impresión de nuestra concordancia con respecto al problema de la deformación onírica. Así sucedió que fui aplazando la ocasión de visitarlo, hasta que ya fue demasiado tarde, y sólo me restó descubrirme ante su busto en nuestro Parque del Ayuntamiento.

El odio al sexo opuesto, al mundo o a las leyes adquiere en la persona adaptada inconscientemente al rechazo, una dimensión desproporcionada. Freud lo demuestra en **Psicoanálisis y medicina** (1926):

**Además, no creo que se sea un anarquista** por opinar que las leyes y los reglamentos no pueden aspirar, por su origen, a ser considerados sagrados e intangibles; que son con frecuencia de contenido insuficiente y contrarios a nuestro sentimiento de la justicia, o llegan a tomar este carácter al cabo del tiempo, y por último, que, dada la torpeza de las personas que dirigen nuestra sociedad, el mejor medio de corregir tales leyes inadecuadas es infringirlas valientemente.

Recordemos aquella estrofa del poema de Fray Luis de León (1527-1591) llamado **Huir, contentos, de mi triste pecho:**

Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,  
ni el alto tribunal, ni las ciudades,  
ni conoció del mundo el trato fiero;  
que por las inocentes soledades  
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,  
y el ánimo enriquece con verdades.

Freud quizá sentía lo que José de Espronceda (1808-1842) cantó en **El diablo mundo:**

Yo romperé las cadenas  
daré paz y libertad,  
y abriré un nuevo sendero  
a la errante humanidad.

En **Inhibición, síntoma y angustia** (1925), Freud indagó sobre la relación entre la adaptación infantil traumática causada por el abandono materno y la reacción de angustia derivada de aquélla:

Elegiremos otra vez, como punto de partida, la situación a cuya inteligencia creemos haber llegado, del **niño de pecho que encuentra a una persona extraña en el lugar de su madre. El niño muestra entonces angustia, la cual hemos interpretado como una reacción al peligro de la pérdida del objeto.** Pero se trata quizá de algo más complicado y que merece una más penetran-

te discusión. Que el niño de pecho experimenta angustia es un hecho indudable, pero además la expresión de su rostro en tales momentos y su llanto hacen suponer que también experimenta dolor. Parece como si fluyeran conjuntamente en él elementos que más tarde habrán de separarse. No puede diferenciar aún la ausencia temporal de la pérdida definitiva. **Cuando no ve junto a sí la figura materna, se conduce como si ya no hubiera de volver a verla**, y precisa de repetidas experiencias consoladoras para llegar a aprender que tales desapariciones de la madre son seguidas de su nueva aparición. La madre le ayuda a madurar este conocimiento, tan importante para él, jugando a taparse ante él el rostro y destapárselo luego para su gran regocijo. En estas ocasiones experimenta el niño un "anhelo" (*Sehnsucht*) de la madre, no acompañado de desesperación.

La situación en la cual el niño de pecho echa de menos a su madre no es para él, a causa de su error de interpretación, una situación peligrosa, sino **una situación traumática, o más exactamente, una situación que se hace traumática si el niño experimenta en tal momento una necesidad que la madre habría de satisfacer**. Así, pues, la primera condición de la angustia, introducida por el mismo yo, es la pérdida de la percepción, la cual es equiparada a la pérdida del objeto. **La pérdida del cariño no entra todavía en cuenta**. Más tarde la experiencia enseña al niño que el objeto puede permanecer existente, pero hallarse enfadado con él, siendo entonces cuando la pérdida del cariño del objeto pasa a constituirse en una condición, ya permanente, de peligro y angustia.

Una vez que el niño de pecho ha sufrido tal situación de rechazo, se adaptará inconscientemente a esa experiencia de pasividad, impotencia o indefensión:

**¿Cuál es el nódulo o la significación de la situación peligrosa? Evidentemente, la estimación de nuestra**

**fortaleza en comparación con la magnitud del peligro y el reconocimiento de nuestra impotencia; de nuestra impotencia material en el caso del peligro real y de nuestra impotencia psíquica en el caso del peligro instintivo.** En esta estimación es guiado nuestro juicio por experiencias realmente vividas, y para el resultado es indiferente que se equivoque o no en su apreciación. **Tales situaciones de impotencia realmente experimentadas son las que calificamos de "traumáticas",** estando, por tanto, justificada la diferenciación por nosotros establecida entre la situación traumática y la situación **peligrosa.**

Mas el hecho de adaptarse a un estado traumático de pasividad, consiste en hacerlo propio de manera inconsciente, para luego desarrollar defensas reactivas contra tal masoquismo psíquico. El síntoma angustioso es una demostración dramática y repetitiva de que no sólo no se goza en la impotencia, sino de que por lo contrario, se sufre:

La angustia es la reacción primitiva a la impotencia en el trauma, reacción que es luego reproducida, como señal de socorro, en la situación peligrosa. El **yo**, que ha experimentado pasivamente el trauma, repite ahora activamente una reproducción mitigada del mismo, con la esperanza de poder dirigir su curso. No es otra la forma en que el niño se comporta con respecto a todas sus impresiones penosas, las que reproduce en sus juegos, buscando, con este modo de pasar de la pasividad a la actividad, dominar psíquicamente sus impresiones.

Freud denominó **exigencia instintiva** a la adaptación traumática inconsciente y le atribuyó caracteres autoagresivos:

La exigencia instintiva, cuya satisfacción rechaza el **yo**, sería entonces el instinto masoquista de destrucción, dirigido contra la propia persona.

Las personas adaptadas inconscientemente, en su etapa oral, al rechazo materno, suelen sufrir una serie de fenómenos conduccionales que, dependiendo del grado del temor reprimido, pueden crear defensas agresivo-compulsivas de rechazo total, parcial o leve hacia el sexo opuesto. En los casos de rechazo total podríamos encontrar al homosexual; en los de rechazo parcial, al "Edipo negativo" que representa a donjuanes, donquijotes, poetas, escritores, músicos, y a toda suerte de estetas; y en los de rechazo leve contemplamos a la mayoría de la gente. Por esta razón hay también misógenos de diversos grados también, que por lo general se encuentran entre los genios que produce la especie humana. Si queremos cerciorarnos de esto, veamos algunos ejemplos recopilados por Manuel Pumarega:

"No debe depositarse ninguna confianza en las mujeres." **Homero.**

"No hay en el mundo nada peor que una mujer, excepto otra mujer." **Aristófanes.**

Platón apunta en **Timeo**:

Entre los hombres que recibieron la existencia, hubo algunos que se mostraron cobardes y pasaron su vida en la delincuencia; todo hace suponer que en su segunda existencia fueron metamorfoseados en mujeres.

El Arcipreste de Talavera (1398-1467), decía en su **Corvacho**:

No es mujer que de sí muy avara no sea en dar, cavilosa en la mano alargar, temerosa en mucho emprestar, abundosa en cualquier cosa tomar, generosa en lo ajeno dar (. . .) Do podemos decir la mujer ser muy parlera e de secretos muy mal guardadora. Por ende quien dellas no se fia no sabe qué prenda tiene, e quien de sus fechos se apartare e más las olvidare, vivirá más en seguro: desto yo les aseguro.

Erasmus (1467-1536), en **Elogio a la locura**, se refiere a la mujer en estos términos:

La mujer es un animal inepto y loco, a la vez que por otra parte, complaciente y gracioso (...). Si por casualidad una mujer quisiera sentar plaza de sabia, no lograría sino poner su locura más de manifiesto (...). ¡Las mujeres son tan ingeniosas, principalmente cuando se trata de paliar sus culpas! (...) soy la locura, y mujer, que es peor aún.

En **El Burlador de Sevilla y convidado de piedra**, de Tirso de Molina (1571-1648), recogemos estas palabras del Rey:

¡Ah, pobre honor! Si eres alma  
del hombre, ¿por qué te dejan  
en la mujer inconstante,  
si es la misma ligereza?

Veamos estas letrillas satíricas de don Francisco de Quevedo (1580-1645), llamadas **Contra mujeres obscenas**:

Sabed vecinas,  
que mujeres, y gallinas  
todas ponemos,  
unas cuernos, y otras huevos.

Viénense a diferenciar  
la gallina, y la mujer,  
en que ellas saben poner,  
nosotras sólo quitar:  
y en lo que es cacarear  
el mismo tono tenemos:  
todas ponemos,  
unas cuernos, y otras huevos.

El que tenga la paciencia de leer **El Criticón** de Gracián (1601-1658), advertirá el odio hacia la mujer que ahí se destila:

Ves cuán malos son los hombres. Pues advierte que aun son peores las mujeres (...). Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer (...). Ni aun mujer,

dijo un tercero, que es una harpía, si ya no es peor mujer de estos tiempos (. . .) Donde hay juncos, decía uno, hay agua; donde humo, fuego, y donde mujeres, demonios (. . .) Pero como la mujer fue la primera con quien embistieron los males, hicieron presa de ella, quedando rebutida de malicia de pies a cabeza (. . .) Al fin hembra, que todos los mayores males son la guerra, la peste, las harpías, las sirenas, las furias y las parcas.

Ya el **Refranero español** de 1598, trae algunos dichos populares antifemeninos:

La mujer, el fuego y los mares son tres males.

La mujer y la candela tuércela el cuello si la quieres buena.

A la mujer y a la mula, vara dura.

Mujeres y malas noches, matan a los hombres.

En el libro **Errores celebrados**, Madrid, 1666, con el subtítulo **De los poetas**, Juan de Zavaleta nos obsequia con el siguiente discurso, que tomamos de **Cuadernos Literarios Azor**:

Juntemos, pues, ahora las propiedades de la poesía con los defectos y propensiones de una mujer, y veremos lo que resulta. Miedo me da pensarlo. En la poesía no hay sustancia, en el entendimiento de una mujer, tampoco; muy buena junta harán entendimiento de mujer y poesía. La necesidad de las proporciones obliga a poner en la poesía muchas palabras, o impropias, o forzadas, o sobradas. La mujer, por su naturaleza, no sabe poner nada en su lugar; ¡mírense cuál estarán las palabras en las dificultades de la poesía! El oficio de la poesía es fingir; el ansia de la mujer es maquinari; darle por obligación la inclinación, es acabar de echarla a perder. Cuando la poesía es sátira, es murmuración, es chisme. La mujer naturalmente es chismosa; si la añaden la vena de poeta, no parará de hacer sátiras, con que ande chismeando al mundo las faltas ajenas.

Cuando la poesía es lisonja, es estrago de los entendimientos. Lisonja en labios de mujer, hace más daño que lisonja de hombre: porque un hombre se puede presumir que inventa las perfecciones que pinta, pero una mujer, como es menos su capacidad, se piensa que pinta las perfecciones que halla. De donde se colige que si la lisonja ordinaria hace de los entendidos, bobos, y de los bobos, locos, ésta hace locos de entrambos, porque entrambos la creen muy aprisa. De suerte que la mujer que es poeta, jamás hace nada, porque deja de hacer lo que tiene obligación, y lo que hace, que son versos, no es nada. Habla más de lo que había de hablar, y con más defectos y superfluidades. Añade otra locura a su locura. De día y de noche está maquinando disparates, que, sobre los que ella había de maquinar, hacen desatinadísimo tropel de quimeras. Si alguien la ofende, no cesa de hacerle sátiras. Si ha menester a alguien, le enloquece, o le emboba, a quimeras. Esto hace una mujer que hace versos. ¡Buena debe de andar su casa! Mas, ¿cómo ha de andar casa, donde en lugar de agujas hay plumas, y en lugar de almohadillas, cartapacios? Yo apostaré que una mujer de estas, las sábanas que rompe de noche buscando a vuelcos los conceptos, no las remienda de día, por escribir los conceptos que buscó entre las sábanas, y leérselos a sus conocidos. También apostaré que si estando escribiendo, ve que se le cae un hijo en la lumbre, por no levantar la pluma del papel, le socorre tarde, o no le socorre. Fuego de Dios en ella.

La mujer poeta es el animal más imperfecto y más aborrecible de cuantos forma la naturaleza, porque no hay animal de tantas tachas, que no sea bueno para algo, sólo ella no es buena para cosa de esta vida. Esto asentado, veamos ahora, ¿por qué alaban a Erina Propercio y Rabisio? Claro está que porque hacía versos. Por lo que ellos la alaban, si me fuera lícito, la quemara yo viva. Al que celebra a una mujer poeta, Dios se la dé por mujer, para que conozca lo que celebra.

Veamos este anónimo del Siglo de Oro:

De quince a veinte es niña: buena moza  
de veinte a veinticinco, y por la cuenta  
gentil mujer de veinticinco a treinta,  
¡dichoso aquel que en tal edad la goza!

De treinta a treinta y cinco no alborozas:  
mas se puede comer con sal pimienta;  
pero de treinta y cinco hasta cuarenta,  
anda en víspera ya de una coraza.

A los cuarenta y cinco es bachillera:  
gansea, pide y juega del vocablo;  
cumplidos los cincuenta da en santera:

A los cincuenta y cinco hecha retablo,  
niña, moza, mujer, vieja, hechicera,  
bruja y santera, se la lleva el diablo.

Recordemos estos versos de **La proclama de un solterón**,  
de José Vargas Ponce (1760-1821):

De trato señoril, de porte serio,  
procure sin afán la buena fama;  
huya el descoco y aire de misterio;  
sepa de burlas, odie la soflama;  
no haga la niña, no hable con imperio,  
y no viva en la calle ni en la cama,  
ni la moda poniendo por escudo,  
nadie estudie en sus carnes el desnudo.

Ni la sucia costumbre, asaz frecuente,  
de cenar en la cama arrellanada,  
y mientras males al marido miente  
reprueba el guiso, riñe a la criada,  
y ensarta Avemarías juntamente,  
todo al compás de grave cabezada;  
pues glotona, devota, floja y bronca,  
masca a un tiempo, murmura, reza y ronca.

A propósito de la metamorfosis de la mujer señala el  
psicoanalizado en **La disposición a la neurosis obsesiva**  
(1913):

Es sabido, y ha dado ya mucho que lamentar a los

hombres, que el **carácter de la mujeres** suele cambiar singularmente al sobrevenir la menopausia y poner un término a su función genital. Se **hacen regañonas, impertinentes y obstinadas, mezquinas y avaras, mostrando, por tanto, típicos rasgos sádicos y eróticos-anales, ajenos antes a su carácter.** Los comediógrafos y los autores satíricos de todas las épocas han hecho blanco de sus invectivas a estas "viejas gruñonas", último avatar de la muchacha adorable, la mujer amante y la madre llena de ternura. Por nuestra parte comprendemos que esta transformación del carácter corresponde a la **regresión de la vida sexual a la fase pregenital sádico-anal**, en la cual hemos hallado la disposición a la neurosis obsesiva.

El célibe empedernido está más cerca de la misoginia que el don Juan; quizá por esta razón la Iglesia y las órdenes monásticas nos presentan individuos tan excéntricos como Gracián, y como un arzobispo cuyo odio a las mujeres fue el causante indirecto de la muerte de Juana Inés de Asbaje, y de cuya memoria guarda malos recuerdos Francisco de la Maza en su libro **Sor Juana Inés de la Cruz en su tiempo** (1967):

El segundo Arzobispo que le tocó en suerte a Sor Juana fue otro asceta, pero éste no indiferente, sino impulsivo y, además, irritable e irritante misógino. Odiaba tanto los versos, el teatro y las diversiones, como a las mujeres. Este señor fue don Francisco de Aguilar y Seixas.

Cuando era muchacho se fue a estudiar a Compostela y lo hacía "paseando y gritando, de suerte que causaba molestia y enfado a los otros estudiantes y decían que no los dejaba dormir, porque toda la noche estaba estudiando y gritando". Una vez un compañero lo llevó a visitar a una monja tía suya; Francisco declaró que "más mala tarde no había tenido en su vida". Porque hay que recordar que, como san Luis Gonzaga, no le-

vantaba nunca el rostro —salvo necesidad absoluta— para ver el de una mujer.

No nos toca aquí dilucidar el origen de este odio a la mujer, ni hay datos suficientes para ello. **Muchas causas hay para la misoginia, casi todas debidas a traumas infantiles.**

Joven aún fue nombrado canónigo de Compostela y luego de Astorga y en 1677 fue promovido al Obispado de Michoacán.

Su primera preocupación como obispo, y que no se le quitó nunca, pues era otra fase de su neurosis, fue la de dar limosnas. Su biógrafo, José de Lezamis le llama “el Obispo de las manos de oro”. Vendió la vajilla de plata de sus antepasados obispos y compró una de barro. Con gran escándalo de sus canónigos, obligó a que la bandeja litúrgica en la que se lavan los dedos en la misa, fuese una batea de Uruapan y las vinajeras dos jarritos. La cruz pectoral era de plata, sin joyas, y el collar de cuentas de coyole. La sotana y los zapatos siempre rotos.

Cuando pasó al arzobispado de México, en 1682, **re- tardó meses la visita oficial al Virrey para no ver a la Virreina.** A las oidoras, por supuesto, las dejó esperando.

**Jamás volvió a entrar mujer alguna al Palacio Episcopal,** ni siquiera cocinera o lavandera, y hubo excomunión mayor para la que lo intentase. Decía que si supiera que alguna vez había entrado a Palacio alguna mujer, mandaría destruir los ladrillos y piedras que hubiera pisado y los muebles que hubiese tocado.

Por supuesto que **protegió todos los conventos de monjas, no por ellas, sino por ser su encierro, y fundó una casa de locas** que el piadoso y magnífico retablista José de Sáyago tenía en su casa, y dos “**recogimientos**” de prostitutas.

Schopenhauer decía de las mujeres que eran seres de cabellos largos e ideas cortas, y su odio hacia ellas lo

explica Nietzsche en *La genealogía de la moral* (1897):

Y así el filósofo siente horror del matrimonio y de todo aquello que pudiera persuadirle a contraerlo —el matrimonio como obstáculo y fatalidad en su camino hacia el **optimum**. ¿Qué gran filósofo ha estado casado hasta ahora? Heráclito, Platón, Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Schopenhauer, no lo estuvieron, y más aún, ni siquiera podemos **imaginarlos** casados. **Un filósofo casado es un personaje de comedia, ésta es mi tesis**: y por lo que se refiere a aquella excepción, Sócrates, parece que el malicioso Sócrates se casó **ironice** [por ironía], justamente para demostrar esta tesis.

Ahora, miremos a un misógeno de grado menor que vive escapándose de la homosexualidad: el don Juan, que no rechaza a las mujeres del todo sino a su manera: haciéndolas sufrir con su inconsistencia y crueldad, y presumiendo de lo que no es. Observemos esta proyección de Lope de Vega:

El humo que formó cuerpo fingido  
que cuando está más denso para en nada;  
el viento que pasó con fuerza airada  
y que no pudo ser en red cogido;  
  
el polvo en la región desvanecido  
de la primera nube dilatada;  
la sombra que, la forma al cuerpo hurtada,  
dejó de ser, habiéndose partido,  
  
son las palabras de mujer; si viene  
cualquiera novedad, tanto le asombra,  
que ni lealtad, ni amor, ni fe mantiene;  
  
mudanza ya, que no mujer, se nombra;  
pues cuando más segura, quien la tiene,  
tiene polvo, humo, nada, viento y sombra.

Releamos lo que nos dice Marañón del también promiscuo conde de Villamediana, el expediente del cual lo descubrió el historiador Alonso Cortés en el **Archivo secreto de Simancas**. Esto lo consigna el propio don Gregorio en su **Don Juan**:

Villamediana, el poeta galante y generoso, el presunto amante de la reina más graciosa de España; el que tuvo pendientes de sus calaveradas y de su fausto a todas las mujeres de su tiempo; el autor de alguno de los más bellos sonetos que las musas españolas han dedicado a la mujer; el que muchos años después de morir hacía suspirar todavía a las damas enamoradas; este gran héroe romántico estaba lejos, muy lejos, de ser un modelo de varón. Los documentos hallados no dejan lugar a duda de que Villamediana estaba complicado en un proceso de lo que entonces se llamaba el pecado nefando. El delicado asunto se descubrió este año de 1622. **Gran número de personas conocidas de Madrid fueron inculpadas de homosexualidad.** Desde criados y bufones de las casas aristocráticas, hasta los mismos señores de éstas. **Uno de ellos era Don Juan de Tassis.** Es la primera vez que el nombre de Villamediana aparece sin una mujer a su lado. El era, ¿quién pudiera pensarlo!, el jefe de la banda. Los más humildes fueron condenados a muerte y ejecutados en Madrid: que entonces lo exigía así el rigor incomprensivo de la ley. A los pecadores encopetados los dejaron huir a Italia y a Francia. Villamediana acababa de ser asesinado, y su muerte fue, precisamente, el punto de partida para el descubrimiento de esta insospechada organización de anormales. Pero su honra se salvó. **Una orden piadosa del propio rey, ahora exhumada, manda que “por estar el conde ya muerto, se guarde el secreto de lo que contra él hay, para no infamar su memoria”.**

¿Qué pudo haber influido en el pensamiento de don Gregorio para haberle hecho declarar que el don Juan era un homosexual? Dicha declaración le procuró tantas críticas, precisamente por no haber intuido el factor **inconsciente**. En efecto, el don Juan es un psicópata que sufre de una adaptación inconsciente femenina o pasiva la que, dependiendo del grado de represión, crea reacciones defensivas que pueden hacer variar la selección del objeto sexual. Al

respecto fue muy claro Freud en **Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad** (1905), en el capítulo **El instinto sexual en los neuróticos**:

El instinto sexual de los psiconeuróticos muestra todas las aberraciones que hemos estudiado como anormalidades y exteriorizaciones de la vida sexual patológica:

a) En la vida anímica inconsciente de todos los neuróticos se encuentran sentimientos de inversión-fijación de la libido sobre personas del mismo sexo. Sería necesario un profundo y detenido estudio para recoger toda la importancia de este factor en la constitución del cuadro de la enfermedad. Mas, por ahora, nos limitaremos a asegurar que la **tendencia inconsciente a la inversión** no falta nunca en la histeria masculina y presta los mayores servicios para su explicación.

En **Análisis terminable e interminable** (1937), Freud nos habla de las defensas agresivas del hombre pasivo, fenómenos que se pueden aplicar al estudio psicopatológico del don Juan y de otros tipos de “Edipos negativos”:

En los varones la aspiración a la masculinidad es, desde el principio, sin-tónica con el yo. La actitud pasiva, puesto que presupone una aceptación de la castración, se haya reprimida enérgicamente y con frecuencia su presencia sólo se revela por hipercompensaciones excesivas (...). No hemos de ser extraviados por el término “protesta masculina”, suponiendo que lo que el hombre repudia es su actitud pasiva (como tal), lo que podríamos llamar el aspecto social de la femineidad. Este punto de vista es contradicho por una observación fácilmente comprobable: que tales hombres con frecuencia presentan una actitud masoquista —un estado que equivale a servidumbre— hacia las mujeres. Lo que rechazan no es la pasividad en general, sino la pasividad frente a un varón.

En las confesiones amorosas que Freud le hace a Martha Bernays en 1883, se confirma que su autoanálisis fue para él una directriz constante:

Estoy dispuesto a dejarme dominar completamente por mi princesa. Uno deja siempre con gusto que lo subyugue la persona que ama.

Sin embargo, en el **Don Juan**, de Zorrilla, se advierte una sumisión masoquista del héroe no sólo hacia Inés sino hacia su padre:

Escucha, pues, don Gonzalo,  
lo que te puede ofrecer  
el audaz don Juan Tenorio  
de rodillas a tus pies.

Yo seré esclavo de tu hija;  
en tu casa viviré;  
tú gobernarás mi hacienda  
diciéndome esto ha de ser.

Al rechazar esta propuesta, don Gonzalo sitúa a don Juan en un estado pasivo o deshonoroso, provocando su propia muerte a manos de él.

En el **Don Juan** de Tirso no encuentro la sumisión o la aceptación masoquista hacia la mujer, sino sólo la defensa pseudoagresiva, tanto con aquélla como con el varón; veamos:

Sevilla a voces me llama  
el Burlador, y el mayor  
gusto que en mí puede haber,  
es burlar a una mujer.  
(...)  
Esto pasa desta suerte.  
Dad a vuestra vida un medio;  
que le daré sin remedio,  
a quien lo impida, la muerte.

En **Counterfeit sex** (1958), dice Bergler:

Si analizamos a hombres del tipo del don Juan o del Casanova encontramos que algunos son homose-

xuales inconscientemente, que encuentran relaciones frustrantes con cada nueva mujer porque realmente, de manera inconsciente, buscan a un hombre. También podremos observar un deseo infantil reprimido de venganza defensiva. Debido a que en su temprana infancia estos individuos adquirieron un apego masoquista hacia la mujer que los crió, más tarde instituyeron la coartada inconsciente a la pseudoagresividad. Estos donjuanes identifican inconscientemente a las mujeres con la persona frustradora de su infancia y a su vez las frustran mediante la compulsión a abandonarlas.

Tirso y Zorrilla proyectaron a este personaje hispánico al plano universal, y tal personaje parece estar vengándose del mundo y de las mujeres, lo que en sentido profundo significa estar vengándose de su **imago matris**. Observemos lo que el don Juan, de Zorrilla, le dice a don Luis:

Del mismo modo arregladas  
 mis cuentas traigo en el mío:  
 en dos líneas separadas  
 los muertos en desafío  
 y las mujeres burladas.  
 (...)  
 Partid los días del año  
 entre las que ahí encontráis.  
 Uno para enamorarlas,  
 otro para conseguirlas,  
 otro para abandonarlas,  
 dos para sustituirlas,  
 y una hora para olvidarlas.

Una vez universalizado el desprecio a las mujeres por el donjuanismo, esta situación creó toda una serie de émulos que se identificaban con las proclividades promiscuas y criminóticas del personaje, reproduciendo en diversas edades, letras de odio e ironía hacia la versión femenina del ser humano. Veamos este poema ambivalente que encontré en el diario mejicano de principios de siglo **El hijo del Ahuizote**, número 599:

Poner amor en mujer  
 es escribir en el agua,  
 guardar nieve en una fragua  
 o en el mar un alfiler;  
 ;odiarlas!, no puede ser,  
 ;amarlas!, es un error,  
 así es que será mejor  
 quererlas de cierto modo,  
 que ni se quieran del todo  
 ni se dejen de querer.

Evidentemente el don Juan es un promiscuo psicópata que se defiende de esta manera de sus terribles pasividades infantiles reprimidas, principalmente de su adaptación inconsciente a la muerte por hambre, que le acarrea problemas sexuales de rechazo, como son los de eyaculación precoz, de aspermia o de falta de erección.

La versión femenina del don Juan es la ninfómana o prostituta, que en forma receptiva actúa como un bebé hambriento, continuamente en busca del pezón alimentador, sufriendo frecuentemente de frigidez o anestesia durante el coito. En el libro de Bergler **Counterfeit sex** (1958), el capítulo VI trata sobre **Frigidez**; allí se observa que la frigidez se refiere a la ausencia de orgasmo vaginal, puesto que la mujer frígida suele obtener orgasmos clitóricos nada más:

Aún más —dice Bergler—, es bien conocido el hecho de que muchos neuróticos siguen siendo masturbadores durante toda su vida, ya sea encontrando un placer consciente al hacerlo, o bien, llevando una vida sexual doble: con un coito frustrante y una masturbación satisfactoria pero cargada de culpabilidad.

Freud, en **Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad** (1905), notó entre sus pacientes neuróticas una proclividad asombrosa hacia la promiscuidad:

Esta disposición polimórfica, y por lo tanto infantil, es utilizada después por la prostituta para sus actividades profesionales, y dado el gigantesco número de mujeres prostituidas, y de aquellas a las cuales hay que

reconocer capacidad para la prostitución, aunque hayan escapado de su ejercicio profesional, es imposible no reconocer en la igual disposición a todas las perversiones, lo generalmente humano y originario.

Como un ejemplo oral de promiscuidad en la mujer, indagemos en el poema medieval de Santa María Egipcíaca, que tomamos de **Antigua poesía española lírica y narrativa**, por Manuel Alvar:

#### Infancia y juventud de María

- Esta de qui quiero ffablar  
 María la hoí nombrar.
- 80 El su nombre es en escripto,  
 porque nascio en Egipto.  
 De pequenya fue bautizada,  
 malamientre fue ensenyada.
- 85 Mientre que fue en mancebía,  
 dexó bondat e priso follía:  
 tanto fue plena de luxuria  
 que non entendie otra curia.
- Porque era tanto bella e genta,  
 mucho fiaba en su juventa;
- 90 tanto amaba fer sus plaçeres,  
 que non ha cura d'otros aberes,  
 mas despender e debaldir,  
 que nol' membraba de morir;  
 a sus parientes se daba,
- 95 a todos homnes se baldonaba.  
 Bien creyo que d'aquell tiempo  
 non fue fembra de tal enxemplo.  
 Ninguna que non fuesse María  
 non ffue plena de tan gran luxuria.
- 100 Sus parientes, cuand' la veién,  
 por poco que se non murién.  
 Non preciaba su castigamiento  
 más que si fuesse hun viento.  
 "Fija cara, dixo su madre,
- 105 ¿por qué non creyes al tu padre?  
 Si tú mantovieres el ministerio,  
 nos ende abremos grant façerio.  
 Por Dios te ruego, fija María,  
 que tornes a buena vía.
- 110 Cuando d'esto te abrás partido,

- nos te daremos buen marido.  
 Non es derecho que seyas perdida  
 por mengua d'aber en nuestra vida.  
 Fija, tú eres de grant natura,  
 115 ¿por qué estás en malaventura?  
 Que debes aber honor,  
 como otras de linatge peyor.  
 Tu padre te ha airado  
 Non será en su vida pagado;  
 120 maldize essa hora en que nasciste  
 porque ssu consejo non prisiste".  
 La madre assí la castigaba  
 e de sus ojos lloraba.  
 María poco lo preçiaba,  
 125 que mançebia la gobernaba.  
 Pues que xii anyos houo de edat,  
 con todos faze su voluntat;  
 a ninguno non se querie vedar,  
 sol que aya algo quel dar.  
 130 E después le vino acordar  
 que dexasse su linatge  
 pora más fer ssu voluntat,  
 hir sse querie de la çibdat.

78-87. De esta mujer de quien quiero hablar, oí que se llamaba María. Consta —además— que nació en Egipto, de donde le vino el nombre. Fue bautizada, pero recibió malas enseñanzas. Cuando era adolescente, dejó el camino del bien y **siguió el del pecado: tanto la dominaba la lujuria, que no atendía a otros cuidados.**

88-103. Por ser muy bella y gentil, todo lo fiaba en su juventud; de tal modo deseaba hacer sus gustos, que no se ocupaba de otros trabajos sino de gastar y divertirse, sin acordarse de que tendría que morir; **se entregaba a sus parientes y a cualquier hombre era capaz de prodigarse.** Creo que en aquel tiempo no hubo mujer que diera tales ejemplos de perversión: ninguna mujer aventajó a María en vida lujuriosa. Sus padres al verla, casi morían de pesadumbre: los consejos que le daban no los apreciaba más que si fueran soplos de viento.

104-121. Su madre le dijo: "Hija querida, ¿por qué no escuchas a tu padre? Si te mantienes en esta ocupación, tendremos de ello una gran afrenta. Por Dios te ruego, hija, que vuelvas al buen camino. Cuando dejes el mal, te daremos un buen esposo. Mientras vivamos, no es justo que andes por malos pasos para proporcionarte dinero. Siendo, como eres, de

nacimiento ilustre, ¿por qué vives en deshonor? Debes tener vida honesta, como la tienen otras de linaje menos ilustre que el tuyo. Tu padre te ha retirado su cariño y jamás te perdonará; maldice la hora de tu nacimiento, porque le has desobedecido.”

122-133. Así le aconsejaba la madre, mientras lloraba. María estimaba en poco tales palabras, pues se veía dominada por las locuras e incontinencias de la juventud. Cuando tuvo la edad de doce años, hacía su gusto con toda clase de hombres; con tal tuvieran algo que pagarle, a ninguno se negaba. Después se le ocurrió abandonar su familia para hacer su voluntad más tranquilamente: entonces, quiso marchar de su ciudad.

La frigidez, al igual que la impotencia, es una defensa pseudoagresiva de repudio sexual hacia una **imago matris** que en la temprana infancia rechazó la leche, y que ahora se proyecta, en este caso, a los hombres. La Egipciaca, en el fondo, los odiaba:

- 170 Los mancebos de la cibdat  
tanto les plaze de la beltat,  
que cada día la van veyer  
que non se pueden d'ella toller.  
Tantas hi van de companyas,  
175 que los juegos tornan a sanyas;  
ante las puertas, en las entradas,  
dábanse grandes espadadas:  
la sangre que d'ellos sallía  
por medio de la cal corría.  
180 A la cativa cuando lo vedié,  
nulla piedat no le prendié.  
El que era más faldrido  
era aquell el su amigo.  
El que vençie dentrol cogié,  
185 el que murie pocol' dolié;  
sil' murien dos amigos,  
ella abie cincuenta bivós;  
e por alma del ques' murié,  
ella más de un riso non darié.  
190 Los que por ella eran plagados  
non eran d'ella visitados.  
Más arma con los sanos jugar  
que los enfermos visitar.

170-179. Los jóvenes de la ciudad estaban tan contentos de la hermosura, que la van a ver diariamente, sin poderse

apartar de ella, pero iban tantos que los juegos se convertían en riñas; ante la puerta, en el zaguán, a estocadas resolvían sus diferencias: la sangre que derramaban corría por medio de la calle.

180-193. La pecadora no sentía ninguna piedad al ver esto. Elegía por amante al más osado; dentro de su casa acogía al vencedor, sin dolerse gran cosa del muerto; si acaso le mataban dos enamorados, otros cincuenta vivos le quedaban. Por el alma del muerto, no era capaz de dar más de una sonrisa. No se molestaba en ir a visitar a los que habían herido por su culpa, pues prefería retozar con los vivos que ir a ver a los enfermos.

Luego de llevar una vida licenciosa en Alejandría, marchó para Jerusalén, en donde se arrepintió de su proceder y decidió aceptar su deseo inconsciente de morir de hambre, por lo cual vivió como anacoreta durante 47 años en el desierto.

#### La estancia en el desierto

- Tres panes hobo non grandes mucho,  
 760 aquellos fueron el su conducho.  
 El primer anyo son tan duros  
 como si fuessen piedras de muros.  
 Después fueron albos e blancos  
 com' si del día fuessen amassados.  
 765 Cada día metié d'ellos en su boca,  
 mas esto era poca cosa.  
 Cuand' este pan fue acabado,  
 tornó María a las yerbas del campo.  
 Como otra bestia las mascaba,  
 770 mas por esso non desmayaba.  
 Por las montanyas corrié,  
 las yerbas así las comié.  
 De yerbas e de granos,  
 visco dizeocho anyos.  
 775 Después visco veynte que non comió,  
 si el ángel non gelo dio.  
 No es de llorar el su pecado  
 del cuerpo que así anda lazado.

759-778. Tenía tres panes no muy grandes, ese era todo su alimento. Al primer año estaban ya tan duros como las piedras de las paredes; después se hicieron blancos y blandos como si estuvieran recién amasados. Un bocado tomaba cada día,

**pero, aunque sólo comía un poco, el pan se acabó y tuvo que volver a alimentarse de hierbas: las mascaba como los animales, pero no desfallecía por ello. Corría entre los jarales y comía hierbas: de éstas y de semillas vivió dieciocho años. Después, durante veinte no comió, si un ángel no le traía el alimento. No debe sorprender la destrucción de un cuerpo que tan mal trato recibe.**

El enamorado platónico es otro de los tipos neurasténicos con graves problemas de rechazo sexual; es un individuo que, por lo general, hace una selección de objeto imposible. Del poeta romántico nos dice Bergler en **Psicoanálisis de los escritores y de la productividad literaria** (1947), de su libro **Selected papers**:

Produce un cuadro exagerado de amor, simplemente para encubrir su incapacidad de amar.

En **Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica** (1914), Freud consigna estas experiencias:

**Fuera de la paranoia existen numerosos procesos análogos que no han sido reunidos aún desde este punto de vista, y entre ellos, algunos generalmente conocidos. El neurasténico, por ejemplo, queda imposibilitado, por su adhesión inconsciente a objetos eróticos incestuosos, para elegir como objeto de su amor a una mujer ajena a los mismos, viendo así limitada su actividad sexual a los productos de su fantasía. Pero en tales productos realiza el progreso vedado, pudiendo sustituir en ellos la madre o la hermana por objetos ajenos al circuito incestuoso, y como tales objetos no tropiezan ya con la oposición de la censura, su elección se hace consciente en las fantasías.**

En **El Quijote** (XXV, 1era) le confiesa el caballero, a Sancho, sobre Dulcinea:

Mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que un honesto mirar.

Veamos este soneto de José Pérez de Montoro, **A una dama a quien un galán hablaba de noche, y de quien estaba enamorado sin haberla visto** (1736):

Dulcísimo tormento del sosiego,  
enigma de los ojos ignorado,  
Norte sin luz, que sigo derrotado,  
tomando las alturas por el fuego:

Pues te permites a la voz, y al ruego,  
desemboza el misterio venerado:  
sin la duda mi amor es ya cuidado,  
y sin la sombra viviré más ciego.

Mas, no, no sé decirte tu belleza,  
beba el veneno yo por los oídos  
en esta inquieta procelosa calma,  
y aspire a ser eterna mi firmeza,  
que amor que se engendró sin los sentidos  
ha de nacer muy parecido al alma.

José de Espronceda (1808-1842), en su **Canto a Teresa** de su obra **El diablo mundo**, nos regala con la imagen de una mujer fantástica:

¡Una mujer! En el templado rayo  
de la mágica luna se colora,  
del sol poniente al lánguido desmayo,  
lejos entre las nubes se evapora;  
sobre las cumbres que florece mayo,  
brilla fugaz al despuntar la aurora,  
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo,  
allá en la noche desprendida estrella.  
Si aroma el aire recogió en el suelo,  
es el aroma que le presta ella.  
Blanca es la nube que en callado vuelo  
cruza la esfera, y que su planta huella,  
y en la tarde la mar olas le ofrece  
de plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
mujer que nada dice a los sentidos,  
ensueño de suavísima ternura,

eco que regaló nuestros oídos;  
de amor la llama generosa y pura  
los goces dulces del amor cumplidos  
que engalana la rica fantasía,  
goces que avaro el corazón ansía.

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquélla,  
tanto delirio a realizar alcanza,  
y esa mujer, tan cándida y tan bella,  
es mentida ilusión de la esperanza;  
es el alma que vívida destella  
su luz al mundo cuando en él se lanza,  
y el mundo con su magia y galanura,  
es espejo no más de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,  
el que creó las sílfides y ondinas,  
la sacra ninfa que bordando mora  
debajo de las aguas cristalinas;  
es el amor, que, recordando, llora  
las arboledas del Edén divinas;  
amor de allí arrancado, allí nacido,  
que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡Celestial anhelo!  
¡Sentimiento purísimo! ¡Memoria  
acaso triste de un perdido cielo,  
quizá esperanza de futura gloria!  
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
¡Oh, qué mujer! ¡Qué imagen ilusoria  
tan pura, tan feliz, tan placentera,  
brindó el amor a mi ilusión primera!...

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), sufrió siempre de fantasías amorosas, y al igual que el de Cervantes, su matrimonio fue un fracaso. Veamos:

¿Quieres que de ese néctar delicioso  
no te amargue la hez?  
Pues aspírale, acércale a tus labios  
y déjale después.

¿Quieres que conservemos una dulce  
memoria de este amor?  
Pues amémonos hoy mucho, y mañana  
digámonos ¡adiós!

Luis G. Urbina (1864-1934) nos da una clara idea de lo irreal que puede ser el amor para el poeta:

Era un cautivo beso enamorado  
de una mano de nieve que tenía  
la apariencia de un lirio desmayado  
y el palpitar de una ave en agonía.  
Y sucedió que un día,  
aquella mano suave  
de palidez de cirio,  
de languidez de lirio,  
de palpitar de ave,  
se acercó tanto a la prisión del beso,  
que ya no pudo más el pobre preso  
y se escapó; mas, con voluble giro,  
huyó la mano hasta el confin lejano,  
y el beso, que volaba tras la mano,  
rompiendo el aire se volvió suspiro.

Amado Nervo (1870-1919), huye ante el posible sufrimiento que le pueda causar el amor:

Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!  
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!  
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realenza  
de porte! ¡Qué formas bajo el fino tul!...  
Pasó con su madre. Volvió la cabeza:  
¡me clavó muy hondo su mirada azul!

Quedé como en éxtasis...

Con febril premura  
“¡Síguela!” gritaron cuerpo y alma al par.  
... Pero tuve miedo de amar con locura,  
de abrir mis heridas, que suelen sangrar  
¡y no obstante toda mi sed de ternura,  
cerrando los ojos, la dejé pasar!

Juana Borrero en **Última rima**, da a conocer su entelequia masculina:

Yo he soñado en mis lúgubres noches,  
en mis noches tristes de penas y lágrimas,  
con un beso de amor imposible,  
sin sed, sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Yo no quiero el deleite que enerva,  
 el deleite jadeante que abrasa,  
 y me causan hastío infinito  
 los labios sensuales que besan y manchan.

¡Oh, mi amado! ¡Mi amado imposible!  
 Mi novio soñado de dulce mirada,  
 cuando tú con tus labios me beses,  
 bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

¡Dame el beso soñado en mis noches  
 en mis noches tristes de penas y lágrimas,  
 que me deje una estrella en los labios  
 y un tenue perfume de nardo en el alma!

En **Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad** (1908), Freud consignó sus experiencias clínicas, lo que hace suponer que los amantes platónicos proyectan su propio sexo contrario hacia una entelequia. Beatriz sería la proyección femenina de Dante; Laura, la de Petrarca; Isabel, la de Garcilaso; Julieta, la de Shakespeare; Dulcinea, la de Cervantes; Teresa, la de Espronceda, etc. Veamos lo que observó el profesor vienés:

**Esta significación bisexual de los síntomas histéricos, comprobable de todos modos en numerosos casos, es una prueba más de mi afirmación anterior de que en los psicoanálisis de sujetos psiconeuróticos se transparenta con especial claridad la supuesta bisexualidad original del individuo. El masturbador que en sus fantasías conscientes procura infundirse tanto en el hombre como en la mujer de la situación fantaseada nos ofrece el ejemplo de un proceso totalmente análogo y perteneciente al mismo sector. Por último, también conocemos ciertos ataques histéricos en los que la enferma representa, simultáneamente, los papeles de los dos protagonistas de la fantasía sexual subyacente. Así, en un caso observado por mí, la enferma sujetaba con una mano sus vestidos contra su cuerpo (como la mujer objeto de una agresión sexual) y con la otra mano intentaba despojarse de ellos (como el hombre agresor).**

Hemos dicho que don Juan y don Quijote pertenecen a la denominación psicoanalítica de "Edipo negativo". Pero, ¿qué significa esta denominación? En *El Yo y el Ello* (1923), dice Freud del complejo de Edipo:

Un estudio más detenido generalmente revela el complejo de Edipo completo, que es bifacético, positivo y negativo, y se debe a la bisexualidad presente originariamente en los niños: esto es, un niño no tiene meramente una actitud ambivalente hacia su padre y una relación de objeto afectuosa hacia su madre, sino que al mismo tiempo se comporta como una niña y exhibe una actitud afectuosa femenina hacia su padre y una hostilidad y celo correspondiente hacia su madre.

Bergler dijo que el complejo edípico negativo es tan importante como el complejo edípico positivo, y que el primero es la última estación de rescate, a la cual se sujeta la persona antes de rechazar por completo al sexo opuesto. En *La neurosis básica* (1949), leemos:

El neurótico histérico con una identificación inconsciente femenina, está fijado en el nivel de "Edipo negativo". El resultado conlleva problemas constantes; el resultado inevitable es que el hombre pasivo-femenino está forzado a construir una serie de defensas inconscientes para desaprobando las acusaciones de su conciencia, produciendo una actitud machista compensatoria, convirtiéndose en mujeriego y hablando despectivamente de la mujer. Su potencia sexual es débil y llena de caprichos. En ocasiones funciona desmesuradamente pero, por lo general, se niega a funcionar.

Como las represiones tienen un grado de importancia, también las adaptaciones inconscientes a la pasividad (feminidad) son de grado, por lo cual no podemos sujetarnos a reglas absolutas. El **yo-ideal**, o sea el deber de comportarse como lo exige la sociedad, es un factor importantísimo para modelar la conducta de un individuo cuya predisposición

mental está en un punto intermedio entre lo masculino y lo femenino, como lo es el "Edipo negativo" que inconscientemente es femenino, pero que conscientemente se defiende de manera hipermasculina. He aquí la razón por la cual algunos psiquiatras creen que el informe Kinsey fue influido por algunos homosexuales para ganarse adeptos.

El "Edipo negativo", frecuentemente suele obtener potencia sexual con prostitutas o mujeres de la más baja escala social, como las sirvientas. Cervantes, Goethe, Rousseau, Franklin y Darío son solamente un puñado de los miles de ejemplos de escritores que tuvieron amoríos con afanadoras o con mujeres de baja ralea. Freud consigna esta conducta en algunas obras suyas. En **Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre** (1910), Freud trató la fenomenología conduccional del "Edipo negativo", y observó las siguientes condiciones para su elección de objeto sexual:

#### 1) Perjuicio de tercero:

**El sujeto no elegirá jamás como objeto amoroso a una mujer que se halle aún libre;** esto es, a una muchacha soltera o a una mujer independiente de todo lazo amoroso. Su elección recaerá, por el contrario, invariablemente, en alguna mujer sobre la cual pueda ya hacer valer un derecho de propiedad otro hombre: marido, novio o amante. Esta condición muestra a veces tal inflexibilidad, que una mujer indiferente al sujeto, o hasta despreciada por él mientras permaneció libre, pasa a constituirse en objeto de su amor en cuanto entable relaciones amorosas con otro hombre.

#### 2) Mujer dudosa:

**Esta segunda condición consiste en que la mujer casta e intachable no ejerce nunca sobre el sujeto aquella atracción que podría constituirle en objeto amoroso,** quedando reservado tal privilegio a aquellas otras sexualmente sospechosas, cuya pureza y fidelidad pueden

ponerse **en duda**. Dentro de este carácter cabe toda una serie de matices, desde la casada ligeramente asequible al cortejo hasta la cocota francamente entregada a la poligamia; pero el sujeto de nuestro tipo no renunciará jamás en su elección a algo de este orden. Exagerando un poco, podemos llamar a esta condición la del **“amor a la prostituta”**.

### 3) **Gozo en el rechazo:**

La condición primera facilita la satisfacción de impulsos agonales y hostiles contra el hombre a quien se roba la mujer amada. **La segunda, que exige la liviandad de la mujer, provoca los celos, que parecen constituir una necesidad para los amantes de este tipo.** Sólo cuando pueden arder en celos alcanza su amor máxima intensidad y adquiere para ellos la mujer su pleno valor, por lo cual no dejarán nunca de aprovechar toda posible ocasión de vivir tan intensas sensaciones. Mas, para mayor singularidad, **no es poseedor legal de la mujer amada quien provoca sus celos, sino otras distintas personas, cuyo trato con el objeto de su amor pueda inspirarles alguna sospecha.** En los casos extremos, el sujeto no muestra ningún deseo de ser el único dueño de la mujer y parece encontrarse muy a gusto en el *ménage à trois*. **Uno de mis pacientes, a quien las infidelidades de su dama habían hecho sufrir lo indecible, no opuso objeción alguna a su matrimonio, e incluso coadyuvó a él con la mejor voluntad, no mostrando luego en muchos años celos ningunos del marido.**

### 4) **Redención:**

**Uno de los caracteres más singulares de este tipo de amante es su tendencia a salvar a la mujer elegida.** El sujeto tiene la convicción de ser necesario a su amada, que sin él perdería todo apoyo moral y descendería rápidamente a un nivel lamentable. La salva, pues, no abandonándola, pase lo que pase. La intención reden-

tora puede hallarse justificada algunas veces por la ligereza sexual de la mujer y por la amenaza que pesa sobre su posición social; pero surge igualmente y con idéntica intensidad en aquellos casos en los que no se dan tales circunstancias reales. Uno de los individuos de este tipo, que sabía conquistar a sus damas con perfectas artes de seducción e ingeniosa dialéctica, no retrocedía luego ante ningún esfuerzo para conservar a sus amantes en el camino de la "virtud", escribiendo para ello originales tratados de moral.

En **Historia de una neurosis infantil** (1918), al referirse a su paciente ruso, nos dice:

Todas las muchachas de las que posteriormente hubo de enamorarse, con evidentes indicios de obsesión muchas veces, fueron igualmente sirvientas cuya ilustración e inteligencia habían de ser muy inferiores a las suyas.

¿Qué provoca esta conducta en el "Edipo negativo"? Evidentemente, la adaptación inconsciente al rechazo, puesto que el amar a mujeres de baja condición, además de la afirmación de su superioridad, origina el rechazo al individuo de parte de su familia, de parte de la familia de su mujer y de ésta misma, la que siempre desplegará una actitud agresiva debido a la constante posición de inferioridad a que la sujeta el enlace. Con esta selección de objeto se evita el "Edipo negativo" el tener que rebajar a su mujer ante los demás, porque de hecho ya está rebajada por su condición social. También efectúa una identificación masoquista y femenina con ella, apiadándose de la mujer necesitada con la misma intensidad con que hubiera querido que su madre se apiadara de él en su tierna infancia.

Estos fenómenos se observan a diario en todas las sociedades. Hay casos espectaculares como el del duque de Windsor, pero la mayoría de ellos pasan inadvertidos. En **Sobre una degradación general de la vida erótica** (1912), Freud observó lo siguiente:

La vida erótica de estos individuos permanece disociada en dos direcciones, personificadas por el arte en el amor divino y el amor terreno (o animal). **Si aman a una mujer, no la desean, y si la desean, no pueden amarla.** Buscan objetos a los que no necesitan amar para mantener alejada su sensualidad de los objetos amados, y conforme a las leyes de la “sensibilidad del complejo” y del “retorno de lo reprimido”, **son víctimas del fallo singular de la impotencia psíquica en cuanto que el objeto elegido para eludir el incesto les recuerde en algún rasgo, a veces insignificante, el objeto que de eludir se trata.**

Contra esta perturbación los individuos que padecen la disociación erótica descrita se acogen principalmente a la degradación psíquica del objeto sexual, reservando para el objeto incestuoso y sus subrogados la supervaloración que normalmente corresponde al objeto sexual. Dada tal degradación del objeto, su sexualidad puede ya exteriorizarse libremente, desarrollar un importante rendimiento y alcanzar intenso placer.

En *El tabú de la virginidad* (1918), Freud informa sobre la tragedia del “Edipo negativo”:

**En aquellos casos en los que hemos podido estudiar la servidumbre en sujetos masculinos hemos comprobado que constituía la consecuencia de unas relaciones eróticas en las que una mujer determinada había logrado vencer la impotencia psíquica del sujeto, el cual permaneció ligado a ella desde aquel momento.** Muchos matrimonios singulares y algunos trágicos destinos —a veces de muy amplias consecuencias— parecen explicarse por este origen de la fijación erótica a una mujer determinada.

Debido a su adaptación inconsciente a la pasividad, el “Edipo negativo” es un exquisito masoquista que suele provocar situaciones adversas contra cuyos resultados se

indigna para luego arrepentirse y caer en un estado de sujeción, aún mayor, ante su objeto sexual. En estos casos encontramos al marido sumiso ante la mujer regañona, o bien al hombre que gusta que la mujer tome la iniciativa. Recordemos el **Romance de la serrana de la Vera**:

Allá en Garganta la Olla,—en la Vera de Plasencia,  
salteóme una serrana,—blanca, rubia, ojimorena.  
Trae el cabello trenzado—debajo de una montera,  
y porque no la estorbara—muy corta la faldamenta.  
Entre los montes andaba—de una en otra ribera,  
con una honda en sus manos—y en sus hombros una flecha.  
Tomárame por la mano—y me llevara á su cueva:  
por el camino que iba—tantas de las cruces viera.  
Atrévime y preguntéle—qué cruces eran aquellas,  
y me respondió diciendo—que de hombres que muerto hubiera.  
Esto me responde y dice—como entre medio risueña:  
—“Y así haré de tí, cuitado,—cuando mi voluntad sea.”  
Díome yesca y pedernal—para que lumbre encendiera,  
y mientras que la encendía—alíña una grande cena.  
De perdices y conejos—su pretina saca llena,  
y después de haber cenado—me dice: “Cierra la puerta.”  
Hago como que la cierro,—y la dejé entreabierta:  
desnudóse y desnudéme—y me hace acostar con ella.  
Cansada de sus deleites—muy bien dormida se queda,  
y en sintiéndola dormida—sálgome la puerta afuera.  
Los zapatos en la mano—llevo porque no me sienta,  
y poco á poco me salgo—y camino á la ligera.  
Mas de una legua había andado—sin revolver la cabeza,  
y cuando mal me pensé—yo la cabeza volviera.  
Y en esto la ví venir—bramando como una fiera,  
saltando de canto en canto,—brincando de peña en peña.  
—“Aguarda (me dice), aguarda—espera, mancebo, espera,  
me llevarás una carta—escrita para mi tierra.  
Toma, llévala á mi padre,—dirásle que quedo buena.”  
—“Enviadla vos con otro—ó sed vos la mensajera.”

Bergler nos regala con un ejemplo clínico en **Counterfeit sex** (1958):

Claro, el paciente no se daba cuenta de que lo que realmente lo excitaba era la iniciativa femenina en el sexo. Ella activa, él pasivo. Es de observarse, que

él en sus sueños tampoco era sexualmente activo, haciendo siempre el papel de la mujer seducida.

Recordemos lo que Bécquer dice en la primera de sus **Cartas literarias** a una mujer:

El genio verdadero tiene algunos atributos extraordinarios que Balzac llama femeninos y que, efectivamente, lo son. En la escala de la inteligencia del poeta hay notas que pertenecen a la de la mujer, y éstas son las que expresan la ternura, la pasión y el sentimiento. Yo no sé por qué los poetas y las mujeres no se entienden mejor entre sí. Su manera de sentir tiene tantos puntos de contacto . . . Quizá por eso . . .

Ahora veamos algo sobre la versión femenina del ser humano. La mujer adaptada inconscientemente al rechazo, suele enamorarse, no del mejor pretendiente, sino del más cruel, el que la hace ver su suerte y finalmente la abandona. También puede ser muy cruel con el hombre, pero sólo para identificarse masoquistamente con el sufrimiento de éste. Veamos estos versos del Arcipreste de Hita (1283-1350), de su **Libro de buen amor**:

Quanto es más soñada, quanto es más corrida,  
quanto es más por ome magada e ferida,  
tanto más por él anda muerta, loca perdida . . .  
Non cuyda ver la ora que con él sea yda.

Sebastián de Horozco (1510-1580), nos obsequia con este poema:

Besábale y enamorábale  
la doncella al villanchón;  
besábale y enamorábale,  
y él metido en un rincón.

La doncella enamorada  
de un villano tan grosero,  
hablábale muy de vero  
como amadora penada:

a él no se le da nada  
ni le escucha su razón:  
besábale y enamorábale  
la doncella al villanchón.

Namórale la doncella  
haciéndole mil favores,  
mil halagos y primores,  
y el grosero huye de ella:  
diz que más quiere qu'a ella  
llevar lleno su zurrón:  
besábale y enamorábale  
la doncella al villanchón;  
besábale y enamorábale,  
y él metido en un rincón.

Veamos en **El Burlador de Sevilla y el convidado de piedra**, de Tirso de Molina (1583-1648), cómo se identifica Tisbea la pescadora, con el sufrimiento que inflige a Anfriso, pues más tarde demostrará su masoquismo con don Juan:

Todas por él se mueren,  
y yo, todas las horas  
le mato con desdenes:  
de amor condición propia  
querer donde aborrecen,  
despreciar donde adoran;  
que sí se alegran, muere  
y vive si le oprobian.

Baltasar Gracián (1601-1658), en **El criticón** dijo por boca del Cortesano, en Crisi IX:

¿No has visto, muchas veces, aborrecer una mujer al fiel consorte que la honra y que la estima, que la sustenta, la viste y la engalana, y perderse por un rufián, que le da de bofetadas cada día y la acoea, la azota y la roba, la desnuda y la maltrata?

Gregorio Marañón (1887-1962), en **Españoles fuera de España**, nos dice:

Nada más necio que pretender interpretar las preferencias del instinto o las razones del alma, o cualquiera de los otros motivos, aun los más prosaicos, que hacen a las mujeres entregarse, en ocasiones, a quienes menos parecen merecerlas.

Quizá el gran médico y escritor español no hizo sino recordar aquella soleá de Manuel Machado (1874-1947), tan congruente con los poemas de Juana Inés de Asbaje y de tantos otros poetas:

La fortuna y las mujeres  
son loquitas de igual vena:  
quieren al que no las quiere.

Y Manuel Machado pudo haber escuchado el cantar popular recogido por Melchor Palau:

Lo mismo que las sombras  
son las mujeres:  
huyen del que las sigue  
y al que huye quieren.

Pero nadie como Juana Inés para proyectar sus deseos inconscientes de rechazo:

Al que ingrato me deja, busco amante;  
al que amante me sigue, dejo ingrata;  
constante adoro a quien mi amor maltrata;  
maltrato a quien mi amor busca constante.

Además, nos regala nuestra musa con este rarísimo ejemplo de misantropía en la mujer:

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.

Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), nos da otro ejemplo en **Amor y orgullo**:

Un tiempo, hollaba por alfombras rosas  
y nobles vates, de mentidas diosas  
prodigábanme nombres;  
mas yo, altanera, con orgullo vano  
cual águila real a vil gusano  
contemplaba a los hombres.

**En Versiones de romances viejos, de Omnibus de poesía mexicana, se observa un caso de rechazo de muerte:**

Mi marido está en la cama, yo estoy en la cabecera  
con el rosario en la mano, rogándole a Dios que muera.  
Muchacho, corre a la iglesia, dile al sacristán mayor  
que repique las campanas, que mi marido murió.  
Ya se murió mi marido, ya se murió el majadero,  
y ya no habrá quien me diga: "¿En qué gastas el dinero?"  
Que le cerquen el camino, no se les vaya a escapar.  
Muchacho, corre al panteón, dile al maestro albañil  
que le aprieten bien la tierra, no se les vaya a salir.

**Este último ejemplo está influido por algunos cantares populares coleccionados por Melchor Palau:**

Mi marido está malito:  
yo estoy a la cabecera,  
con un rosario en la mano,  
pidiendo a Dios que se muera.

—

Ya se murió mi marido,  
ya se murió aquel borracho,  
ya no tengo quien me tire  
a la cabeza el cenacho.

—

Mi marido se murió  
no por falta de alimento,  
que a la cabecera tuvo  
una ristra de pimientos.

—

Mi marido se murió  
y lo enterré en la cocina;  
de lástima que me dio  
me puse a bailar encima.

Después de haber contemplado los diversos grados de adaptación al rechazo en toda suerte de personajes, nos preguntamos ¿qué huellas habrá dejado Freud, de aversión u odio hacia su **imago matris** proyectada a la mujer?

En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), mediante un error se revela el inconsciente de Freud, pues al recibir una carta en la que se le participaba la muerte de un señor, le dio la noticia, falseada, a su propia mujer:

    Mi equivocación en la lectura había significado un esfuerzo espasmódico, por decirlo así, encaminado a transportar del marido a la mujer la triste noticia.

En la misma obra, en el capítulo VII, intitulado **Olvido de impresiones y propósitos**, nos revela don Segismundo aspectos iracundos e irónicos de su conducta hacia su mujer:

    Hallándome veraneando con mi mujer me causó su conducta, en una determinada ocasión, un violento enfado, **aunque el motivo era en sí harto baladí**. Estábamos sentados a la mesa redonda de un restaurante y frente a nosotros se hallaba un caballero de Viena, al que yo conocía, y que tenía también que reconocerme a primera vista, pero con el que yo no quería trabar conversación, pues tenía mis razones para rehuir su trato. Mi mujer, que no lo conocía más que de oídas y sabía que era persona distinguida, demostró con su actitud estar escuchando la conversación que dicho señor mantenía con sus vecinos de mesa, y de cuando en cuando se dirigía a mí con preguntas que recogían el hilo del diálogo que aquellos mantenían. **Esta conducta me impacientó y acabó por irritarme**. Pocas semanas después quise hablar, en casa de un pariente mío, del enfado que me había causado **la inoportunidad de mi mujer** y, al hacerlo, me fue imposible recordar ni una sola palabra de lo que el caballero citado había dicho en la mesa. **Como soy más bien rencoroso y de costumbre**, incapaz de olvidar los menores detalles de un su-

ceso que me haya irritado, mi amnesia tenía, en este caso, que estar motivada por respeto hacia mi mujer. Algo análogo me sucedió de nuevo hace poco tiempo. **Hablando con un íntimo amigo quise divertirme a costa de mi mujer** relatando una cosa que ésta había dicho hacía pocas horas, pero me encontré detenido en mi intención por haber olvidado por completo de lo que se trataba, y tuve que pedir a mi misma mujer que me lo recordase. Es fácil de comprender que mi olvido debe ser considerado, en este caso, como análogo a la típica perturbación del juicio, a la que sucumbimos cuando se trata de nuestros próximos familiares.

En la correspondencia Freud-Jung (1911), se intercalan algunas cartas maquiavélicas de Emma Jung a Freud, con el propósito de romper con la relación paternalista del profesor hacia su marido, dándonos a conocer, entre líneas, algunos rasgos misógenos del médico vienés:

Por favor no tome mi acción como oficiosa y no me cuente entre las mujeres que, como alguna vez me dijo, siempre le echan a perder sus amistades (...) cuando me habló de su familia, dijo entonces que su matrimonio había sido "amortizado" hacia ya tiempo, que no quedaba otra cosa que morir.

En **El tabú de la virginidad** (1918), declara Freud lo que pensaba de la versión femenina del ser humano:

Allí donde el primitivo ha establecido un tabú es porque temía un peligro, y no puede negarse que en todos estos preceptos de aislamiento se manifiesta un temor fundamental a la mujer. **Este temor se basa quizás en que la mujer es muy diferente del hombre, mostrándose siempre incomprensible, enigmática, singular y, por todo ello, enemiga.** El hombre teme ser debilitado por la mujer, contagiarse de su femineidad y mostrarse luego incapaz de hazañas viriles. El efecto ener-

vante del coito puede ser muy bien el punto de partida de tal temor, a cuya difusión contribuiría luego la percepción de la **influencia adquirida por la mujer sobre el hombre al cual se entrega**. En todo esto no hay ciertamente nada que no subsista aún entre nosotros.

(...)

**El psicoanálisis cree haber adivinado una parte principalísima de los fundamentos en que se basa la repulsa narcisista contra la mujer, refiriendo tal repulsa al complejo de la castración y a su influencia sobre el juicio estimativo de la mujer.**

Al relatar un caso de la psicología de los errores en la lección III de **Introducción general al psicoanálisis** (1916-1917), observamos una identificación con la agresividad misogínica de la persona citada, la que utilizó como defensa contra su base masoquista inconsciente de rechazo:

Y ahora les daré otro peculiar ejemplo, con una terminación más feliz. Se dice de un famoso químico alemán, que su matrimonio no se llevó a efecto porque se le olvidó la hora de la ceremonia, habiéndose ido al laboratorio en lugar de a la iglesia. Fue lo bastante inteligente para dejar el asunto en un intento, y murió soltero a una edad madura.

Leamos este párrafo en **Psicología de grupo y análisis del Yo** (1921):

En las falsas fantasías poéticas de los tiempos prehistóricos, la mujer, que había sido el premio de la batalla o la incitación al asesinato, probablemente se haya convertido en tal después de ser la seductora o la instigadora del crimen.

Observemos estos comentarios irónicos de Freud en **Psicoanálisis y medicina** (1926):

Los resultados de la terapia de los enfermos nerviosos no han llegado aún a “acostumbrar mal” a la gente, y ésta se satisface con poder decir que el doctor “se ha tomado mucho trabajo” con el paciente. No cabía hacer más, y sólo la naturaleza o el tiempo pueden traer el remedio. **Así, cuando se trata de una enferma, se espera el remedio primero de la menstruación; luego, del matrimonio, y más tarde, de la menopausia. Al fin, lo que verdaderamente viene a poner remedio es la muerte.**

En *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis* (1932), bajo el título *La psicología de las mujeres*, Freud transmite sus intenciones agresivas hacia las mismas, influido quizá también por la experiencia analítica de sus pacientes neuróticas, atribuyéndole a toda mujer la envidia de no poseer un pene:

Si ustedes repudian esta idea como fantástica, y me acusan de tener una idea fija con respecto a la influencia ejercida por la falta de pene en el desarrollo femenino, no puedo, desde luego, defenderme.

El profesor vienés relacionó también el masoquismo con la pasividad, y ésta con la feminidad, al decirnos:

La represión de su agresividad, la cual les es imputada a las mujeres por su constitución física y por su sociedad, favorece el desarrollo de fuertes impulsos masoquistas, que tienen el efecto de ligar eróticamente todas las tendencias destructivas que se han introvertido. El masoquismo es, entonces, como dicen, verdaderamente femenino. Pero cuando, como suele ocurrir, se encuentra el masoquismo en los hombres, ¿qué otra cosa se puede decir, mas que estos hombres exhiben obvios rasgos de carácter femenino?

¿Por qué generalizó Freud al opinar sobre la mujer siguiendo a Schopenhauer?

Debe ser admitido que las mujeres tienen poco sentido de la justicia, y esto, sin duda, está relacionado con la preponderancia de la envidia en su vida mental.

Por último, Freud se da por vencido en cuanto a la interpretación de la conducta imprevisible de la mujer, y aconseja:

Si desean conocer más acerca de la feminidad, deben de interrogar a su propia experiencia u ocurrir a los poetas, o bien esperar hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y coherente.

Otro de los rasgos especiales del carácter de Freud, fue su férrea voluntad. A nadie escapa que cualquier persona que se tropieza con alguna barrera, aparentemente infranqueable, de manera constante, flaquea y desespera, abandonando su propósito en busca de nuevos cometidos. En el **Estudio preliminar a Los orígenes del psicoanálisis** (Cartas de Freud a Wilhelm Fliess), Ernst Kris al hablar de los estudios de Freud sobre las parálisis cerebrales, consignó lo siguiente:

No obstante, este trabajo, que de 1895 a 1897 pareció a Freud meramente el cumplimiento de una obligación tediosa y oprimente, ocupa todavía, según el testimonio de R. Brun, un lugar seguro en la neurología moderna. La monografía de Freud sería "el estudio más completo y minucioso que se haya escrito hasta hoy sobre las parálisis cerebrales de la infancia... Se podrá apreciar el consumado dominio del enorme material clínico que aquí se halla reunido y sometido a una revisión crítica, teniendo en cuenta que sólo los títulos de la bibliografía citada ocupan catorce páginas y media".

Ahora bien, el neurótico obsesivo, una vez que ha determinado su vocación vital, difícilmente cambia su rumbo; hacerlo significaría para él aceptar una pasividad, mengua

o deshonra a la que de ninguna manera está dispuesto a someterse, y elabora la siguiente defensa: “Yo no soy pasivo ni gozo en el rechazo, al contrario, soy agresivo y perseverante en mi trabajo.”

Algunos pueblos, como el hebreo, han incluido esta defensa pseudoagresiva dentro de sus códigos morales. El **neftali** de los judíos significa: **yo he luchado mis luchas**. En una carta que Freud le dirige a Arnold Zweig el 8 de mayo de 1932, refiriéndose a Israel, confirma el **neftali**:

Pero volviendo a usted, ¡cuán extraño le ha debido de parecer ese trágico y fantástico país que acaba de visitar! Pensar que **esa faja de nuestra tierra natal no está asociada con ningún otro [sic] progreso**, ningún descubrimiento o invención —**los fenicios inventaron el cristal y el alfabeto**, según se dice (ambas afirmaciones me parecen dudosas); los cretenses, el arte de Minos; Pérgamo nos recuerda el pergamino; Magnesia, el magneto, y así hasta el infinito— y que no ha producido nada sino religiones, frenesíes sagrados y tentativas presuntuosas de **conquistar el mundo exterior de las apariencias por medio del mundo interior de la volición convertida en convicción...**

En mi ensayo **El sentimiento de la honra**,<sup>1</sup> entre una variedad de ejemplos, cito uno del **Conde Lucanor**:

Ca, sin duda, el home gran mengua face si deja lo que una vez comienza, solamente que el fecho non sea malo o pecado; mas si por miedo o por trabajo lo deja, non se podría de mengua excusar.

En mi escrito **España en Europa**,<sup>2</sup> prosigo con el atisbo de Américo Castro sobre la influencia ejercida por la conducta dinámica hispano-cristiana en el pensamiento filosó-

<sup>1</sup> Norte, **Revista Hispanoamericana**, No. 255.

<sup>2</sup> **Idem**, No. 262.

fico alemán. Ortega nos dice en **El espectador** —para dar un ejemplo— que la palabra **hazaña** representa un acto de voluntad, de decisión; y que “en Kant se afirman ya junto al pensamiento los derechos de la voluntad, junto a la lógica la ética; mas en Fichte la balanza se vence del lado del querer y antes de la lógica pone la hazaña; antes de la reflexión, un acto de coraje, una **tathanlung**. Este es el principio de su filosofía”.

Guizot (1787-1874) en **Historia de la civilización en Europa**, profundizó en algunas de las características con-  
 duccionales de los egregios:

No hay apenas, señores, más que dos fuentes de donde pueden derivar, en la esfera política, la grandeza de la ambición y la firmeza del pensamiento. Se requiere haber tenido el sentimiento de una gran importancia, de un poder ejercido sobre el destino de los demás, y en un amplio horizonte; o bien llevar dentro de sí el sentimiento enérgico de una completa independencia, individual, la certidumbre de la propia libertad, la conciencia de un destino extraño a toda voluntad distinta de la voluntad del hombre mismo. A una y otra de estas dos condiciones parecen enlazados la audacia del espíritu, la altura de la ambición, el afán de actuar en una amplia esfera y obtener allí grandes resultados (...). El espíritu humano está, como la voluntad humana, siempre apremiado de actuar, impaciente por los obstáculos, ávido de libertad y de conclusión; olvida generalmente los hechos que le oprimen y estorban; pero, al olvidarlos, no los destruye, sino que subsisten para convencerlo de su error algún día y condenarlo.

Nietzsche abogó en **La genealogía de la moral** (1897), por el regreso de una dinámica volitiva, aminorada por los valores abnegativos cristianos:

**¡El juicio de “bueno” no procede de aquellos a quienes se dispensa “bondad”! Antes bien, fueron “los**

**buenos” mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo. Partiendo de este pathos de la distancia es como se arrogaron el derecho de crear valores, de acuñar nombres de valores: ¡qué les importaba a ellos la utilidad!**

Por lo que se puede deducir, la fuerza de voluntad extraordinaria está emparentada con otra defensa pseudo-agresiva: la megalomanía. La defensa es: “No es verdad que yo sea un desconocido; al contrario, demostraré que soy importante.” Recordemos a don Quijote:

Yo sé quién soy y sé qué puedo ser (V, 1era).

Freud reconoció que su sentimiento de importancia lo ayudaba, cuando le flaqueaban las fuerzas. En una carta enviada a Jung el 2 de septiembre de 1907, dice:

No sé si le habrá sonreído la suerte hasta ahora ni si llegará a sonreírle, pero me gustaría acompañarle en estos momentos para paladear la sensación de haber salido bien de mi aislamiento y decirle, en caso de que necesitara palabras de ánimo, que **yo he pasado muchos años de soledad honrosa, pero triste, desde que tuve mi primera visión de nuestro mundo nuevo. Me gustaría también hablarle de la falta de interés y comprensión demostrada por mis amigos más íntimos, de mis periodos de ansiedad, durante los cuales yo mismo llegué a creer que me había equivocado, preguntándome cómo podría enderezar aún, pensando en mi familia, una vida frustrada:** de la certidumbre cada vez mayor que se aferraba a la interpretación de los sueños, como si ésta fuese una roca en medio de un mar tormentoso, y de **la sosegada seguridad en mí mismo** que al final de tan

largo camino se instauró en mi ánimo, instándome a que aguardase hasta que una voz, surgida del piélagos de lo desconocido, contestase mi llamada.

A Binswanger le dijo en 1912:

Me han preocupado muy poco los grandes individuos que usted menciona, y tampoco me he interesado en gran medida por la especie a que pertenecen. **Siempre me ha parecido que la ausencia de toda compasión y la arrogante confianza en sí mismo constituyen las condiciones indispensables sobre las que, cuando el personaje triunfa, basamos nuestra idea de la grandeza. También creo que debiera trazarse la distinción entre la grandeza de las cosas logradas y la de la personalidad.**

A Ferenczi le escribió en 1913:

¿Es esto posible? ¿Le estoy felicitando ya su cuarenta cumpleaños? Su nostálgica carta me conmovió mucho, en primer lugar, porque me recordó el día en que los cumplí yo. Desde entonces **he cambiado la piel varias veces, lo que, como sabemos, ocurre cada siete años. Por aquellos días (1896) había llegado al apogeo de mi soledad y perdido a todos mis viejos amigos sin adquirir ninguno nuevo. Nadie me hacía caso, y lo único que me mantenía en la brecha eran unas gotas de arrogancia y el comienzo de *The Interpretation of Dreams* ("La interpretación de los sueños").**

Para darnos una idea, todavía más clara, de los momentos de pasividad e incertidumbre que tuvo que experimentar Freud y a los cuales hubo de sobreponerse, leamos este párrafo de una carta que le mandó a la señora Andreas-Salomé el 27 de julio de 1916:

Durante mi estancia aquí he comenzado a pergeñar una serie de conferencias sobre la teoría de la neuro-

sis y he terminado ya la primera. **Toda mi vida habría estado dominada por un sentimiento de seguridad si el pronóstico de mis producciones hubiese sido posible en cualquier época y circunstancias. Desdichadamente, nunca ha sido así, y siempre hubo días intermedios en los que todo se negaba a salir como era debido y durante los cuales corrí el riesgo de perder mi capacidad para trabajar y luchar, debido a ciertas fluctuaciones insignificantes de humor y salud. Mi constitución es muy poco recomendable para un hombre que no es artista ni pretende serlo.**

El "Y sé qué puedo ser" de don Quijote, es una defensa del acorralado yo: "No es verdad que sea pasivo, ni que la gente no comprenda mis razones, al contrario, días vendrán en que la humanidad reconocerá mi obra." En una epístola dirigida a Abraham el 2 de enero de 1912, Freud le dice:

En lo que a mí personalmente respecta, no me hago demasiadas ilusiones. **Estamos atravesando una época más bien sombría, y sólo la generación siguiente se beneficiará con el reconocimiento de nuestros esfuerzos. Sin embargo, nos cabe el placer incomparable de haber sido los precursores.**

A Jones le declaró el 30 de diciembre de 1925:

Yo moriré pronto, y espero que los demás tarden mucho en seguirme, pero nuestra obra, comparada a la cual somos todos insignificantes, debe continuar.

El sello auténtico de la perseverancia, dignidad y abnegación de Freud, se demuestra con estas palabras que le dirigió a Jung el 26 de mayo de 1907:

En el encomio necrológico que habrá de escribirme usted algún día, no olvide mencionar que, a pesar de toda la oposición que he hallado, ésta no ha logrado ni una sola vez apartarme de mi propósito.

## SU IMAGEN DE LA MUERTE

Yo no puedo asomarme al borde de un precipicio, sin sentir el loco deseo de arrojarme a él. A veces, al contemplar un cable conductor de corriente de alta tensión, me cuesta trabajo resistir la tentación de tocarlo. Y una pistola cargada despierta en mí la tentación de aplicar su fría boca contra mi sien...

Ricardo Flores Magón

Hemos visto cómo este genio provocaba inconscientemente a su **imago matris** proyectada en la sociedad, para luego ser rechazado por ésta en forma de muerte civil.

En su manuscrito intitulado **La etiología de la neurosis** (1893), encontrado entre los papeles de Fliess, postuló que las neurastenias eran un resultado frecuente de una vida sexual anormal, o sea, que la neurastenia era siempre sólo una neurosis sexual, revelación que desafió las normas éticas de una sociedad que por razones morales había reprimido todo lo sexual, actitud con la cual favorecía a las corrientes dogmáticas, coartando el desarrollo de las investigaciones científicas sobre la psicopatología. Así pues, a las perversiones sexuales se las denominaba degeneraciones de carácter hereditario y, por lo tanto, irremediables.

Algunas de las subsiguientes aportaciones a la teoría de las neurosis que con el título **Opúsculos de Freud (1893-1906)** se publicaron en 1906, fueron reducidas por el propio autor en **Resumen de los escritos científicos del doctor Sigmund Freud (1877-1897)**, (1897). En el resumen de **Las psico-neurosis de defensa: Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias** (1894), Freud dijo:

La defensa viene a actuar cuando se produce una instancia de incompatibilidad en la dinámica mental, entre una idea particular y el **yo**. El proceso de defensa puede ser representado, figuradamente, como si la cuota de excitación se desprendiera de la idea que se va a reprimir, para darle otra utilización. Esto puede ocurrir de varias formas: en la histeria, el resultado de excitación liberada se transforma en inervación somática (histeria de conversión); en la neurosis obsesiva permanece en el ámbito psíquico y se adhiere a otras ideas que no son incompatibles en sí y que son entonces sustituidas por la idea reprimida. La fuente de las ideas incompatibles que están sujetas a defensa es **única y exclusivamente la vida sexual**. El análisis de un caso de psicosis alucinante demuestra que esta psicosis también representa un método de lograr la defensa.

En el resumen de **La neurastenia y la "neurosis de angustia"**: **Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de "neurosis de angustia"** (1895), expresó:

Mientras que la verdadera neurastenia surge de micciones espermáticas espontáneas o se adquiere por la masturbación, los elementos pertenecientes a la etiología de la neurosis de ansiedad son los que corresponden a la **retención de la excitación sexual** —tal como en la abstinencia cuando la libido se presenta—, excitación insaciada y, sobre todo, en el coito no llegado al orgasmo o **coitus interruptus**.

En el resumen de **Réplica a una crítica sobre mi escrito de las neurosis de ansiedad** (1895), aseveró:

La forma de neurosis depende de la naturaleza de la **causa sexual específica**; el hecho de que exista del todo una enfermedad neurótica se determina por fac-

tores que operan cuantitativamente; la herencia actúa como un multiplicador insertado en un circuito eléctrico.

En el resumen de **Nuevas observaciones sobre la neuro-psicosis de defensa** (1896), puntualizó:

(1) **La etiología específica de la histeria.** La persistencia del trabajo analítico con sujetos histéricos, ha demostrado el resultado uniforme de que posibles eventos traumáticos (como los símbolos mnemónicos de los que continúan los síntomas histéricos), ocurren durante la primera infancia del paciente, por lo que deben de ser calificados como **abusos sexuales** en el sentido más estrecho.

(2) **La naturaleza y el mecanismo de las neurosis obsesivas.** Las ideas obsesivas invariablemente son transformadas en autorreproches que han resurgido de la represión y los cuales siempre se relacionan con algún **acto sexual que fue ejecutado con placer en la infancia.** El curso tomado por esta reaparición de lo reprimido, es definido como lo son los resultados primario y secundario del trabajo defensivo.

(3) **Análisis de un caso crónico de paranoia.** Este análisis, del cual se ha informado en detalle, indica que la etiología de la paranoia debe encontrarse en las mismas **experiencias sexuales de la temprana infancia** en las que las causas de la histeria y de la neurosis obsesiva han sido ya descubiertas. Los síntomas de este caso de paranoia han sido definidos en detalle en relación con las actividades de defensa.

Freud, pacientemente, se hizo de una enorme colección de casos psicopatológicos, con los cuales comprobó sus aserciones en cuanto al carácter sexual. ¿Hizo bien Freud en decir la verdad de sus descubrimientos por muy embarazosa que fuese? Creo que sí, porque gracias a su honradez cien-

tífica, el psicoanálisis pudo, más tarde, desarrollar la relación entre el trauma oral infantil y su correspondiente repetición sexual desvirtuada, con lo que se postuló que todo neurótico sufre de problemas sexuales porque su primer acto sexual, que fue el de mamar el pezón materno, tuvo que ver con una creencia o con una realidad traumática. Este simple hecho explica el porqué, con frecuencia, la mujer neurótica fantasea haber sido seducida por su padre, con lo cual sólo demuestra una regresión mnemónica a su primer acto oral-sexual, en el que fue penetrada en la boca por el pezón de su **imago matris**.

Esta sencilla relación entre la sexualidad oral y su repetición compulsiva posterior, la llegó a intuir Freud, pero jamás la postuló como teoría; razón por la cual trató de demostrar la sexualidad infantil sin relación alguna con la etiología oral, provocando con esto la animadversión, no sólo de su sociedad sino también del gremio médico, y por ende se tuvo que refugiar en la teoría de la sexualidad edípica, con la consiguiente desviación del estudio de la sexualidad oral. En la XIII edición de la **Enciclopedia británica** (1926), confirmó su intuición primera:

Por razones culturales, la represión más intensa recae sobre los instintos sexuales; pero precisamente es en relación con ellos que la represión más fácilmente se desvirtúa, de tal manera que los síntomas neuróticos informan ser satisfacciones sustitutivas de una sexualidad reprimida. La creencia de que en el hombre la vida sexual no comienza sino sólo hasta llegar a la pubertad, es incorrecta. Por lo contrario, huellas de la misma pueden ser detectadas desde el comienzo de su existencia extra-uterina.

En la misma obra, explicó lo que desvirtuó el desarrollo normal de esta incomprendida ciencia:

Las razones para esta hostilidad se pueden encontrar, desde el punto de vista médico, en el hecho de que

el psicoanálisis enfatiza los factores psíquicos, y desde el ángulo filosófico, que asume como un postulado básico el concepto de la actividad mental inconsciente; pero la razón más poderosa ha sido sin duda el desinterés de la humanidad en cuanto a concederle al factor de la sexualidad la importancia que le fue asignada por el psicoanálisis.

¿Tuvo que ver también la propia adaptación masoquista inconsciente de Freud en esta desviación científica?

Por el carácter y las declaraciones del propio Freud, se puede inducir que padeció de un grave complejo oral-tanático, o sea, que debido supuestamente a la escasez de leche que sufrió en sus primeros meses de vida, se adaptó inconscientemente a la idea de morir de hambre. Ahora observemos los síntomas histéricos que experimentó cuando reprimió su gratificación oral de fumar, en donde encontramos su deseo inconsciente de ser muerto por el pezón materno y la defensa dramática: "Yo no gozo en el rechazo oral, sin el pezón-cigarro-puro ciertamente moriré." Todo esto en una carta que le envió a Fliess el 19 de abril de 1894:

Menos comprensible, en cambio, quizá sea mi estado de salud en otros aspectos. A poco de comenzar la abstinencia hubo días tolerables, en los cuales comencé a anotar para ti mi posición actual en el problema de las neurosis; pero luego sobrevino un violento y repentino malestar cardíaco, más fuerte que nunca, mientras todavía fumaba. Tuve intensas arritmias, con constante tensión cardíaca (opresión), ardor precordial, dolores urentes que descendían al brazo izquierdo, cierta disnea—sospechosamente moderada, como si fuera orgánica—, y todo eso más bien paroxísticamente, es decir, en dos o tres accesos extendidos durante todo el día y acompañados por una depresión del ánimo expresada en la sustitución de mis habituales delirios de actividad, por **visiones de muerte y despedida**. Las molestias orgánicas se atenuaron durante los dos últimos días, pero

el estado hipománico persiste, aunque en ocasiones (como anoche y hoy al mediodía) tiene la gentileza de desaparecer de pronto y dejar tras sí a un ser humano capaz de volver a concebir una larga vida, plena del incólume placer de fumar.

Esta serie de síntomas neuróticos, añadidos a la depresión que le sobrevino a la muerte de su padre —dos años más tarde— y a las resistencias sociales que surgieron frente a sus primeras teorías, orillaron a Freud a buscar la solución de los problemas psicológicos en sí mismo, con lo cual comenzó su autoanálisis, con la consecuente interpretación de sus propios sueños. Esta fue la labor trascendental del estudioso vienés. En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), declaró:

Así pues, a través de mi pensamiento, circula una incesante corriente de “autorreferencia” (**Eigenbeziehung**), de la cual generalmente no tengo noticia alguna, pero que se manifiesta en tales ocasiones en lo de olvido de nombres. **Parece como si estuviera yo obligado a comparar con mi propia persona todo lo que sobre personas extrañas oigo y como si mis complejos personales fueran puestos en movimiento por la percatación de otros.** Esto no puede ser una cualidad individual mía sino que, por lo contrario, debe constituir una indicación de la manera que todos tenemos de comprender lo que es extraño a nosotros. Tengo motivos para suponer que a otros individuos les sucede en esta cuestión lo mismo que a mí.

En **Sobre narcisismo** (1914), al hacer algunas observaciones a un trabajo de Herbert Silberer sobre la relación de las ilusiones paranoicas con los sueños, confesó Freud:

Probablemente lo pasé inadvertido porque no apareció en mis propios sueños.

En **Una carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario** (1936), declaró:

Usted sabe que mi labor científica tuvo por objeto aclarar las manifestaciones singulares, anormales o patológicas de la mente humana, es decir, reducirlas a las fuerzas psíquicas que tras ellas actúan y revelar al mismo tiempo los mecanismos que intervienen. **Comencé por intentarlo en mi propia persona;** luego, en los demás, y finalmente, mediante una osada extensión, en la totalidad de la raza humana.

En **Mecanismo psíquico del olvido** (1898), analizó detalladamente las razones por las que no pudo recordar, en cierta ocasión, el nombre de un famoso pintor italiano, y llegó a la siguiente conclusión, al asociar la memoria de que los bosnios preferían la muerte antes de prescindir del acto sexual:

La influencia que había hecho el nombre Signorelli inaccesible a mi memoria, o que como estoy acostumbrado a decirlo, la había reprimido, sólo pudo haber procedido, tal influencia, de la historia que yo había suprimido acerca del valor atribuible a la muerte y al gozo sexual.

Que Freud tenía un carácter tanático, que sufría de una adaptación inconsciente a la idea de morir, lo puede comprobar cualquiera mediante la lectura de sus obras. Allí se observará la manía que tenía de hablar y soñar de la muerte. En **La interpretación de los sueños** (1900), al explicar el sentimiento de la muerte en los niños, dijo:

El niño no conoce nada de los horrores del envejecimiento, del temblor de la fría tumba, del terror de la infinita nada, pensamientos que el adulto encuentra intolerables, como todos los mitos del más allá lo pueden atestiguar.

Pudo haber pensado Freud como Jorge Manrique (1440-1479):

Recuerde el alma dormida  
avive el seso y despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte,  
tan callando.

Veamos este ejemplo tanático que nos regala Freud en el mismo libro, refiriéndose al sueño de Maury:

¿A quién no le han fascinado —sobre todo siendo francés y estudiante de historia de la civilización— las descripciones del reinado del terror, en el que la aristocracia, hombres y mujeres, la flor de una nación, demostraron que se podía morir tranquilamente, conservando el humor y el refinamiento de sus modales hasta el momento de los últimos y fatales requerimientos? Qué tentación la de imaginarse en medio de todo esto, como uno de aquellos jóvenes que se despedían de sus damas con un beso de mano y sin temor ascendían al cadalso.

En una carta que le escribió a Wilhelm Fliess el 8 de enero de 1900, le dijo:

El nuevo siglo —cuya circunstancia más interesante bien podría ser la de que contiene la fecha de nuestra muerte— no me ha traído más que un artículo estúpido de Burckhard en el [periódico] Zeit.

En **Pensamientos sobre la guerra y la muerte** (1915), al hablarnos de los deseos inconscientes de muerte a extraños y enemigos, confesó su propia adaptación tanática:

Nuestros impulsos instintivos suprimen constantemente a todos aquellos que estorban nuestro camino, nos han ofendido o nos han perjudicado. La exclamación “¡Así se lo lleve el diablo!”, que tantas veces acude

a nuestros labios como una broma con la que encubrimos nuestro mal humor, y que, en realidad, quiere decir "¡Así se lo lleve la muerte!", es, en nuestro inconsciente, un serio y violento deseo de muerte. Nuestro inconsciente asesina, en efecto, incluso por pequeñeces. Como la antigua ley draconiana de Atenas, no conoce, para toda clase de delitos, más pena que la de muerte, y ello con una cierta lógica, ya que todo daño inferido a nuestro omnipotente y despótico **yo** es, en el fondo, un **crimen laesae majestatis**.

En **El malestar en la civilización** (1929), se pregunta Freud:

¿Y qué ganamos con una larga vida llena de privaciones y carente de alegrías, tan desgraciada que tan sólo podemos darle la bienvenida a la muerte redentora?

En **La batalla de la conciencia** (1948), Bergler explicó una característica neurótica que podemos relacionar con la persona de Freud:

El temor a la muerte es uno de los recipientes típicos de la culpabilidad inconsciente. Normalmente la idea de la muerte es suprimida, marginada, con el deseo de no pensar en ella, mas en ciertas condiciones predomina en el pensamiento neurótico. En una enfermedad neurótica, la obsesión (compulsión) es el foco de atención. Estos neuróticos piensan de manera obsesiva o constante en la muerte amenazante. Estas son las palabras de un paciente neurótico obsesivo:

"Pienso constantemente en mi muerte. Cada minuto que pasa me recuerda que estoy más cerca de ella. No me atrevo a mirar mi reloj. Cada vez que emprendo algo, me tortura la idea: **este es tu último hecho**. Ayer entré en un restorán y mientras esperaba el alimento me obsesionó la idea: **morirás en este restorán**."

Puede uno observar una lucha entre los derivados de los instintos de muerte y de vida, en la órbita del temor a la muerte. Los neuróticos que constantemente piensan en la muerte —especialmente los obsesos y los hipocondriacos—, adquieren, después de un periodo de tortura, la habilidad de sexualizar su temor o de disfrutar de su masoquismo psíquico.

En el **Fedón**, Sócrates declara algo que nos puede ayudar a comprender al **homo tanáticus**:

Pues estimo que el verdadero devoto de la filosofía, es posible que no sea comprendido por los demás; ellos no perciben que él siempre persigue a la muerte y el estar muriendo; y si esto es así y ha tenido el deseo de morir, toda su vida, ¿por qué, cuando le llega la hora se aflige de aquello que siempre pretendió y deseó?

Nietzsche en **La genealogía de la moral** (1897), cuestiona la razón de la misantropía del filósofo:

Examínense, con respecto a esta cuestión, las filosofías más antiguas y las más recientes: falta en todas ellas una conciencia de hasta qué punto la misma voluntad de verdad necesita una justificación, hay aquí una laguna en toda filosofía: ¿a qué se debe? **A que el ideal ascético ha sido hasta ahora dueño de toda filosofía (. . .)**

No podemos ocultarnos, a fin de cuentas, qué es lo que expresa propiamente todo aquel querer que recibió su orientación del ideal ascético: **ese odio contra lo humano, más aún, contra lo animal, más aún, contra lo material, esa repugnancia ante los sentidos, ante la razón misma, el miedo a la felicidad y a la belleza, ese anhelo de apartarse de toda apariencia, cambio, devenir, muerte, deseo, anhelo mismo; ¡todo eso significa, atrevámonos a comprenderlo, “una voluntad de la nada”, una aversión contra la vida, un rechazo de los**

**presupuestos más fundamentales de la vida, pero es, y no deja de ser, una "voluntad"!... Y repitiendo al final lo que dije al principio: el hombre prefiere querer la nada a no querer...**

En su estudio psicoantropológico **Tótem y tabú** (1913), proyectó Freud sus defensas criminóticas hacia su **imago matris** en los hijos que matan al padre para quedarse con las hembras del clan. Este supuesto lo resuelve Freud desde el plano edípico, diciendo que tal agresividad de los hijos se convirtió en culpabilidad, razón por la cual se crearon los tabúes sexuales y de otra índole. Es mi opinión que la defensa primera sería esta: "Yo no deseo ser muerto por mi **imago matris**, al contrario yo mato a mi **imago matris**", lo que en estos casos suele proyectarse al padre, a Dios, a las autoridades, al sexo opuesto y en ocasiones a la madre también. Después de la compulsión oral es posible que haya sobrevenido la edípica, en la sociedad primitiva, pues es razonable que la compulsión edípica no haya podido acontecer si no hubiera existido antes la adaptación inconsciente a la muerte. Esta simple repetición compulsiva la estudió Freud en **Más allá del principio del placer** (1920), y en **El problema económico del masoquismo** (1924), declaró que el **superyó**, al que le atribuyó características tanáticas, es el heredero del complejo de Edipo, llegando a ser también la cruel y sádica conciencia que se muestra dura e implacable con un **yo** que se comporta de manera pseudoagresiva:

El masoquismo moral resulta así un testimonio clásico de la existencia de la mezcla de los instintos. **Su peligro está en proceder del instinto de muerte** y corresponder a aquella parte del mismo que eludió ser proyectada al mundo exterior en calidad de instinto de destrucción. Pero, como además integra la significación de un componente erótico, **la destrucción del individuo por sí propio no puede tener efecto sin una satisfacción libidinosa.**

En **Más allá del principio del placer** (1920), al cavilar sobre la problemática de los instintos y soslayando ya las bases de su teoría tanática, declaró:

Si podemos asumir como una experiencia que no admita excepción que todo lo que vive, muere por causas propias y regresa a lo inorgánico, sólo podemos decir que **la meta de toda existencia es la muerte**, y retrotrayéndonos, que **lo inanimado existió anteriormente a lo animado**.

¿Hasta qué grado influyó Schopenhauer en el pensamiento tanático de Freud?

Veamos la interpretación que Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) hace de la filosofía de la voluntad del pensador alemán, en el IV volumen de su **Historia de las ideas estéticas en España**:

Pero el impulso ciego y desapoderado de vivir, que constituye su esencia, arrastra la voluntad consciente del hombre a perpetuarse y progresar, a satisfacer necesidades que se convierten en germen de nuevos dolores, arrastrando así el individuo una existencia misera e infelicísima, engañada por varias apariencias, de las cuales puede librarse mediante la extinción y aniquilación absoluta del pensamiento y del deseo, mediante la negación de la existencia individual, mediante la separación del elemento perecedero de la inteligencia y del elemento indestructible y eterno de la voluntad. La vida es esencialmente dolorosa, es el dolor mismo, inseparable de la personalidad y de la conciencia. Sólo **negando y destruyendo la voluntad de vivir**, se obtiene la emancipación absoluta, el perfecto **nirvana** (. . .) El que se suicida es un pesimista falso e incompleto; niega la vida, pero no niega la voluntad de vivir; al contrario, la afirma con energía.

Sobre esta filosofía pesimista comenta el crítico estético español:

La muerte es el genio inspirador, el musageta de la filosofía.

Ahora, quizá más que nunca, podemos comprender aquella frase que Cervantes le regaló a don Quijote:

Yo nací para vivir muriendo. (LIX, 2do.)

Develemos la pantalla que cubre la influencia filosófica, tanática, de Schopenhauer sobre Freud. Veamos lo que declara el sabio vienés en **Más allá del principio del placer** (1920):

La tendencia dominante de la vida mental, tal vez de la vida nerviosa en general, es el esfuerzo para reducir, mantener constante o remover la tensión interna debida al estímulo (el principio del nirvana, al decir de Bárbara Low), tendencia que encuentra su expresión en el principio del placer, en el que reconocemos que es, en verdad, uno de nuestros más poderosos motivos para creer en la existencia de los instintos de muerte.

La tensión de que habla Freud es el dolor a que se refiere Schopenhauer. La reducción o el removimiento de dicha tensión es la propuesta extinción y aniquilación absoluta del pensamiento y del deseo mediante la negación de la existencia individual. El principio nirvana es la negación y la destrucción de la voluntad de vivir que Cristo resumió en su invitación: "Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo." El efecto de la lucha que se expresa en el principio del placer, es la emancipación absoluta, el perfecto nirvana. La negación de la voluntad de vivir, convicción a la que llegó Schopenhauer, a mi ver, apoyó y confirmó los sentimientos tanáticos del propio Freud.

Cualquier persona adaptada inconscientemente al deseo de morir, si en lugar de defenderse agresivamente contra su adaptación, internando después esta agresividad, acepta su deseo de morir, "negando la voluntad de vivir mas no ne-

gando la vida” como dijera Schopenhauer, encontrará el nirvana, o felicidad absoluta, pues al no haber defensas pseudoagresivas se inmoviliza la fuerza reprochadora del **daimonion**, surgiendo el estado de felicidad. La ciencia psicoanalítica convalida la filosofía estoica de Buda, Cristo y Schopenhauer, como un medio para reducir el dolor psíquico procedente de las manifestaciones neuróticas; manifestaciones que no son otra cosa que las defensas del **yo** contra la adaptación inconsciente a la muerte, en sus variadas facetas, y las contradefensas del **yo** efectuadas por los estados pseudoagresivos emanados de tales adaptaciones masoquistas. El propio Freud reconoció la influencia filosófica del pensador alemán, aunque debemos observar que Freud confundió la negación de la voluntad de vivir con la negación de la vida o el instinto de muerte. Veamos en la misma obra:

Y no podemos encubrir otro hecho de nosotros mismos, el de habernos dirigido de improviso al puerto filosófico de Schopenhauer para quien la muerte es el resultado real de la vida, y, por lo tanto, su propósito, mientras que el instinto sexual es la encarnación de la voluntad de vivir.

En sendas cartas que le envió a Fliess el 1º de enero y el 2 de abril de 1896, declaró el verdadero carácter de su vocación vital:

El pensamiento de que ambos estamos trabajando en una misma obra es por ahora el más feliz que podría concebir. Veo cómo has emprendido el largo rodeo a través de la medicina para materializar tu primer ideal —la comprensión fisiológica del hombre—, tal como yo abrigo secretamente la esperanza de alcanzar, por la misma vía, **mi objetivo original, la filosofía**. Tal fue, en efecto, mi ambición primera, cuando todavía no había llegado a comprender para qué me encontraba en el mundo.

Si a nosotros nos fueran deparados todavía unos pocos años más de tranquila labor, estoy seguro de que dejaríamos un legado que justificaría nuestra existencia. Esta convicción me fortalece contra todos los pesares y los esfuerzos cotidianos. **En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico**, anhelo que estoy a punto de realizar ahora, cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología. Llegué a ser terapeuta contra mi propia voluntad; tengo la convicción de que, dadas ciertas condiciones de la persona y del caso en particular, puedo curar definitivamente la histeria y la neurosis obsesiva.

En **Una dificultad en el camino del psicoanálisis** (1917) declaró lo siguiente:

Sólo una minoría entre los hombres se ha dado clara cuenta de la importancia decisiva que supone para la ciencia y para la vida la hipótesis de la existencia de procesos psíquicos inconscientes. Pero nos apresuraremos a añadir que no ha sido el psicoanálisis el primero en dar este paso. Podemos citar como **precursores a renombrados filósofos, ante todo a Schopenhauer, el gran pensador, cuya "voluntad" inconsciente puede equipararse a los instintos anímicos del psicoanálisis**, y que atrajo la atención de los hombres con frases de inolvidable penetración sobre la importancia, desconocida aún, de sus impulsos sexuales. Lo que el psicoanálisis ha hecho ha sido no limitarse a afirmar abstractamente las dos tesis, tan ingratas al narcisismo, de la importancia psíquica de la sexualidad y la inconsciencia de la vida anímica, sino que las ha demostrado con su aplicación a un material que a todos nos atañe personalmente y nos fuerza a adoptar una actitud ante estos problemas. Pero precisamente por ello ha atraído sobre sí la repulsa y las resistencias que aluden aun respetuosamente al gran nombre del filósofo.

En una carta que le escribió a la señora Lou Andreas-Salomé el 1º de agosto de 1919, le dijo:

Me he escogido ahora a manera de retiro el tema de la muerte [**Más allá del principio del placer**, 1920]; he tropezado con una curiosa idea a partir de las pulsiones, y necesito leer toda clase de cosas relacionadas con la materia, entre otras, por primera vez a Schopenhauer. Pero no me gusta leer.

En **Autobiografía** (1925), nos explica Freud la razón por la cual no se había apoyado el psicoanálisis, en un principio, en las obras de los filósofos alemanes:

**Las amplias coincidencias del psicoanálisis con la filosofía de Schopenhauer —el cual no sólo reconoció la primacía de la afectividad y la extraordinaria significación de la sexualidad, sino también el mecanismo de la represión— no pueden atribuirse a mi conocimiento de sus teorías, pues no he leído a Schopenhauer sino en época muy avanzada ya de mi vida. A Nietzsche, otro filósofo cuyos presagios y opiniones coinciden con frecuencia, de un modo sorprendente, con los laboriosos resultados del psicoanálisis, he evitado leerlo durante mucho tiempo, pues más que la prioridad me importaba conservarme libre de toda influencia.**

Hemos podido advertir algunos signos que acusan el carácter tanático de Freud, así como su vocación filosófica declarada. También hemos contemplado su tardío reconocimiento a la influencia que las corrientes filosóficas alemanas ejercieron sobre algunas teorías del psicoanálisis, actitud que denuncia su adaptación inconsciente al rechazo, contra la cual esgrimió pretextos a manera de aclaraciones. Quizás pudo haber aceptado sinceramente que su circunstancia filosófica influyó en su inconsciente, con lo que después se produjo un plagio involuntario. Gran parte de la cultura, después de todo, se ha transmitido durante milenios median-

te una concatenación de plagios, debido al carácter narcisista de los escritores; por esta razón, cada país tiene sus genios nacionales, cuya fama se circunscribe al territorio donde les hacen propaganda. Bergler en **La neurosis básica** (1949), dijo:

El plagiario roba con frecuencia tan cínica, estúpida e irresponsablemente, sin fijarse en las consecuencias, porque inconscientemente espera ser descubierto.

A propósito del plagio inconsciente, Freud reconoció estos fenómenos en **Olvido de impresiones y propósitos** de su libro **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901):

En el verano de 1901 dije en una ocasión a un amigo mío, con el que mantenía entonces un activo cambio de ideas sobre cuestiones científicas, las siguientes palabras: "Estos problemas neuróticos no tienen solución posible sino aceptando ante todo y por completo una bisexualidad original en todo individuo." Mi amigo me respondió: "Eso ya te lo dije yo hace dos años y medio en Br. una noche que paseamos juntos. Entonces no me quisiste hacer el menor caso." Es muy desagradable verse invitado de esta manera a renunciar a lo que uno se figura una originalidad propia, y, por tanto, me fue imposible recordar la conversación que mi amigo me citaba ni lo que en ella afirmaba haber dicho. Uno de nosotros tenía que engañarse, y, según el principio de **Quid prodest?**, debía ser yo el equivocado. En efecto, durante el curso de la semana siguiente recordé toda la cuestión tal y como mi interlocutor había querido despertarla en mi memoria, y hasta la respuesta que di a sus palabras, y que era: "No he llegado a eso aún y no quiero meterme a discutirlo por ahora." Desde entonces me he hecho algo más tolerante cuando en algún trozo de literatura médica hallo alguna de las pocas ideas a las que puede ir unido mi nombre y veo que éste no ha sido citado al lado de ellas.

En **José Popper-Lynkeus y la teoría onírica** (1923), Freud volvió a tratar el asunto, quizá debido a su reconocimiento de la influencia de la filosofía alemana sobre algunos aspectos del psicoanálisis:

Se podrían decir muchas cosas interesantes sobre la apariencia de originalidad científica que presentan las ideas nuevas, pues aunque al principio se las considere como descubrimientos, y por lo común también se las combata como tales, la investigación objetiva no tarda en demostrar que en realidad no son novedades. Por lo general ya han sido repetidamente descubiertas y olvidadas luego, muchas veces en épocas alejadas entre sí, o por lo menos han tenido precursoras, fueron presumidas vagamente y formuladas sin perfección. Todo esto es harto conocido y no hay motivos para explicarlo.

Dejando bien establecido y analizado el deseo inconsciente que el profesor vienés tenía de ser rechazado y muerto por su **imago matris**, se puede mejor comprender la proyección que verificó al declarar que existía un instinto de muerte, sin contar con la influencia que sobre él ejerció su circunstancia cultural. El llegó a la convicción de que existía el instinto de muerte cuando observó de cerca el fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente. Pudo haber especulado para sí el maestro: "Si yo deseaba inconscientemente la muerte de mi padre, es porque yo estaba proyectando mis propios deseos inconscientes de morir, razón por la cual sufría yo de estados depresivos-suicidas."

Uno de los rasgos característicos del neurótico es el de su proclividad por autoagredirse, haciéndose, por lo general, un coleccionista de injusticias y de malestares personales que él mismo se ha provocado compulsivamente, y que afectan determinantemente al estado de su salud. Bergler descubrió el mecanismo psíquico de lo que denominó la **tríada de la oralidad**. Veamos **The superego** (1952):

a) A través de su conducta, o con la exageración de una situación externa, los neuróticos inconscientemente provocan frustraciones y rechazos, identificando al mundo exterior con la **madre preedípica** rechazante.

b) No comprendiendo que ellos mismos se provocaron esta frustración, se vuelven pseudoagresivos, actuando con verdadera indignación, y aparentemente en defensa propia.

c) Entonces, conscientemente, entran en un estado de autocompasión, disfrutando inconscientemente de su masoquismo psíquico, como diciendo: "Estas desgracias sólo me pueden ocurrir a mí."

De acuerdo con esta teoría, si Freud sufría de una adaptación inconsciente a la idea de morir de hambre, es verosímil que al haber internado sus pseudoagresiones, haya sufrido de tensiones que por fuerza afectaron a su aparato inmunológico, debido a lo cual, adquirió su cáncer oral. Veamos lo que sobre la relación entre las afecciones anímicas y el aparato inmunológico observó el profesor vienés en **Tratamiento psíquico (o mental)** (1905):

En numerosos estados anímicos que se denominan **afectos**, la participación del cuerpo es tan notable y espectacular, que muchos psicólogos han llegado a aceptar que la esencia de los afectos residiría únicamente en estas sus manifestaciones corporales. Son de todas conocidas las extraordinarias alteraciones de la expresión facial, de la circulación sanguínea, de las secreciones, del estado excitativo de la musculatura voluntaria, que pueden producirse bajo la influencia del miedo, de la ira, del dolor anímico, del éxtasis sexual y de otras emociones. Menos conocidas, pero absolutamente indudables, son otras acciones somáticas de los afectos que ya no forman parte de la expresión directa de los mismos. **Así, ciertos estados afectivos permanentes**

de naturaleza penosa o, como suele decirse, “depresiva”, como la congoja, las preocupaciones y la aflicción, reducen en su totalidad la nutrición del organismo, llevan al encanecimiento precoz, a la desaparición del tejido adiposo y a alteraciones patológicas de los vasos sanguíneos. Recíprocamente, bajo la influencia de excitaciones gozosas, de la “felicidad”, obsérvase cómo todo el organismo florece y la persona recupera algunas manifestaciones de la juventud. **Los grandes afectos tienen, evidentemente, íntima relación con la capacidad de resistencia frente a las enfermedades infecciosas;** buen ejemplo de ello es la observación, efectuada por médicos militares, de que la susceptibilidad a las enfermedades epidémicas y a la disentería es mucho mayor entre los contingentes de un ejército derrotado que entre los vencedores. Mas los afectos —casi exclusivamente los depresivos— a menudo son también por sí mismos causas directas de enfermedades tanto del sistema nervioso —con alteraciones anatómicamente demostrables— como también de otros órganos, debiendo aceptarse en tales casos la preexistencia de una propensión a dicha enfermedad, hasta ese momento inactiva.

Pocos años después de la muerte de Freud, Bergler descubrió que el instinto de muerte no es tal, sino un masoquismo psíquico de base oral (también puede ser de base natal, como en el supuesto caso del emperador romano Julio César), contra el cual se desarrolla la conducta neurótica mediante la creación de defensas y coartadas de carácter repetitivo a través de la vida. Las adaptaciones inconscientes a la muerte las padecen solamente los neuróticos de grado sumo, lo que explica sus frecuentes intentos de suicidio, sus depresiones y ansiedades extremas, sus manías obsesivas y paranoicas y sus estados esquizofrénicos; padecimientos que debido a las tensiones que provocan, reducen las reservas inmunológicas del organismo, haciéndolo más susceptible al cáncer, entre otras enfermedades.

En su libro **La batalla de la conciencia** (1948), nos habla Bergler de la similitud entre los síntomas neuróticos y los somáticos en cuanto a la relación de ambos con la adaptación masoquista psíquica:

Otros neuróticos que debido a su exceso de culpa inconsciente no mejoran mediante el análisis, pierden sus síntomas cuando cambian éstos por los de un peligro mayor que absorbe, como esponja, toda la culpabilidad. Como ejemplo muestra Freud a varios tipos de neuróticos obsesivos, incurables aun por el psicoanálisis, que abandonan una multitud de síntomas neuróticos cuando se someten a una operación destructiva, o cuando enferman de cáncer, o pierden sus fortunas.

Cuando Freud se tropezó con la paradoja de la conducta autoagresiva quiso explicarla como una formación debida al establecimiento del **superyó**, concluyendo que el individuo muere debido a sus conflictos internos. La referencia a la que Bergler se refiere la podemos examinar en **Compendio del psicoanálisis** (1938):

A medida que progresa nuestra labor y que se ahondan nuestros conocimientos de la vida psíquica del neurótico, **resaltan con creciente claridad dos nuevos factores que merecen la mayor consideración como fuentes de resistencia**. Ambos son completamente ignorados por el enfermo y no pudieron ser tenidos en cuenta al concertar nuestro pacto; además, no se originan en el yo del paciente. Podemos englobarlos en el término común de **“necesidad de estar enfermo”** o **“necesidad de sufrimiento”**; pero responden a distintos orígenes, aunque por lo demás sean de índole similar. El primero de estos dos factores es el sentimiento de culpabilidad o la conciencia de culpabilidad, como también se le llama, pasando por alto el hecho de que el enfermo no lo siente ni se percata de él. Trátase, evidentemente, de la contribución aportada a la resistencia por un **superyó**

que se ha tornado particularmente severo y cruel. El individuo no ha de curar, sino que seguirá enfermo, pues no merece nada mejor. Esta resistencia no perturba en realidad nuestra labor intelectual, pero le resta eficacia, y aunque nos permite a menudo superar una forma de sufrimiento neurótico, se dispone inmediatamente a sustituirla por otra y, en último caso, por una **enfermedad somática**. Este sentimiento de culpabilidad explica también la ocasional curación o **mejoría de graves neurosis bajo el influjo de desgracias reales**; en efecto, se trata tan sólo de que uno esté sufriendo, no importa de qué manera. La tranquila resignación con que tales personas suelen soportar su pesado destino es muy notable, pero también reveladora. Al combatir esta resistencia hemos de limitarnos a hacerla consciente y a tratar de demoler paulatinamente el **superyó** hostil.

No es tan fácil revelar la existencia de otra resistencia, ante cuya eliminación nos encontramos particularmente incapacitados. Entre los neuróticos existen algunos de los cuales, a juzgar por todas sus reacciones, el instinto de autoconservación ha experimentado nada menos que una inversión diametral. **Estas personas no parecen perseguir otra cosa sino dañarse a sí mismas y autodestruirse; quizá también pertenezcan a este grupo las que realmente concluyen por suicidarse.** Suponemos que en ellas se han producido vastas tormentas de los instintos, que liberaron excesivas cantidades del instinto de destrucción dirigido hacia dentro. Tales pacientes no pueden tolerar la posibilidad de ser curados por nuestro tratamiento y se le resisten con todos los medios a su alcance. Pero nos apresuramos a confesar que se trata de casos cuyo esclarecimiento aún no hemos logrado del todo.

En la junta anual de la **Asociación Americana para el Desarrollo de la Ciencia**, celebrada en enero de 1975, se trató de la evidencia creciente de que la tensión emocional

puede afectar el sistema inmunológico. En dicha reunión se informó sobre algunos experimentos recientes llevados a cabo en animales, demostrándose que una tensión extraordinaria puede tanto elevar como reducir el nivel de inmunidad del organismo. Lo que habría que averiguar al respecto, es la posibilidad de que el daño que sufra el sistema inmunológico pueda estar relacionado con la insistencia con que se expresan los estados de tensión en el neurótico, cuyas defensas orgánicas pudieron haber actuado eficazmente durante muchos años ante las deficiencias causadas por la tensión nerviosa; pero que, inevitablemente, aminoraron ante continuado asedio hasta capitular, permitiendo entonces la entrada de virus y bacterias. Está reconocido por la ciencia que como requisito previo para la proliferación de un cáncer, debe forzosamente existir una deficiencia inmunológica.

Las personas adaptadas inconscientemente al rechazo y a la idea de morir, es natural que gasten mayor cantidad de energía para subsistir, puesto que han menester castigarse más que las personas normales. El gasto superfluo de energía se deriva de una tensión provocada por la defensa continua y desesperada contra los reproches del **superyó**. El **superyó** acusa al **yo** de gozar en las desgracias provocadas intencionalmente por este mismo, el que se defiende malamente contra estos reproches demostrando en forma dramática su tensión, angustia e insomnio, cuando no estados maniacos, fóbicos o depresivos. Bergler aclaró todos estos fenómenos, observados por Freud, a la ciencia psicoanalítica. Veamos lo que nos dice en **La batalla de la conciencia** (1948):

Los sentimientos neuróticos inconscientes de culpa que conducen al autocastigo pueden invadir todas las áreas de la acción y reacción humanas: el alumno puede fallar en sus exámenes, el marido volverse impotente, el negociante quebrar, el actor atemorizarse, el conductor atropellar "accidentalmente", el criminal asesinar.

El neurótico, ante el espectro del fracaso total de su existencia, provocado por él mismo, sufre en vida lo que supuestamente las almas condenadas sufrirían en el infierno de Dante; entra entonces en una fase depresiva y frecuentemente ocurre a las drogas o al alcohol, para recuperarse, o bien, a los barbitúricos, para descansar. La muerte se le representa como una salvación a su inenarrable tormento de vivir; mas antes de tomar una determinación autoagresiva final, la tensión constante provocada por la lucha de su conciencia, pudo haber dañado su sistema metabólico e inmunológico con todas las consecuencias somáticas que tal situación anómala conlleva. Tendrán, pues, que ser los médicos dedicados al psicoanálisis los responsables de llevar las estadísticas de pacientes cancerosos que, antes de haber adquirido su enfermedad, sufrían de síntomas neuróticos. No olvidemos lo que Sócrates dijo en el libro III de **La República**, de Platón:

Llegará a ser médico experto aquel que después de haber aprendido a fondo los principios de su arte, haya tratado desde su juventud el mayor número posible de cuerpos malísimamente constituidos, y que, siendo él mismo de complexión enfermiza, haya estado sujeto a todo género de enfermedades; porque los médicos no curan el cuerpo por medio del cuerpo, puesto que de otro modo no estarían nunca enfermos, ni accidental ni naturalmente, ellos mismos, sino que curan el cuerpo por medio de la mente; mente que no puede curar como es debido mal alguno si está enferma ella misma.

Freud fue un hombre que toda su vida sufrió de estados depresivos, mayores o menores, formándosele un cáncer en la mandíbula a la edad de 67 años, que le duró hasta el día de su muerte, y el cual le operaron una treintena de veces por la boca. En **Los recuerdos encubridores** (1899), al analizar su fobia a viajar en ferrocarril, describió un accidente que le ocurrió en su primera infancia; que pudo haberle creado una fijación tanática autodestructiva, precisamente en el lugar donde más tarde se le localizó el cáncer:

En cambio, retuve dos detalles nimios del viaje en ferrocarril, de los cuales ya tuvimos ocasión de hablar en el análisis de mi fobia: una herida en la cara, que me provocó abundante hemorragia e hizo precisos varios puntos de sutura, debió haberme causado entonces máxima impresión. Todavía hoy puede advertirse en mi rostro la cicatriz correspondiente, pero no conservo recuerdo alguno que se refiera directa o indirectamente a este suceso. Quizá acaeciese antes de cumplir yo los dos años.

En *La interpretación de los sueños* (1900), detalló otros aspectos del accidente:

Me subí en un escabel, en la despensa, con el propósito de alcanzar alguna cosa apetitosa que estaba sobre un entrepaño. El escabel se volteó y al caer yo, me golpeé con su borde, detrás de la mandíbula inferior, lo que pudo muy bien haberme hecho saltar todos los dientes.

De que Freud no pudo jamás prescindir de su fetiche bucal, se deduce de su correspondencia. Veamos esta carta que le envió a Stefan Zweig, el 7 de febrero de 1931:

El individuo real es bastante más complicado, y la descripción no concuerda con el hecho de que también yo haya tenido mis dolores de cabeza espantosos y mis periodos de fatiga como todo el mundo; **de que fuera un fumador apasionado (me gustaría seguir siéndolo), atribuyendo al tabaco la mayor parte de mi autodominio y tenacidad para el trabajo**, de que, no obstante mi cacareada frugalidad, haya sacrificado muchas cosas para adquirir mi colección de antigüedades griegas, romanas y egipcias.

La primera actitud que se observa en el fumador es su deseo de obtener, manifiesto en el chupar, en forma pare-

cida a la compulsión de morderse las uñas y de hurgarse la nariz, o del gusto de exprimir granos propios o ajenos. El deseo de obtener es análogo al de coleccionar, desde timbres postales hasta pistolas antiguas. En mayor o menor grado, casi toda la gente desea obtener, pero el neurótico exagera la nota, ya sea con excesos o con privaciones fuera de lo común, pudiendo ser excesos de avaricia o privaciones ascéticas, como ya los vimos en **La Egipciaca**. La actitud exagerada de obtener es una defensa contra el gozo inconsciente en el rechazo, y las privaciones deliberadas son la aceptación masoquista de que se goza inconscientemente en dicho rechazo. El gozo inconsciente en el rechazo es, pues, la adaptación básica oral, denominador común al septeto de temores infantiles catalogados por Bergler, en cada uno de los cuales se encuentra el factor **rechazo**.

Ahora bien, el rechazo tiene sus categorías, las que pueden variar desde la simple frustración hasta la provocación suicida. Millones de matrimonios diariamente se rechazan en sexo, dinero y cariño, pero algunos cónyuges gozan además inconscientemente con la idea de ser asesinados por sus parejas, y para conseguir este propósito, provocan una situación conflictiva. He aquí una poderosa razón para entender la problemática de los crímenes pasionales.

En **Dostoievsky y el parricidio** (1928), Freud sentó las bases para el estudio de la criminalidad:

El criminal integra dos rasgos esenciales: un egoísmo ilimitado y una intensa tendencia destructora, siendo común a ambos y premisa de sus manifestaciones el desamor, la falta de valoración afectiva de los objetos humanos (. . .) Si fuera cierto que **Dostoievsky no sufrió ataque ninguno mientras estuvo en Siberia, ello confirmaría que sus ataques eran su castigo, no necesitando, por tanto, mientras sufría otro de distinto género**. Pero esta circunstancia resulta indemostrable. Esta necesidad de castigo de la economía psíquica de Dostoievsky explica más bien que pudiera atravesar sin grave quebranto tales años de miseria y humillacio-

nes. La condena de Dostoievsky como delincuente político fue injusta: Dostoievsky tenía que darse cuenta de ello; pero aceptó el castigo inmediato que el zar (el padrecito) le imponía, como sustitución del castigo al que su pecado contra su verdadero padre le había hecho acreedor. En lugar de entregarse al autocastigo se dejó castigar por el representante del padre. **En este punto vislumbramos una parte de la justificación psicológica de las penas impuestas por la sociedad. Es indudable que grandes grupos de delincuentes piden y ansían el castigo.** Su superyó lo exige y evita así el tener que imponerlo por sí mismo.

El fumar exageradamente es un delito contra la vida propia; mas generalmente el vicio proviene de una compulsión que como tal es irresistible, puesto que el gozo inconsciente de ser rechazado se cubre con el deseo de obtener. El descubrimiento de esta simple mecánica fue el resultado de cincuenta años de estudios psicoanalíticos que Bergler pudo condensar mediante su teoría de la tríada de la oralidad. Veamos lo que nos dice acerca de los excesos en el fumar, en **Neurosis básica** (1949):

No olvidemos que obtener algo oralmente es la primera experiencia libidinosa en la vida: pecho, biberón, chupón, alimento. El fumador se da confianza al meterse algo en la boca, también. Por esto, el fumar "ayuda" a aliviar el "nerviosismo", cuya connotación vulgar significa estar en situaciones de rechazo o inseguridad. El fumador compulsivo ensaya la misma técnica, logrando el alivio mediante el rodeo del camino del mecanismo de la defensa interior.

Freud confesó indirectamente que el tabaco atenuaba su sentimiento de culpabilidad, o de nerviosidad, al permitirle "autodominio y tenacidad en el trabajo". Tal era su **anglust** o placer en la ansiedad; angustia de ser rechazado y muerto por el pezón maligno de su madre; pezón que le

había penetrado en la boca, no para darle sino para rechazarle el alimento. He aquí la formación primaria de su adaptación tanática al rechazo. En **Freud, maestro y amigo** (1944), recuerda Hans Sachs:

Todo el día, desde el desayuno hasta que se iba a dormir, Freud fumaba prácticamente sin pausa. Era un fumador en cadena en el sentido más lato de la palabra. Su cantidad usual eran veinte puros al día, generalmente **trabucos**, un cigarro pequeño y ligero que era lo mejor que tenía el monopolio tabacalero del gobierno austriaco. Tenía tal afición al tabaco que se irritaba un tanto cuando los demás a su alrededor no fumaban. Consecuentemente, casi todos los que formaban su círculo íntimo se convirtieron en apasionados fumadores de puro.

Freud mitigaba los reproches del **daimonion** de que gozaba en el rechazo que él mismo se había provocado con su conducta singular y por la dificultad de explicar sus teorías, diciendo: "Yo no deseo ser rechazado, al contrario, ved cómo obtengo placer con mis propios pezones (puros) sin necesitar del pezón materno para nada (autarquía)." Luego esta rebelión pseudoagresiva se le internaba, causándole "dolores de cabeza y fatiga", quizá hasta que volvía a encender otro puro.

El fumar tabaco entraña otra serie de incentivos inconscientes de consideración:

Primero, cuando se es joven, el de lo prohibido, que es una rebelión contra la pasividad de la infancia.

Segundo, cuando no existe la prohibición, el adolescente se siente mayor al fumar (narcisismo).

Tercero, cuando se fuma tabaco fuerte, se piensa que se es más hombre que los demás (megalomanía).

Cuarto, el tabaco fuerte deja un amargo sabor de boca, quizá tan amargo como el calostro que le dio su madre al fumador de puro (Bergler también fumaba puros).

Quinto, el fumador de tabaco puro, por lo general, pro-

voca el rechazo de las personas a su alrededor —y especialmente de las mujeres—, por el fuerte olor despedido por la ignición, con lo que goza sádicamente.

Sexto, el fumador empedernido sabe que está cometiendo un acto antinatural al fumar y peligroso al excederse, mas al fumar acepta su deseo inconsciente de ser dañado por el pezón materno, al mismo tiempo que demuestra su autarquía, por cuyas razones siente felicidad y satisfacción, especialmente cuando acaba de comer o durante el acto de la defecación.

Séptimo, el llevarse un cigarro a la boca después de comer es un complemento oral: no puede haber leche sin pezón.

Octavo, el fumar durante el proceso de la defecación, tiene implicaciones de carácter anal: es una defensa contra el deseo inconsciente de ser drenado-rechazado.

Noveno, algunos hombres, se dice, disfrutaban de un tabaco después del acto sexual. El acto sexual es un acto de repetición oral en el que el hombre da. La defensa es: "Yo no doy, ni gozo en ser drenado, al contrario, obtengo al fumar."

Décimo, muchos artistas y escritores fuman durante el desempeño de sus tareas, como un complemento autárquico al darse leche en forma de palabras, pinturas, bellas ideas, rimas, etc.

¿Qué se habrán metido a la boca las personas antes del descubrimiento de la costumbre de fumar, en América?

No tengo la menor idea, pero ahora la gente tiene un incentivo aun mayor para succionar sus pezones simbólicos: la posibilidad científicamente comprobada de padecer de cáncer del pulmón. Pero como la adaptación básica de la humanidad es autodestructiva, a pesar de la disminución de la propaganda, la industria del tabaco tendrá sus mejores frutos en lo futuro.

Freud ignoraba los peligros del exceso en el fumar. Después de la operación que le efectuaron en el maxilar, escribió una carta a la señora Andreas-Salomé, el 10 de mayo de 1923, a la edad de 67 años:

Puedo informarte que soy nuevamente capaz de hablar, masticar y trabajar, y que hasta me permiten fumar, dentro de los límites moderados, cautos y burgueses. El mismo médico de cabecera me regaló una boquilla para mi cumpleaños.

Obsérvese, en el pasado ejemplo, la defensa contra el gozo inconsciente en el rechazo oral: “Yo no gozo en tal rechazo, ved cómo me puedo dar mi propia leche-palabras al hablar, masticar, escribir, y mi propio pezón al fumar mis puros en la boquilla que me regalaron.” ¿Qué le ocurrió a Freud el día en que le prohibieron fumar excesivamente? En una carta que le mandó a Arnold Zweig, el 2 de mayo de 1935, declaró:

No puedo decir que suceda nada destacado en mi vida. Desde que no puedo fumar libremente no tengo deseo alguno de escribir . . . , o quizás es que empleo este pretexto para disimular la improductividad propia de la vejez.

La tragedia de Segismundo Freud estribó en que nunca pudo analizar su fase oral, porque no la recordaba, pero bastante hizo con descubrir otras fases que irremediablemente condujeron a Bergler al estudio de las adaptaciones masoquistas de base oral. Veamos lo que nos dice el propio Bergler en *The superego* (1956):

El cuadro genético del masoquismo es, en verdad, un precepto freudiano que comprende agresión que se interna debido a la culpabilidad, libidinizándose entonces la culpabilidad torturante. Mi contribución ha consistido en desarrollar el cuadro clínico en el masoquismo psíquico, y su interconexión con el nivel más temprano de desarrollo, la fase oral.

Lo que sufrió Freud fue un fenómeno que él denominó **conversión** y que consiste en traducir las perturbaciones

psíquicas en somáticas, pero para el cual no dio más explicación que la de su relación con el sentimiento de culpabilidad con el consiguiente deseo de castigo. Freud jamás pudo deshacerse de su sentimiento de culpabilidad porque nunca admitió su deseo de ser rechazado y muerto por su **imago matris**, adaptación masoquista de base oral que tuvo la desgracia de ignorar, pero es ya de por sí notable que haya podido observar la fenomenología del instinto de muerte que luego proyectó a la humanidad. En **Introducción general al psicoanálisis** (1917) (lección XIV), vislumbró Freud, al explicar otra de las razones para los sueños de ansiedad, la lucha que acontece entre los instintos de muerte y de vida, haciendo alusión a la fuerza tanática:

Aun más, el castigo en sí es la realización de un deseo, precisamente de la otra entidad que censura.

Recordemos a Sócrates en el primer libro de **Las Leyes**, de Platón:

Es más, hay una victoria y una derrota —la primera y mejor de las victorias, la más baja y peor de las derrotas—, que cada hombre gana o sostiene, no contra otro, sino consigo; esto demuestra que existe una guerra en contra nuestra, que se lleva a cabo dentro de cada uno de nosotros.

Esta lucha dentro de la conciencia, que también la han intuido los grandes de la poesía, es una pelea que se suscita entre la adaptación básica masoquista y el **yo-ideal** utilizado por el **daimonion** para comprobar que se goza en la idea de morir. Escuchemos a Cristóbal de Castillejo (1490-1550):

En el campo me metí  
a lidiar con mi deseo;  
contra mí mismo peleo:  
defiéndame Dios de mí.

Contemplemos la tragedia interior de Juana Inés de Asbaje (1648-1695), en **Dime, vencedor rapaz:**

En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión:  
una, esclava a la pasión,  
y otra, a la razón medida,  
Guerra civil, encendida,  
aflige al pecho importuna:  
quiere vencer cada una,  
y entre fortunas tan varias,  
morirán ambas contrarias  
pero vencerá ninguna.

José Santos Chocano (1875-1934), proyectó las batallas que se suscitaban en su mente en el poema **La lucha inútil:**

¿Por qué este afán secreto? ¿Por qué este ardor de lucha  
que hasta en las más serenas noches zumbar se escucha?  
¿Por qué este atormentado trajín, este insensato  
batallar, esta ciega fiebre de cada instante?

Pobre de mí que, en vano, mi corazón sondeo,  
y no sé por qué lucha ni para qué deseo;  
y, sin embargo, esfuérmome en dominar la vida,  
y en cada abrojo clavo la rosa de una herida,  
y en esta guerra inútil contra la desventura  
sólo veo la boca que abre la sepultura...  
¡Oh, Dios mío, suprime la muerte tan temida  
en esta guerra inútil, o suprime la vida!

Y si quieres que mi alma prosiga en esta lucha,  
ponme oído benévolo y un solo ruego escucha:  
¡Dame, para esta lucha que obstina mis tormentos,  
la piadosa inconsciencia de los cuatro elementos!

Comprendamos la desesperación de Pedro Salinas (1892-1951), en su **Angel extraviado:**

Combate de lo mío  
contra lo mío, en mí;  
todo lo mío. Mi alma  
contra sí misma engendra

al mortal enemigo  
de mi alma, monstruo oscuro.  
Y apenas ha nacido,  
y oye su voz de hiel,  
amarilla, y se siente  
manchada por sus ojos  
en donde el mal prepara  
con miradas agudas  
como dientes mi propia  
destrucción jubilosa,  
le odia, le odia, le odia.  
¡Qué solo estoy, qué solo  
con mi mal! Ya le veo  
crecer, agigantarse,  
cogerme de las manos,  
entrarse por mis labios.  
Sé que daré dolor,  
que haré daño, si toco,  
si hablo; sé que soy  
instrumento del mal  
que yo no quiero hacer  
y voy a hacer, ahora,  
en la carne inocente  
que es casi como mía,  
de tanto haberla amado.  
Al borde estoy de ser  
lo que más aborrezco:  
Cain de lo que quiero.  
Y entonces te alzas tú:  
ángel extraviado  
dentro de mí. ¡Qué lucha!  
Tú solo, luz alada,  
como la aurora surges,  
seguro de tu luz,  
en pie. Tu espada, luz;  
tu escudo, luz; acero  
tu aliento, tu poder  
alas; tu cuerpo, nada.  
Tú, a luchar, con tu luz  
celestes por su pobre  
hermana desvalida,  
esta luz terrenal  
que aún me luce en el alma.  
Yo, pobre cuerpo triste,  
de carne, entre las lágrimas

que me mojan la cama.  
 No puedo nada, nada.  
 No te ayudo a ti, ángel,  
 más que con esta ansia  
 de tu victoria en mí,  
 temblorosa esperanza.  
 ¡Pobre campo consciente  
 de su propia batalla  
 que otros luchan en él,  
 por él, desesperada!  
 Oigo estertores roncocos  
 —¿son míos, no son míos?—.  
 Convulsiones del mal  
 herido me desgarran.  
 De cuando en cuando rueda  
 por dentro de mi ser  
 el ruido imperceptible  
 de una pluma tronchada.  
 Siento soplos de ángel;  
 lucha con luz, con soplos  
 de aurora. Ante su aliento  
 cantan píos de alba.  
 ¿Es tregua, paz, victoria?  
 ¿Quién ha vencido en mí,  
 quién se lleva mi alma?

Para darse una idea clara de la lucha que Freud sostenía  
 contra los reproches de un **superyó** que despiadadamente lo  
 acusaba de no estar completamente seguro de sus conjeturas,  
 leamos esta carta que le envió a la señora Lou Andreas-  
 Salomé el 27 de julio de 1916:

Me hubiera sentido siempre seguro en la vida, si en  
 toda circunstancia y en todo estado de ánimo hubiera  
 estado seguro de mi producción, lo que, por desgracia,  
 nunca ha sucedido. Siempre volvieron a presentarse  
 días en los que todo fallaba, y quedaba yo expuesto al  
 peligro de verme privado, por pequeñas oscilaciones en  
 el ánimo y en la salud, de toda capacidad de trabajo y,  
 con ello, de toda defensa. Para alguien que no es artista  
 ni aspira a serlo, esto constituye una mala aptitud.

En **Una dificultad en el camino del psicoanálisis** (1917), dijo lo siguiente:

El psicoanálisis procura esclarecer estos inquietantes casos patológicos, emprende largas y minuciosas investigaciones y puede, por fin, decir al **yo**: "No se ha introducido en ti nada extraño; una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento y a la soberanía de tu voluntad. Por eso es tan débil tu defensa; **combates con una parte de su fuerza contra la otra parte**, y no puedes reunir, como lo harías contra un enemigo exterior, toda tu energía. Y ni siquiera es la parte peor, o la menos importante, de tus fuerzas anímicas, la que así se te ha puesto enfrente y se ha hecho independiente de ti. Pero es toda la culpa tuya. Has sobreestimado tus fuerzas, creyendo que podías hacer lo que quisieras con tus instintos sexuales, sin tener para nada en cuenta sus propias tendencias. Los instintos sexuales se han rebelado entonces y han seguido sus propios oscuros caminos para sustraerse al sometimiento, y se han salido con la suya de un modo que no puede serte grato. De cómo lo han logrado y qué caminos han seguido, no has tenido tú la menor noticia; sólo el resultado de tal proceso, el síntoma, que tú sientes como un signo de enfermedad, ha llegado a tu conocimiento. Pero no lo reconoces como una derivación de tus propios instintos rechazados ni sabes que es una satisfacción sustitutiva de los mismos.

En otra carta que le envió a la escritora antes mencionada, el 9 de mayo de 1931, confesó Freud la lucha que existía entre las fuerzas de su conciencia:

**Allí donde yo, irritado a causa de las eternas ambivalencias, quisiera dejarlo todo en plena confusión, allí viene usted, despeja, pone bellamente en orden, y demuestra que también así puede resultar cómodo.**

En unas notas que Freud le envió a Fliess el 31 de mayo de 1897, al referirse a **La poesía y el frenesí**, observó cómo Goethe sublimó su adaptación inconsciente a la muerte, al escribir su primera obra, en cuatro semanas, casi en estado de sonambulismo:

El mecanismo de la creación literaria es el mismo que el de las fantasías histéricas. Goethe, en su **Werther**, combinó algo que había experimentado (su amor por Lotte Kästner) con algo que había oído (el destino del joven Jerusalem, que se había suicidado). Probablemente haya jugado con la idea de matarse, y encontró en ella un punto de contacto para su identificación con Jerusalem, al que dota de sus propios motivos derivados de su enamoramiento. Por medio de esta fantasía se protege a sí mismo contra las consecuencias de su vivencia.

En **Un recuerdo infantil de Goethe en "Poesía y verdad"** (1917), Freud contempló el trauma que hizo del genio alemán un adicto a la idea de morir, mas no pudo desarrollar científicamente la declaración de aquél:

Fui un niño afortunado: el destino preservó mi vida aunque llegué al mundo como muerto. Además, el destino removió a mi hermano para que yo no tuviera que compartir el amor de mi madre con él.

En **Dostoievsky y el parricidio** (1928), Freud hizo un estudio penetrante de la adaptación inconsciente a la muerte, del genio ruso, transparentada en su epilepsia histérica, observándose la pseudoagresividad y la internación masoquista de la misma:

Tenemos un punto de partida seguro. Conocemos el sentido de los primeros ataques de Dostoievsky en sus años jóvenes, mucho antes de la aparición de la "epilepsia". **Estos ataques significaban la muerte; eran pre-**

**cedidos de accesos de miedo a morir, y consistían en estados de sueño letárgico.** La enfermedad se apoderó de él inicialmente, siendo aún un niño, bajo la forma de una profunda **melancolía** repentina e inmotivada; un sentimiento —según el mismo Dostoievsky cuenta luego a su amigo Solowjoff— como si fuera a morirse al instante, y, efectivamente, a tal sentimiento seguía un estado análogo a la verdadera muerte. Su hermano Andrés cuenta que ya en años infantiles Fedor solía dejar al lado de su cama, antes de acostarse, una nota en la que expresaba su temor de caer durante la noche en un estado letárgico análogo a la muerte, y rogaba que si así sucedía no lo enterraran sino hasta pasados cinco días (**Dostoiewsky am Roulette**, introduc., pág. LX).

Puede asegurarse, sin temor a equivocación, que Freud estudió los estados epilépticos de Fedor Dostoievsky, comparándolos con los desmayos tanáticos que él mismo sufrió en el Hotel Park de Munich los años 1906, 1908 y 1912, además del que padeció en Bremen en 1909. El último desmayo ocurrió cuando se quejaba Freud, durante el congreso psicoanalítico, de que los suizos estaban omitiendo el nombre de él en sus publicaciones. Aquí se hace evidente la relación de rechazo y muerte aunada a su exhibicionismo compulsivo. En una carta que le envió Jung el 3 de diciembre de 1912 y que tomamos de **The Freud-Jung Letters**, aparece:

Gracias por el pasaje de su carta donde me informa de su “pequeña neurosis” de la que no ha podido deshacerse. Esta “pequeñez” debería, en mi opinión, tomarse más seriamente, porque como muestra la experiencia, tal conduce a **usque ad instar voluntariae mortis** (a una semblanza de muerte voluntaria).

En una carta dirigida a Federico Van Eeden, el 28 de diciembre de 1914, externó Freud su convicción del determinismo destructivo de la mente humana:

El psicoanálisis ha deducido de los sueños y de las parapraxis de gente sana, así como de los síntomas de los neuróticos, que los impulsos primitivos, salvajes y diabólicos de la humanidad no se han desvanecido de ninguno de sus miembros individuales, sino que persisten, aunque en estado reprimido, en el inconsciente (para usar nuestros términos técnicos), yaciendo en espera de oportunidades para resurgir. Además nos ha demostrado que nuestro intelecto es una cosa débil y dependiente, juguete y herramienta de nuestros instintos y afectos, y que estamos todos forzados a conducirnos hábil o estúpidamente de acuerdo con los mandatos de nuestras actitudes y resistencias internas.

En **El malestar en la civilización** (1929), cap. VI, confirmó Freud su creencia en el instinto de la muerte:

Las concepciones que he resumido aquí al principio, las lancé tentativamente, pero al pasar el tiempo me han sujetado de tal forma que ya no puedo pensar de otra manera. Para mí son teóricamente más prolíficas que cualesquiera otras que se pudieran emplear; pues nos proveen con esa simplificación, sin ignorar o violentar los hechos, que es lo que ambicionamos en el trabajo científico.

Dejemos que Juana de Ibarbourou nos demuestre la defensa de vivir, ante el deseo inconsciente de morir, en su poema **La inquietud fugaz**:

He mordido manzanas y he besado tus labios.  
 Me he abrazado a los pinos olorosos y negros.  
 Hundí, inquieta, mis manos en el agua que corre.  
 He huroneado en la selva milenaria de cedros  
 Que cruza la pradera como una sierpe grave.  
 Y he corrido por todos los pedrosos caminos  
 Que ciñen como fajas la ventruda montaña.

¡Oh amado, no te irrites por mi inquietud sin tregua!  
 ¡Oh amado, no me riñas porque cante y me ría!

Ha de llegar un día en que he de estarme quieta,  
 ¡Ay, por siempre, por siempre!  
 Con las manos cruzadas y apagados los ojos,  
 Con los oídos sordos y con la boca muda,  
 Y los pies andariegos en reposo perpetuo  
 Sobre la tierra negra.  
 ¡Y estará roto el vaso de cristal de mi risa  
 En la grieta obstinada de mis labios cerrados!

Entonces, aunque digas: —¡Anda!—, ya no andaré.  
 Y aunque me digas: —¡Canta!—, no volveré a cantar.  
 Me iré desmenuzando en quietud y en silencio  
 Bajo la tierra negra,  
 Mientras encima mío se oirá zumbiar la vida  
 Como una abeja ebria.

¡Oh, déjame que guste el dulzor del momento  
 Fugitivo e inquieto!

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca  
 Se te oprima a los labios!

Después será cenizas bajo la tierra negra.

El 4 de marzo de 1923, en una carta que le dirigió a Romain Rolland, Freud se preocupaba por el porvenir de la humanidad. No estaba solamente proyectando su propia adaptación tanática infantil, sino que estaba convencido de la universalidad del instinto de la muerte. Puesto que las personas que, por lo general, llegan al poder para gobernar a los demás, son megalómanos paranoicos que padecen de adaptaciones inconscientes autodestructivas, los temores de Freud estaban bien fundados:

**Gran parte del trabajo de mi vida (soy diez años más viejo que usted) ha transcurrido intentando destruir mis propias esperanzas y las de la Humanidad. Mas si aquéllas no pueden ser hechas realidad, o lo logran sólo en parte; si en el curso de nuestra evolución no aprendemos a desviar a los propios instintos de la senda que conduce a la destrucción de nuestros seme-**

**jantes; si continuamos odiándonos por cosas insignificantes y exterminándonos por un ruín ánimo de lucha; si seguimos explotando los grandes progresos realizados en el control de los recursos naturales, para nuestra eliminación mutua, ¿qué clase de futuro se ofrece a nosotros? Sin duda, es difícil librar a la preservación de nuestra especie del conflicto que existe entre nuestra naturaleza instintiva y las exigencias de la civilización.**

En **El malestar de la civilización** (1929), también confirmó la visión pesimista que tenía de la conducta humana:

Me parece que la cuestión fatalista de la especie humana es hasta qué momento el desarrollo cultural logrará subsistir a los desconciertos de la vida social, causados por el instinto humano de agresión y auto-destrucción. Y pudiera ser que a este respecto, precisamente, el momento actual ofrezca un interés especial. Los hombres han conquistado a las fuerzas de la naturaleza, de modo tal que, mediante su uso, podrían fácilmente exterminarse unos a otros hasta el último hombre. Ellos conocen esto y de allí provienen en gran parte sus presentes intranquilidades, abatimientos y estados de ansiedad. Y ahora se puede esperar que el otro de los dos **poderes celestiales**: Eros eterno, se esfuerce por mantenerse en la lucha contra su igualmente inmortal adversario; pero, ¿quién puede predecir su éxito y con qué resultado?

Edmundo Bergler, en el colofón de su libro **Neurosis básica** (1949), abrigó los mismos temores que Freud:

No se sabe si el masoquismo psíquico de la humanidad resolverá prematuramente el problema del masoquismo mediante un diluvio atómico, antes de que se puedan establecer las defensas apropiadas contra el **cáncer psíquico** de la raza humana: su extraño deseo

inconsciente de sufrir. Es un asunto de esperanza y conjetura.

En **Compendio del psicoanálisis** (1938), Freud dio a conocer las últimas convicciones que sostuvo con respecto al instinto de destrucción:

**Al establecerse el superyó, considerables porciones del instinto de agresión son fijadas en el interior del yo y actúan allí en forma autodestructiva, siendo éste uno de los peligros para la salud a los que el hombre se halla expuesto en su camino hacia el desarrollo cultural. En general, contener la agresión es malsano, patógeno. Una persona presa de un acceso de ira suele demostrar cómo se lleva a cabo la transición de la agresividad contenida a la autodestrucción, al orientarse aquélla contra la propia persona: cuando se mesa los cabellos o se golpea la propia cara, siendo evidente que hubiera preferido aplicar a otro este tratamiento. Una parte de la autodestrucción subsiste permanentemente en el interior, hasta que concluye por matar al individuo, quizá sólo una vez que su libido se haya consumido o se haya fijado en alguna forma desventajosa. Así, en términos generales, cabe aceptar que "el individuo" muere por sus conflictos internos, mientras que la especie perece en su lucha estéril contra el mundo exterior, cuando éste se modifica de manera tal que ya no puede ser enfrentado con las adaptaciones adquiridas por la especie.**

Dejemos que Delmira Agustini (1886-1914), poetisa uruguayana que se suicidó, nos relate sus conflictos internos en **Lo inefable**:

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,  
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;  
muero de un pensamiento mudo como una herida...  
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida  
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?  
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida  
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor? . . .

¡Cumbre de los Martirios! . . . ¡Llevar eternamente,  
desgarradora y árida, la trágica simiente  
clavada en las entrañas como un diente feroz!

¡Pero arrancarla un día en una flor que abriera  
milagrosa, inolvidable! . . . ¡Ah, más grande no fuera  
tener entre las manos la cabeza de Dios!

## SU IRONIA, INGENIO, Y HUMOR

Al dar el postrer gemido  
dijo un inglés moribundo:  
—Si es como éste el otro mundo  
en llegando me suicido.

Norberto Guiteras

Todos aquellos que poseemos un exigente **superyó**, sabemos cuán pocas oportunidades de descanso nos otorga, cuán frágiles son las defensas con que contamos ante sus constantes e interminables reproches, cuán difícil se nos puede hacer la vida si transgredimos algún precepto moral, y en fin, cuán impotentes nos vemos ante nosotros mismos.

La escritura y la ironía, son dos de las contadas defensas con las que ciertos hombres podemos defendernos de nuestras adaptaciones infantiles, adaptaciones simbolizadas en una aterradora imagen materna que luego habremos de proyectar al Estado, a Dios, a la policía, al sexo opuesto, y en lo general a toda persona y a todo lo que represente a cualquier tipo de autoridad.

La escritura es una defensa netamente oral, pues al escribir se da el escritor la leche simbólica, en forma autárquica, o sea, sin necesidad de nadie; son, pues, las palabras esa leche metafórica que brota en los momentos de soledad y de cavilación, lo que hizo que Shakespeare dijera que “la filosofía es la dulce leche de la adversidad”. El darse leche o palabras, prescindiendo de la madre, es una conducta compulsiva de todo poeta. Cervantes lo confirma:

Madre, la mi madre  
guardas me ponéis  
que si yo no me guardo  
no me guardaréis.

La ironía, esencialmente, es una agresividad dirigida contra algo que representa al **superyó** y que no contraviene los preceptos del **yo-ideal**. Aclaremos esto: el escritor irónico o humorista ridiculiza a la autoridad, burlándose de ella en forma indirecta o simbólica, pues de hacerlo en forma directa tendría que vérselas con su propio **daimonion**, quien lo acusaría de gozar en el rechazo y esgrimiría en su contra la desobediencia de un precepto del **yo-ideal**: la prudencia.

¿Quién como Cervantes para ironizar a la sociedad de su época, y al mismo individuo español? ¿Quién como él se burló de los dogmas eclesiásticos, de los delirios de grandeza y de las provocaciones masoquistas de nuestro carácter?

Quién iba a pensar que el **Quijote** sería una obra de auto-burla que no solamente ha proporcionado alivio psíquico a millones de hispanohablantes, mediante la aceptación masoquista, sino a otros tantos neuróticos no españoles, razón por la cual se le considera como una obra de carácter universal.

En una carta que Freud le envió a su novia Martha el 23 de agosto de 1883, a mi juicio, observó el punto medular de la obra cervantina:

Aquí se arroja la luz más adecuada sobre don Quijote, pues se prescinde, para ridiculizarlo, de medios tan crudos como las palizas y los malos tratos físicos, acudiéndose meramente a la superioridad de personas situadas en el panorama de la existencia real. Al mismo tiempo, a medida que se desarrolla la trama, resalta lo trágico del personaje por su impotencia.

En **El chiste y su relación con lo inconsciente** (1905), al analizar el **Quijote**, Freud advirtió la presencia de un placer humorístico mezclado con la gravedad caballeresca del héroe. Ocurre que la identificación masoquista con don Quijote es inconsciente, o sea el lector siente un gozo indescriptible cuyos orígenes desconoce. También se puede identificar el lector con las actitudes agresivas del caballero, comparadas por mí con nueve tipos de agresión neurótica —catalogados por Bergler en su ensayo **Diagnóstico diferencial entre la**

**agresión normal y la neurótica** (1946); todo esto en mi **Intento de psicoanálisis de Cervantes** (1970)—, tipos de agresión intencionados hacia un fin masoquista como lo fue el de provocar la ira de los yangüeses, etc. El neurótico, al leer el **Quijote**, en el fondo se está burlando y admirando de sí mismo. Así vio Freud al de la triste figura en su trabajo sobre el humor:

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, es, en cambio, una figura que no posee humor por sí misma pero que nos produce, con toda su gravedad, un placer que pudiéramos calificar de humorístico aunque su estructura se aparta considerablemente del mecanismo del humor. Don Quijote es, en principio, una figura puramente cómica, un niño grande, al que se le han subido a la cabeza las fantasías de sus libros de caballerías. Sabido es que Cervantes no se proponía otra cosa al emprender su obra, y que ésta superó en mucho las primeras intenciones de su creador. Mas después que el poeta ha adornado a esta ridícula persona con la más profunda sabiduría y las más nobles intenciones y ha hecho de ella el representante simbólico de un idealismo que cree en la realización de sus fines, cumple exactamente lo que supone su deber y es fiel a la palabra dada, cesa el héroe cervantino de parecerse cómico. Análogamente a como surgía antes el placer humorístico por la evitación de sentimientos emotivos, nace ahora por la perturbación del placer cómico. Mas estos ejemplos nos alejan en demasía de los casos simples de humorismo.

En una carta que le escribe a Grodeck, el 3 de febrero de 1920, dice:

En cierto modo, me recuerda al prototipo inmortal de toda novela humorística, **Don Quijote**. El héroe crece en las manos de su autor, convirtiéndose en algo más serio que lo que se había intentado originalmente.

¿Por qué es don Quijote, en principio, una figura puramente cómica, y por ende el **Quijote** el prototipo inmortal de toda novela humorística, para Freud?

En mi **Intento de psicoanálisis de Cervantes** (1970), siguiendo a Bergler, consigno varios factores que intervienen esencialmente en la estructura de lo cómico: como lo son el narcisismo, la agresividad hacia el **yo-ideal** y la provocación masoquista. Me remito a estos ejemplos del **Quijote**:

1) Narcisismo: “Yo sé quién soy y sé qué puedo ser.” (V, 1era.)

2) Agresividad contra el **yo-ideal**: “. . . y finalmente, el torcido juicio del juez hubiese sido la causa de vuestra perdición”. (XXII, 1era.)

3) Provocación y aceptación masoquistas: “Y si tienes miedo, quitate de allí, y ponte en oración en el espacio en que voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.” (XIII, 1era.)

Estos tres ejemplos se condensan en uno solo que encierra los factores que intervienen en lo cómico:

¿Qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos a cuatrocientos cuadrilleros que se pongan delante? (XLV, 1era.)

Freud advierte que en el **Quijote** lo cómico se transforma en lo sublime, debido a los altos ideales que sostenía el héroe cervantino.

Menéndez Pidal nos da una opinión clara del fenómeno de identificación masoquista que, por lo general, acontece al lector del **Quijote**. Escuchemos su opinión, en **Los españoles en la historia** (1947):

La generosa estima pudiera personificarse en Cervantes, en cuyo ánimo todos los reveses de la vida, todas las injusticias del acaso, no despiertan ningún re-

sentido rencor, sino inagotable optimismo, benévola ironía: la nunca desfalleciente abnegación de don Quijote.

Papini (1881-1956), en **Don Quijote. Figuras humanas. Retratos**, advirtió en el carácter de don Quijote:

Un poco de masoquismo espiritual y corporal: el confuso deseo de encontrarse en medio de desastres, pero sin consecuencias graves. (...) Acepta con naturalidad las derrotas y sólo se lamenta de las costillas rotas y de los desmayos, inconvenientes inevitables, calderilla con la que paga los gastos de su insólito pasatiempo.

Américo Castro, después de una vida de estudiar a Cervantes, escribió un librito, en 1971, intitulado **Cómo veo ahora el Quijote**, un ejemplar del cual tuvo a bien dedicarme poco antes de fallecer. Allí observó la agresividad velada o la ironía:

Lo en cambio indudable es que el **Quijote** se enfrenta con las jerarquías sociales de su tiempo, las seculares tanto como las eclesiásticas.

También se acercó Castro a la neurosis básica de don Quijote-Cervantes, el masoquismo psíquico:

Las embestidas del Caballero son, a veces, unidimensionales y, en el fondo, simples; sospechamos que el autor las concibió para dejar bien afirmada la condición demencial y risible de su figura. Un molino de viento lo echa por los aires, los pastores de las ovejas agredidas le rompen las ruedas a pedradas. (...) Visto a la ligera, don Quijote parece caricatura de un misionero, incapaz de remediar los errores y herejías que pretendía corregir. Contemplado con más calma, comienza a asombrarnos cómo fue posible lanzar al orbe

de las letras una figura novelística cuyos rasgos iban magnificándose en razón inversa de sus fracasos.

Freud, cuando estudió los fenómenos del chiste, de la ironía y de lo cómico, observó el elemento agresivo:

El estorbo del insulto o de la respuesta ofensiva, por circunstancias exteriores, es un caso tan frecuente, que **el chiste tendencioso es usado con especialísima preferencia para hacer viable la agresión o la crítica contra superiores provistos de autoridad.** El chiste representa entonces una rebelión contra tal autoridad, una liberación del yugo de la misma. En este factor yace igualmente el encanto de la caricatura, de la cual reímos aunque su acierto sea mínimo, simplemente porque contamos como mérito de la misma dicha rebelión contra la autoridad. (...) **Se insulta**, porque con ello se hace posible el chiste. Pero el placer a que se aspira no es el producido por el chiste; es incomparablemente superior, y tanto mayor que el placer del chiste, cuanto que debemos suponer que la tendencia antes reprimida ha conseguido imponerse y manifestarse por entero. En estas circunstancias es en las que el chiste tendencioso excita más nuestra hilaridad. (...) Me refiero aquí a la **ironía**, que se aproxima mucho al chiste y ha sido incluida entre los subgrupos de la comicidad. Su esencia consiste en expresar lo contrario de lo que deseamos comunicar a nuestro interlocutor, pero ahorrando a éste al mismo tiempo toda réplica, dándole a entender por medio del tono, de los gestos o, si se trata del lenguaje escrito, de pequeños signos del estilo, que uno mismo piensa lo contrario de lo que manifiesta. La ironía no puede emplearse más que cuando el oyente está preparado a oírnos contradecirle, de manera que existe en él **a priori** una tendencia a la contrarréplica. A consecuencia de esta condicionalidad, la ironía se halla muy expuesta al peligro de no ser comprendida, pero siempre procura al que la emplea **la ventaja de eludir fácil-**

**mente las dificultades de la expresión directa, por ejemplo, en las invectivas.** En el oyente despierta probablemente placer moviéndole a un gesto de contradicción que es reconocido, en el acto, como superfluo. Una tal comparación del chiste con una especie no lejana a él de lo cómico, robustece nuestra hipótesis de que la relación con lo inconsciente es una cualidad peculiarísima del mismo y quizá lo que lo diferencia de la comicidad. (...)

Aún existen, para la consecución de este mismo fin, otros medios que merecen ser objeto de un examen especial y que, en parte, revelan nuevos orígenes del placer cómico. Entre ellos encontramos, por ejemplo, **la imitación, que produce en el oyente un placer extraordinario** y hace resultar cómico al que es objeto de ella aun cuando se mantenga alejada de la exageración caricaturizante. Resulta mucho más fácil explicar el efecto cómico de la **caricatura** que el de la simple imitación. La caricatura y la parodia, así como su antítesis práctica, el “desenmascaramiento”, se dirigen **contra personas y objetos respetables e investidos de autoridad. Son procedimientos para degradar objetos eminentes.**

Veamos algunos ejemplos freudianos del fenómeno de la agresividad indirecta de la ironía en **El chiste y su relación con lo inconsciente** (1905):

Serenísimo recorre sus Estados. Entre la gente que acude a vitorearlo, ve a un individuo que se le parece extraordinariamente. Lo hace acercarse y le pregunta:

—¿Recuerda usted si su madre sirvió en palacio alguna vez?

—No, alteza —responde el interrogado—; pero sí mi padre.

Alude Freud a un comentario que hizo Heine sobre una ciudad:

En general, se dividen los habitantes de Goettingen en estudiantes, profesores, filisteos y ganado.

Nos muestra Freud otro chiste agresivo y misógeno de Heine:

Aquella mujer se parecía en muchas cosas a la Venus de Milo. Como ella, era extraordinariamente vieja, desdentada, y representaba algunas manchas blancas en la amarillenta superficie de su cuerpo.

Heine había dicho también de Lichtenberg, el genio, estos ditirambos:

**Había reunido en sí las cualidades de los más grandes hombres:** llevaba la cabeza ladeada como Alejandro, se hurgaba continuamente el cabello como César, podía beber mucho café como Leibniz, y cuando se arrellanaba en su sillón, se olvidaba de comer y beber, como Newton, y como a éste había que sacarlo de su sueño; peinaba, por último, su peluca como el doctor Johnson y llevaba siempre desabrochado un botón de la pretina como Cervantes.

Observemos esta otra sátira de Heine hacia la Iglesia:

**El sacerdote católico** obra como un dependiente de una **gran casa comercial**: la Iglesia, cuyo principal es el Papa, y que le señala una actividad determinada y un salario fijo. De este modo, trabaja indolentemente, como quien no lo hace por cuenta propia, tiene muchos colegas y permanece fácilmente inobservado en medio del gran tráfico comercial. Sólo le interesa el crédito de la casa y su conservación, para evitar que la bancarrota le prive de sus medios de subsistir. **El cura protestante**, en cambio, es en todas partes su propio jefe y lleva por su cuenta los negocios religiosos. No comen- cia al por mayor como su colega católico, sino sola-

mente **al por menor**, y como tiene que atender personalmente a todo, es activo y vigilante, pondera a la gente sus **artículos de fe** y desprecia los de sus concurrentes. Como buen comerciante al por menor se halla siempre en su tenducho, lleno de envidia contra las grandes casas comerciales y especialmente contra la romana, que tiene a sueldo muchos millares de tenedores de libros y ha establecido factorías en las restantes partes del mundo.

Cita Freud un chiste que le hicieron a un político de su época:

Había sido nombrado ministro de Agricultura un caballero, al que no se reconocía otro mérito, para ocupar dicho puesto, que el de explotar personalmente sus propiedades agrícolas. La opinión pública pudo comprobar, durante su gestión ministerial, que se trataba del más **inepto de cuantos ministros habían desempeñado aquella cartera**. Cuando dimitió y volvió a sus ocupaciones agrícolas particulares, comentó N: “Como Cincinato, ha vuelto a su puesto ante el arado.”

El ilustre romano, al que se apartó de sus faenas agrícolas para conferirle la investidura de dictador, volvió, al abandonar la vida pública, a su puesto **detrás del arado. Delante del mismo no han ido nunca, ni en la época romana ni en la actual, más que los bueyes.**

Captemos esta agresividad de un orador hacia el público, citada en la misma obra:

Foción, calurosamente aplaudido al finalizar un discurso, se volvió hacia sus amigos y les preguntó:

—¿He dicho acaso alguna tontería?

Analicemos la defensa agresiva de Heine hacia la idea de Dios, como la narra Freud:

Un chiste directamente blasfemo sería el que se atribuye a Heine en su agonía. Cuando el sacerdote le exhortaba cariñosamente a confiar en la gracia divina y a esperar que hallaría en Dios perdón para sus pecados, hubo de contestar: “Bien sûr qu’il me pardonnera; c’est son métier” (Es seguro que él me perdonará; es su deber). Es ésta una depresiva comparación y, técnicamente, no posee más valor que el de una alusión. Mas la fuerza del chiste se halla en su tendencia. Lo que quiere decir es: “Claro que me perdonará, para eso está y para eso, precisamente, me lo he procurado” (como se procura uno un médico o un abogado). De este modo se halla viva aún, en el impotente agonizante, la conciencia de haber creado a Dios y haberle conferido un determinado poder para servirse de él en la ocasión propicia. La criatura mortal se da a conocer, aun en el momento de su destrucción, como la creadora.

Después de demostrar la agresividad indirecta contra un rey, una ciudad, una mujer, un genio, la iglesia, un político, el público y Dios, imágenes todas que representan a la **imago matris**, Freud relata un caso de agresividad velada hacia un millonario:

En el fragmento de los “Reisebilder” titulado “Los baños de Lucca”, nos presenta Heine la regocijante figura de Hirsch-Hyacinth, colector de lotería y callista hamburgués, que vanagloriándose de sus relaciones con el opulento barón de Rothschild, exclama: “Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rotschild y que me trató como a un igual suyo, muy **familionariamente (famillonär).**”

Si al atravesar por el periodo de la niñez, todos tenemos que adaptarnos a las circunstancias que se nos imponen inductiva y represivamente, entonces, de acuerdo con Bergler, todos somos masoquistas en mayor o menor grado. Hemos estudiado una serie de chistes que significan: “No es ver-

dad que yo sea pasivo hacia mi **imago matris**, mirad qué irónicamente agresivo soy hacia ella." Ahora, veremos algunos ejemplos en donde, además, de manera velada, aceptamos nuestra pasividad o nuestro masoquismo, porque el hacerlo en forma directa contrariaría los proceptos del **yo-ideal**. Cita Freud a Kant:

Constituye una singular cualidad de lo cómico el no podernos engañar más que por un instante.

Estudiemos estos ejemplos de aceptación momentánea en el engaño:

Un señor entra en una pastelería y pide en el mostrador una tarta, pero la devuelve en seguida pidiendo, en cambio, una copa de licor. Después de beberla se aleja sin pagar. El dueño de la tienda le llama la atención: "¿Qué desea usted?" —pregunta el parroquiano—. "Ha sido a cambio del pastel." "Sí, pero es que el pastel tampoco lo había usted pagado." "¡Claro; como que no me lo he comido!" (. . .)

El agente matrimonial defiende a la muchacha por él propuesta, contra los defectos que en ella encuentra el presunto marido: "Su madre —dice éste— es estúpida y perversa." "Y eso, ¿qué le importa? ¿Se va usted a casar con la madre o con la hija?" "Bueno; pero es que la hija no es joven ni bonita." "Mejor; así no hay peligro de que lo engañe." "Además, no tiene dinero." "¿Y quién habla aquí de eso? Usted no quiere dinero; lo que quiere es una buena mujer." "¡Pero si es jorobada!" "¡Hombre; algún defecto había de tener!" (. . .)

Nuestro ya conocido intermediario judío, defiende a su elegida contra los reproches que, fundándose en la marcada cojera que la misma padece, le hace el presunto novio. "No tiene usted razón —le dice—. Supongamos que se casa usted con una mujer que tenga todos sus miembros bien sanos y derechos. ¿Qué sale usted

ganando con ello? Cualquier día se cae, se rompe una pierna y queda coja para toda su vida. Entonces tiene usted que soportar el disgusto, la enfermedad, la cojera y, para acabarlo de arreglar, ¡la cuenta del médico! En cambio, casándose con la muchacha que le propongo, se librará de todo eso, pues se encuentra usted ya ante un **hecho consumado.**" (...)

Federico el Grande oyó hablar de un predicador de Silesia que tenía fama de hallarse en tratos con los espíritus. Deseoso de averiguar lo que de verdad había en tales rumores, hizo acudir a su presencia al predicador y lo recibió con la pregunta siguiente: "¿Puede usted conjurar a los espíritus?" "Sí, Majestad, pero nunca acuden." (...)

Dos judíos hablan de hidroterapia. "Yo —dice uno de ellos—, lo necesite o no, tomo un baño todos los años." (...)

Un judío observa, en la barba de otro, resto de comida: "¿A que adivino lo que has comido ayer?" "Dilo." "Lentejas." "Has perdido. Eso fue anteayer..." (...)

**El rey** se digna visitar una clínica quirúrgica y halla al médico director amputando una pierna a un enfermo. Su Majestad sigue con interés la marcha de la operación y expresa, en diferentes momentos, su admiración por la maestría del cirujano: "¡Bravo, bravo, querido doctor!" Terminada su labor, se acerca el médico al monarca e inclinándose profundamente ante él, le pregunta: "¿Desea Vuestra Majestad que ampute la otra pierna?" (...)

Otra historia de Mark Twain nos relata que su hermano se instaló una vez en un foso capaz de contener una cama, una mesa y una lámpara, y lo techó tendiendo sobre él una vela con un agujero en el medio. Pero cuando terminada su tarea se acostó y dormía como un bendito, cayó por el agujero de la vela y sobre la mesa

una vaca, volcando la lámpara y perturbando toda la instalación. Pacientemente ayudó el despertado inquilino a sacar la vaca del foso y se dedicó después a reorganizar su vivienda. Pero a la noche siguiente se repitió la escena y luego, cotidianamente, durante una larga temporada, **comportándose siempre el buen hombre con igual resignación y paciencia**. Esta historia se hace desde luego cómica por la repetición. Pero cuando no podemos retener ya nuestro placer humorístico es cuando Mark Twain nos cuenta que a la noche número ciento cuarenta y seis observó su hermano que la cosa se iba haciendo ya algo monótona pues hacía mucho tiempo que esperábamos que el paciente individuo llegara a irritarse. **Los pequeños rasgos humorísticos que producimos a veces en nuestra vida cotidiana surgen realmente en nosotros a costa de la irritación; los producimos en lugar de enfadarnos.**

Observó Freud la felicidad que se suscita cuando el **superyó** se reduce a la estatura del **yo**:

Pocas cosas producen al niño un placer mayor que ver cómo el adulto desciende hasta él, prescindiendo de su abrumadora superioridad, y se convierte en su compañero de juego.

En los siguientes chistes citados por Freud, notaremos cómo sugestivamente se va aceptando el engaño reforzado por el **yo-ideal** hasta que acontece la liberación de la agresividad debido al error, ocasionando hilaridad. El **superyó**, en estos casos, se ha comportado igual que el adulto que excepcionalmente desciende hasta el niño. Además estos chistes significan la liberación de la costumbre judía de arreglar los matrimonios con o sin el consentimiento de los futuros contrayentes, imposición de la que se salvó el propio Segismundo cuando, como lo consignó en **Los recuerdos encubridores** (1898), su padre y su medio hermano Emanuel, le estaban preparando el matrimonio con su media

sobrina Paulina, que era de la misma edad que él. Ahora veamos los ejemplos:

Un agente matrimonial se ha hecho acompañar, para convencer al presunto novio, de un auxiliar que robustezca y confirme sus afirmaciones. “La muchacha —empieza el primero— es alta como un pino.” “Como un pino” —repite el complaciente eco—. “Y tiene unos ojos divinos.” “¡Pero qué ojos!” —comenta el auxiliar—. “Además, posee una educación excelente.” “¡Excelentísima!” —pondera el eco—. “Ahora, le confesaré —prosigue el intermediario— que tiene un pequeño defecto. Es algo cargada de espaldas.” “¿Algo cargada de espaldas? —prorrumpe el eco, entusiasmado—: lo que tiene es una joroba estupenda.”

El intermediario presenta a su cliente con la muchacha que le ha escogido para novia. Desagradablemente impresionado, llama el joven aparte a su acompañante y lo llena de reproches: “¿Para qué me ha traído usted aquí? Es fea, vieja, bizca, desdentada y...” “Puede usted hablar alto —interrumpe el agente—: también es sorda.”

El novio hace su primera visita a la casa de la elegida y, mientras espera en la sala, le llama el intermediario la atención sobre una vitrina llena de espléndidos objetos de plata. “Ya ve usted cómo es gente de dinero” —le dice—. “¿Pero, no pudiera ser —pregunta el desconfiado joven— que todas estas cosas las hubiesen pedido prestadas para hacerme creer que son ricos?” “¡Ca! —deniega el agente—. ¡Cualquiera les presta a éstos nada!”

Freud, al examinar estos chistes, se acercó al hecho de que lo cómico resulta de una aceptación de tipo masoquista:

La revelación del automatismo psíquico pertenece a la técnica de lo cómico, como todo lo que consiste en arrancar un antifaz o provocar una autodelación.

Recuerdo ahora un cuento que contiene varios factores indispensables en el chiste:

Un individuo es sorprendido repartiendo propaganda antigubernista en un país comunista. Por ello un tribunal militar lo sentencia a la pena de muerte (identificación masoquista). El capitán de fusileros gentilmente le permite decir sus últimas palabras, las que son tanto o más provocativas que la propaganda que se le incautó (narcisismo y megalomanía). Cuando el capitán las escucha, le aconseja en tono de preocupación: "Oye, chico, tú lo que quieres es meterte en un lío" (reducción hipócrita del **superyó** ante la provocación masoquista).

En **Una contribución clínica a la psicogénesis del humor** (1937), Bergler observó los métodos de tortura utilizados por el **superyó**:

No debería uno olvidar que el humor del **superyó** es un tanto ambiguo: el mismo **superyó** que bromea con el **yo**, le causa un gran sufrimiento al mismo tiempo. El humor tiene algo del verdugo cortés que bromea con el criminal. También es significativo que el **superyó** se torne "humorístico" sólo después de que el **yo** ha sido castigado de la manera más cruel.

Veamos ahora unos ejemplos que nos ofrece Freud en la misma obra, de rebelión del **yo** contra el **superyó**, blandiendo al **yo-ideal** como una arma para defenderse contra los reproches que aquél le hace:

Un sablista acude a un opulento barón en demanda de auxilio pecuniario para pasar una temporada en Ostende, pues el médico le ha recomendado los baños de mar. "Está bien —le responde el barón. **Pero ¿por qué tiene usted que ir a Ostende, el más caro de los balnea-**

rios?” “Señor barón —replica el sablista—, siendo en bien de mi salud, no miro el dinero.” (. . .)

Un individuo arruinado había conseguido que un amigo suyo, persona acomodada, le prestara veinticinco florines, compadecido por el cuadro que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día lo encuentra su favorecedor sentado en un restaurante ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: “¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiada situación y lo veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?” “No acierto a comprenderlo —responde el inculcado—. Cuando no tengo dinero no puedo comer salmón con mayonesa; ahora que tengo dinero resulta que no debo comer salmón con mayonesa. Entonces, ¿cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?”

La importancia del **yo-ideal** en el chiste, la advierte Freud:

La psicogénesis del mismo nos ha enseñado que el placer del chiste procede del juego con palabras o del desencadenamiento del desatino y que su sentido se haya destinado exclusivamente a **proteger este placer contra su supresión por la crítica.** (. . .)

Mas ¿cómo llegamos a reír, cuando reconocemos como inútiles y exagerados los movimientos de otros? **A mi juicio, lo que nos lleva a reír es la comparación de los movimientos observados en los demás, con los que, hallándonos en su lugar, hubiéramos ejecutado.**

En este chiste, aunque en forma ridícula, también usa el yo del **yo-ideal** para defenderse del **superyó**:

Un individuo que está cenando, mete, al serle servido el pescado, ambas manos en la salsa mayonesa y se unta el pelo con ella. Al observar el asombro de sus

vecinos de mesa, parece luego advertir su error, y exclama en son de disculpa: “¡Perdón! Creí que eran espiñacas.”

Puesto que la pasividad reprimida se convierte en un gozo inconsciente, el **yo** suele provocar situaciones con fines masoquistas para luego quejarse de sus consecuencias. Recordemos el verso de Calderón de la Barca, en **La vida es sueño**:

Que tanto gusto había  
en quejarse, un filósofo decía.  
que a trueco de quejarse  
había las desdichas que buscarse.

Cita Freud un chiste de Schleimacher, parecido al de Calderón:

Los celos son una pasión que con celo busca lo que dolor produce.

En el siguiente chiste, consignado por el profesor, acontece una identificación simpática del escucha, con la provocación masoquista de un padre, causando hilaridad porque la tragedia le es ajena:

Un individuo **confía a su hija**, en vísperas de un largo viaje, a uno de sus amigos, rogándole vele por su virtud durante su ausencia. Meses después, torna de su viaje y halla a su hija encinta. Naturalmente, colma de reproches al amigo, el cual dice que no acierta a comprender cómo ha podido suceder aquello. “¿Dónde dormía mi hija?” —pregunta, por último, el indignado padre—. “En la alcoba de mi hijo.” “Pero, ¿cómo pones a los dos en una misma alcoba después de haberte yo encargado principalmente que velases por la virtud de mi hija?” “Es que puse dos camas y, separándolas, un biombo.” “Bueno, ¿y si tu hijo ha dado la vuelta al biombo?” “Sí —responde el celoso pero inefectivo guar-

dador, después de reflexionar un rato—; tienes razón. **Así, sí ha podido ser.”**

Veamos este diálogo en **Filebo**:

**Sócrates** ¿Recuerdas cómo se mezclan los placeres con los dolores en la lamentación y la aflicción?

**Protarco** Sí, hay un vínculo natural entre ellos.

**Sócrates** ¿Recuerdas que al contemplar las tragedias los espectadores sonríen entre lágrimas?

**Protarco** Desde luego que sí.

**Sócrates** ¿Te has dado cuenta que hasta en la comedia la psique experimenta un sentimiento ambiguo de dolor y placer?

**Protarco** No te comprendo del todo.

**Sócrates** Admito, Protarco, que existe cierta dificultad en reconocer esta mezcla de sentimientos en la comedia.

En el siguiente poema de **Las bendiciones de aumento**, de Félix María de Samaniego (1745-1801), ocurre una identificación masoquista con la calamidad de la mujer y con la impotencia del marido, las que, por ser ajenas e intrascendentes, causan placer:

Reñía una casada a su marido  
 porque no estaba bien favorecido  
 de la naturaleza,  
 y a gritos le decía:  
 “Fue grande picardía  
 que con tan chica pieza  
 pensaras casarte y engañarme  
 puesto que no puedes contentarme.”

El fenómeno cómico de la autoburla, causa en el escucha una identificación masoquista debido a la defensa esgrimida,

la que, en este caso citado por Freud, es una aceptación gozosa de la muerte:

“¿Qué día es hoy?” —pregunta un condenado a muerte a quien conducen a la horca—. “Lunes” —le dicen—. “¡Vaya; buen principio de semana!”

Reflexionando sobre este caso declaró en **El humor** (1927):

Detengámonos en el más crudo de los ejemplos. Si el reo conducido un lunes a la horca exclama: “**¡Linda manera de empezar la semana!**”, entonces él mismo despliega el humor, el proceso humorístico se agota en su persona y evidentemente le produce cierta satisfacción. A mí, al espectador sin parte ni interés, me toca en cierto modo un efecto a distancia de la producción humorística del reo; quizá de manera análoga que él percibo el beneficio placentero del humor.

Nos da Freud otro ejemplo en **El chiste y su relación con lo inconsciente** (1905):

En otra ocasión nos describe Mark Twain su árbol genealógico, que hace remontarse hasta uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Mas cuando después, entre las noticias que nos da de este antepasado, vemos la de que al desembarcar en América **consistía todo su equipaje en unas cuantas piezas de ropa blanca, cada una con diferentes iniciales**, reímos a costa del grave sentimiento de veneración familiar que pensábamos iba a despertar en nosotros la historia.

Las metáforas, por lo general, suelen ser poéticas y, por lo tanto de elevada proyección estética, creando en nuestra mente una imagen ideal. Freud cita metáforas prosaicas que agreden al sentimiento ideal y causan hilaridad:

Todo hombre tiene también su trasero moral, que no enseña sin necesidad, y que cubre, mientras puede,

con los calzones de la buena educación. (Lichtemberg.)  
(...)

Hasta que, por fin, me estallaron todos los botones del pantalón de la paciencia. (Heine.)

Freud, fue un genio que de tanto cavilar, tuvo oportunidad de verlo todo aunque no de explicarlo todo, vislumbrando lo siguiente:

**Sólo considerando el desplazamiento humorístico como un proceso de defensa, podremos establecer algunas conclusiones sobre él.** Los procesos de defensa son lo que en lo psíquico corresponden a los reflejos de fuga y su misión es la de evitar el nacimiento de displacer producido por fuentes internas.

La agresividad es una defensa contra la aceptación de pasividad, por lo tanto esta fórmula dio paso a otra más elaborada por Bergler en **Una contribución clínica a la psicogénesis del humor** (1937):

Una de las posibilidades de defensa de Eros contra los reproches del **daimonion**, consiste en una agresión en contra del latoso **yo-ideal**. Los ejemplos de dicha agresión en contra del **yo-ideal** son: manía, agudeza, comedia, hipocresía y humor (...). Cada una de estas técnicas es empleada, de acuerdo con su naturaleza, por Eros, para quitarle al **daimonion** su instrumento de tortura, el **yo-ideal**.

Hace la salvedad Bergler, cuando habla del humor, de que pueda ser autoburla.

Para comprender el carácter irónico del propio Freud, es menester seleccionar ciertas declaraciones autobiográficas en **El chiste y su relación con lo inconsciente** (1905):

Naturalmente, tomaremos como objeto de nuestra investigación aquellos chistes que nos han hecho mayor

impresión y provocado más intensamente nuestra hilaridad (. . .) Pero mucho más importantes para la inteligencia de estos problemas, son las funciones que el chiste lleva a cabo en la vida anímica de aquel que lo dice, o dicho con mayor precisión, de aquel a quien se le ocurre.

El siguiente chiste le causó hilaridad a Freud, evidentemente, por razones personales. El catedrático al que alude el cuento podría ser identificado con el padre de Freud, quien tuvo a Segismundo a una edad bastante avanzada. Al hacer este catedrático alusión a su impotencia sexual, Freud agredió inconscientemente a su padre, al compararlo, y se identificó con la impotencia sexual del mismo, haciéndose a la vez autoburla, como diciéndose: "Tú también naciste bajo circunstancias similares." Todos estos fenómenos ocurrieron inconscientemente.

La versión consciente es la siguiente:

Un conocido catedrático de universidad, que acostumbra a sazonar con numerosos chistes su poco amena disciplina, es felicitado por el nacimiento de **un nuevo hijo, que llega al mundo hallándose el padre en edad harto avanzada.** "Gracias, gracias —responde el felicitado—. **Ya ve usted de qué maravillas es capaz la mano del hombre.**" Esta respuesta nos parece totalmente desprovista de sentido y fuera de lugar. Los niños suele decirse que son una divina bendición, en oposición, precisamente, a las obras de la mano del hombre. Mas no tardamos en comprender que la extraña frase tiene un sentido, y por cierto, marcadamente obsceno. No es que el feliz padre se haga el tonto para revelar la simpleza de otra cosa o persona. Su respuesta, aparentemente desatinada, nos produce un efecto de sorpresa o como dicen los investigadores que anteriormente han tratado estas materias, de desconcierto. Ya hemos visto anteriormente que dichos autores derivan todo el efecto de estos chistes de la transición de "desconcier-

to y esclarecimiento". **Más tarde trataremos de formar un juicio sobre este punto.\***

El propio Freud declaró sobre los motivos inconscientes del chiste en general:

Cuando un chiste nos hace reír no estamos en las mejores condiciones de investigar su técnica y se nos hace difícil llevar a cabo un penetrante análisis.

El fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente, o sea el desarrollar activamente lo que se ha experimentado pasivamente, aunque tempranamente, lo aplicó Freud a la problemática del chiste:

Posteriormente, después de haber reído a nuestro gusto, es cuando quizá encontremos un nuevo placer en comunicar lo que nos ha divertido.

La compulsión exhibicionista es otro de los motivos con-substanciales a la narración del chiste:

El móvil de la producción de chistes inocentes es, con gran frecuencia, el vanidoso impulso de mostrar nuestro propio ingenio, dándonos en espectáculo; o sea, es un instinto equivalente a la exhibición en el terreno sexual.

Ahora bien, si las demás personas se ríen de mi chiste, me sirvo realmente de ellas para despertar mi propia risa, y puede, en efecto, observarse que quien primero ha relatado, con gesto grave, el chiste, hace después coro, riendo mesuradamente, a las carcajadas de los demás.

Otra de las observaciones profundas hechas por Freud, fue la de la importancia que tiene la condición neurótica

\* Creo que jamás hizo este juicio. (N. A.)

con la propensión acentuada a la ironía y al chiste. Sobre un gran humorista de su época nos dice:

A veces, como cuando nos enteramos de que Lichtenberg era un hipocondriaco, sujeto a las más originales rarezas, nos inclinamos a pensar que las condiciones subjetivas de la elaboración del chiste no se hayan muy alejadas de las de la enfermedad neurótica.

También notó Freud:

Toda una serie de chistes obscenos permite deducir, en sus autores, una oculta tendencia a la exhibición. Los chistes tendenciosos agresivos resultan especialmente fáciles para aquellos sujetos en cuya sexualidad puede demostrarse la existencia de poderosos componentes sadistas, más o menos prohibidos en su vida individual.

Ahora bien, si toda conducta sádica deriva de otra masoquista; si todo exhibicionismo exacerbado proviene de una pasividad excesiva y reprimida, llegaremos a la conclusión de que el elemento básico de todo humor, chiste y sarcasmo, de toda ironía, caricatura, comedia e hipocresía, proviene del grado de masoquismo psíquico que sufre la persona; y como "la neurosis básica" es el masoquismo psíquico, hay que reconocer como geniales los descubrimientos primarios de Freud al respecto.

En una carta que escribió Freud a su cuñada Minna Bernays, el 13 de julio de 1891, nos proporciona un ejemplo de humor o autocompasión que, en el fondo, es una aceptación masoquista que provoca la simpatía del escucha vía identificación:

La hora de consulta me ofrece en estos días amplias oportunidades para escribir. Dentro de poco tendré que colgar mi fotografía en la salita de espera, con la inscripción **al fin solo**. Desgraciadamente, no encontraría allí ningún admirador.

En otra carta, que le escribí a Wilhelm Fliess, el 31 de octubre de 1897, aceptó veladamente el fracaso de su autoanálisis:

Los negocios andan tan mal por aquí, que según creo, nos esperan tiempos muy difíciles, como, por otra parte, ya corren desde hace mucho en otros sectores. Como dispongo de tiempo libre en demasía, decidí tratar dos casos gratuitamente, los que, agregados al de mi propia persona, representan tres análisis no remunerativos.

En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), al relatar la equivocación que cometió al contar un dinero, acepta Freud un estado de minusvalía, caso parecido al anterior:

En seguida reconocí lo injustificado de mi miedo, pues mi error no me hubiera hecho más pobre de lo que era antes de él.

En la quinta lección que Freud sustentó en la Universidad de Clark, de los Estados Unidos de América, en 1909, dijo un chiste, a manera de colofón, que tiene dos características de interés: es oral y es masoquista. Al contarlo, Freud se identificó masoquistamente con el animal que estaba adaptándose a no comer hasta que murió. La defensa que suscita el chiste cruel es pseudoagresiva: "Es un alivio que esta desgracia no me haya ocurrido a mí, sino a ese pobre caballo." Veamos el texto original:

Los sabihondos, dice la historia, tenían un caballo, con el que estaban satisfechos, y contra el cual tenían una sola queja: que consumía demasiada avena. Concluyeron que mediante una buena administración le podían quitar ese mal hábito, reduciéndole gradualmente su ración, cada día, hasta que ya no necesitara comer. Las cosas marcharon bien durante algún tiempo, el caballo fue sometido a una ración diaria y al día

siguiente trabajaba ya sin forraje. En la mañana de un tal día, al malicioso caballo se le encontró muerto: los ciudadanos de Schilda no comprendían por qué había muerto.

En una carta que le escribió a su esposa, desde Palermo, el 15 de septiembre de 1910, se encuentran los elementos de aceptación masoquista, de agresividad y megalomanía:

Lamento mucho que no podáis estar todos conmigo, mas para gozar de todo esto en un grupo de siete o nueve personas, e incluso sólo de tres —en una palabra, de **undici-dodici-tredici**—, no debería haber elegido la carrera de psiquiatra **ni haberme convertido en presunto fundador de una nueva escuela psicológica, sino haberme lanzado a fabricar cosas útiles, tales como papel higiénico, cerillas o botones para botas.**

En una carta que le escribe al novio de su hija Sofía, el 27 de julio de 1912, se puede observar su agresividad velada y su aceptación masoquista:

Querido Max:

No cabe duda de que aún no lo conocemos debidamente. ¿Quién iba a pensar que era usted un corresponsal tan prolífico? **En este aspecto, reúne condiciones admirables para un noviazgo prolongado.** En otros, quizá no tantas. Creí que habíamos quedado en que el compromiso matrimonial se haría público simultáneamente en Viena y Hamburgo el día 28. Ahora, su impaciencia ha hecho que la primera se rezague.

No existe razón alguna para que nos admire por lo de los cuatro años (en realidad, cuatro y medio). No hay mérito alguno en este lapso de tiempo, pues, sencillamente, no pudimos evitarlo, **ni teníamos nada durante el noviazgo, si se exceptúa un elevado número de parientes pobres.** No poseía ya por entonces, como usted hoy, cinco altas distinciones, y tuve que sacarlo to-

do de la nada. Es verdad que contaba sólo veinticinco años y que cuando nos casamos no era más joven que usted ahora. Hace usted bien en no querer seguir nuestro ejemplo. Siempre me he llevado bien con mi mujer y le agradezco, sobre todo, las muchas cualidades nobles que la adornan, los maravillosos hijos que me ha dado, y al hecho de que **nunca haya caído en una anormalidad excesiva ni estado a menudo enferma**. Espero que sea usted igualmente afortunado en su matrimonio y que esta pequeña refunfuñona se convierta en una buena esposa.

En **Historia del movimiento psicoanalítico** (1914), trata de disfrazar Freud su amargura ante el sarcasmo de Bleuler, aceptando su gozo en el rechazo:

Dado que con las palabras “psicología profunda” no puede aludirse sino al psicoanálisis, podemos declararnos contentos, por ahora, con tal confesión.

Ahora leamos lo que nos dice al final de esta obra en la que se advierte su aceptación masoquista:

Séame permitido terminar con el deseo de que el destino otorgue una cómoda ascensión a todos aquellos a quienes se ha hecho desagradable la permanencia en el infierno del psicoanálisis, y de que podamos los demás continuar tranquilamente nuestra labor en lo profundo.

En la decimoséptima lección de **Introducción general al psicoanálisis** (1916), fue irónico al referirse a los trabajos de un ex colega; dijo que habían sido desarrollados por:

Jung, en un tiempo, cuando este investigador era un mero psicoanalista y todavía no aspiraba a ser un profeta.

En **Observaciones sobre la teoría y la práctica de la in-**

**interpretación onírica** (1923), después de tratar algunos fenómenos en forma de autoburla, dice:

En general, me parece conveniente recordar de tanto en tanto que los seres humanos ya tenían la costumbre de soñar antes de que existiera el psicoanálisis.

Freud fue sarcástico con aquellos que pusieron en duda sus teorías. Veamos este pasaje de **Psicoanálisis y medicina** (1926):

A esta organización psíquica que reconocemos en el hombre la denominamos su **yo**. No es esto ninguna novedad. Todos los hombres cultos aceptan esta hipótesis, aunque no sean filósofos, y algunos, a pesar de serlo.

En **El porvenir de una ilusión** (1927), nos da Freud un bello ejemplo de humor e ironía en el que se observa su aceptación masoquista al rechazo, su agresividad contra la autoridad y su gozo inconsciente en la idea de morir vía identificación:

Al único a quien esta publicación puede perjudicar es a mí mismo. Seguramente se me acusará de aridez espiritual, de falta de idealismo y de incomprensión ante los más altos ideales de la Humanidad. Mas, por un lado, estos reproches no son nada nuevo para mí, y, por otro, cuando ya en nuestros años jóvenes nos hemos sobrepuesto a la animadversión de nuestros contemporáneos, no podremos concederle gran importancia llegados a la ancianidad y seguros de quedar sustraídos ya en fecha próxima a todo favor y desfavor. No sucedía ciertamente así en épocas pasadas. En ellas, semejantes manifestaciones abreviaban la vida terrenal de su autor y le proporcionaban pronta ocasión de comprobar por sí mismo si existía o no una vida de ultratumba. Pero tales tiempos han pasado ya, y las especu-

laciones de este género son hoy perfectamente inofensivas, incluso para su propio autor. Lo más que puede suceder es que su libro no pueda ser traducido ni difundido en algunos países, precisamente en aquellos que se jactan de haber llegado a un más alto grado de civilización. Pero cuando se combate, en general, a favor de la renuncia a los deseos y la aceptación del Destino, debe poder soportarse también tal contrariedad.

En una carta que Freud le envió a Arnold Zweig el 28 de junio de 1938, comenta de sí sobre su determinación en cuanto al Premio Nobel:

Así que aunque el dinero sería muy bien recibido después de la manera que los nazis me sangraron en Viena, y puesto que ni mi hijo ni mi yerno son ricos, Ana y yo estamos de acuerdo en que uno no puede tenerlo todo, y hemos decidido renunciar, yo al premio y ella a hacer el viaje para recogerlo en Estocolmo.

En **Freud, maestro y amigo** (1944), Hans Sachs consignó una carta del 12 de marzo de 1939, en la que Freud le da cuenta de su cáncer oral:

El tratamiento que se ha decidido, consiste en una combinación de rayos X desde el exterior y de radio desde el interior —por lo menos es más considerado que cortarme la cabeza, que hubiera sido la otra alternativa—, y promete añadir algunas semanas o meses de vida.

En torno a estos fenómenos conduccionales opina Bergler, en **Una contribución clínica a la psicogénesis del humor** (1937):

La megalomanía y el masoquismo psíquico del **yo** juegan un papel esencial (...). La agresión del **yo** al **yo-ideal** es un componente integral del efecto humoroso

realizado (...) El narcisismo del humorista pretende rebelarse, pero esto pronto se reprime, lo que no es de sorprenderse si se considera el masoquismo psíquico del **yo** del humorista.

Analicemos los componentes narcisista, masoquista e irrespetuoso de este cantar de Norberto Guiteras:

Al dar el postrer gemido  
dijo un inglés moribundo:  
"Si es como éste el otro mundo  
en llegando me suicido."

Bergler trató de discernir entre ingenio y humor:

Siempre y cuando exista una agresión dirigida en contra del juez de la corte militar, esto es, en contra de una persona real, en las palabras de un superior, el dicho debe ser considerado como **ingenio**; pero si la agresión es en contra del **yo-ideal** de la persona que habla, debe ser considerado humor (...) La diferencia entre ingenio y humor estriba también en el sadismo declarado del ingenio. El humor nunca es sadista, sólo sirve para resguardarse del sufrimiento.

Veamos este ingenioso cantar de un preso, de la colección de Melchor Palau:

Me preguntó el señor juez  
que de qué me mantenía:  
De comer y de beber,  
como se mantiene usía.

También trató Bergler de la diferencia entre ironía y humor:

La naturaleza de la ironía dirigida en contra de uno mismo, es preventiva; esto es, que el individuo hace burla de sí con el propósito de aminorar el ridículo proveniente del exterior. El auditorio del individuo irónico

siempre está afuera. Diferente es el caso del humorista: su auditorio está en el foro interno; es su propio narcisismo, por lo que no tiene necesidad de una audiencia.

Analicemos este otro cantar autoirónico, de la colección citada:

Tú me dices que soy loco  
yo te confieso que sí;  
que si loco no estuviera,  
¿cómo te quisiera a ti?

Basándose en la teoría Eros-Tánatos, de Freud, y en el ensayo **Transferencia y amor**, que mancomunadamente hizo con Jekels en 1933, Bergler planteó una nueva teoría de la mecánica del humor:

El **daimonion** hace que el **yo** experimente sentimientos de culpabilidad al mostrarle constantemente al **yo-ideal** como un modelo silencioso, y señala la discrepancia entre el **yo** y el **yo-ideal**. El **yo-ideal**, originalmente establecido para apoyar el narcisismo amenazado del niño, de esta manera se convierte en el arma más peligrosa de Tánatos contra Eros (. . .) Llevado a la desesperación el frustrado **yo** ahora decide cometer agresiones en contra del **superyó** (precisamente, en contra de la parte del **superyó** llamada **yo-ideal**), reincidiendo en narcisismo infantil y engañándose en cuanto a la realidad durante algunos segundos, en una especie de alucinación negativa, y disfruta de una especie de delirio.

Apliquemos a la práctica cotidiana los conocimientos freud-bergleristas, analizando el siguiente chiste de rechazo oral:

Un individuo que decía que estaba en su día de suerte, después de una serie de afortunados acontecimientos, llevó a una muchacha a un hotel. “Y cuál sería mi suerte aquel día —dijo él— que subiendo yo

las escaleras del hotel con mi bella acompañante, bajaba mi mujer con un fulano, y ni siquiera me vio subir.”

Se conjugan en este chiste el elemento masoquista, el agresivo y el narcisista de la siguiente forma:

- 1) Existe, en el protagonista, el deseo inconsciente oral de ser rechazado por su **imago matris**: su mujer.
- 2) El **daimonion** le reprocha el deseo masoquista inconsciente, mostrándole el “qué dirán” del **yo-ideal**.
- 3) El **yo** se defiende contra dicha acusación, rechazando —engañando a la mujer—, demostrando que es agresivo y no pasivo.
- 4) El **daimonion** reprocha la pseudoagresividad desplegada en contra de su mujer.
- 5) Se produce una defensa que desarma por unos segundos al **daimonion**: “Yo no soy agresivo con mi mujer sino que acepto el «crimen mayor» de gozar su rechazo al verla bajar con un fulano por la escalera del hotel, sin alterarme, al mismo tiempo que me congratulo (narcisistamente) de que no me haya visto subir con mi amiguita.”

Después de esta efímera rebelión humorística, el individuo pudo haber caído en un estado de culpabilidad melancólica al aceptar el “crimen menor”, o sea su pseudoagresividad.

Freud observó en **El humor** (1928), la importancia del narcisismo y su relación con la aceptación placentera de una realidad cruel, que no es otra cosa que la aceptación masoquista:

Es hora de que nos familiaricemos con algunas características del humor. No sólo tiene éste algo liberante, como el chiste y lo cómico, sino también algo grandioso y exaltante, rasgos que no se encuentran en las otras dos formas de obtener placer mediante una actividad intelectual. **Lo grandioso reside, a todas luces,**

**en el triunfo del narcisismo, en la victoriosa confirmación de la invulnerabilidad del yo. El yo rehúsa dejarse ofender y precipitar el sufrimiento por los influjos de la realidad; se empecina en que no pueden afectarlo los traumas del mundo exterior; más aún: demuestra que sólo le representan motivos de placer. Este último rasgo es absolutamente esencial para el humor.**

Es posible que Freud haya conocido la vida de un gran intelectual nacido en la calle de la Leche en Boston en 1706, quien sostenía que debido a que el hombre carece de libre albedrío, no es moralmente responsable de sus actos, quizá porque él mismo no podía reprimir sus impulsos promiscuos con mujeres imposibles o de baja estofa. Veamos el epitafio que él mismo redactó:

Aquí yace,  
 pasto de los gusanos,  
 el cuerpo de Benjamín Franklin,  
 impresor,  
 como la tapa de un libro viejo  
 cuyas hojas están rotas  
 y cuya encuadernación está estropeada;  
 pero su obra no ha perecido,  
 puesto que reaparecerá  
 como él espera,  
 en una nueva edición,  
 revisada y corregida  
 por el autor.

Volviendo a la ironía de Freud, creo yo que este fenómeno le interesó sobremanera por motivos íntimos que tenían que ver con la misma proyección vital, o vocación que se propuso seguir desde muy pequeño. En el capítulo **Su imagen materna** de esta obra cito el pasaje en que su padre le cuenta la vejación de que fue objeto de parte de un cristiano en Freiberg, cuando fue insultado públicamente. Este acontecimiento lo tomó muy a pecho el niño Segismundo, al grado de que se imaginó ser Aníbal prestando juramento ante el altar familiar, de que acabaría con Roma. Freud se

identificó con el semita-cartaginés Anibal por una nueva lucha que iba a sostener en contra de Roma: la Roma cristiana. A mi parecer, todo el esfuerzo intelectual desarrollado por Freud tuvo como base el recuerdo de la deshonra que sufrió su padre de parte de un cristiano. En el capítulo **Errores**, de la obra **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), ya citado, aclara:

El error de escribir Asdrúbal en vez de Amílcar, esto es el nombre del hermano en lugar del nombre del padre, se produjo por una asociación con determinadas fantasías relacionadas con Anibal, construidas por mi imaginación en mis sueños de colegial, y con mi disgusto por la conducta de mi padre ante los "enemigos de nuestro pueblo".

Freud rara vez se atrevió a criticar frontalmente a la religión cristiana, mas lo hizo en forma velada e irónica en diversas ocasiones, y para no incurrir en una enemistad declarada estudió a fondo la mecánica de la ironía. Veamos qué observó en **La interpretación de los sueños** (1900):

El escritor político que tiene verdades desagradables que decir a los que ostentan el poder, se encuentra en una situación comprometida: si lo dice todo, sin reservas, el gobierno lo censurará retrospectivamente en el caso de expresiones verbales de opinión, o preventivamente si se van a publicar en la prensa. El escritor teme a la censura, por lo tanto modera y disfraza la expresión de sus opiniones. Se ve compelido de acuerdo con las supuestas sensibilidades del censor, ya sea a refrenar ciertas formas de ataque, o a expresarse mediante alusiones en lugar de aseveraciones directas; o bien debe esconder sus declaraciones hostiles bajo un disfraz aparentemente inocente. Puede, por ejemplo, hablar de un contratiempo entre dos mandarines chinos, aludiendo a dos políticos de su país. Cuanto más estricto sea el dominio de la censura, más irreconocible será el dis-

fraz, y frecuentemente más ingeniosas las formas empleadas para inducir al lector por el camino de la verdadera significación:

En **Historia de una neurosis infantil** (1918), se advierten las intenciones reales de Freud:

Como ya hemos dicho, la impresión que el contenido de la Historia Sagrada produjo al infantil sujeto no fue al principio nada grata. **Comenzó por extrañar el carácter pasivo de Cristo en su martirio** y luego todo el conjunto de su historia, y orientó sus más severas críticas contra Dios Padre. Siendo omnipotente, era culpa suya que los hombres fuesen malos y atormentasen a sus semejantes, yendo luego por ello al infierno. Debía haberlos hecho buenos y, por tanto, era responsable de todo el mal y de todos los tormentos. El mandamiento de tender una mejilla cuando había sido uno abofeteado en la otra le resultaba incomprensible, así como que Cristo hubiese deseado que apartase de El aquel cáliz, e igualmente que no hubiera sucedido ningún milagro para demostrar que era realmente el Hijo de Dios. Su penetración, así despertada, supo buscar, con implacable rigor, **los puntos débiles del poema sagrado.**

En **El porvenir de una ilusión** (1927), obra que escribió Freud con el propósito deliberado de que el psicoanálisis no cayera en poder de los sacerdotes, criticó las ilusiones religiosas:

No debe usted creerme inaccesible a su crítica. Sé lo difícil que es evitar las ilusiones, y es muy posible que las esperanzas por mí confesadas antes sean también de naturaleza ilusoria. Pero habré de mantener una diferencia. **Mis ilusiones —aparte de no existir castigo alguno para quien no las comparte— no son irrecificables, como las religiosas, ni integran su carácter obsesivo.** Si la experiencia demostrase —ya no a mí, sino a otros más jóvenes que como yo piensan— que

nos habíamos equivocado, renunciaremos a nuestras esperanzas. Vea usted en mi intento lo que realmente es. **Un psicólogo no se engaña a sí mismo sobre la inmensa dificultad de adaptarse tolerablemente a este mundo,** sino se esfuerza en llegar a un juicio sobre la evolución de la Humanidad, apoyándose en los conocimientos adquiridos en el estudio de los procesos anímicos del individuo durante su desarrollo desde la infancia a la edad adulta. En esta labor halla que **la religión puede ser comparada a una neurosis infantil, y es lo bastante optimista para suponer que la Humanidad habrá de dominar esta fase neurótica, del mismo modo que muchos niños dominan neurosis análogas en el curso de su crecimiento.** Estos conocimientos de la psicología individual pueden ser insuficientes, injustificada su aplicación a la Humanidad e injustificado también el optimismo. Reconozco todas estas inseguridades; pero muchas veces no puede uno privarse de exponer su opinión, sirviéndole de disculpa el no darla por más de lo que vale.

En **El malestar en la civilización** (1929), confirmó su posición intelectual.

Todo esto es francamente infantil, tan incongruente con la realidad, que a uno cuya actitud hacia la humanidad es amistosa, le es doloroso pensar que la mayoría de los mortales nunca podrán mirar más allá de este panorama vital.

Luego trata de la contradicción entre la maldad del hombre y la bondad de Dios que se antoja maniqueísta:

El demonio es en realidad la mejor manera de disculpar a Dios, pues puede representar el mismo papel expiatorio que sufren los judíos en un mundo de ideales arios. Pero aun así uno puede mercedamente responsabilizar a Dios por la existencia del demonio, así como por el mal que personifica.

¡Cuán peligrosa puede ser una afrenta! ¡Cuánto rencor puede suscitar una deshonra! ¡Qué ingenio puede desarrollar la mente humana contra una adversidad! He aquí a un hombre sin más recursos que aquellos que heredó culturalmente, echándose a cuestras la responsabilidad de desvirtuar por medios científicos la conducta religiosa de una sociedad hostil hacia su pueblo. Un hombre que le demostró a la humanidad que ella no mandaba sobre su propia mente: y que en ésta existe un inconsciente dinámico al mando de las decisiones trascendentales. Un hombre que sentó las bases teóricas para demostrar que el espíritu religioso de la humanidad no es otra cosa que la sumisión masoquista del **yo** hacia el **superyó**, y que el **superyó** deductivamente no puede interpretarse de otra forma que como la misma idea de Dios. La dualidad dios-diablo es algo que todos tenemos dentro de nuestro aparato psíquico y que científicamente se ha logrado aislar con el nombre de **superyó**. Entonces, fácilmente podrán los futuros investigadores reconocer que si dios es el **superyó**, el diablo es la entidad reprochante del **superyó** descubierta por Bergler, o sea, el **daimonion** que utiliza los preceptos o doctrinas religiosas del **yo-ideal** para mantener al individuo en un estado de culpabilidad, propicio para el arrepentimiento, la penitencia y la sumisión masoquista ante la Iglesia.

¿Podremos los hombres del siglo xx comprender a fondo la trascendencia que tendrán en el futuro las investigaciones iniciadas por Sigmund Freud?

Persuadido de que la obra freudiana ha sido el intento más profundo concebido por la mente humana para explicar científicamente los mecanismos que conducen al absurdo del instinto religioso del hombre, al psicoanalizar a este genio he tropezado con un fenómeno, casi compulsivo, de su conducta, y no es otro que el amor que tuvo siempre por la ciudad de Roma. Acerquémonos a este detalle. En una carta que le envió Freud a Wilhelm Fliess el 3 de diciembre de 1897, al relatarle el deseo que tuvo en un sueño de encontrarse con él en Roma, le dijo:

Por otra parte, mi añoranza de Roma es profundamente neurótica: está ligada a mi admiración de escolar por el héroe semita Aníbal, y, en efecto, tampoco yo llegué este año a Roma desde el lago Trasimeno, como en su entonces no llegó él.

Carta a su esposa el 20 de septiembre de 1912:

Roma ha sido, desde luego, la mejor ciudad que pude haber elegido. Me gusta más que nunca, probablemente por lo bien situado que está este hotel. Mis planes para la vejez están decididos: nada de **cottage**, sino Roma. A ti y a Minna también os gustará.

Carta a Karl Abraham el 21 de septiembre de 1913:

He recuperado rápidamente mi buen humor y mis ganas de trabajar en esta bellísima Roma, y en las horas que me dejan libres mis visitas a los museos, las iglesias y la **campagna**, me las he arreglado para escribir una introducción a **Tótem y tabú**.

En una carta a Stefan Zweig el 7 de febrero de 1931, le dice:

Y de que antes de la guerra, y en una ocasión después de ella, me sintiese impulsado a pasar todos los años por lo menos varios días o semanas en Roma.

Carta a Weiss el 12 de abril de 1933:

Una de las consecuencias de mi mala salud, a la que menos logro adaptarme, es precisamente la imposibilidad de volver a Roma, donde estuve por última vez en 1923.

Al identificarse con Aníbal, Freud se identificó con un hombre que se atrevió a invadir Italia venciendo a los ro-

manos en el lago Trasimeno y en Cannas, pero que inexplicablemente no expugnó a Roma. Freud, entonces, pudo haber escuchado el siguiente reproche de su consciencia: "Juraste tomar a Roma, pero al igual que Aníbal, no lo has logrado." La defensa compulsiva de estar, de permanecer en Roma, es evidente.

Veamos en una carta que le envió a Thomas Mann el 29 de noviembre de 1936, cómo proyectó Freud sus propias intenciones hacia Napoleón I, en lo referente a su famosa expedición a Egipto:

¿A qué otro lugar podía haberse dirigido si fuera José (su hermano mayor) y deseara adquirir prestigio ante los ojos de sus hermanos? Si analizáramos los móviles políticos de la empresa acometida por el joven general, hallaríamos que no fueron otra cosa que la racionalización volitiva de una idea fantástica.

En una carta que le escribió a Arnold Zweig el 30 de septiembre de 1934, preocupado por no haber recibido el libreto de su obra teatral sobre Bonaparte, Freud nos da un ejemplo de que la Iglesia Católica veía ya con malos ojos el desarrollo del psicoanálisis:

El buen Eduardo Weiss ha fundado en Roma un grupo psicoanalítico y publicado varios números de una **Rivista italiana di psicoanalisi**. De repente, la revista ha sido suspendida, y aunque Weiss tiene acceso directo a Mussolini y recibió una promesa suya que permitía basar ciertas esperanzas, no ha podido lograr que se levante la prohibición. Se dice que ésta procede directamente del Vaticano.

En el prefacio a **Moisés, su pueblo y la religión monoteísta** (1938), escrito en Viena sin intenciones de darlo a la publicidad, poco antes de emigrar a Inglaterra, confiesa Freud sus pensamientos hacia la Iglesia Católica a la luz de los advenimientos:

Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos, asombrados, que **el progreso ha concluido un pacto con la barbarie**. En la **Rusia** soviética se acometió la empresa de mejorar la forma de vida de unos cien millones de seres mantenidos en la opresión. Se tuvo la osadía de sustraerles el “opio” de la religión y la sensatez de concederles una medida razonable de libertad sexual; pero al mismo tiempo se los sometió a la más cruel dominación, quitándoles toda posibilidad de pensar libremente. Con análoga violencia se pretende imponer al pueblo italiano el sentido del orden y del deber. El ejemplo que ofrece **el pueblo alemán** aun llega a aliviarnos de una preocupación que nos venía inquietando, pues en él comprobamos que **también se puede caer en la barbarie casi prehistórica sin invocar para ello ninguna idea progresista**. Como quiera que sea, los sucesos han venido a dar en una situación tal que las democracias conservadoras son hoy las que protegen el progreso de la cultura, y por extraño que parezca, **la institución de la Iglesia católica es precisamente la que opone una poderosa defensa contra la propagación de ese peligro cultural. ¡Nada menos que ella, hasta ahora enemiga acérrima del libre pensamiento y de todo progreso hacia el reconocimiento de la verdad!**

Vivimos en un país católico, protegidos por esa Iglesia, sin saber a ciencia cierta cuánto durará esta protección. Pero mientras subsista es natural que vacilemos en emprender algo que pudiera despertar su hostilidad. **No se trata de cobardía, sino de mera precaución, pues el nuevo enemigo, a cuyos intereses nos guardaremos de servir, es más peligroso que el viejo, con el cual ya habíamos aprendido a convivir.** La investigación psicoanalítica, a la cual nos dedicamos ya, es, de todos modos, objeto de recelosa atención por parte del catolicismo. No afirmaremos, por cierto, que esta desconfianza sea infundada. En efecto, si nuestra labor nos lleva al resultado de **reducir la religión a una neurosis de la Humanidad y a explicar su inmenso poderío**

en forma idéntica a la obsesión neurótica revelada en nuestros pacientes, podremos estar bien seguros de que nos granjearemos la más enconada enemistad de los poderes religiosos que nos rigen. No es que tengamos algo nuevo que decir, algo que no hubiésemos expresado con toda claridad hace ya un cuarto de siglo; mas desde entonces todo eso ha sido olvidado, y sin duda tendrá cierto efecto el hecho de que hoy lo repitamos y lo ilustremos en un ejemplo válido para todas las fundaciones de religiones en general. Esto podría llevar, probablemente, a que se nos prohibiera el ejercicio del psicoanálisis, pues aquellos métodos de opresión violenta en modo alguno son extraños a la Iglesia católica: más bien ésta considera usurpadas sus prerrogativas cuando también otros las aplican. El psicoanálisis, empero, que en el curso de mi larga vida se ha extendido por todo el mundo, aún no encontró ningún hogar que pudiera ser máspreciado que la ciudad donde nació y se desarrolló.

Por último, transcribo una carta que Freud, ya en Inglaterra, le envió a Singer el 31 de octubre de 1938, en la que se descubren las razones que lo impulsaron a acometer la titánica lucha contra el problema nuclear de la hostilidad hacia su pueblo, aunque para esto haya tenido que remover los cimientos del monoteísmo hebreo:

La razón de nuestra correspondencia es, desde luego, bastante curiosa. Mi librito, que actualmente está en la imprenta, lleva el título "Moses and Monotheism" ("Moisés y el monoteísmo"), como espero que podrá comprobar por sí mismo en la primavera próxima. Contiene una investigación basada en presunciones analíticas sobre el origen de la religión, específicamente el monoteísmo hebreo, y es esencialmente secuela y prolongación de otra obra que publiqué hace veinticinco años con el título **Tótem y tabú**. Las nuevas ideas no

aflorescencia fácilmente a la cabeza de un hombre viejo y uno no tiene, por tanto, otro remedio que repetirse.

**Puede considerársela como ataque a la religión sólo en cuanto cualquier investigación científica de la fe religiosa presuponga incredulidad.** Ni en mi vida privada ni en mis escritos he ocultado mi escepticismo total. Cualquiera que interprete mi libro desde este punto de vista tendrá que admitir que sólo el judaísmo, y no el cristianismo, tiene motivos para darse por ofendido por las conclusiones que extrae. Sólo unas cuantas observaciones marginales, y nada nuevas, aluden a la cristianidad. Lo más que puede hacer uno es citar el viejo adagio: "Cogidos juntos, colgados juntos."

No preciso aclararle que tampoco me gusta ofender a mi propio pueblo. Mas, ¿qué puedo hacer? Me he pasado toda la vida defendiendo lo que consideraba como verdad científica, aun cuando resultara poco cómodo y hasta desagradable para mis congéneres. Y no voy ahora a terminar mi vida con una deserción. Su carta contiene la afirmación, que ratifica una inteligencia superior, de que cualquier cosa que yo escriba está destinada a provocar falsas interpretaciones e —esto lo añado yo— indignación. **Se nos ha reprochado a los judíos que el transcurso de los siglos nos ha hecho cobardes (en tiempos fuimos un pueblo valiente). En tal transformación no tuve yo arte ni parte. Por ello debo arriesgarme.**

## SUS SUEÑOS

Quien conociera estos pensamientos, es decir, estos sueños, y supiera interpretarlos, podría ser reputado sabio entre los sabios.

Hipócrates  
De los sueños

En el templo de Epidauro, en el siglo VI a.C., los enfermos mentales eran curados sugestivamente —para lo cual se usaban medios purificantes como el baño, el agua lustral o la quema de incienso— antes de permitirles acercarse a la estatua del dios. En **Psiquiatría. Desarrollo histórico y corrientes actuales** (1961), Dionisio Nieto consigna lo que similarmente pudo ser la primera experiencia para la interpretación onírica:

Aparte de las dietas y los ayunos que se observaban con cierto rigor, era de gran interés el ritual nocturno. Cuando la noche se iba acercando, **los enfermos eran preparados para que tuvieran un sueño rico en visiones**, lo cual se conseguía más fácilmente vistiendo túnicas blancas. Ya en la oscuridad se hacían ofrendas y se escuchaban oraciones. En plena noche un sacerdote, ataviado como si fuera un dios, y llevando **consigo una serpiente o un perro sagrado**, recorría los dormitorios aplicando remedios a las partes enfermas con complicado ritual de magia. Con todo este misterioso ceremonial escénico, las experiencias nocturnas eran fácilmente tomadas como visiones divinas, y al día siguiente el sacerdote ofrecía **la interpretación de las apariciones o sueños** del enfermo, instruyéndolo sobre la naturaleza de su

mal y de lo que la divinidad aconsejaba en su caso. Cuando la enfermedad no se modificaba, el enfermo era invitado a hacer nuevas ofrendas y repetir el ceremonial. **Si resultaba incurable era acusado de impiedad**, y se le invitaba a buscar ayuda en otra parte.

El templo de Asclepio estaba en la ciudad de Epidauro, al noroeste del Peloponeso, y sobre este recinto consignó Freud lo siguiente en una nota a su libro **La interpretación de los sueños** (1900):

Entre los griegos había oráculos oníricos, que se concedían a pacientes que buscaban su recuperación. El enfermo se trasladaba al templo de Apolo o Asclepio; allí se le sometía a varias ceremonias, con baños, masajes y perfumes. Habiéndolo inducido a un estado de exaltación, se lo acostaba dentro del templo, sobre el pellejo de un cordero sagrado. Entonces dormía y soñaba los remedios que veía en forma natural o en imágenes simbólicas que los sacerdotes luego interpretaban.

Nos dice Plutarco, al narrar la vida de Pompeyo (106-48), que la noche anterior a la batalla de Farsalia tuvo el general romano un sueño, en el que veremos su deseo inconsciente de morir y la defensa contra dicha adaptación tanática:

Aquella noche Pompeyo soñó que, en su camino al teatro, el pueblo lo recibió con gran aplauso, y que él mismo adornó el templo de Venus, la victoriosa, con muchos despojos. Esta visión en parte lo animó, pero también lo descorazonó, temiendo que tal esplendor y ornamentación para Venus se hiciera con sus propios despojos a César, cuya familia descendía de esta diosa.

En la **Crónica general de España** (1280), en el capítulo CLXXVIII, se informa de un sueño de Nerón, al cual se

le dio una interpretación tanática, observándose la imagen materna asesina, el pezón devorador y el deseo inconsciente de morir:

Y sabed que antes de que Nerón muriese, vio algunas señales de su muerte, y así soñó una noche que andaba sobre la mar, gobernando una nave, y le falló el timón, y llevábalo su mujer que era ya muerta, a unas tinieblas muy estrechas, y cubriase todo de hormigas aladas; y también abrióse una vez un sepulcro por sí solo, saliendo de allí una voz que lo llamó por su nombre.

En el **Romance del rey don Rodrigo, cómo fugó de la batalla**, podemos observar el sueño premonitor que el juglar le atribuyó a la reina:

La reina con gran congoja—dijo: —Ya lo he yo tragado, porque la noche pasada—un mal sueño había soñado, y es que via el rey Rodrigo—con el gesto muy airado, los ojos vueltos en sangre,—que iba muy apresurado para ir á vengar la muerte—del desdichado don Sancho, y que volvía sangriento,—y su cuerpo mal llagado, y que se llegaba á mí—y me tiraba del brazo, y decía estas palabras—muy fuertemente llorando: —Quédate adios, reina triste,—quédate adios, que me parto: los moros me han ya vencido,—los moros me han sojuzgado. No cures llorar mi muerte,—no cures llorar tu estado, procura de esconder—allá en lo más apartado, vete luego á las montañas—de aquel reino Asturiano, porque no hay otro remedio—si quieres quedar en salvo, porque España y lo demás—todo está ya sujetado.

En el cantar popular **Los comendadores**, podemos advertir la autoagresión producida por la actitud pseudoagresiva de abandono:

Entre mil regalos,  
Jorge se durmió;  
pero sueño malo  
dicen que soñó;  
consigo puñaba,  
y se despertó

temiendo la muerte,  
 que cierta halló.  
 Cubrióse su rostro  
 de frío sudor,  
 guarecerse quiso  
 de doña Beatriz.

Sobre los sueños proféticos, nos dice Freud en **Sobre los sueños** (1901):

Es muy interesante observar aquí que la opinión popular está en lo justo cuando considera el sueño como predicción del porvenir. En realidad es el porvenir lo que el sueño nos muestra, mas no el porvenir real, sino el que nosotros deseamos. El alma popular se produce aquí, según su costumbre, dando por cierto lo que desea.

Al respecto, el dramaturgo alemán Hebbel (1813-1863), había dicho:

Los antiguos intentaban servirse de los sueños para predecir al hombre lo que había de ocurrirle. Pero se equivocaban. Lo que pueden revelarnos los sueños es, más bien, lo que el sujeto hará (. . .) El sueño, ¿profeta?; ¿cómo puede decirte el sueño lo que te habrá de suceder? Lo que harás, eso sí te lo revela. (Citado por Otto Rank en **El sueño y la poesía**.)

Fernán Pérez de Guzmán, en **Generaciones y semblanzas**, capítulo XXVIII, nos dice quién fue don Enrique de Villena, nieto del rey don Enrique II, informándonos, además, sobre lo que, durante la Edad Media, se pensaba de las inquietudes psicológicas:

Este don Enrique fue inclinado a las ciencias y artes más que a las caballerías . . . , dejóse correr a algunas viles erraeces, artes de adivinar e interpretar sueños y esternudos y señales, y otras cosas tales que ni a príncipe real y menos a católico cristiano convenían.

No es sino hasta los siglos XVIII y XIX, que se renueva el interés por los significados oníricos, siendo Freud el que recopila todas estas inquietudes en su famosa obra escrita al final del siglo XIX, a la que añadió sus propias experiencias, además de los resultados de sus pesquisas psicoanalíticas. A través de **La interpretación de los sueños** llega Freud al planteamiento de que los fenómenos oníricos son una realización simbólica de un deseo sexual inconsciente reprimido en la infancia, mas cuando aborda el estudio de las pesadillas y las ansiedades, hace un alto y comprende que su teoría de que los sueños son la realización simbólica antes dicha, sufre excepciones:

El sueño de ansiedad parece verdaderamente excluir la generalización de la tesis deducida de los ejemplos dados en el capítulo anterior, de que los sueños son realizaciones de deseo, e inclusive se la llega a condenar [a dicha tesis] al absurdo.

Ante este terrible obstáculo contra su teoría, fue cuando Freud incluyó que los deseos por realizarse en los sueños podrían ser masoquistas:

Siempre existe la posibilidad de que hasta las pesadillas puedan, mediante una interpretación, ser realizaciones de un deseo (. . .) En la constitución sexual de muchas personas existe un componente masoquista, que se ha creado mediante la conversión de los componentes agresivos y sádicos, en lo contrario. Tales personas se llaman masoquistas **morales** si buscan el placer, no en el dolor material que pueda infligirseles, sino en la humillación y el castigo psíquico. Es obvio que tales personas pueden tener sueños indeseables y desagradables, siendo éstos para ellas no otra cosa que realizaciones de deseos que satisfacen sus inclinaciones masoquistas.

Freud llegó a observar el advenimiento de la ansiedad

durante el sueño como resultado de una defensa agresiva contra un deseo reprimido:

Pero también puede suceder que el **yo** dormido tome una parte mayor en la formación del sueño y reaccione con una enérgica indignación contra la satisfacción lograda por el deseo reprimido, reacción que desencadenará afectos displacientes e incluso llegará a poner fin al sueño, interrumpiendo el reposo con el desarrollo de angustia. No es, pues, difícil reconocer que los sueños de angustia y los displacientes son también, como los sueños de satisfacción, realizaciones de deseos.

Fue Bergler quien descubrió que en el aparato psíquico se convierten los temores infantiles, en placeres inconscientes, creándose la adaptación masoquista. Contra esta adaptación inconsciente se suscita un reflejo pseudoagresivo que, al ser reprochado por el **superyó**, se interna, creando la ansiedad en el sueño, o sea la pesadilla.

En **Introducción general al psicoanálisis** (1916), lección XIV, hace Freud alusión a la lucha de la conciencia en relación con las contradicciones que se suscitan, al aseverar que los sueños son realizaciones de deseos reprimidos:

Si recuerdan ustedes la idea de que el soñador, luchando en contra de sus propios deseos, es algo así como la combinación de dos personas separadas pero de alguna manera íntimamente unidas, podrán entender otra posibilidad de que algo muy desagradable puede surgir mediante la realización de un deseo: estoy hablando de castigo (...) Existen muchas tendencias al castigo en la vida mental del hombre; son muy fuertes, y podemos considerarlas como responsables por algunos de los sueños dolorosos. Ahora, probablemente piensen que con todo esto queda muy poco de la realización del deseo; pero considerándolo más detenidamente, admitirán que están en un error.

Como vemos, Freud encontró aquí una razón más para contradecir su teoría original de los sueños, pues se advierte ya en él la idea de la existencia de la agresividad no erótica y de la destrucción: teoría que plantearía poco tiempo después. Los subsecuentes descubrimientos psicoanalíticos fueron creando un cúmulo de excepciones en torno a su primera teoría. En **Más allá del principio del placer** (1920), leemos:

Y la vida onírica de la neurosis traumática muestra el carácter de reintegrar de continuo al enfermo a la situación del accidente sufrido, haciéndole despertar con nuevo sobresalto. Este singular carácter posee mayor importancia de la que se le concede generalmente, suponiéndolo tan sólo una prueba de la violencia de la impresión producida por el suceso traumático, la cual perseguiría al enfermo hasta sus mismos sueños. El enfermo hallaríase, pues, por decirlo así, psíquicamente fijado al trauma. Tales fijaciones al suceso que ha desencadenado la enfermedad nos son ha largo tiempo conocidas en la histeria. Ya en 1893 hacíamos observar Bleuler y yo en nuestro libro sobre esta neurosis, que los histéricos sufren de reminiscencias. Ultimamente, investigadores como Ferenczi y Simmel han podido también explicar algunos síntomas motores de las neurosis de guerra por la fijación del trauma (...)

Sería ésta la ocasión de conceder por vez primera la existencia de una excepción a la regla de que los sueños son realizaciones de deseos. Los sueños de angustia no son tal excepción, como ya he demostrado repetidamente y con todo detenimiento, ni tampoco los de "castigo", pues lo que hacen estos últimos es sustituir a la realización de deseos, prohibida, por el castigo correspondiente, siendo, por tanto, la realización del deseo de la conciencia de la culpa, que reacciona contra el instinto rechazado. Mas los sueños antes mencionados de los enfermos de neurosis traumática no pueden incluirse en el punto de vista de la realización de deseos, y mucho menos los que aparecen en el psicoanálisis, que nos vuel-

ven a traer el recuerdo de los traumas psíquicos de la niñez. Obedecen más bien a la obsesión de repetición, que en el análisis es apoyada por el deseo —no inconsciente— de hacer surgir lo olvidado y reprimido.

Como podemos observar, la neurosis traumática, quizás de manera exagerada, demuestra la excepción a la regla de que los sueños son la realización de un deseo reprimido, mas, si bien se mira, tampoco los sueños de ansiedad y de castigo lo son, puesto que todos estos síntomas están relacionados con el fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente. Lo que se suele denominar histeria, neurastenia, fobia, melancolías, así como las neurosis compulsivas, de ansiedad o traumáticas, son todas hijas de las adaptaciones masoquistas inconscientes: por lo tanto pueden ser consideradas como defensas de primero o de segundo grado, siguiendo la teoría de la tríada de la oralidad de Bergler. Es por esto que la teoría freudiana de que los sueños estriban exclusivamente en la realización de un deseo inconsciente, es insostenible. En **El malestar en la civilización** (1929), se dolió Freud al declarar:

Me doy cuenta de que siempre hemos tenido presentes en el sadismo y en el masoquismo a las manifestaciones del instinto de destrucción dirigido hacia afuera y hacia adentro, fuertemente amalgamadas con el erotismo; pero ya no logro comprender cómo fue posible que pasáramos por alto la ubicuidad de las tendencias agresivas y destructivas no eróticas, dejando de concederles la importancia que merecen en la interpretación de la vida. (Es cierto que el impulso destructivo dirigido hacia adentro escapa generalmente a la percepción cuando no está teñido eróticamente.) Recuerdo mi propia resistencia cuando la idea del instinto de destrucción apareció por vez primera en la literatura psicoanalítica y cuánto tiempo tardé en aceptarla.

Obvio es que la agresividad no erótica y la destrucción,

no pueden ser realizaciones de un deseo inconsciente sexual reprimido en la infancia, sino por lo contrario, defensas pseudoagresivas contra un temor erotizado, o sea, contra un deseo masoquista inconsciente. Freud pudo haberse atendido a su teoría inicial sobre la relación de los temores y los traumas, lo que le hubiera evitado incurrir en contradicciones. Veamos lo que declaró en **El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos** (1893):

Tales observaciones parecen demostrarnos la analogía patológica entre la histeria simple y la neurosis traumática (...). La causa activa de la neurosis traumática no es realmente la insignificante herida corporal, sino el efecto del susto, esto es, el **trauma psíquico**. En forma análoga, nuestras investigaciones demuestran que las causas de muchos, si no es que de todos los casos de histeria, pueden ser designadas como traumas psíquicos. Toda experiencia que produce el efecto doloroso de temor, ansiedad, vergüenza o dolor psíquico, puede actuar como un trauma.

Es menester advertir que ciertos psicoanalistas pretenden ver en los escritos de Freud algo parecido a la verdad del evangelio, obstaculizando cualquier labor sistemática, ora que aporte nuevos descubrimientos al psicoanálisis, ora que aclare los ya expuestos, provocando con esta actitud dogmática una serie de críticas a la ciencia, a todas luces injustas. Estos individuos **non gratos** a la profesión psicoanalítica, parecen haber olvidado las advertencias que Freud hizo en **La teoría general de la neurosis**, de su obra **Introducción al psicoanálisis** (1916):

Puedo decir que en el curso de mi trabajo, he modificado mis opiniones sobre puntos importantes, cambiándolas o reponiéndolas por otras, y desde luego he publicado el hecho en cada caso. ¿Cuál ha sido el resultado de esta franqueza? Algunos han ignorado enteramente mis propias correcciones y todavía hoy me cri-

tican con respecto a opiniones que ya no tienen ningún significado para mí. Otros, positivamente me reprochan por estos cambios y me declaran irresponsable al respecto. Nadie que cambie de opinión una o dos veces merece ser creído, porque es probable que pueda volverse a equivocar en su próxima aseveración; pero cualquiera que se aferra a algo que haya dicho, o se niegue a transigir con facilidad, es un obstinado y un necio; ¿no es así? ¿Qué se puede hacer a la vista de estas críticas autocontradictorias, si no permanecer como uno es y conducirse como a uno le parezca mejor? Esto es lo que yo he decidido hacer; y no temo remodelar o mejorar mis teorías de acuerdo con la última experiencia. Hasta ahora no he encontrado nada que pueda alterar mi base fundamental y espero que esto nunca sea necesario.

En un trabajo intitulado **El dualismo instintivo de los sueños** (1934), Jekels y Bergler expusieron la fórmula inequívoca para la interpretación de los sueños, basados en la teoría de la dualidad instintiva de Freud:

Hemos deducido por propia experiencia que la fuerza motriz de todo sueño se deriva de un deseo reprimido del **ello** y de un reproche inconsciente del **superyó**, derivado del cual el **yo** entonces crea la estructura psíquica que conocemos como sueño (...). Por lo tanto todo sueño debe de cumplir dos funciones: 1) Refutar un reproche inconsciente del **daimonion**, y 2) satisfacer un deseo infantil reprimido del **ello**.

El deseo infantil reprimido del **ello**, no es otra cosa que la adaptación inconsciente, digamos, al deseo de ser abandonado. El **daimonion** reprocha este deseo inconsciente, y entonces el sueño se torna una pesadilla para demostrar, en forma dramática, que no se goza en el abandono, sino que al contrario, se sufre. Confirmemos esta teoría con un poema anónimo del **Cancionero y romancero español**:

Vanse mis amores, madre,  
 luengas tierras van morar:  
 yo no los puedo olvidar.  
 ¿Quién me los hará tornar,  
 quién me los hará tornar?

Yo soñara, madre, un sueño  
 que me dio en el corazón:  
 que se iban los mis amores  
 a las islas de la mar.  
 Yo no los puedo olvidar.  
 ¿Quién me los hará tornar,  
 quién me los hará tornar?

Yo soñara, madre, un sueño  
 que me dio en el corazón:  
 que se iban los mis amores  
 a las tierras de Aragón.  
 Allí se van a morar.  
 Yo no los puedo olvidar.  
 ¿Quién me los hará tornar,  
 quién me los hará tornar?

Veamos algunos ejemplos oníricos en donde observaremos memorias angustiosas, reprimidas en la infancia, que surgen después como sueños aterradores:

En **La interpretación de los sueños** (1900), Freud consignó la pesadilla oral de una señora, en la cual se observa la simbolización del pecho materno en el pájaro:

Ella tiene dos pájaros sobre su cabeza y se pregunta cuándo se marcharán, mas no vuelan; entonces uno de ellos alza el vuelo hacia su boca y la chupa.

Ahora observemos dos sueños de clara regresión oral que consignó Otto Rank en **El sueño y el mito**. La regresión oral a los pezones maternos (pájaros) la interpretó Rank como una alusión fálica exclusivamente. El primero lo tomó de **Saxo Gramaticus**:

Thyris ruega a Gormo, su marido, en la noche de bodas, que se abstenga durante tres noches de realizar

el coito, pues no se entregará a él gustosamente antes de haber recibido en sueños una indicación de que su matrimonio habrá de ser fecundo. En estas singulares circunstancias **sueña el esposo lo siguiente: dos pájaros, uno mayor que el otro, bajan volando hasta posarse sobre los genitales de su mujer (prolapsos) y vuelven luego a emprender el vuelo.** Al cabo de un buen rato retornan y se posan en sus manos para luego volver de nuevo como fortificados por el breve reposo. Esto se repite por tres veces, hasta que el pájaro más pequeño retorna solo y con las plumas cubiertas de sangre (**bennis croure oblitis**). **Asustado Gormo, se despierta gritando.** Pero Thyris, su esposa, se mostró grandemente regocijada por aquel sueño y dijo que nunca se le hubiera entregado si aquellas imágenes oníricas no le hubiesen ofrecido la segura garantía de su felicidad.

El segundo sueño es de una paciente suya:

Mi marido arroja de un canal del tejado, **cogiéndolos con la mano**, a unos **gorriones** recién nacidos, que estaban aún todos mojados, y yo le digo que no debe hacer eso. Uno de estos pájaros, ya crecidos, viene a posarse en mi mano, y yo juego con él, pero me hiere en un dedo con un pincho en forma de cola o de pico, haciéndome exclamar: "No; eso no. Me haces daño." **Entonces coge mi marido uno de los gorriones pequeños y dice que también se puede comer. Pero a mí me da asco y vomito.**

Veamos este romance del ciclo carolingio, llamado de **Doña Alda**, en el cual observaremos un sueño oral regresivo y castrante, y la defensa angustiosa. Este sueño lleva una interpretación onírica singular:

En París está Doña Alda,  
la esposa de Don Roldán,  
trescientas damas con ella  
para la acompañar:

todas visten un vestido,  
todas calzan un calzar,  
todas comen a una mesa,  
todas comían de un pan,  
si no era Doña Alda,  
que era la mayoral.

Las ciento hilaban oro,  
las ciento tejen cendal,  
las ciento tañen instrumentos  
para Doña Alda hoigar.

Al son de los instrumentos  
Doña Alda adormido se ha:  
ensoñando había un sueño,  
un sueño de gran pesar.

Recordó despavorida  
y con un pavor muy grande,  
los gritos daba tan grandes  
que se oían en la ciudad.

Allí hablaron sus doncellas,  
bien oiréis lo que dirán:

—“¿Qué es aquesto, mi señora,  
quién es el que os hizo mal?”

—“Un sueño soñé, doncellas,  
que me ha dado gran pesar:  
que me veía en un monte  
en un desierto lugar;  
de so los montes muy altos  
un azor vide volar,  
tras dél viene una aguililla  
que lo ahínca muy mal.

El azor con grande cuita  
metióse so mi brial;  
**el aguililla con grande ira  
de allí lo iba a sacar:**  
con las uñas lo despluma,  
con el pico lo deshace.”

Allí habló su camarera,  
bien oiréis lo que dirá:

—“Aquese sueño, señora,  
bien os lo entiendo soltar:  
el azor es vuestro esposo  
que viene de allén la mar;  
el águila sedes vos,  
con la cual ha de casar,  
y aquel monte es la iglesia

donde os han de velar.”  
 —“Si así es, mi camarera,  
 bien te lo entiendo pagar.”  
 Otro día de mañana  
 cartas de fuera le traen;  
 tintas venían de dentro,  
 de fuera escritas con sangre,  
 que su Roldán era muerto  
 en la caza de Roncesvalles.

Lope de Vega (1562-1635), en **El caballero de Olmedo**, hace que don Alonso relate uno de sus sueños, a los que llamaba revelaciones del alma:

Hoy, Tello, al salir el alba,  
 con la inquietud de la noche,  
 me levanté de la cama,  
 abrí la ventana aprisa,  
 y mirando algunas flores y aguas  
 que adornan nuestro jardín,  
 sobre una verde retama  
 veo ponerse un jilguero,  
 cuyas esmaltadas alas  
 con lo amarillo añadían  
 flores a las verdes ramas.  
 Y estando al aire trinando  
 de la pequeña garganta  
 con naturales pasajes  
 las quejas enamoradas,  
 sale un azor de un almendro,  
 adonde escondido estaba,  
 y como eran en los dos  
 tan desiguales las armas,  
 tiñó de sangre las flores,  
 plumas al aire derrama.  
 Al triste chillido, Tello,  
 débiles ecos del aura  
 respondieron, y, no lejos,  
 lamentando su desgracia,  
 su esposa, que en un jazmín  
 la tragedia viendo estaba.  
 Yo, midiendo con los sueños  
 estos avisos del alma,  
 apenas puedo alentarme;

que con saber que son falsas  
todas estas cosas, tengo  
tan perdida la esperanza,  
que no me aliento a vivir.

Comparemos este temor a los pezones maternos (pájaros) en el poema **Nombro la piedra**, de Jorge Carrera Andrade:

Cuando desciendo al fondo de mí mismo  
los objetos me asedian.  
El reloj roe el pan infinito del tiempo.  
Nombro la piedra: traducid angustia.  
Nombro los pájaros: significa el viaje  
de la inquietud sin rumbo.  
Nombro el maíz: la vuelta hacia el origen.  
Cada cosa que nombro sólo es cifra  
del oscuro lenguaje  
de las profundidades de mí mismo.

La simbólica onírica la trató Freud detenidamente en el capítulo XII, que añadió en 1911 a su obra **Sobre los sueños** (1901):

Existe un método solamente, por el cual un sueño que expresa deseos eróticos puede lograr aparecer inoportunamente no-sexual en su contenido manifiesto. El material de las ideas sexuales no debe ser representado como tal, pero debe ser reemplazado en el contenido del sueño por insinuaciones, alusiones y formas similares de representación indirecta. Mas, al contrario de otras formas de representación indirecta, aquella empleada en los sueños no debe ser inteligible de inmediato. Las maneras de representación que llenan estas condiciones generalmente se las describe como "símbolos" de las cosas que representan. Hacia éstos se ha dirigido un interés muy particular, porque se ha notado que los soñantes que hablan el mismo lenguaje hacen uso de los mismos símbolos, y que en algunos casos, en verdad, el uso de tales símbolos se extiende más allá del uso del mismo lenguaje. **Puesto que los propios soñantes desconocen el significado de los símbolos que usan, es difícil**

**a primera vista, descubrir la fuente de la conexión entre los símbolos y aquello que reemplazan y representan.** El hecho en sí, sin embargo, está fuera de duda y es importante para la técnica de la interpretación onírica; puesto que con la ayuda del conocimiento de los simbolismos del sueño es posible comprender ora el significado de elementos separados del contenido del sueño, ora las partes separadas de un sueño, o en algunos casos sueños enteros, sin tener que preguntarle al soñante sus asociaciones. Aquí nos estamos acercando al ideal popular de traducir los sueños y por otro lado estamos regresando a la técnica de interpretación de los antiguos, para quienes la comprensión de los sueños era idéntica a la deducción mediante los símbolos.

Nietzsche (1844-1900), en **Génesis de la tragedia**, trató de comprobar la relación existente entre la música, poesía lírica y tragedia con la delimitación y el conocimiento de sí, relación antagónica que dio nacimiento a la tragedia ática:

Con el propósito de captar estas dos tendencias, debemos primero concebirlas como mundos de arte separados de sueños e intoxicación. Este fenómeno fisiológico presenta un contraste análogo al que existe entre lo apolíneo y lo dionisiaco. Fue en sueños, dice Lucrecio, que las gloriosas y divinas visiones primero aparecieron ante el alma de los hombres; en sueños el gran formador contempló los cuerpos espléndidos de los seres superhumanos; y el poeta helénico, si cuestionado acerca de los misterios de la inspiración poética hubiera, así mismo, sugerido sueños y dado una explicación como la de Hans Sachs en el **Meistersinger**:

El quehacer del poeta es este, mi amigo,  
 leer sus sueños y comprender.  
 La vera humana fantasía parece  
 que se nos revela en sueños:  
 no son los poemas y la versificación  
 más que interpretación de los sueños.

Las bellas ilusiones del mundo de los sueños, en cuya creación cada hombre es un verdadero artista, es el prerequisite para todo arte plástico y, como veremos, de una parte importante de la poesía también. En nuestros sueños nos deleitamos en la comprensión inmediata de las formas; todas ellas nos hablan; no hay nada baladí o superfluo. Pero aun cuando esta realidad onírica es más intensa, todavía tenemos, atisbando a su través, la sensación de que es mera apariencia: por lo menos esta es mi experiencia, y por su frecuencia —en verdad, normalidad— podría yo aducir muchas pruebas incluyendo lo dicho por los poetas.

Hasta los filósofos tienen un presentimiento de que la realidad en que vivimos y tenemos nuestro ser es también mera apariencia, y que otra diferente realidad existe detrás de ella. Schopenhauer indica como criterio, en la habilidad filosófica, la habilidad ocasional de contemplar hombres y cosas como meros fantasmas o imágenes oníricas. Así el hombre estéticamente sensitivo guarda la misma relación hacia la realidad de los sueños, que el filósofo hacia la realidad de la existencia; aquél es un observador detenido y voluntarioso, puesto que estas imágenes le ofrecen una interpretación de la vida, y al reflexionar sobre estos procesos se entrena a sí de por vida. No son solamente las imágenes agradables y amistosas las que experimenta como algo universalmente inteligible: lo serio, lo dificultoso, lo triste, lo lúgubre, las restricciones repentinas, los trucos de accidente, las esperanzas ansiosas, en resumen, toda la comedia divina de la vida, incluyendo el infierno, desfilan ante él, no como meras sombras en la pared —puesto que vive y sufre con estas escenas— pero tampoco sin la pasajera sensación de la ilusión. Y quizá muchos recordarán, al igual que yo, cómo en medio de los peligros y terrores de los sueños se han dicho ocasionalmente a sí mismos para darse valor, y lo han logrado: “¡Es un sueño! ¡Seguiré soñando!” También he sabido de gente que ha podido continuar uno y el mismo sueño

durante tres y hasta más noches consecutivas. Hechos que nos indican claramente cómo nuestro ser interior, nuestra zona común experimenta los sueños con profundo gusto y feliz necesidad.

Esta necesidad feliz de la experiencia onírica ha sido personificada por los griegos en su Apolo: dios de todas las energías plásticas, es al mismo tiempo el dios de las profecías; quien, como lo indica la etimología del nombre, es el "brillante", el dios de la luz, es también regidor sobre la ilusión bella del mundo interior de la fantasía. La verdad más alta, la perfección de estos estados en contraste con el incompletamente inteligible mundo de cada día; esta profunda conciencia de la naturaleza, sanando y ayudando en el dormir y en los sueños, es al mismo tiempo la analogía simbólica de la facultad profética y de las artes en general, que hacen la vida posible y que valga la pena de vivirla.

Interpretemos los simbolismos de este sueño del novohispano Francisco de Terrazas (1525-1600), en el cual veremos su defensa de ansiedad ante su adaptación inconsciente oral de ser rechazado, devorado por el pezón maligno y despedazado por la **imago matris**:

Soñé que de una peña me arrojaba  
quien mi querer sujeto a sí tenía,  
y casi ya en la boca me cogía  
una fiera que abajo me esperaba.

Yo, con temor, buscando procuraba  
de dónde con las manos me tendría,  
y el filo de una espada la una asía  
y en una yerbezuela la otra hincaba.

La yerba a más andar la iba arrancando,  
la espada a mí la mano deshaciendo,  
yo más sus vivos filos apretando...

¡Oh, misero de mí, qué mal me entiendo,  
pues huelgo verme estar despedazando  
de miedo de acabar mi mal muriendo!

Comprendamos la angustia de Leonardo Lupercio de Ar-  
gensola (1559-1613):

Imagen espantosa de la muerte,  
sueño cruel, no turbes más mi pecho,  
mostrándome cortado el nudo estrecho,  
consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,  
de jaspe las paredes, de oro el techo,  
o el rico avaro en el angosto lecho  
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto  
romper con furia las herradas puertas  
o al sobornado siervo el hierro oculto;

el otro sus riquezas, descubiertas  
con llave falsa o con violento insulto,  
y déjale al amor sus glorias ciertas.

El tormento de José de Espronceda (1808-1844), como  
reacción al gozo inconsciente de ser muerto por el pezón ma-  
ligno (puñal), envenenado, subyugado y asfixiado, se ad-  
vierte en el segundo fragmento de su poema épico **El Pelayo**:

Mas luego el sueño se trocó en su mente,  
y amantes dichas disfrutar figura  
en brazos de Florinda dulcemente  
entre flores, aromas y frescura;  
y cuando más su corazón consiente  
que estrecha la deidad de la hermosura,  
se halla en los brazos de Julián fornidos  
ahogándole a su cuello retorcidos.

Sobre él enhiesto a su garganta apunta  
fiero puñal que el corazón le hiela:  
procura desasirse y más le junta  
pecho a pecho Julián, que ahogarle anhela.  
Así fiero dragón trilingüe punta  
vibra y se enlaza al animal que cela,  
e hincando en él la ponzoñosa boca,  
le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.

Los brazos alza y lleva a su garganta,  
del bárbaro enemigo a desprenderse:  
cuanto con más ahinco los levanta,  
los ve volver sin ánimo a caerse:  
crecen sus bascas, y en angustia tanta  
falto de aliento, sin poder valerse,  
yerto, rendido y con mortal congoja,  
ya con lívida faz espuma arroja.

En medio a su delirio y agonía  
trémulo y fatigoso se despierta;  
un helado sudor su cuerpo enfría,  
su carne toda horripilada y yerta:  
siente el robusto brazo que porfía  
aún por ahogarle; a desprender no acierta  
el lienzo que a su cuello él mismo liga,  
y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

Nietzsche en **El adivino de Así habló Zaratustra**, nos informó de esta pesadilla tanática:

¡Oíd el sueño que he soñado, amigos, y ayudadme a adivinar su sentido!

Un enigma continúa siendo para mí este sueño: su sentido está oculto dentro de él, aprisionado allí, y aún no vuela por encima de él con alas libres.

Yo había renunciado a toda vida, así soñaba. En un vigilante nocturno y en guardián de tumbas me había convertido yo allá arriba en el solitario castillo montañoso de la muerte.

Allá arriba guardaba yo sus ataúdes: llenas estaban las lóbregas bóvedas de tales trofeos de victoria. Desde ataúdes de cristal me miraba la vida vencida.

Yo respiraba el olor de eternidades reducidas a polvo: sofocada y llena de polvo yacía mi alma por el suelo. ¡Y quién habría podido airear allí su alma!

Una claridad de medianoche me rodeaba constantemente, la soledad se había acurrucado junto a ella; y, como tercera cosa, un mortal silencio lleno de resuellos, el peor de mis amigos.

Yo llevaba llaves, las más herrumbrosas de las llaves; y entendía de abrir con ellas la más chirriante de todas las puertas.

Semejante a irritado graznido de cornejas corría el sonido por los largos corredores cuando las hojas de la puerta se abrían: hostilmente chillaba aquel pájaro, no le gustaba ser despertado.

Pero más espantoso era todavía y más oprimía el corazón cuando de nuevo se hacía el silencio y alrededor todo enmudecía y yo estaba sentado solo en medio de aquel pérfido callar.

Así se me iba y se me escapaba el tiempo, si es que tiempo había todavía: ¡qué sé yo de ello! Pero finalmente ocurrió algo que me despertó.

Por tres veces resonaron en la puerta golpes como truenos, y por tres veces las bóvedas repitieron el eco aullando: yo marché entonces hacia la puerta.

¡Alpa!, exclamé, ¿quién trae su ceniza a la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién trae su ceniza a la montaña?

Y metí la llave y empujé la puerta y forcejeé. Pero no se abrió ni lo ancho de un dedo.

Entonces un viento rugiente abrió con violencia sus hojas: y entre agudos silbidos y chirridos arrojó hacia mí un negro ataúd.

Y en medio del rugir, silbar y chirriar el ataúd se hizo pedazos y vomitó miles de carcajadas diferentes.

Y desde mil grotescas figuras de niños, ángeles, lechuzas, necios y mariposas grandes como niños, algo se rió y se burló de mí y rugió en contra mía.

Un espanto horroroso se apoderó de mí: me arrojé al suelo. Y yo grité de horror como jamás había gritado.

Pero mi propio grito me despertó: —y volví en mí—.

Juana de Ibarbourou asombra con su intuición psicológica, al plasmar en su poema **Insomnio** la defensa de estar despierta, contraria al deseo inconsciente de morir-dormir, que también han intuido todos los grandes bardos de la humanidad:

No he podido dormir. Esta noche  
 Me ha sido negada  
 La gracia sencilla  
 Del sueño habitual.  
 En un zumo de lirios morados  
 Se anegan mis ojos sombríos y largos  
 Y en un zumo amarillo de cera  
 O de vara de nardo marchita,  
 Se han ahogado las llamas rosadas  
 Que coloran la piel de mis labios.  
 Si me pongo recta, cruzadas las manos,  
 La boca estrujada,  
 Abrochados los párpados lacios,  
 Parezco una muerta.  
 El insomnio taladra mis sienes  
 Con sus siete clavos de vigilia ácida.  
 Y retoñan, retoñan deseos.  
 ¿Dónde se halla, Señor, el amante  
 Que mis finos cabellos peinaba  
 Con sus manos morenas que olían  
 A mazos de trigo y a ramos de dalias?  
 En mi lecho, que es nata de linos,  
 Su vacío lugar mana angustia.  
 Y en el blanco mantel de las sábanas  
 Me agito intranquila,  
 Como un haz de culebras trezadas  
 Que el látigo rojo  
 Del insomnio, implacable, fustiga.

No sentir... No pensar... Mas ahora,  
 ¿Qué imprevista dulzura ha llegado  
 A sentarse a los pies de mi cama?  
 A mis párpados largos parece  
 Que una venda de bronce descende.  
 Y mis manos nerviosas se aquietan  
 En cruzado además de reposo.

No sentir... No pensar... ¿Es el sueño,  
 O eres tú, monja negra, que llaman  
 Los hombres la Muerte?

Escuchemos los lamentos insomnes de Vicente Gaos (nació en 1919), quien en su poema **Pájaros** se defiende ante la idea de ser muerto por los pezones malignos:

Como aves espectrales se abalanzan  
mis inquietudes en bandadas y vienen  
a hostigarme en la noche, en la honda noche.  
¿Qué puedo hacer yo, solo e indefenso,  
para librarme de sus corvos picos,  
de sus buidas garras, de sus ojos  
que implacables reflejan lo más negro  
de la vida y la muerte? ¿De sus alas  
raudas, pero tenaces, pegajosas,  
que me azotan el rostro y huyen, vuelven  
y huyen de nuevo, helándome la piel?  
Dormir, dormir, dormir, cerrar los párpados,  
arrebujarme y acogerme al lecho  
de blanda soledad. Pedir —¿a quién?—  
que el vuelo de esas aves, que su ronda  
no traspase los límites del sueño,  
no me persiga más allá, no cruce  
de par en par la noche, la ancha noche,  
la alta noche; que cese ya ese ataque  
de picos, garras, alas, ojos que  
implacables reflejan lo más negro  
de la vida y la muerte, penetrando  
hasta las lindes del sufrir del hombre.  
Dormir, dormir, dormir, dormir sin sueños,  
sin pesadillas, sin pavor, frontera  
a ese terror en pie de nuestra vida.  
Acogerme a la almohada, hundir en ella  
el rostro, y con los párpados cerrados,  
solo y tendido anticipar la noche  
grande, la noche última, la noche  
a la que nunca llegarán las aves  
que ahora me cercan en su insomne ronda.  
Venga esa noche a mí, cese el acoso  
de oscuras inquietudes. Que la vida  
cese ya. No más sueños. Que la nada  
—sin pájaros, sin sombra, sin terrores—  
me acoja blanda. Y cese yo al fin de  
ser hombre: soledad de soledades.

Quando el poeta logra dormir, quizá se ve asaltado por imágenes tan espantosas, que en ocasiones se despierta más cansado que cuando se acostó. Comprendamos los horrores nocturnos de Jorge Carrera Andrade en **Los parricidas**:

Eran monstruos enclenques con gafas de locura  
nocturnos hurgadores de las tumbas  
híbridos seres entre hiena y feto.  
Eran monstruos oscuros habitantes del cieno.

Hijos de las tinieblas  
nutridos de escorpiones y gusanos de tierra  
congregáronse todos en la noche  
en el reino del búho y de la podre.

Seres de pesadilla larvas de cementerio  
héroes del estiércol  
acordaron dar muerte sin piedad a sus padres  
y con verdes colmillos desgarraron sus carnes.

No querían la patria de la abeja sonora  
sino la madriguera de la sombra.  
Intentaron destruir la flor de la cultura.  
Eran seres enclenques hurgadores de tumbas.

La espada de un relámpago  
dispersó a los homúnculos entre los fuegos fatuos.  
Fue el fin de su macabro complot de cementerio.  
Eran monstruos oscuros habitantes del cieno.

En la lección XIV de **Introducción al psicoanálisis** (1916),  
consignó Freud su experiencia clínica:

Muchos individuos nerviosos, atormentados por el  
insomnio, nos han confesado que éste al principio era  
voluntario, pues el miedo a los sueños, esto es, a las  
consecuencias del relajamiento de la censura que el re-  
poso trae consigo, hacía que prefirieran permanecer  
despiertos.

El poeta logra el sueño ya cuando, exhausto, acepta la  
idea de morir. Expliquémonos esta aceptación suicida de  
la Ibarbourou en **Cansancio**:

¡Oh, este eterno anhelar!  
¡Oh, esta eterna inquietud!  
¡Cómo a veces te sueño,  
Sueño del ataúd!

Hasta el cuerpo me duele  
De soñar y soñar.  
Muerte, anúlame. Hoy tengo  
Un ansia de reposar...

A mis plantas se anuda  
La fatiga del día.  
Una greña, en mi frente,  
Finge un ala sombría.

Esta noche, la tierra,  
Es un imán tenaz.  
¡Oh, tenderse en el polvo!  
¡Oh, ser polvo y no más!

¡Oh, ser polvo y dejarse  
Por el viento llevar,  
A los cuatro horizontes,  
A la selva y al mar!

¡Oh, ser polvo, ser tierra,  
Disgregarse, volver  
A la nada, que ignora  
La fatiga del ser!

Hoy me pesa la carne, hoy el alma me pesa,  
Hoy me curva el cansancio de soñar y soñar.  
Hoy soy gajo doblado hacia el suelo por una  
Necesidad inmensa, loca, de reposar.

Mas el poeta no puede aceptar la idea de morir-dormir, porque desconoce su relación simbólica y su propia adaptación inconsciente a la idea de morir, por cuyas razones se defiende de manera compulsiva y angustiosa. Veamos el poema **Neurosis**, de Francisco Castillo Nájera (1886-1954):

¡He sentido en mis horas amargas,  
Sacudidas que crisan los nervios,  
Emociones que agitan el alma,  
Indecisos y extraños anhelos;  
Una lucha terrible, sangrienta,  
He sentido librarse en mi pecho,  
Y he sentido de una ansia infinita  
El potente y furioso aleteo!  
Una sed me devora y me abrasa,

Una sed de imprecisos deseos,  
 Y parecen correr por mis venas  
 Impetuosos torrentes de fuego.  
 Una angustia mortal me domina,  
 Convulsiones que crispan los nervios,  
 Y mi espíritu débil se lanza  
 ;En la furia impetuosa del vértigo!  
 Amalgama de intensos dolores,  
 Amalgama de extraños tormentos,  
 He sentido en mis horas de angustia,  
 En las horas amargas del tedio,  
 Horas tristes que el alma enloquecen  
 Y la cubren con trágico velo,  
 Horas tristes, amargas, siniestras,  
 De fatiga, pesar, decaimiento,  
 En que mi alma se siente abrumada  
 Y la muerte me llama a su seno;  
 En que siento glacial calosfrio  
 Que me hiela y sacude los huesos,  
 Y una fiebre me abrasa implacable  
 ;Y furiosa me crispa los nervios!  
 Yo he sentido toda esa amalgama,  
 En mis pávidas noches de enfermo,  
 En las horas de intensa neurosis,  
 Cuando un buitre desgarrar mi pecho,  
 Y parece beberse mi sangre,  
 ;Y en pedazos romper mi cerebro!

Andrés Duro del Hoyo, poeta español nacido en 1935,  
 explica en su poema **Ojos abiertos** la razón del insomnio:

Ni siquiera la luz es la razón  
 de mis ojos abiertos.  
 Cumplen fielmente su misión  
 no dejando vencerse por el sueño.  
 ¿Qué vigía mejor puedo tener  
 que mis ojos abiertos?  
 Me dan la sensación  
 de que me hallo cercado por el fuego.  
 Puedo gritar, dormir,  
 rodeado de fieras y de miedo.  
 ;Cómo defienden siempre  
 unos ojos abiertos!  
 Son del alma y su vida  
 su sentido latiendo.

A la muerte de su padre, escribió Freud una carta a Fliess el 2 de noviembre de 1896, en la que le relató un sueño al que interpretó como efecto de un reproche de conciencia; mas observemos que el hecho de llegar tarde al funeral provocó el enfado de su familia, o sea el gozo inconsciente que Freud tenía en el rechazo, o como lo dirían Jekels y Bergler: la satisfacción de un deseo infantil reprimido en el **ello**:

He de contarte un bello sueño que tuve la noche siguiente al funeral. Estaba en cierto establecimiento, y allí, sobre un tablero, leí lo siguiente:

Se te pide  
que cierres los ojos.

En el acto reconocí el comercio como la peluquería a la que diariamente acudo. El día del funeral tardaron en atenderme, haciéndome **llegar tarde a la casa del duelo**. Mi familia estaba disgustada conmigo, porque yo había dispuesto que el funeral fuera sencillo y en la mayor intimidad (aunque luego reconocieron que mi idea estaba muy justificada), y también **se enfadó porque llegué tarde**. En consecuencia, lo que leía en el tablero tiene un doble significado y quiere decir que uno debe cumplir su deber hacia los difuntos en dos modos: a) disculpa, como si no se hubiera cumplido un deber y se necesitara que perdonaran la propia conducta; b) obligación en sentido literal. Por tanto, **el sueño fue una válvula de escape para esa tendencia al autorreproche que la muerte deja, invariablemente, entre los supervivientes . . .**

El 31 de mayo de 1897, le envió a Fliess sus reflexiones en torno a los deseos de muerte, en un manuscrito que intituló **Impulsos**:

Los impulsos hostiles contra los padres (el deseo de que mueran) constituyen también elementos integran-

tes de las neurosis. Salen a luz conscientemente en la forma de ideas obsesivas; en la paranoia les corresponden los peores delirios persecutorios (desconfianza patológica del gobernante o del monarca). Estos impulsos son reprimidos en aquellas ocasiones en que reaniman la compasión por los padres, como su enfermedad o su muerte. Una de las manifestaciones del duelo consiste entonces en autoacusarse de su muerte (lo que denominamos "melancolía") o en castigarse de manera histérica, afectándose con los mismos estados que ellos sufrían, de acuerdo con el principio de la expiación. La identificación que tiene lugar en dicho proceso no es, como se advierte, sino un modo de pensamiento, y no nos exime de la necesidad de buscar la motivación.

En **La interpretación de los sueños** (1900), al referirse a los deseos inconscientes de muerte hacia los seres queridos, estudió las pesadillas relacionadas con estos deseos inconscientes, mas, aunque observó la angustia creada por los deseos, no la consignó como una defensa contra dichos deseos pseudoagresivos que, a su vez, son una reacción contra la adaptación inconsciente erótica a la idea de morir:

Otros sueños que también hemos de considerar como típicos son aquellos cuyo contenido entraña la muerte de parientes queridos: padres, hermanos, hijos, etc. Ante todo, observamos que estos sueños se dividen en dos clases: aquellos durante los que no experimentamos dolor alguno, admirándonos, al despertar, nuestra insensibilidad, y aquellos otros en los que nos sentimos poseídos por una profunda aflicción, hasta el punto de derramar, durmiendo, amargas lágrimas.

(...)

Muy distintos de los primeros son los sueños en que aparece representada la muerte de un pariente querido, y sentimos dolorosos afectos. Su sentido es, en efecto, el que aparece manifiesto en su contenido, o sea el deseo de que muera la persona a que se refieren.

El deseo de muerte inconsciente que Freud indujo que tuvo hacia su padre se debió, como lo hemos visto, a la adaptación inconsciente que él mismo tenía a la muerte. Analicemos sus palabras en **La interpretación de los sueños** (1900):

En las ideas latentes ha surgido, sin duda, un análogo temor. La “casita de madera” es, indudablemente, el **ataúd**, o sea la tumba. También en la representación de este pensamiento, el más indeseado de todos, por medio de una realización de deseos, ha realizado la elaboración onírica una obra maestra. Me he hallado, en efecto, ya una vez, en una tumba, pero fue en una tumba etrusca descubierta cerca de Orvieto: una estrecha cámara con dos bancos de piedra adosados a las paredes y sobre los que yacían dos esqueletos. La casita de mi sueño presenta exactamente esta misma disposición, sustituyéndose tan sólo la madera por la piedra. El sueño parece decir: “Si has de ir a la tumba, que sea a la tumba etrusca.” Y con esta sustitución transforma la más triste de las expectativas en otra muy deseada. Desgraciadamente, no puede el sueño transformar en lo contrario, como ya veremos en páginas ulteriores, más que la representación que acompaña al afecto, y no al afecto mismo. De aquí, el sobresalto con que despierto.

En **El porvenir de una ilusión** (1927), Freud vuelve a referir su sueño, pero aceptando ya su deseo inconsciente de morir:

De niños, todos hemos pasado por un periodo de indefensión con respecto a nuestros padres —a nuestro padre, sobre todo—, que nos inspiraba un profundo temor, aunque al mismo tiempo estábamos seguros de su protección contra los peligros que por entonces conocíamos. Así, no era difícil asimilar ambas situaciones, proceso en el cual hubo de intervenir también, como en la vida onírica, el deseo. **Cuando un presagio de muerte asalta al durmiente y quiere hacerle asistir a su propio**

**entierro, la elaboración onírica sabe elegir las circunstancias en las cuales también este suceso tan temido se convierte en la realización de un deseo, y el durmiente se ve en un sepulcro etrusco, al que ha descendido encantado de poder satisfacer sus curiosidades arqueológicas.**

El sueño tanático por excelencia lo tenemos en el romance **El enamorado y la muerte**, que pudo haber influido en el autor de **Calixto y Melibea**:

Un sueño soñaba anoche,  
 soñito del alma mía,  
 soñaba con mis amores  
 que en mis brazos los tenía.  
 Vi entrar señora tan blanca  
 muy más que la nieve fría.  
 —¿Por dónde has entrado, amor?  
 ¿Cómo has entrado, mi vida?  
 Las puertas están cerradas,  
 ventanas y celosías.  
 —No soy el amor, amante:  
 la Muerte, que Dios te envía.  
 —¿Ay, Muerte tan rigurosa,  
 déjame vivir un día!  
 —Un día no puede ser,  
 una hora tienes de vida—.  
 Muy de prisa se calzaba,  
 más de prisa se vestía;  
 ya se va para la calle  
 en donde su amor vivía.  
 —¿Abreme la puerta, blanca,  
 ábreme la puerta, niña!  
 —¿Cómo te podré yo abrir  
 si la ocasión no es venida?  
 Mi padre no fue al palacio,  
 mi madre no está dormida.  
 —Si no me abres esta noche,  
 ya no me abrirás, querida;  
 la Muerte me está buscando:  
 junto a ti, vida sería.  
 —Vete bajo la ventana  
 donde labraba y cosía,  
 te echaré cordón de seda

para que subas arriba,  
 y si el cordón no alcanzare  
 mis trenzas añadiría—.  
 La fina seda se rompe;  
 la Muerte que allí venía:  
 —Vamos, el enamorado,  
 que la hora ya está cumplida.

En su obra onírica, Freud relató un sueño angustioso, que habrá que examinar desde el ángulo oral de los pezones maternos agresivos, para demostrar sus intenciones inconscientes tanáticas hacia su madre, con la consiguiente interacción de agresividad:

Por mi parte, hace mucho tiempo que no he tenido ningún verdadero sueño de angustia. Pero recuerdo uno que soñé a los siete u ocho años y que sometí al análisis cerca de treinta años después. **En él vi que mi madre era traída a casa y llevada a su cuarto por dos o tres personas con picos de pájaros, que luego la tendían en el lecho. Su rostro mostraba una serena expresión, como si se hallase dormida.** Desperté llorando y gritando e hice despertar a mis padres. Las largas figuras con picos de pájaro y envueltas en singulares túnicas, eran una reminiscencia de una ilustración de la Biblia de **Philippon**, y creo que correspondían a un relieve egipcio que mostraba varios dioses con cabezas de águila. El análisis hace surgir el recuerdo de un muchacho muy mal educado, que jugaba con nosotros en la pradera próxima a la casa, y cuyo nombre era Felipe. Me parece como si hubiera sido a este muchacho al que hubiese oído por vez primera la palabra vulgar con la que se designa el comercio sexual y que los hombres cultos han sustituido por una palabra latina (**coitus**). Dicha palabra vulgar (en alemán muy parecida a la palabra “pájaro”) queda representada claramente en el sueño, por la elección de los personajes con cabezas de ave. Sin duda adiviné la significación sexual de aquel término, por la expresión con que lo pronunció mi ineducado

maestro. **La expresión que la fisonomía de mi madre muestra en el sueño, correspondía a la de mi abuelo, cuando le vi, pocos días antes de morir, sumido en estado comatoso.** La elaboración secundaria debió de interpretar este sueño en el sentido de la muerte de mi madre, circunstancia con la que se armoniza también la elección de las figuras egipcias, correspondientes a una estela funeraria. **Lleno de angustia, desperté y no paré de llorar hasta despertar a mis padres. Recuerdo que me tranquilicé de repente, en cuanto vi a mi madre, como si hubiera necesitado convencerme de que no había muerto.** Pero esta interpretación secundaria del sueño, tuvo efecto bajo la influencia de la angustia desarrollada. No es que me angustiara por haber soñado que mi madre moría, sino que interpreté el sueño de este modo, en la elaboración secundaria, porque me hallaba ya bajo el dominio de la angustia. Por último, puede referirse esta angustia a un placer sexual oscuramente adivinado, que encontró una excelente impresión en el contenido visual del sueño.

En este sueño observaremos inductivamente su deseo inconsciente de ser muerto. Las personas con cabezas de pájaro representan los dos pezones maternos que traen la muerte, con lo cual podemos hacer el planteamiento básico para desarrollar las cinco etapas del mecanismo mental descubierto por Bergler:

- 1) “Deseo ser muerto por los pezones (pájaros) maternos” (inconsciente).
- 2) El **daimonion** reprocha este deseo masoquista (inconsciente).
- 3) “No, al contrario, yo deseo que mi madre sea muerta por esos pezones” (visión consciente de este sueño).
- 4) El **daimonion** reprocha esa agresividad que le deseaba la muerte a su madre (inconsciente).

- 5) "Acepto la agresividad, internándola y causándome ansiedad" (consciente).

Freud le dio un sentido fálico-edípico al sueño, ignorando la ansiedad como defensa, y diciendo que fue la misma ansiedad la que provocó el sueño; mas ya conocemos la analogía entre lo sexual y lo oral.

En la misma obra recuerda Freud una pesadilla —que le sobrevino supuestamente por no recibir noticias de su hijo que estaba en el frente de batalla—, en la que se descubren sus deseos inconscientes de muerte hacia él:

El principio es un tanto borroso: digo a mi mujer que tengo que darle una noticia muy satisfactoria. Mi mujer se asusta y no quiere oírme, pero le aseguro que es algo que ha de regocijarla y comienzo a contarle que el cuerpo de oficiales del arma a la que nuestro hijo pertenece ha mandado una cantidad de dinero (¿5,000 coronas?)... algo de reconocimiento... distribución... Mientras tanto, he entrado con mi mujer en un cuartito que parece ser una despensa, para sacar algo de él. De repente, veo a mi hijo. No viene de uniforme, sino que trae un traje de "sport" muy ceñido (como la piel de una foca), con una pequeña capita. Se sube sobre una cesta que hay al lado de un cajón, como si quisiera colocar algo encima de este último. Lo llamo, pero no me responde. Me parece ver que trae la cara o la frente vendada y que se introduce algo en la boca o se anda en los dientes. Sus cabellos han encanecido. Pienso si estará muy agotado y si llevará dientes postizos. Antes de haber podido llamarle por segunda vez, despierto sin sentir angustia, pero con palpitaciones. El reloj señala las dos y media.

En **Introducción general al psicoanálisis** (1916), lección XIII, nos informa sobre los deseos de muerte, que bien pudieron haber sido suyos:

Cada vez que alguien nos estorba —¡y con qué frecuencia ocurre debido a las complicaciones derivadas de nuestras relaciones sociales!— un sueño se fabrica inmediatamente para deshacerse de tal persona, sea ésta el padre, la madre, el hermano o la hermana, el marido o la mujer. Nos ha parecido asombroso que tal perversidad fuera innata a la humanidad (...) pero cuando hemos visto el origen de tales deseos en el pasado, hemos fácilmente encontrado el periodo del individuo en el que no eran nada extraños tal egoísmo y tales deseos, aun cuando estuvieran dirigidos en contra de los seres más cercanos y queridos.

En **Sueño y telepatía** (1922), abundó sobre el sueño en el que se defendió de sus propios deseos inconscientes de morir, deseando la muerte de su hijo:

Así, por ejemplo, **soñé una vez durante la guerra que había muerto uno de mis hijos**, a la sazón en el frente. El sueño no lo expresaba en forma directa, pero sí inequívoca, mediante el conocido simbolismo de la muerte que W. Stekel fue el primero en señalar. (¡No dejemos de cumplir aquí con el deber de la escrupulosidad literaria, tan incómodo en ocasiones!) Veía al joven guerrero parado junto a un muelle, en el límite entre tierra y agua; me parecía muy pálido; le hablé, pero no me contestó. A esto se agregaban otras alusiones inconfundibles. No tenía puesto su uniforme militar, sino un traje de esquiador como el que llevara años antes de la guerra al ocurrirle un grave accidente de esquí. **Estaba parado sobre una elevación en forma de taburete, ante un armario, situación que me indujo a interpretarla como una "caída", teniendo en cuenta un recuerdo de infancia mío**, pues, siendo niño de poco más de dos años, cierta vez me había subido sobre un taburete semejante para bajar algo de un armario —probablemente algo apetecido—, cayéndome e infiriéndome una herida cuya cicatriz aún puedo exhibir.

Pero mi hijo, cuya muerte anunciara aquel sueño, volvió sano y salvo de los peligros de la guerra.

El terror reprimido y erotizado que Freud sentía por su **imago matris**, lo podemos atisbar en un sueño, el cual le refiere a Fliess en una carta del 31 de mayo de 1897:

Otra vez soñé que estaba subiendo por una escalera, a medio vestir y con mucha prisa, como el sueño lo destacaba (¡cuidado: el corazón!). **De pronto advierto que una mujer me sigue por la escalera, y en ese momento me siento clavado al suelo, paralizado, como es tan común en los sueños. La sensación acompañante no era de angustia, sino de excitación erótica.** Puedes advertir así cómo la sensación de parálisis propia del dormir puede ser aprovechada para el cumplimiento de un deseo exhibicionista. Antes, esa misma noche, efectivamente había subido la escalera desde nuestro apartamento del piso bajo, sin llevar puesto por lo menos el cuello de la camisa, y recuerdo haber pensado que podría encontrarme con un vecino en la escalera.

En otra carta que le envió a Fliess el 9 de febrero de 1898, hizo Freud alusión a un sueño regresivo a su etapa oral-sexual gratificante:

Corre el rumor de que para el jubileo imperial, el 2 de diciembre, nos investirán con el título de profesores. Yo no lo creo, pero he tenido un delicioso sueño al respecto, que por desgracia no es publicable, porque su fondo, su segundo sentido, oscila entre mi nodriza (mi madre) y mi mujer . . . Bueno, ya sabes: "Aun lo mejor que logres saber, a los chiquillos no se lo puedes contar."

En **La interpretación de los sueños** (1900), Freud nos habla de una experiencia onírica en que observamos claramente su adaptación inconsciente al rechazo oral y la repetición compulsiva inconsciente: